
La casa del Indiano
Hay verdades que necesitan generaciones para ser pronunciadas.
Covadonga G. Palazuelos

LA CASA DEL INDIANO

Una saga familiar entre España y Cuba marcada por el silencio y la memoria

COVADONGA G. PALAZUELOS

Mayo 2026
1ª Edición
Nº de Registro P.I.: 49/277562.9/26

CONTENIDO INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36

EPÍLOGO

NOTAS DEL AUTOR

A mi hijo, a mi madre

INTRODUCCIÓN

La casa llevaba años cerrada, pero seguía llena de voces. Rocío lo supo en cuanto cruzó la puerta: no iba a limitarse a acondicionar y rehabilitar la casa, ni tampoco a ordenar un desván o clasificar recuerdos familiares.

Entre cajas, fotografías antiguas y películas olvidadas, empezaba a emerger una historia que nadie le había contado, o al menos no del todo; un pasado construido a base de silencios, decisiones irrevocables y amores que nunca reclamaron su lugar.

Lo que aún no sabía era que aquella casa no solo guardaba memoria, sino una verdad que llevaba décadas esperando ser reconocida.

Esta es una historia donde el pasado y el presente avanzan de forma paralela hasta encontrarse. A través de varias generaciones, los personajes recorren algunos de los acontecimientos que marcaron el siglo XX en España y Cuba, tiempos de guerra, exilio, oportunidades y pérdidas. No como testigos privilegiados de la Historia, sino como personas comunes cuya vida quedó atravesada por ella.

Pero, más allá del contexto histórico, esta es una novela sobre la herencia que no siempre se nombra, sobre los vínculos invisibles que sostienen a una familia y sobre quienes abandonaron su tierra en busca de un futuro mejor. Algunos regresaron convertidos en lo que se llamó *indianos*; otros nunca pudieron volver del todo. Esta podría ser su historia.

CAPÍTULO 1

Madrid, en la actualidad.

Cada vez que habla con su madre no para de agradecerle que les haya cedido la casa familiar en Ribadesella. Tanto ella como Alejandro, su marido, están hartos de la ciudad y de vivir en un piso pequeño, así que están muy emocionados. Necesitan respirar aire puro y vivir más tranquilos. Además, allí podrán formar una familia. Ambos lo desean.

Ha sido una suerte que su tío, al vivir en Londres, no quiera saber nada de la casa y también le haya cedido su parte. Además, siempre la ha querido mucho. Es un poco raro, pero de buen corazón; solo hay que conocerlo. Debe llamarlo para darle de nuevo las gracias y contarle cómo van con los preparativos del traslado.

Con la venta de su piso podrán invertir en la rehabilitación porque, según le ha comentado el administrador, la casa está que se cae a pedazos. Así que, nada, dentro de poco comenzarán una nueva vida en Asturias, en la casa de su infancia. El abuelo estaría feliz. Va a poner todo su empeño en preservar su pasado allí y crear un nuevo futuro.

Su madre solo le dice que la casa no puede estar en mejores manos y que: *oye, Rocío, una habitación es para nosotros, que querremos ir a ver a nuestros nietos*.

La fachada es imponente, con sus dos plantas y la gran galería de madera y cristal que abarca gran parte de la fachada principal. La casa, heredada del abuelo de Rocío, es una de esas casas que los *indianos* construían al volver… Su abuelo era uno de ellos; de hecho no nació aquí, sino en Cuba.

Su bisabuelo sí que era asturiano y su bisabuela era de Bilbao. Fueron de los que, con su trabajo duro y emprendedor, hicieron

fortuna en Cuba.

Con el proyecto de cambiar de vida están a tope de ilusiones. Alejandro ya conoce el caserón por fuera de un fin de semana que estuvieron allí. No pudieron entrar porque las llaves las tiene el administrador y no quisieron molestarle, siendo sábado.

Delante de la maltrecha verja, la pareja no pudo evitar sonreír. Aun viéndolo a lo lejos, se notaba que, al menos la fachada, iba a requerir una buena inversión para su adecuación e incluso rehabilitación en algunas partes.

También aprovecharon y estuvieron viendo posibles locales para instalar su clínica dental. En Madrid no la tienen y cada día pasan consulta en un sitio diferente. Otro paso para tener un futuro mejor: ser propietarios de *su* clínica.

Un nuevo comienzo.

◆◆◆

Cinco meses más tarde.

A su regreso de ese maravilloso fin de semana, colgaron el cartel de *se vende* en su pisito y en apenas tres meses, como todo en Madrid, ya lo habían vendido. Dos meses más tarde, sin apurar a la fecha fijada en el contrato de arras, ya tenían frente a su puerta el camión de la mudanza.

—¡Alejandro! ¡Rumbo a Asturias! Estoy emocionada, por fin dejamos atrás esta vida de locos en Madrid. Ya verás, es la mejor decisión que hemos podido tomar.

—Estoy de acuerdo, cariño. La herencia de tu abuelo no ha podido llegar en mejor momento, aunque nos espera una gran rehabilitación de la casa.

—Tranquilo, llevará tiempo, pero ya he contactado con algún estudio de arquitectura para que nos presenten proyectos. Debemos de respetar la sobriedad de la casa, pero dándole un aire actual. ¿No estás de acuerdo?

—Sí, totalmente. Y, aparte, buscar un local céntrico en Ribadesella para abrir nuestra clínica dental. Nos esperan unos meses muy intensos.

—Maravillosos meses intensos. Y quién sabe, puede que allí sea un buen momento para plantearnos tener hijos. ¿No crees?

—Mumm… me gusta. Quizás esta noche podríamos empezar con nuestro plan de formar una familia. ¿Qué te parece?

Esta frase, llena de intenciones, la menciona abrazando con todo el amor del mundo que siente por su mujer. No hay hombre más enamorado en la tierra de su esposa. Casi la idolatra.

—Anda zalamero. No sabes tú nada. Vamos al coche y pon rumbo a nuestro nuevo hogar.

Unas horas más tarde la pareja está ya delante de la verja de la casa.

Han quedado allí con el administrador para que les entregue las llaves. No lo pueden disimular, pero ambos están un poco nerviosos porque ese gesto es el comienzo de muchas cosas.

A pocos metros de la que será su casa ven a un hombre de mediana edad, vestido de traje, mirando hacia ambos lados de la calle; claramente es la persona que están buscando: el administrador.

—Buenos días, debe de ser Isidro; somos Alejandro y Rocío, los nuevos propietarios de este caserón.

—Encantado de conocerlos. Es una propiedad magnífica, única en la zona. Por ubicación, vistas y dimensiones. Eso sí, como ven, su estado es lamentable, pero como suelo decirse, *desde el caos suelen surgir buenas ideas*. Así que estoy convencido que dentro de unos meses será una maravilla. Y no hay que olvidar las dimensiones del terreno o, como decimos por aquí, *el prao.* ¿Conocían la casa?

—Sí. De pequeña pasaba aquí los veranos, cuando todavía vivía mi abuelo. He pasado aquí momentos muy felices, llenos de risas. Pero creo que lo me voy a encontrar dentro se aleja mucho de la casa que recuerdo. Como creo que sabe, mi abuelo fue el médico de

este pueblo hasta que se jubiló. Sus hijos no se quedaron aquí. Mi madre conoció un verano a mi padre, que era de Madrid, se ennoviaron y, tras unos años, se casaron y se fueron a vivir allí, y mi tío reside en el extranjero, en Londres, y no tiene descendencia, así que me ha cedido su parte a mí. Y por favor, si le parece, tuteémonos.

—Me parece perfecto. Has hecho un buen resumen de tu familia. Muy interesante. Vamos dentro, pues. Entiendo que debéis estar ansiosos por caminar por la que, de aquí a unos meses, será vuestra maravillosa casa. Y si os soy sincero, yo también. He administrado este caserón, pero no conozco el interior. Aunque supongo que irá en la línea de las otras casas de indianos. No perdamos tiempo.

Los tres, decididos, ser acercan a la oxidada verja. Isidro hace entrega de las llaves a Rocío para que ella sea la encargada de hacer los honores y puedan ya acceder al jardín o lo que queda de él.

La cerradura cruje por la falta de uso, pero finalmente, cede y pueden adentrarse en la finca. El aspecto actual es casi siniestro; las ventanas tienen todavía cortinas. Muchos de los árboles que rodean la casa o están caídos o en tan mal estado que tendrán que ser talados. El camino que lleva desde la verja de acceso hasta la casa está cubierto de hierbajos.

Rocío gira a la izquierda porque recuerda que ahí, al fondo del jardín, había un columpio. Efectivamente, todavía está en pie, pero es pura herrumbre. Pone el vello de punta.

Alza la vista hacia el último piso porque, de reojo, juraría que una de las cortinas se ha movido. No puede ser… no hay nadie dentro y, además, parece que la ventana está cerrada.

Debe ser que están en tan mal estado que hasta se filtra el aire. O que su cabeza le ha jugado una mala pasada. Vete a saber.

La cerradura de la vivienda, al igual que la verja, se resiste a ceder; es como si quisiera continuar sin inquilinos, anclada en la decadencia que ha instalado en ella, aunque pueden comprobar que es relativamente nueva. Es más, el administrador se lo confirma:

—La cambié hace poco porque tu madre me llamó. Estaba preocupada por algunas noticias de okupas y quería evitar, en lo posible, que entraran aquí.

—No me comentó nada. Quizás le falte un poco de aceite y por eso no gira bien.

Al final, la cerradura cedió y pudo abrir el portalón. En el interior reina una gran oscuridad y el olor está viciado, huele a rancio, tanto que cuesta respirar e, instintivamente, los tres se ponen la mano en la nariz.

La pareja, abrazada, recorre el recibidor, que es de grandes dimensiones, con la vista y dando pequeños pasos, observando todo con detalle. Levantan al unísono la cabeza para observar el artesonado del techo de la entrada que, para su sorpresa, se mantiene en bastante buen estado a pesar de todo. Los muebles del hall luchan por mantenerse en pie, están carcomidos por las termitas. Cada vez que ponen un pie para avanzar, los suelos de madera crujen, quejándose probablemente porque hace demasiado tiempo que nadie ha puesto un pie sobre ellos.

A la derecha está la cocina, sorprendentemente bastante bien conservada. Rocío recuerda las ollas para hacer la fabada sobre la placa ardiente de la cocina de carbón y el maravilloso olor a la comida que se cuece lentamente. No puede remediar sonreír.

Quizás la mantenga.

Justo enfrente se encuentra la sala principal, donde apenas se filtra la luz porque las pesadas cortinas granates de terciopelo, o lo que queda de ellas, están cerradas. Inmediatamente las abre, para que entre la claridad de fuera, y miles de motas de polvo en suspensión comienzan a revolotear por el aire, tanto que hasta les provocan un ataque de tos. Desde esos ventanales hay una vista perfecta del mar al fondo y del jardín que actualmente, como ya pudieron observar, no pasa por su mejor momento. Pero tanto las palmeras como el magnolio, que en su momento se plantaron como recuerdo al sitio de donde venían y donde hicieron sus negocios y prosperaron, mantienen su dignidad.

Curioso.

Al lado de la sala hay dos habitaciones comunicadas; una era el consultorio de su abuelo y la otra, la sala de espera de los pacientes, que incluso tenían una puerta de acceso diferente para no molestar a los habitantes de la casa. Al entrar, nota que todavía está impregnado el olor a ungüentos. Sus bisabuelos aprendieron mucho en Cuba sobre hierbas medicinales y su bisabuela casi ejercía de curandera cuando se instalaron de forma permanente aquí. Sus conocimientos se los cedió a su hijo, que los perfeccionó estudiando la carrera de medicina.

Tanto Alejandro como el administrador la siguen en silencio. Le están dejando espacio para reencontrarse, no solo con la casa, sino con sus recuerdos.

—Visto. Vamos a las habitaciones de arriba, a ver con qué nos encontramos.

CAPÍTULO 2

Una vez más, la madera de la escalera se queja, aunque mantiene su majestuosidad: encuentran algún que otro peldaño un poco dañado, pero, en general, su estado es bueno. En el primer piso hay un distribuidor con varias puertas. La casa contaba con un total de seis dormitorios y dos baños en esa planta, más el torreón del abuelo.

Van abriendo las habitaciones de una en una. Sin saber muy bien por qué, en una de ellas, la que perteneció a su abuela, va directa y abre el armario macizo que todavía tiene su llave. Está lleno de vestidos y sombreros, demasiado ordenados para ser una casa deshabitada desde hace años. No entiende mucho sobre la moda de la época, pero no cabe duda de que esos vestidos no son de ricos tejidos ¿De su abuela? No puede ser… porque esas telas son bastas, casi parecen tela de saco, sin ninguna hechura ni forma, más bien parecen de alguna persona del servicio. Y, además, supone que su madre vaciaría estos armarios.

¿Qué hacen aquí? No tiene mucho sentido.

Recuerda que sus abuelos no dormían en la misma habitación, algo normal entre las clases acomodadas, aunque es un recuerdo vago, porque su abuela falleció, siendo ella muy pequeña. Llamó su abuelo a Madrid, informando de la desgracia, y llegaron en coche casi de noche. Se encontraron con la casa llena de gente presentando sus respetos a la familia y el ataúd expuesto en el salón. Algo traumático para una niña de corta edad. Ver a su abuela con una mortaja dentro de esa caja, con el rostro macilento y los labios sin apenas color. Una imagen bastante siniestra.

Menciona en alto el pensamiento que ha cruzado su cabeza:

—¡Qué raro! No recuerdo a nadie de mi familia vestida así.

—¿De quién si no? De tu madre, como comprenderás, no. Son viejos vestidos. Yo diría que tienen más de cincuenta años. El servicio tendría una zona aparte, no creo que durmieran junto a tus abuelos…

—Está claro. Pues todo esto hay que tirarlo. Me extraña que no lo hiciera mi madre. En fin, vamos ahora a ver los dominios inescrutables de mi abuelo de esa última planta; era territorio vetado. Allí estaba su dormitorio y su despacho, donde por las noches, con una copa de coñac, revisaba los casos del día. Aunque nunca fui una niña decidida y, con la imaginación desbordante de una niña a la que le encantaba leer, me imaginaba algo terrorífico; una vez comencé a subir la escalera a hurtadillas, pero el miedo a que me pudieran pillar y a la reprimenda posterior, pesaron lo suficiente como para no terminar esa aventura hacia lo desconocido. Así que, será mi primera vez.

—¿Cómo era tu abuelo? —Quiso saber su marido.

—Él era una persona muy estricta y distante; creo que nunca le vi sonreír. Siempre impecablemente vestido, eso sí. La imagen que tengo de él es, en verano, sentado en el porche de la entrada con una limonada, con su bastón y su bigote poblado. En fin, vamos a descubrir el secreto mejor guardado de esta casa.

Y, como si volviera a ser una niña y estuviera haciendo algo indebido, sus piernas comienzan a flaquear. Abre con manos temblorosas la puerta que, como el resto de la casa, chirría. Nada más entrar siente una corriente de aire frío en el rostro y la mecedora que está junto al mirador comienza a moverse. El frío que sintió en su rostro ahora recorre todo su cuerpo, tanto es así que siente la necesidad de abrazarse para calentarse los brazos, que siente que se le han quedado congelados.

Tengo la sensación de que esta casa no me está dando la bienvenida. Soy una extraña.

—¿Cómo puede ser que esta estancia apenas tenga polvo? Y, ¿no habéis sentido mucho más frío que en el resto de la casa? Es como si hubiera corriente…

—Rocío, yo no he notado nada, la casa está aquí igual de desangelada que en el resto de las habitaciones. Pero lo que me sorprende es, desde luego, lo limpia y ordenada que está esta habitación. Es como si alguien la hubiera estado manteniendo de alguna forma. Incluso las sábanas están perfectamente estiradas.

—Isidro, no me consta en los gastos de la casa que hubiera alguien encargado del mantenimiento.

—Efectivamente, desde el fallecimiento de tu abuelo nadie ha tenido acceso a esta casa.

—Ya. Pues esto es de lo más extraño, porque aquí no hay polvo e incluso el suelo está encerado.

Recuerda el movimiento de la cortina…

Va hacia la ventana, desde la que juraría que había visto ese movimiento de la cortina, para comprobar si está abierta. El cristal está entero, no tiene ni una pequeña grieta, pero pasando la mano por la moldura de madera sí que nota como se filtra el aire, aunque no tanto como para provocar el movimiento de la vieja cortina, que en tiempos debió de ser blanca y hoy tiene un color gris plomizo. Pero ella está segura de lo que ha visto, su vista no la ha traicionado.

—No cabe duda de que la estructura parece que está en buen estado, pero nos espera mucho trabajo, ya que hay que cambiar tuberías y todos los cerramientos de la casa e instalar la calefacción por hilo radiante con una caldera de pellets, que es muy ecológica. Alejandro, creo que deberíamos de mantener el artesonado de la entrada y la escalera, que siguen en buen estado, para mantener parte de la historia de esta casa.

—Sí, yo también lo creo. Es una buena idea. Y el resto lo combinamos con decoración moderna, que le dé luz a la casa. Puede quedar muy bien. Pero nos tienen que asesorar antes los expertos, para saber el estado real de los cimientos y la estructura.

Isidro, el administrador, se mantiene en un segundo plano mientras hablan.

También en este, como hizo con el armario del dormitorio de su abuela, abre la puerta del armario y encuentra que hay ropa de caballero, bastante ordenada.

Lo tengo que comentar con mi madre, porque me parece extraño que no tiraran los trajes del abuelo.

Abandonan el torreón, para descubrir otro lugar al que nunca fue: el cuarto que estaba abajo, donde se almacenaba tanto el carbón como la leña y, a su vez, era el trastero. Un sitio oscuro y lleno de polvo.

Intenta abrir la puerta, pero parece que está atrancada. Tiene que ser Alejandro, tras varios intentos, incluso con el hombro, quien finalmente logra que la puerta ceda. Hay en la pared un pequeño interruptor, que curiosamente funciona y se enciende la bombilla; delante tienen una escalera empinada, con bastantes telarañas. No hay mucho que ver, pero algo que de nuevo llama su atención es ver juguetes infantiles, de niño, como un caballito de balancín, demasiado tétrico, y un balón de cuero bastante antiguo.

Serán de mi abuelo.

—Por cierto, Isidro, la casa que alquilaremos mientras dure la remodelación está muy bien, muchas gracias por las gestiones. Espero que hayan llegado los muebles y que alguien de la agencia esté allí.

—Por supuesto. Podrán ir andando a la clínica y a cualquier sitio del pueblo. Creo que estaréis muy cómodos.

—Muchas gracias, —responde Alejandro.

—Vayamos al jardín, solo he visto el columpio, pero quiero recorrerlo todo. Hemos pensado en construir una piscina, quizás climatizada para aprovecharla todo el año.

—Rocío, creo que es una buena idea y terreno, desde luego que tenéis, —contesta Isidro.

—Esta casa es nuestra gran apuesta, —contesta, abrazando por la cintura a su marido.

Se alejan unos pasos de Isidro, que les deja esa pequeña intimidad, y recorren despacio el jardín, pensando sobre los cambios que pueden hacer, no solo para recuperar su esplendor, sino también para darle un toque paisajístico más actual sin desentonar con la sobriedad de la construcción.

—Cariño, mira el pozo. Ahí lanzaba monedas pidiendo un deseo.

—¡No me digas! Y, ¿se han cumplido?

—Diría que sí. Porque pedí enamorarme de un hombre maravilloso y aquí estás conmigo.

—Me alegro, porque, aunque yo no lancé ninguna moneda, te encontré y estoy feliz. No sé tú, pero creo que deberíamos ir a nuestra nueva casa para ver cómo ha quedado todo y luego ir a comer algo, porque estoy muerto de hambre. Y, para ambientarme, me apetece una buena fabada.

—Yo también tengo hambre. Y por la tarde nos acercamos a ver los locales que nos ha seleccionado Isidro, para ver si cumplen nuestras expectativas.

Se acercan a Isidro para decírselo:

—Isidro, nos vamos a acercar a nuestra casa y luego a comer. Si te parece, hablamos después para quedar e ir a ver esos locales.

—Muy bien. Bueno, Rocío, ya tienes las llaves de vuestra casa. Nos vemos de nuevo más tarde.

Durante la comida, la pareja va dando buena cuenta de la maravillosa gastronomía asturiana y, de paso, ella le va contando algo más de la historia familiar.

—¿Te imaginas qué época tan maravillosa? Sabes, mi madre siempre decía que en este pueblo hubo mujeres muy adelantadas para su época, aunque no todas pudieron brillar como merecían. Quién sí lo hizo fue la marquesa de Arguelles. Mi bisabuela y ella se hicieron amigas, compartían intereses filantrópicos y las dos pertenecían a ambos mundos. . No olvides que, en esos tiempos, saber leer y escribir, por sí solo, ya marcaba una gran diferencia. Por eso era habitual verlas juntas; al principio la relación fue de los dos

matrimonios, pero cuando falleció el marqués, en 1921, bastante antes que ella, la relación se fortaleció sobre todo entre ellas.

Las imagino con esos vestidos maravillosos, sus sombreros, sus sombrillas… Por eso esa ropa del armario me ha dejado descolocada y, sobre todo, intrigada. ¿De quién son?

—No le des demasiadas vueltas. Por cierto, ¿cómo se llamaban tus bisabuelos? A fin de cuentas, gracias a ellos estamos aquí, comenzando una nueva vida. Qué menos que saber sus nombres.

—Pues Ramiro y Begoña. Mis abuelos, él igual que su padre y ella, Adela. Si tuviéramos un hijo, me gustaría que se llamara como ellos. Es bonito el nombre.

—Vale. Entonces tu bisabuelo se fue a buscar fortuna a Cuba y, al saber leer y escribir, comenzó a trabajar en el negocio azucarero hasta tener su propia plantación. ¿Con esclavos?

—Supongo que sí. Imagino que, desgraciadamente, como todos, y que la mano de obra fue con esclavos. Aunque, si te digo la verdad, no tengo ni idea de cuándo fue efectiva la abolición en Cuba.

—Muchos marinos españoles se dedicaban a ello y Cuba era un puerto de parada para llevarlos a América. Incluso he leído que en Cuba, a pesar de la prohibición por parte del gobierno de España, fue una práctica habitual incluso más allá de la liberación de los esclavos en Estados Unidos, porque los indianos, que ocupaban ya puestos de poder, bloqueaban esa ley. Pero, como te comento, puede que lo que estoy diciendo no se ajuste a la realidad.

—Efectivamente. Por eso allí hay tanta mezcla racial. Una pequeña porción de la población es blanca, pero la mayoría son mestizos.

—Tu familia, ¿volvió en algún momento allí?

—Ya sabes que mi familia tuvo suerte y liquidó los negocios unos años antes de la revolución de Castro y la caída de Batista en 1959. La isla cambió. Ocuparon las casas, en su mayoría, el propio personal de servicio de las grandes mansiones del barrio de Miramar

, quedándose con todo. Las familias pudientes abandonaron sus hogares con lo puesto, dejando atrás vajillas, cuberterías, coches, ropa, todo. Lo que intentaron llevarse puestas fueron las joyas, para venderlas y hacer dinero para salir adelante. Una historia triste para todo el mundo. Creo, sinceramente, que todos perdieron.

Esta casa ha pasado por momentos muy difíciles, incluso llegó a perderse durante la guerra. Sus paredes han visto demasiadas cosas.

—Me siento muy honrado y espero estar a la altura de la casa. Y si expropiaron su casa, ¿qué hicieron?

—Siempre lo estás… Regresaron un tiempo a Cuba. Allí tenían sus empresas, todavía no las habían vendido; eso fue posterior. Después, a través del nuevo gobierno franquista, lucharon por recuperar esta casa.

Cuba, por aquel entonces, era de los países más avanzados del mundo en todos los campos: sanitario, educación, tecnológico y de infraestructuras. Casi a la altura de su gran amigo Estados Unidos.

—Es curioso, llevamos juntos tres años y, hasta ahora, nunca me habías hablado tanto de tu familia.

—Cierto, pero estar aquí me remueve por dentro. En mi familia era un tema casi tabú, porque sufrieron mucho. No hay que olvidar que, de alguna manera, lo perdieron todo; dos veces, primero aquí, con la guerra civil, y después allí, con la revolución cubana. Ellos tuvieron suerte, pero muchas amistades de la isla, que creyeron que nunca pasaría nada, quedaron atrapados allí o tuvieron que salir de la isla, como suele decirse, con lo puesto. Dejando atrás, además, toda una vida.

CAPÍTULO 3

***Cuba, 1930, La Habana*.**

La comunidad asturiana en Cuba es de las más numerosas, en cuanto a número de emigrantes, e influyentes, colaborando estrechamente, y a menudo compitiendo, con catalanes y gallegos.

A finales del siglo XIX, un grupo de ellos construyeron en La Habana edificios tan emblemáticos como su centro asturiano, el casino y el centro hospitalario *Quinta Covadonga*, hoy conocido como *Salvador Allende*, un referente entonces en América Latina por sus grandes avances tecnológicos.

En 1898, España perdió la colonia y se proclamó la República. Pero este cambio de escenario político no afectó a toda esta población, ya con arraigo, y nadie se movió de la isla. Y continuaron amasando grandes fortunas, principalmente a través de la producción de la caña de azúcar, que se exportaba a otros países y, sobre todo, a Estados Unidos.

Continuaron con su vida y sus negocios.

Por todo ello, La Habana era un hervidero de actividad: calles atestadas de gente y coches que cada vez tenían más presencia. El comercio era una de las arterias de la economía, con la exportación de tabaco y azúcar como fuente de gran parte de su riqueza.

Los blancos, mestizos y gente de color, descendientes de esclavos, conviven en la ciudad. Con esta gran población, la vida va muy deprisa.

La isla caribeña, un referente en muchas cuestiones: fue la primera de Latinoamérica en tener un sistema ferroviario como tal, que mejoraba el transporte de mercancías y hacía que su mercado fuera más competitivo que el de sus vecinos. Además dispone de un

sistema sanitario, con la construcción de grandes hospitales tanto públicos como privados, a la altura del primer mundo; de hecho, fue el primer país caribeño en tener una máquina de rayos X, y cuenta, ya en ese momento, incluso con producciones propias de programas de televisión y radio y un inmenso parque móvil, como no, proveniente de Estados Unidos. Y algo tan importante, como el elevado número de titulados superiores. Todo esto, nos facilita hacernos una idea, de cómo era esa Cuba en los años 30.

Algo que también facilitó que el dinero se moviera por la isla, fue la *ley seca;* así se llamó a la prohibición de bebidas alcohólicas. Es un factor que muchos americanos llegaban a la isla con dinero en el bolsillo y ganas de divertirse en sus vacaciones. Cuba se convirtió en un destino idílico. Aparecieron casinos y grandes hoteles, muchos de ellos en manos americanas, e incluso de la mafia. Hoteles tan emblemáticos como *Nacional, Riviera y Habana.*

Begoña, la señora de la casa, todavía está en su dormitorio. Al contrario que a su marido, no le gusta madrugar, excepto cuando él va más tarde a trabajar y desayunan juntos. Pero no es muy habitual. Por eso, siempre espera en la cama a que su fiel doncella abra las ventanas, como cada mañana, y pueda entrar la viva luz de la isla.

—Buenos días, señora. Espero que haya descansado. Hoy parece que tendremos un día un tanto caluroso. La humedad se pega a las ropas.

—Buenos días, Julia, eso parece. Le recuerdo que hoy vienen a comer varias amigas mías y necesito, por favor, que esté todo listo para el almuerzo en el jardín o, si como parece vamos a tener tanto calor, quizás mejor en el porche con los ventiladores. ¡Ah!, luego por la tarde se incorporarán nuestros esposos, así que probablemente prolonguemos hasta la cena. Vamos a prever esa posibilidad y tengamos un menú para la noche. Que no nos pille desprevenidas. Necesito que hoy salga todo perfecto. Es muy importante para nosotros.

Julia es una española que huyó de su esposo en España porque le daba palizas. Es también asturiana y su familia contactó con ellos solicitando que la acogieran, que era una cuestión de vida o muerte, que era responsable y servicial y que no tendrían ningún problema. Y así fue, desde que llegó. De eso hace ya cuatro años. Hoy es la mano derecha de la señora en la casa. Gobierna con mano dura al resto del servicio, que la respeta mucho. Todo funciona gracias a ella, con la precisión de la maquinaria de un reloj. Es una mujer algo taciturna, recela de todo el mundo, pero su vida hasta llegar a la Habana no ha sido fácil. Es más, por las palizas de su marido, cojea un poco. Pero, a pesar de esa minusvalía, su belleza es indudable. Los hombres la miran con deseo que ella parece obviar. Tiene unos ojos almendrados, de color miel y una melena castaña ondulada. No es demasiado alta, pero su cuerpo, que se intuye incluso debajo de las vastas ropas de una sirvienta, es voluptuoso y proporcionado. No cabe duda que es una mujer francamente atractiva.

—Por supuesto, señora, en la cocina ya están trabajando desde primera hora de la mañana con las indicaciones que me dio ayer, para que esté todo perfecto. ¿Qué vestido quiere ponerse hoy? Voy a revisar que no tenga ninguna arruga. Necesito que me diga también la pamela que quiere llevar, para ponerla junto con el vestido.

—Pues había pensado en el estampado de flores amarillas que recogí la semana pasada de la modista; es fresco, perfecto para el día de hoy.

—Voy a su armario para revisarlo. De joyas, ¿sus collares de perlas?

—Muchas gracias. Sí, también. Y, por favor, que me traigan el desayuno y la prensa al salón. Hoy mi marido ha salido bastante temprano. Apenas le he oído, pero no quiero desayunar aquí.

—Como ordene y sí, no estoy segura, pero creo que sí, que salió temprano. Yo estaba en la cocina, hablando con Juri para el menú de hoy, y oí un coche salir de la casa.

—Bien. Cuando tenga mi ropa lista, dígamelo para arreglarme, porque quiero ir por la pastelería a comprar unos bombones, antes de que lleguen mis invitadas. Los serviremos con el café. Que preparen mi coche y que Silvino esté listo para llevarme y, por favor, no olvide los centros de mesa de los rosales, que ahora mismo están preciosos.

—Por supuesto. Ahora lo ordeno.

—Muchas gracias. Siempre tan eficiente.

Begoña y Ramiro, su marido, llevan una vida maravillosa en la isla, rodeados de todo tipo de lujo. Él es un gran empresario, reconocido por todos. Se mueven en el ambiente más elitista. Son socios del club social de Miramar, donde residen, en una bonita casa frente al mar. La última incorporación a su magnífica vivienda ha sido una enorme piscina que han construido en el jardín, lugar donde dan suntuosas fiestas y que, con el clima de la isla, disfrutan casi permanentemente.

Su marido está ahora mismo muy liado firmando nuevos acuerdos de exportación y renovación de colaboración con otro gran empresario, el Sr. Bacardí, fundador del ron que lleva su apellido. Precisamente hoy, su mujer será una de las invitadas. Ella, a su manera, intenta influir positivamente en los negocios de Ramiro. Muchas de estas mujeres serían grandes empresarias, pero les ha tocado vivir en una época donde, desgraciadamente, su papel es ser una mujer florero y dedicarse a la crianza de sus vástagos. Pero, a su manera, son la mano que está detrás de muchos acuerdos o inversiones, que, de forma sutil, sugieren a sus esposos. Por eso Begoña necesita que todo esté perfecto, sabe lo que se están jugando y hoy desplegará todos sus encantos con sus invitadas.

Durante la comida, en torno a una mesa donde no faltará ningún detalle, como una buena mantelería del mejor hilo, cubertería de plata y la mejor loza, casi con toda seguridad estas damas de la alta sociedad industrial hablarán sobre temas insustanciales, como la moda europea, que algunas encargan allí o en la ciudad, donde las modistas locales la copian y luego confeccionan, la crianza de sus

hijos o los problemas con el servicio, pero también de otros temas con más calado: ellas saben de su influencia y que, en un momento dado, pueden dar un vuelco a una negociación en un almuerzo como este.

Pero no todo es perfecto, aunque de cara al exterior lo aparenten. Por ejemplo, muchas de ellas saben que sus maridos tienen amantes, pero no lo hablan abiertamente, lo tienen asumido como algo socialmente aceptado y miran hacia otro lado. Algunas de estas amantes son cantantes en clubs y cabarets, personal del servicio de sus mansiones y, las menos, amigas de sus mujeres. Hay más de un mestizo corriendo por los jardines fruto de estas relaciones. Pero ellas son las señoras de… y eso marca la diferencia.

El matrimonio Santaolaya, ahora mismo, está sumido en una profunda pena: la preocupación que tienen por su único hijo vivo, tras la pérdida de otro hace dos años. Siempre ha sido un niño de salud delicada, con continuos controles por parte del médico, además de amigo, de la familia. Pero el pronóstico no es nada bueno. Le han diagnosticado la *gripe española*: la misma causa por la que perdieron a su primogénito.

Begoña está destrozada, sabe que no podrá tener más hijos, ya que en el último parto quedó estéril y casi pierde la vida por las complicaciones que surgieron.

Y la vida, a veces tan cruel, les ha dado dos mazazos muy duros de superar. Cada visita que entra en la habitación, para evitar contagiarse lo hace con la boca tapada y con una bata, que, nada más salir, lavan aparte para desinfectarla. El pobre niño, además de las altas fiebres, tiene graves problemas respiratorios y, para aliviarlos lo tienen incorporado permanentemente con grandes almohadones y la ventana abierta para que entre aire fresco. Han contratado a enfermeras para que, de día y de noche, el pequeño nunca esté solo.

Pero hoy toca sonreír.

Además, a esta preocupación se suma que Begoña sospecha que su marido tiene una amante. ¿Por qué lo sospecha? Porque ya no la

busca en el dormitorio. Está esquivo y no es por la enfermedad de su hijo. Sabe que es un hombre fogoso y por eso casi tiene la confirmación de que busca los brazos de otra mujer. Ella no es de mirar hacia otro lado y, por eso, decide investigar, de una forma sutil, quién es la mujer que calienta la cama de Ramiro.

Se lo dejó caer a una de sus amigas, que sabe todos los entresijos de la sociedad, comiendo un día con ella en un céntrico restaurante. Soledad, vasca de nacimiento y afincada, como ella, en la isla, que está casada con un empresario que se decida a la importación de automóviles de Estados Unidos.

—Soledad, estoy destrozada, mi hijo se me escapa de las manos por momentos, sin poder hacer nada. Mi corazón no creo que pueda superar, otra vez, enterrar a un hijo. ¿De qué nos sirve tener dinero si no podemos salvar a nuestros hijos de esta maldita enfermedad? Además, Ramiro está raro conmigo. Te lo digo con la confianza que nos tenemos. No sé qué pensar. Bueno, sí, pero me cuesta verbalizarlo.

—Querida Begoña, si tu marido tiene una amante, no busques entre nosotras. Es un hombre, no te lo niego, muy atractivo, pero hasta donde yo sé, no ha mostrado un especial interés por ninguna. Quizás deberías de buscar en tu casa. He visto a Julia, la gobernanta de tu hogar, una mujer callada y que, a pesar de su cojera, tiene una belleza indudable, con grandes pechos y curvas muy insinuantes que se pueden ver a pesar de sus burdos vestidos. Con esto no te quiero decir nada, pero… yo estaría alerta, por si acaso. ¿Has notado alguna mirada de tu marido hacia ella?

—Pues la verdad, nunca la he visto con esos ojos. Es una mujer muy eficiente. Nos está muy agradecida porque la salvamos de una muerte casi segura en España a manos de la bestia de su marido. Es el causante de que tenga así la pierna, por unas de sus palizas.

—Vaya… qué barbaridad. Esos hombres merecían la horca. Tratar a las mujeres peor que al ganado. Piensan que somos una propiedad más. En cualquier caso, como te comento, observa a tu marido

cuando ella esté cerca. Yo no la perdería de vista. Cambiando de tema, ¿cómo se encuentra tu hijo?

—Pues no muy bien. Nuestro médico no nos ha dado esperanzas. Casi me cuesta estar a los pies de su cama. Porque sé que dentro de poco no estará. Está en los huesos y ver cómo luchan sus pulmones para que les entre el aire, observando su pequeño pecho subir y bajar con dificultad, es muy duro. Creo que una madre nunca debería de pasar por esto. Y mucho menos dos veces. Sé que Ramiro se encierra en su despacho y llora. Una vez le escuché, y a mí se me rompió el alma. ¿Qué puedo hacer para aliviar su dolor?

Y, en cuanto a mi pequeño, cada día paso con él un buen rato, me siento cerca de él y le leo esos libros de piratas qué tanto le gustan, imitando a los piratas abordando a los barcos. Él me sonríe…

Soledad… Voy a perder a mis dos hijos por la maldita gripe. No hay remedios ni brebajes que los salven. A veces creo que Ramiro, de alguna forma, me culpa por haberle dado unos hijos débiles. Daría todo nuestro patrimonio por salvarlo, te lo juro. Pero…

—Eso no es verdad y lo sabes. Mucha gente está muriendo. En nuestro país es una auténtica pandemia y está afectado a todos los estratos sociales.

—Cierto, pero ya no puedo tener más hijos. Ya no tendrá herederos. Y yo quedo como una mujer inservible. Me siento muerta por dentro. Y encima mis sospechas sobre esa amante. Estoy perdida.

—Reza y busca tu paz interior. Eres una mujer fuerte e inteligente. Sé que podrás. Mira todo lo que hemos pasado desde que abandonamos nuestro país. Llegamos aquí con una maleta llena de ilusiones y, de una u otra forma, las hemos conseguido: hemos triunfado y somos unas supervivientes.

—Tienes razón. Me encomendaré a Dios y rezaré para que me dé la paz interior que necesito. Gracias por esta comida y nuestra conversación. Me ha ayudado mucho. Ahora, si me permites, debo de ir a ver a mi hijo y continuar con la lectura de su libro favorito.

—Tranquila. En unos días voy a visitarte y charlamos de nuevo.

Después de comer con su amiga, se sube a su automóvil y, de camino a casa, no deja de dar vueltas a la conversación que han mantenido. Tiene mucho en lo que pensar.

Según llega, va a su dormitorio y se cambia de ropa para afrontar el ritual de siempre al ir a ver a su hijo. Hoy ha decidido que debe de terminar ese libro de piratas para empezar otro mañana.

La enfermera le comenta antes de entrar, que ha pasado el día tranquilo, sin grandes novedades.

Eso es una buena noticia, dentro de la desgracia.

Su hijo, como siempre, cuando la ve entrar le regala una sonrisa. Una sonrisa que ella atesora en su cabeza, porque no sabe cuánto tiempo le queda de vida a su pequeño.

Y, efectivamente, esa tarde terminó el libro con grandes risas por parte de su hijo, porque ella hasta escenificó un abordaje del barco pirata.

Por un momento, ambos, olvidaron la triste realidad.

CAPÍTULO 4

Unos meses más tarde…

La mansión Santaolaya está de luto, incluido el personal de servicio. Lloran la pérdida de Pablo, el segundo hijo del matrimonio, por causa de las fiebres.

Cuando el médico les confirmó que el final estaba cerca, Begoña no se separó de él. Hacían planes que ambos sabían que nunca podrían cumplir, como viajar en barco a España, y le cantaba sus canciones favoritas. El propósito de ella no era otro que lograr que su hijo abandonara esta vida con una sonrisa. Un alma inocente, que se marchaba demasiado pronto junto a su hermano.

El pequeño murió en sus brazos. A un lado estaba ella y al otro lado Ramiro. Él, por unos días, dejó de ser el exitoso hombre de negocios, para ser padre y esposo.

A partir del fallecimiento, en la casa reina un silencio sepulcral. Siguiendo la tradición de España, se tapan los cuadros y espejos y las cortinas se cambian por el color negro. Lo que no hacen es cerrar las ventanas ni las puertas al exterior. Ella vivirá, como hizo con su anterior hijo, en un estado casi de clausura.

Begoña está devastada. Vestida de riguroso negro, no ha perdido su elegancia. Hoy, para el sepelio, su vestido va adornado por el collar de varias vueltas de perlas que tanto le gustaba a Pablo. Del brazo de su marido, accede a la iglesia donde tendrá lugar el funeral.

Han sido unos días demasiado intensos. El pequeño ataúd ha estado expuesto en el salón principal de la casa, con sillas dispuestas por toda la estancia, para el velatorio. Por allí han pasado todas sus amistades y compromisos empresariales de su esposo. El servicio de la casa, en todo momento, ha estado pendiente de

revisar que los ceniceros estuvieran limpios y las bebidas frescas para ofrecerlas a los presentes.

Hoy por fin terminará todo, y podrá llorar en soledad la pena de perder a su segundo hijo.

En la cama, agotada, espera que hoy la visite Ramiro, para abrazarse y llorar por Pablo. Le necesita mucho. Hoy necesita el cuerpo y los brazos de su marido. Sentir su fuerza, su cariño.

Pero no será así, durante la noche escuchará pasos delante de su puerta. Ella, a la espera de notar los nudillos de su mano al otro lado de la puerta del dormitorio, se atusa el cabello que, como cada noche, Julia le ha cepillado durante bastante tiempo. Sin embargo, esos pasos no se detienen delante de su dormitorio y continúan sigilosos, pasillo adelante, hasta descender las escaleras.

Begoña, rota por la decepción, abandona la cama y, decidida a saber adónde va su esposo a estas horas, se pone una bata para seguirle haciendo el menor ruido posible. Sale de su dormitorio descalza, sin apenas haber abierto la puerta, el pasillo a esas horas de la noche está totalmente a oscuras. Se guía poniendo la mano en la pared.

Hoy sabrá la verdad, su corazón ya no soporta más dolor, pero vivir en la ignorancia todavía es peor. Necesita saber quién es el enemigo, en este caso, la enemiga.

Le sigue a cierta distancia. Ve que pasa de largo de la cocina, y se encamina a la zona de servicio. Ramiro ha debido escuchar algo a su espalda porque se detiene y gira la cabeza hacia la escalera. Ella ha sido rápida y se ha podido esconder tras un recodo. No la ha visto. Continúa su paso y ella, casi de puntillas, también. Se detiene delante del dormitorio de Julia y, con los nudillos, llama de forma suave a su puerta. Unos segundos más tarde, se abre la puerta y unos brazos se lanzan al cuello de su marido.

Acaba de tener la confirmación de sus sospechas. En lugar de consolarse con ella, ha buscado los brazos y el cuerpo de otra. La gran pregunta es desde cuándo son amantes.

Con la confirmación ante sus ojos, se da la vuelta y encamina sus pasos hacia su habitación con toda la dignidad que es posible, sabiendo que su marido está acariciando otro cuerpo que no es el suyo. Abre la ventana de su dormitorio y se sienta en una silla que hay en la terraza observando el mar en calma. Rompe a llorar, por la pena de la pérdida de sus hijos y de su marido.

Algo más tranquila, abre un libro y se pone a leer con la firme decisión de saber el tiempo que su marido pasa abajo, en la zona de servicio. Ni ella misma sabe el motivo. Tres horas más tarde, esos mismos pasos volverán a pasar sin detenerse en su puerta. Ella apagará la luz.

A la mañana siguiente, le cuesta mucho mirar a la cara a los amantes. Los observa detenidamente, mientras desayunan casi en silencio. Julia, como siempre, despachará con ella las incidencias de la casa en su día a día y Begoña dará indicaciones sobre el menú y si recibirán algún invitado. Su marido continúa leyendo el periódico y no ha dirigido ninguna mirada a su fiel sirvienta.

Más tarde irá a la iglesia a rezar, ahora mismo su fe es su gran refugio y el único sitio donde su alma atormentada encuentra algo de paz.

Duda sobre si decírselo o no a su amiga Soledad, que es quien la puso sobre la pista. Pero, ¿qué sentido tiene hacerlo? Si habla con Ramiro pueden ocurrir dos cosas, que lo niegue y se genere una gran discusión o que lo confiese… entonces ¿qué haría ella?

Padre ayúdame… estoy perdida.

Las visitas nocturnas de su marido a la habitación de Julia se suceden casi todas las noches. Y eso la desquicia. La relación entre ellas, antes estrecha, ahora, se ha vuelto más distante. Sencillamente, ver a su criada es ver el abandono de su marido.

Casi un año más tarde, la relación continúa y ella está sumida en una gran depresión. Tiene un sentimiento de pérdida. Todos la abandonan, sus hijos, su marido. La única vía de desahogo son las cartas a su prima que vive en Bilbao.

Querida prima:

Estoy atrapada en esta jaula de oro. Mi marido sigue manteniendo relaciones con la criada. A mi cuarto ya no viene ninguna noche. Somos dos extraños, viviendo en esta gran casa. Solo me coge del brazo cuando vamos a algún acto social. El resto del tiempo, soy invisible. Me culpo a mí misma porque no puedo darle más hijos. Mi función en la vida ha terminado. Solo me queda la fe en Dios y nuestras cartas.

Ante la sociedad, lo oculto, pero mi corazón ya no puede soportar más sufrimiento. Si al menos tuviera la suerte de no estar enamorada de él…

Muchas veces, sueño con la idea de… suicidarme, de reunirme con mis hijos. Ellos me amaban por encima de todo.

¿Qué pinto yo en este mundo?

Quiere que hagamos un viaje a España, a Ribadesella, su pueblo natal, porque desea construir una casa allí, como retiro. Quizás y solo quizás, alejados de esa arpía, nos reencontremos.

Esa es mi esperanza.

Espero ansiosa tu correspondencia.

Tu prima que te quiere.

Durante el viaje a España, con la finalidad de ver unos terrenos para construir su palacete, el matrimonio se reencuentra en la intimidad de su camarote, recuperan la pasión. Durante la travesía se les puede ver del brazo llegando al comedor de primera clase, bailando sin dejar de mirarse a los ojos. Son una pareja enamorada. Y en tierras asturianas continúan igual de apasionados. Ella está feliz, porque su marido ha regresado a sus brazos. Se mantienen alejados de Cuba unos meses, el tiempo que dura la travesía y la estancia en Asturias.

Hacen buenos contactos con indianos adinerados como ellos que llegan a esta parte de la costa, a sus raíces, para hacer una clara ostentación de su fortuna. Uno de los personajes más insignes con quien Begoña congenia mucho, es la marquesa de Argüelles, hija única de un rico indiano, que hizo su fortuna con el ferrocarril y el

tabaco y obtuvo su título nobiliario, de la mano del rey Alfonso XIII, gracias a los servicios prestados al ejército español durante la guerra de Cuba.

La marquesa es una mujer menuda, bajita y con gran temperamento, y sin duda una gran mujer de negocios, toda una visionaria, activa y emprendedora, que está empeñada en transformar todo este lado de la costa asturiana, impulsando su turismo. Es, como Begoña, muy avanzada para la época, pero no puede ejercer ningún poder más allá de las cuatro paredes de su casa, ya que los varones son quienes ocupan los puestos políticos y los asientos en los consejos de administración y la dirección de las empresas, aunque las herederas fueran ellas, como en el caso de la marquesa.

En esos meses ella es tan feliz, que le aterra regresar a Cuba y encontrarse de nuevo con Julia. Pensar en la posibilidad de que su marido regrese por las noches a su dormitorio no la deja dormir. Pero se hizo a sí misma el firme propósito de no pensar en esto y disfrutar del momento con su esposo. Quizás, y solo quizás, con el acercamiento de la pareja, Julia pasará a formar parte del pasado de él.

Begoña no conocía Ribadesella, le había escuchado muchas veces describir la belleza de la villa marinera, pero la realidad la supera. Su estancia allí es tan maravillosa que la prolongan más de lo previsto inicialmente. A eso ayuda, todo hay que decirlo, el acercamiento con los marqueses de Argüelles y el evidente entendimiento que existe entre las damas. Poco después, la marquesa, quedará viuda.

La marquesa es quien les insiste sobre el terreno que debían adquirir en la primera línea de la playa de Santa Marina, donde ya había alguna construcción imponente.

Los meses que estuvieron alejados son como un espejismo, puesto que, a su regreso a la isla, todo se esfuma.

De nuevo Begoña se convierte en invisible antes los ojos de su esposo y en una mujer taciturna.

Además, nada más regresar, nota varios cambios en su casa. El más importante, el cuerpo de Julia, se ha redondeado y sus pechos son ahora mucho más grandes. Sin duda, está embarazada. Y el padre de la criatura, lo tiene claro, es su marido.

Sentirse apartada de nuevo del dormitorio de su marido y ver a su criada embarazada, la vuelve loca. A partir de ese día, su único y gran consuelo es su fe en Dios. Ella, que siempre había sido una mujer recta, cae en un pozo sin fondo. Incluso algunos días, por la noche, que es su gran enemiga, empieza a beber más de la cuenta.

La gente comenzaría a rumorear cuando la preñez de Julia fuera algo más evidente, si es que no lo estaban haciendo ya, y enseguida vendrían los rumores sobre quién sería el padre. Y eso ella no lo lleva nada bien.

Una tarde, en su dormitorio, arreglándose para bajar al salón antes de la cena, se armó de valor y se decidió a hablar con Ramiro. Con paso decidido, abrió la puerta de su despacho, tan fuerte que hasta él se sobresaltó al estar ensimismado viendo unos documentos.

—Ramiro, creo que ha llegado el momento de tener una conversación.

—Ahora mismo, ¿estás sobria o ebria?

—Deja de humillarme y no lo digo sobre este último comentario que voy a obviarlo. Me refiero a tu relación con nuestra criada Julia. Esa mujer que acogimos en nuestra casa, tras huir de su hogar por las palizas que recibía del animal de su marido. Le salvamos la vida y la forma de agradecerlo es encamándose contigo y faltándome el respeto. Sé perfectamente que es tu amante desde hace mucho. Y que está embarazada. ¿Hasta cuándo tenías pensado ocultármelo? Que no se te olvide una cosa: la señora de la casa soy yo. Y la madre de tus hijos, también. Aunque desgraciadamente hayan fallecido. Pero he parido dos veces. Y este pequeño imperio que diriges, también es gracias a mí. Cuando te conocí eras tan solo un comerciante. Hoy eres un gran empresario en el sector de la caña de azúcar. ¿Me merezco esto? ¿Hasta dónde quieres dejarme en

evidencia? Dices que bebo. Sí, es cierto. Pero la culpa la tienes tú, por el dolor que me causa esta situación. ¿Acaso has pensado en abandonarme y fugarte con la criada?

Ramiro la escucha sin interrumpir, mientras fuma un gran puro.

—¿Has terminado?, —pregunta Ramiro.

—Sí.

—Bien. Pues me toca entonces hablar a mí. Tú eres mi mujer y lo serás siempre. Desgraciadamente, perdimos a nuestros hijos. Y ambos, a nuestra manera, hemos llorado esas pérdidas. Begoña, yo te quiero. Tenlo por seguro. Julia es una criada y lo será siempre. Jamás ocupará tu lugar. Soy consciente de lo fuertes que somos juntos y que parte del éxito de la empresa ha sido gracias a tus relaciones con las mujeres de personas influyentes aquí. Y sí, está embarazada. Necesito un heredero y tú no puedes dármelo.

—No entiendo adónde quieres llegar.

—Déjame terminar.

—Perdón. Continúa.

—Bien. No lo he hablado con ella, pero ese hijo debería ser nuestro y, cuando nazca, criarlo nosotros. Ella podrá estar cerca, más que nada porque lo tendrá que amamantar. Pero llevará nuestros apellidos.

—¿Y cómo quieres que la gente se lo crea?

—Sencillo. Llevarás un relleno debajo de tu ropa. Hasta el nacimiento.

—¿Me estás diciendo que te has acostado con ella, para tener un heredero? ¿Te he entendido bien?

—Básicamente, sí. Y si lo piensas bien, te darás cuenta de que es un plan perfecto.

—Lo tengo que pensar…

—No hay nada que pensar, porque el plan, como ya sabes, está en marcha.

—¿Y si es niña? ¿Seguirás encamándote con ella hasta tener a un varón?

—Sinceramente, no lo he pensado.

—Sé que me dirás que estás de acuerdo. Y por eso, para anunciar tu embarazo, daremos una maravillosa fiesta. Los invitados creerán que, en nuestro viaje a España, te quedaste preñada.

—Quizás… tengas razón. Pero julia sobre este plan… ¿Qué opina?

—No lo he hablado, y creo que no debo darle muchas explicaciones. Soy el padre y le puedo dar una buena vida y oportunidades, como ir a la universidad y heredar nuestra empresa y propiedades. Eso es todo. Ella estará cerca de él, pero manteniendo las distancias. Esta noche nos vemos en la cena. Ahora tengo mucho trabajo.

—Bien querido.

Al otro lado de la puerta, Julia ha estado escuchando toda la conversación. Acaba de darse cuenta de que el señor de esta casa no siente nada por ella. Solo buscaba una mujer fértil para tener un heredero, y ella era la más cercana. Siempre será una sirvienta, nunca una señora. Él está enamorado de su mujer. Es consciente de que les tiene que estar agradecida por salvarla de una muerte segura, pero con este embarazo casi rozó la idea de cambiar su vida a mejor, siendo la señora o la amante de un gran empresario y dejando de ser una criada. Pero cada uno nace en un estrato y el suyo está unos cuantos peldaños más abajo.

Sobre dar a su hijo al matrimonio... Lo tiene que pensar. Es cierto que con ellos no le faltará de nada y si es como ha creído entender, aunque sea a cierta distancia, podrá ver cómo su hijo crece. Frente a los poderosos señores no puede hacer nada, así que, de momento, seguirá actuando como siempre, esperando que llegue la noche para recibir la visita de Ramiro.

De forma sigilosa, regresa a sus quehaceres, antes de que Begoña abra la puerta y la pueda pillar escuchando tras la puerta.

No pueden demorar mucho hacer pública la noticia sobre el embarazo, porque a Julia se le empieza a notar demasiado. Aunque todavía no han mantenido la conversación con ella, la pareja sabe que no se puede negar, porque él es el padre y tiene sus derechos.

Ha llegado el momento de plantear la verdad sobre su embarazo. Begoña baja a las cocinas, sabe que, a esa hora, lo normal es encontrarla allí, durante el descanso de la tarde hasta la hora de la cena, en la que servirá la mesa.

El personal se sorprende al ver a la señora en esa zona de la casa, no es nada habitual. Juri, la cocinera, que está desplumando una gallina, también.

—Señora, ¿necesita algo?

—No, no. Muchas gracias, vengo a ver a Julia.

—Julia, por favor, cuando pueda, mi esposo y yo la esperamos en el despacho. Le queremos comentar unos detalles.

—Muy bien, señora, voy ahora mismo.

Ambos están sentados en el sofá esperando a que llegue su criada.

Julia, antes de entrar, da con los nudillos en la puerta, esperando el permiso para acceder al despacho. Sabe perfectamente el tipo de conversación que quiere mantener con ella el matrimonio Santaolaya y está preparada.

Decide quedarse en el centro de la estancia, a cierta distancia de la pareja.

La primera en hablar es Begoña. Ramiro, en este caso, prefiere tener un papel secundario, porque considera que ella tendrá más tacto ante lo que van a plantear.

—Por favor, siéntate. Tenemos que hablar.

—Gracias. Estoy bien de pie.

—Como quieras. Esta conversación no debe salir de aquí. Es importante para todos y puede suponer un gran cambio en nuestras vidas. Y que conste que no es nada fácil. Pero hay que abordarlo. Sé

que estás embarazada. Por mis cuentas, de casi cuatro meses, eres delgada y el bombo todavía no se nota, pero tus redondeces y tus pechos delatan tu estado. No tienes marido, ni prometido, pero sabemos quién es el padre de esa criatura. Mi esposo. Desgraciadamente yo, después del segundo parto, como sabes, ya no puedo tener más hijos. Por eso te queremos plantear que, cuando nazca, sea nuestro hijo. A fin de cuentas, su padre es mi marido. Llevará una vida buena, en la que no le faltará de nada. Podrá formarse donde quiera y ser lo que desee. Cuidaremos de él y, en un futuro, será el heredero de la empresa de Ramiro. Nosotros pondremos a tu nombre una tierra en Asturias para que, cuando seas anciana, puedas vivir dignamente. Creo que es una oferta bastante buena.

—Y su embarazo… ¿Cómo lo va a hacer?

—Llevaré un relleno en mis vestidos. Como sabes coser, durante este tiempo me tendrás que confeccionar tú la ropa. No puedo ir a la modista y que descubra la farsa. Cuando estés a punto de parir, nos iremos a la hacienda para que nazca allí.

—¿Y si me niego?

—Bueno, si deseas criarlo tú, el panorama es mucho más negro, como sabes, jamás podrías volver a tu tierra con un bastardo y sin fortuna. Te tendríamos que casar con un cualquiera para tapar tu falta. Pero no es un buen plan, piénsalo bien, tú estarías cerca del niño o niña. No te alejaríamos de él, entre otras cosas porque tendrías que amamantarlo. Somos gente de palabra. Recuerda que te acogimos de tu huida de España y el estado en que llegaste.

—Me lo recuerdan muy a menudo.

—Julia, nos guste o no, cada uno tenemos nuestro lugar en el mundo.

—Entonces, si acepto, pasaría a ser la cuidadora de mi hijo y me comprarían un terreno en España, ¿no?

—Eso es y te asignaríamos una cantidad de dinero. Seguirás trabajando en esta casa, pero con la vida resuelta. Créeme. ¿Estás de acuerdo? No hay tiempo que perder, porque, si aceptas, lo

tendríamos que hacer oficial ya, me refiero a mi embarazo. Y a partir de ahí, comenzaríamos con la pantomima del relleno. Entendemos que necesites tu tiempo. Mañana por la mañana, después del desayuno, nos vemos aquí de nuevo y nos comentas tu decisión.

—Bien. Pues regreso a mi trabajo y mañana les comento lo que he decidido. Pero antes de irme, me gustaría preguntar al señor si todas esas noches que ha pasado conmigo, era porque sentía alguna atracción por mí o simplemente vio en mí la posibilidad de encontrar a una mujer a la que preñar para tener un descendiente.

—Creo que estás siendo una descarada, —contestó Begoña.

—Bueno, estamos hablando con sinceridad y es el futuro de mi hijo y el mío el que se está jugando aquí. Así que, sinceramente, me lo debe.

Ramiro se remueve un tanto incómodo en el sofá. No esperaba esa pregunta tan directa por parte de Julia.

—Julia, eres una mujer atractiva, sin duda. Pero mi corazón pertenece a mi mujer. Nunca la abandonaría y ella siempre será la señora de esta casa. Me he portado bien contigo. Otros señores abusan de su posición de forma irrespetuosa, creyendo que el servicio de sus casas es una propiedad más y, en mi caso, no ha sido así. ¿No es verdad?

—Cierto. Supongo qué hasta cierto punto, le tengo que estar agradecida. Ha sido un amante cariñoso.

Ahora es Begoña la que se acomoda incómoda en el sofá. No está siendo una conversación agradable de escuchar. Ha sufrido mucho por la infidelidad de su marido, tanto que incluso la llevó a beber más de la cuenta. Pensar en ellos dos desnudos, retozando en la fría habitación de la criada, le provoca arcadas. Pero solo tiene que pensar que, en unos meses, volverá a tener en sus brazos a un bebé que llevará sus apellidos y que llenará de felicidad esta casa, demasiado grande y silenciosa.

Cuando el matrimonio se queda a solas …

—Ramiro ¿crees que aceptará? Si quieres que te diga la verdad, cuando os descubrí, me hundí, pero ahora estoy ilusionada con la posibilidad de tener de nuevo un bebé en mis brazos. Ser madre otra vez. Aunque no lleve mi sangre, te garantizo que lo querré igual o más, si cabe, porque es mi última oportunidad.

—Yo estoy convencido de que aceptará. Es una mujer lista. Estará cerca de su hijo, aunque no ejerciendo de madre, solo tiene que mantener cierta distancia y, a cambio, se convertirá en propietaria de una tierra en España y dinero no le va a faltar. Ella posiblemente conocerá algún día, quién sabe, a un hombre con el que rehacer su vida y tener descendencia.

Julia ha intentado contener su rabia en el despacho frente a la pareja rica para la que trabaja, que han hecho toda una ostentación de su poder. Se siente humillada. Pero es consciente de que es un buen intercambio. Le permitirán estar cerca de su hijo, verlo crecer y tener opciones de futuro que junto a ella se verían mermadas. Esa noche no recibe la visita de Ramiro en su dormitorio, se lo esperaba. Quiere dejarla meditar sobre su futuro y el del pequeño que lleva dentro, así como el de la pareja para la que trabaja. Demasiadas personas involucradas.

Apenas puede dormir, pero con las primeras luces del día, ha tomado una decisión. Y es aceptar. Ella sola no puede criarlo, esa es la razón que más ha pesado, y cuya consecuencia, como apuntaron, sería casarla con un desconocido ¿Quién querría casarse con una mujer preñada de otro? Ya tuvo en España la mala experiencia de un mal matrimonio. No lo va a repetir. Se dedicará al cuidado de su hijo y lo hará siendo una mujer, a su nivel, relativamente acomodada.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, después del desayuno…

Una vez recogidos los servicios del desayuno, Julia, como siempre, va a la cocina para hablar de los menús del día y comprobar que la vajilla y la cubertería que se pondrán hoy estén en perfecto estado. Terminada esa faena, va al gabinete del señor para hablar con el matrimonio.

Con paso decidido, llega a la puerta y llama con los nudillos, a la espera de respuesta y permiso para entrar.

—Adelante, —responde Ramiro.

—Buenos días. Ya estoy aquí. Perdón por el retraso, pero tenía asuntos en la cocina. Bien, sé que están esperando mi respuesta. Lo he pensado mucho a lo largo de esta noche, sola en mi habitación, —mira de reojo a Ramiro, en una clara indirecta por su no visita la noche anterior—. He decidido aceptar el trato. Pero lo quiero todo por escrito y firmado por usted. Necesito que se refleje la cantidad de dinero que voy a recibir y también el terreno en España a mi nombre. Ya que voy a vender a mi hijo por una vida mejor, quiero mis garantías.

—Es justo y lo entendemos. Por eso ya teníamos redactado el documento donde nos cedes la crianza del bebé. El resto del acuerdo también está detallado. Sabes leer, así que tómate tu tiempo antes de firmar. Como ves, no hay engaño por nuestra parte. Así todos estaremos protegidos, —responde Ramiro—. Siéntate, por favor, y lee antes de firmar. Yo también lo firmaré. Si tienes alguna duda, dínoslo, por supuesto. No queremos que te sientas engañada en ningún aspecto. Nosotros hemos sido absolutamente sinceros contigo.

—Antes de leer y puesto que estamos hablando de sinceridad, me gustaría saber algo.

—Claro, ¿cuál es tu duda?

—¿Y si es una niña? ¿Me seguirá buscando hasta que tenga un varón?

—No seas descarada Julia, —responde Begoña, rotunda—. Si eso ocurriera, ya veríamos. Ahora estamos negociando este embarazo y cómo dar una buena vida a tu hijo.

—Claro, mi hijo e hijo del señor de esta casa.

—Julia, te lo repito, no seas descarada. Estás colmando mi paciencia. Lee los documentos y firma. Mi marido también lo hará. Esta noche comenzarás a coser el relleno que iré llevando hasta que nazca el bebé y desde ahora solo tú me ayudarás a vestirme. Te convertirás en mi asistente personal.

—La gente preguntará por mi embarazo...

—Sí, ya te lo han notado, y si se plantea quién es el padre, diremos que un novio que no ha querido responsabilizarse. En breve dejaremos que *se note* el mío. Por eso nos iremos a la hacienda en Trinidad con nuestros embarazos y, desgraciadamente, tu hijo nacerá muerto. Pasados unos meses, yo regresaré con mi hijo en los brazos y, como tú desgraciadamente has perdido el tuyo, amamantarás al mío.

Julia se toma mucho tiempo para leer cada punto detallado. Aquí tiene un futuro garantizado y podrá regresar a su tierra con garantías. Sabe, por parientes con los que se cartea, que el malparido de su marido ha fallecido porque en un desprendimiento de la montaña, estando con el ganado, una roca lo aplastó. Así que, oficialmente, es viuda. Nadie tomará represalias cuando vuelva a su adorado valle.

Con mano firme, pone la pluma en su mano y firma el contrato.

Firmados los documentos, el acuerdo está en marcha.

—Pues a partir de ahora se podría decir que soy una mujer medianamente rica.

—Eso es. Aquí tienes el título de propiedad del terreno en España.

Una semana más tarde, el matrimonio celebra una gran fiesta para anunciar el inesperado embarazo. Julia ya ha confeccionado el primer relleno, tomando como referencia su propia barriga.

Durante la cena, las damas no pueden dejar de preguntar ante la sorprendente noticia del inesperado embarazo.

—Querida, veo que el viaje a España fue de lo más productivo. Según tengo entendido, habéis adquirido a través de los marqueses de Argüelles una gran extensión de terreno en primera línea de playa y encima embarazada. Después de tantas desgracias como habéis vivido, os merecéis esta buena noticia.

—Es verdad. Nosotros tampoco lo creíamos. Es como si Dios y mi fe se hubieran puesto de mi lado y me hubieran compensado por todo nuestro dolor.

—Desde luego, —afirma Soledad—. Es un milagro.

El resto de las conversaciones que se fueron cruzando entre las damas, una vez agotada la novedad del embarazo, fueron más en la línea de siempre, centrándose en esta ocasión en las últimas tendencias que llegaban de París, con esa nueva diseñadora francesa, *Coco Chanel,* y sus rompedores pantalones que ven en las turistas americanas que vienen de vacaciones a la isla.

Terminada la cena, los caballeros, como siempre, se retiran para hablar de negocios y fumar su habano a la biblioteca, mientras ellas toman sus cafés e infusiones en el jardín.

Begoña sabe que ahora le toca contestar a infinidad de preguntas, ya que han pasado muchos años desde el último

A raíz de su pacto y para evitar que por alguna indiscreción el plan se pueda ir al traste, Julia ya no sirve ni recibe a los invitados. Así no verán su embarazo y no harán según qué preguntas. Y eso llama la atención entre las invitadas, puesto que lo habitual era verla atendiendo siempre a los invitados.

—Por cierto, hoy no he visto a Julia. ¿Es una criada muy fiel o es que ya no trabaja en esta casa? —pregunta Elisa, la mujer del gran

empresario del ron Bacardí.

—Sí que lo es y sí, continúa con nosotros y, francamente, espero que por muchos años. Ahora es mi asistente personal, por eso ya no está en el comedor.

—Vaya. El otro día una de mis criadas la vio en el mercado y me comentó que había engordado mucho. ¿Es cierto?

—Creo que sí… pero no he reparado mucho, la verdad,—responde vagamente.

Curiosamente, le lanza esa pregunta alguien de quien toda la isla es sabedora de que su marido tiene corriendo por la hacienda unos cuantos bastardos.

Cuando al final de la jornada cierra la puerta de su dormitorio, Begoña está exhausta. Ha sido una velada francamente agotadora.

Ya suponía que presentarse ante el escrutinio de todo el mundo y responder con naturalidad a todas las preguntas que le harían por la sorprendente noticia del embarazo le iba a suponer una gran tensión, pero parece que ha salido triunfante.

Mientras se cambia para ponerse en camisón, cae en un detalle importante. Ramiro le aseguró que no estaba enamorado de Julia, pero hay una verdad, la atracción que siente hacia la criada es mayor que hacia ella, porque, aunque el embarazo está más que confirmado, lo cierto es que sigue escuchando, gran parte de las noches, sus pasos por delante de su puerta sin pararse.

Casi como un ritual, a la espera de saber si su esposo la visitará, ella siempre se perfuma y se cepilla su melena con esmero para que siempre la encuentre atractiva y deseable. Y olvide a Julia.

Ramiro le aseguró que era a ella a quien amaba, y le creyó, pero es obvio que por Julia siente pasión y por ella solo el respeto de ser su mujer. Una le calienta la cama y el cuerpo y la otra hace el papel de la perfecta anfitriona.

Él lo tiene todo y ella las migajas…

Pero esta vez no caerá en la espiral de destrucción. Esta vez será fuerte por el hijo que tendrá en unos meses en sus brazos.

Esa noche, en su escritorio, le dedica un tiempo a escribir una carta a su prima de Bilbao para darle la buena noticia.

Querida prima:

Espero que te encuentres bien.

Nuestro viaje a España ha sido maravilloso, lástima que no pudiera visitarte en Bilbao. Hemos adquirido un bonito terreno frente al mar en Ribadesella, lugar de nacimiento de Ramiro. Me parece un lugar precioso. Allí, como seguro sabes, nos llaman indianos, un nombre curioso para aquellos que abandonaron sus aldeas en busca de fortuna como mi marido.

Después de nuestra desgraciada pérdida, como te he contado encontré paz gracias a mi fe y nuestro Señor ha obrado en mí el maravilloso milagro de quedarme de nuevo embarazada. Ahora mismo estoy de casi cuatro meses.

Rezo todos los días para que este hijo que llevo en mis entrañas sea un bebé sano y que la vida no nos lo arrebate y pueda verlo crecer.

Ramiro y yo no podemos estar más felices.

Sé que al leer estas líneas también te alegrarás por mí.

Tu prima que te quiere…

Con esta carta ya todo el mundo estará enterado de la buena nueva y el plan ya está perfectamente estructurado. Solo espera que los meses transcurran rápidos para poder ver la carita del bebé al que, sin nacer y sabiendo que no es suyo, ya quiere con todo su corazón.

Ese niño será el motor de su vida.

CAPÍTULO 6

Ribadesella, en la actualidad.

Las obras de rehabilitación están siendo un auténtico suplicio. Toda la construcción es un amasijo de andamios y operarios entrando y saliendo.

El interior de la casa prácticamente ha sido modificado en su totalidad, excepto el torreón, donde se situaba el inexpugnable dormitorio del abuelo y que será el dormitorio principal también ahora, incorporando un gran vestidor con acceso directo al baño dentro del dormitorio. Como toque nostálgico, Rocío ha decidido quedarse con la vieja mecedora, que tiene pensado restaurar.

La vivienda ha recuperado su majestuosidad. La galería acristalada de la primera planta ya ha sido restaurada con gran aislamiento térmico y la fachada ya no tiene ese aspecto un tanto siniestro; ahora su mezcla de estilos clásico y barroco con algún toque modernista reluce con todo su esplendor.

Es una característica construcción de Asturias, llamada de *Indianos* debido a que muchos lugareños que, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, emigraron a Iberoamérica para hacer fortuna, y aquellos que la conseguían era frecuente que regresaran a sus pueblos para retirarse construyendo estos palacetes en un claro gesto de ostentación. Incluso muchos de ellos se convertían en mecenas del pueblo, donando grandes cantidades de dinero para mejorar escuelas, parques, …

Rocío pasó bastantes tardes en la biblioteca y en el Colegio de Aparejadores de Asturias, viendo sus archivos, investigando sobre estas viviendas: no quería que, con sus obras de remodelación y adecuación, se perdieran aspectos importantes de su decoración original, como ocurrió con algunas otras de estas casas, sobre todo en los años 70.

La verja de hierro forjado de la entrada, que dejaba ver el jardín, mostrando la riqueza de la casa, ha sido totalmente restaurada.

Las nobles maderas del suelo han sido renovadas por baldosas de color gris claro que dan calidez. De la vivienda original se ha mantenido el artesonado del techo y algunas de las lámparas de araña que colgaban desde hace muchos años. En definitiva, es una perfecta combinación del pasado y del presente.

El jardín también está sufriendo modificaciones: se ha incorporado una piscina, huerto, zona de hamacas y horno de leña. Aquí también ha sido fundamental la investigación que ha realizado; las palmeras que no estaban secas, las podarán y mantendrán: eran el símbolo del éxito cosechado y el origen de la fortuna. Y, por supuesto, el magnolio, gran símbolo de las casas de indianos, se mantiene, acompañado de especies habituales, exóticas en aquella época, como buganvillas o camelias, que también estaban el jardín original. Lo que sí ha eliminado ha sido la fuente que había imitando un estilo italiano y que estaba destrozada, totalmente irrecuperable.

Llevan casi once meses con la remodelación y creen que todavía les falta.

Pero mientras, la pareja va adaptándose a su nueva vida en Ribadesella.

Su clínica dental ya está a pleno rendimiento. El local se encuentra muy cerca de su vivienda temporal, lo que les permite comer en casa e incluso descansar un poco antes de regresar a la consulta, un lujo con respecto a la vida en Madrid. Están felices lejos del bullicio de la capital.

Los fines de semana, por ejemplo, aprovechan y, con la bici, hacen diferentes rutas por los bosques de eucaliptus. Si vienen amigos, recorren la provincia, dando buena cuenta de la gastronomía. Y siempre tienen que escuchar las mismas frases sobre la envidia que les tienen por el nuevo planteamiento de vida en esta encantadora villa asturiana.

Ellos, con una sonrisa perenne, siempre contestan lo mismo, es cuestión de planteárselo en serio y hacerlo. Y aquí están.

Pero todo lo bueno llega. Por eso, tras terminar la obra y limpiar y acomodar todos los muebles a su gusto, hoy celebran la fiesta de inauguración de la casa de sus abuelos. Está emocionada. Además, sus padres estarán con ellos unos días más. El resto, tras el fin de semana, regresarán a sus ciudades…

Y todo lo bueno termina. Una semana más tarde despiden a sus familiares y se podría decir que, a partir de ahí. es su nuevo comienzo en el palacete del abuelo.

Hay un enorme silencio en la casa. Tanto que hasta sus pasos retumban por el pasillo.

Se acuestan en la cama agotados, hoy sus cuerpos no se buscan. Se despierta en mitad de la noche, porque está casi segura de escuchar pasos fuera. Concentra todos sus sentidos al otro lado de la puerta. Está totalmente despierta y totalmente convencida de lo que ha escuchado. Alguien está al otro lado de la puerta. No solo eso: un frío glaciar se instala en el dormitorio, tanto que el cuerpo de Rocío se estremece. Observa a Alejandro y nota que duerme plácidamente. Decide que no quiere despertarle con tonterías.

¿Solo ella advierte esa presencia?

Duda unos segundos sobre si salir o no de la cama y abandonar el dormitorio, siempre ha sido una mujer curiosa, pero también miedosa. Sin embargo, algo la impulsa a abandonar el calor de la confortable cama.

Por eso, finalmente, se pone las zapatillas y una bata y abre la puerta del torreón. Ahora la casa está en la más absoluta oscuridad y en silencio. Enciende la luz de la escalera para descender a la planta de abajo. Lo hace con mucho cuidado, agudizando todos sus sentidos.

Definitivamente, estoy demasiado cansada y escucho cosas que no son.

Se gira para regresar al dormitorio y, en la cocina, escucha un cajón.

No puede ser… ¿Qué está pasando?

Cuando llega a la cocina se encuentra efectivamente un cajón abierto. Comienza a sudar por el miedo.

Ese cajón… antes de irme a dormir ya estaba abierto. Seguro.

No se atreve a acercarse al cajón, pero al salir de la cocina oye de nuevo un ruido y, al girarse, ve que el cajón se ha cerrado.

Esto no es normal.

Mañana se lo comento a Alejandro. Probablemente, se descojone de mí.

Presa del pánico, regresa a su dormitorio, encendiendo a su paso todas las luces que encuentra.

Alejandro continúa durmiendo, ajeno a todo lo que ha vivido en la cocina.

¿Estoy realmente despierta? O lo estoy soñando…

Dentro de la cama, no puede dormir porque lo ocurrido es bastante extraño. Y sabe que no ha sido ninguna alucinación.

Parece que tenemos inquilino y no somos bien recibidos. Lo siente. En ese instante, recordó lo extraño que le pareció el movimiento de la mecedora que se empeñó en conversar, y que ahora observa desde la cama, en el mismo lugar que ha permanecido durante muchos años.

A la mañana siguiente no hay rastro de los extraños acontecimientos de la noche anterior, todo está en orden.

Parece que todo es así cuando está Alejandro, y solo si Rocío está sola, entonces sí, pueden ocurrir cosas. Decide no comentarle nada de momento.

¿Es a ella a la que no quiere? O más bien, es al contrario.

¿Quién eres?

Algo en su interior le dice que no le quiere hacer daño. Pero si de algo está convencida es que no se va a quedar quieta. Necesita saber qué demonios está ocurriendo. Y una forma de empezar, es conociendo un poco más acerca de la historia de la casa. Y para eso nadie mejor que su madre.

Ese día, por la mañana, no va a ir a la clínica, tiene mucho que hacer en casa, y aprovechando que Alejandro está fuera, la llama.

—Hola mamá, estaba dando vueltas a algunas cosas que sé acerca de la casa. Ya sé que la construyeron mis bisabuelos, ¿pero ellos regresaron solos o trajeron a personal de Cuba?

—Pues hija, vinieron tus bisabuelos, tu abuelo y la persona de confianza que estaba allí con ellos, que se llamaba Julia. Tu abuelo la quería mucho. Dice que fue su segunda madre. Tus bisabuelos se portaron muy bien con ella, por lo visto, agradecidos a sus años de servicio, le compraron una casa ahí mismo, en Ribadesella, y hasta donde sé también le dieron una buena cantidad de dinero para la época. Pero ella nunca quiso dejar la casa ni al abuelo, aun cuando ya era adulto.

—¿Y cómo puedo localizar la casa?

—Pero qué vueltas estás dando. No entiendo tu interés ahora por algo de hace más de cien años.

—Ya sabes que soy curiosa.

—Rocío, no tiene mucho sentido. De verdad. Déjalo.

—Mamá, te noto rara. Más bien parece que escondieras algo.

—Hija, ¿qué te voy a ocultar?

—Pues no sé, pero cuando empiezas así…

—Vamos a cambiar de tema, anda. Dime ¿estáis ya totalmente instalados? Porque hasta ahora habéis estado acompañados.

—Hasta cierto punto, sí. Pero este caserón es demasiado grande para nosotros dos.

—Pues ya sabes… dame nietos. No me podrías hacer más feliz.

—Tiempo al tiempo. Mamá, te dejo que hoy he decidido abrir unas cajas de libros y ponerlas en nuestra maravillosa biblioteca.

—Muy bien, cariño, hablamos.

Cuelga con su madre y, no conforme, sube a curiosear a un altillo que hay justo al lado del torreón, del que aún no han tocado nada, porque no hacía falta reforma y no sabe ni lo que hay dentro.

Es un espacio bastante grande, lleno de trastos y con mucho polvo. Hay diferentes baúles de cuero, con las cerraduras rotas. Abre uno de ellos y descubre que dentro hay vestidos que, aunque no entiende mucho de moda de la época, casi aseguraría que son de su bisabuela. También hay sombreros e incluso zapatos.

Esto para carnaval no tiene precio, para ir de novia cadáver.

En otro baúl igual de grande hay ropa de caballero, también muy elegante. Y en un tercero, ropa de niño, entiende que del abuelo.

En otra maleta, cuando la abre, encuentra para su sorpresa un juego de tocador de plata. El espejo está en mal estado, pero cree que se puede restaurar, en el mango ve talladas las iniciales entrelazadas de BS, *Begoña Santaolaya*.

Sentada en el polvoriento suelo, escucha el coche de Alejandro y decide bajar a saludarle. De momento, no va a comentarle nada sobre el hallazgo.

—Hola cariño. He aprovechado y me he puesto a colocar nuestros libros, que todavía teníamos en cajas, en la biblioteca.

—Me alegro que te haya cundido. Antes de comer me apetece tomar una cerveza ¿A ti?

—Mucho, vamos al porche que hace muy bueno.

—Perfecto, siéntate que las llevo en una bandeja.

Unos minutos más tarde, la pareja disfruta de esa cerveza, relajados, observando su maravillosa vista a las montañas y el mar. Tras la comida, salen los dos hacia la clínica.

Cuando regresan por la noche, agotados de la tarde llena de pacientes, al pasar por delante de la biblioteca ven encima de la mesa unos libros con títulos muy conocidos, pero que no reconocen como suyos.

Las novelas de Julio Verne.

—¿Estas novelas son tuyas?

—No. Son infantiles, me las he leído, pero de eso hace mucho. Deben de tenerlas mis padres.

—Parecen muy antiguas.

Rocío abre uno de ellos y, efectivamente, la fecha de publicación es de primeros de 1900. Casi una primera edición.

Dejan los libros encima de la mesa y van a la cocina a preparar la cena mientras toman una copa de vino blanco fresco. Después, en el salón, ven un rato la tele y suben a su dormitorio.

Casi quedándose dormida, de nuevo siente el frío glaciar y, al abrir los ojos, acostumbrándose a la oscuridad del dormitorio, nota como si alguien la estuviera observando.

Efectivamente, en una esquina ve una sombra sentada en la mecedora, meciendo a un bebé. Pestañea varias veces para asegurarse de que está despierta. Quiere gritar, pero de su garganta no sale ningún sonido. Pero no se siente intimidada por esa presencia, de alguna manera, sin poder explicarlo, conecta con ella. La observa, sus ropas son vulgares, no de una gran dama como pudieran ser su bisabuela o su abuela.

Creo que los vestidos del armario son de ella.

¿Quién eres?

De repente, desaparece. Ella permanece sentada en la cama, sin poder dejar de mirar a ese rincón. Ha sido real, no un sueño. Sabe que no le quiere hacer daño y que es a ella a quien busca.

Quedándose dormida, un pensamiento cruza por su cabeza: *mañana regreso al desván y pienso abrir todos los baúles. Creo que esta aparición quiere darme un mensaje y casi daría mi mano a que se refiere a mi abuelo*.

A partir de ese día, después de comer, que Alejandro siempre aprovecha y descansa un rato con una breve siesta, va al desván para saber más sobre el pasado de su familia, ese que nadie le cuenta o tal vez desconocen. Pero sabe que hay un secreto por descubrir.

Ha subido con una mochila, entre otras cosas para llevar a reparar el juego de tocador de su bisabuela.

Hasta ahora, no hay nada más que ropa, zapatos, bolsos, pamelas… nada de interés.

Pero está segura que en estos baúles antiguos había un falso fondo, y ahí podría encontrar respuestas. Con sumo cuidado, va sacando todas las prendas del interior y, una vez vacío, busca ese bolsillo o doble fondo, pero nada.

Vaya… en las películas siempre lo llevan.

De repente, una voz en su interior le dice… *ese no es el baúl donde debes de buscar.*

—De acuerdo, pero hoy no pienso rebuscar más aquí. Pero el juego de tocador me lo llevo para que lo restauren. Y se lo voy a comentar a mi madre, quizás ella lo quiera.

Lo dice en alto, como si pretendiera que esa aparición que la acompaña, la pudiera escuchar. Mira la hora y tiene que salir de allí para asearse y regresar a la consulta.

En el bolso lleva el juego de tocador, porque cerca de la clínica hay una joyería en la que quiere ver si se lo pueden restaurar.

A media tarde, entre paciente y paciente, se acerca.

—Buenas tardes, traigo esta antigüedad para reparar el espejo y limpiar bien la plata. No sé si ustedes me pueden ayudar.

—Veamos… es una maravilla. Desde luego que es antiguo. No hay problema. Aquí lo podemos hacer. Pero una curiosidad ¿A quién pertenece?

— A mi bisabuela.

—Eres la nueva propietaria del palacete de Ramiro Santaolaya. Tu abuelo fue un médico muy querido. Ayudó a mucha gente.

—Me honra escuchar esto. Muchas gracias ¿Cuándo lo tendría? No me corre prisa, pero por saber un tiempo aproximado.

—Te llamo cuando sepa algo.

—Perfecto. Regreso a la clínica que en cinco minutos tengo el siguiente paciente. Buenas tardes.

Visitar a diario el desván casi se convierte en un ritual para ir descubriendo la historia de su familia. O eso espera.

Hoy, entre los sombreros y sombrillas, encontró un paquete de cartas. Su corazón casi da saltos de alegría.

Mira la fecha y es de principios de siglo XX, son de su bisabuela a su prima de Bilbao.

Se sienta en el suelo y con las piernas cruzadas, se olvida de todo y se concentra en la lectura.

Querida prima:

Mi corazón está roto en mil pedazos, mi hijo mayor llevaba días con altas fiebres, sin apenas tomar alimento. Su pequeño rostro cada vez está más pálido, y sus bonitos ojos están rodeados de oscuras ojeras. Mi pequeño príncipe.

El médico hoy nos ha dado el peor diagnóstico que pudiera existir, tiene la gripe española.

Este mal, como sabes, no tiene cura y, salvo un milagro, mi adorado hijo no llegará a la edad adulta.

Ramiro, roto de dolor ante la noticia, se ha encerrado en su despacho y no ha salido lo que resta del día.

Yo he ido a llorar a mi dormitorio, pero después me he recompuesto y he ido a pasar lo que resta de tarde con mi hijo. Como la habitación tiene un pequeño balcón, hemos puesto ahí una butaca y ha estado un rato al sol de la caída de la tarde.

¿Mi corazón es tan fuerte para aguantar este dolor?

Tu prima que te quiere…

Rocío, al terminar de leer esta carta tan desgarradora, no puede reprimir las lágrimas. Se pone en la piel de esa madre que sabe que su hijo va a morir más pronto que tarde y debe de ser demoledor.

Por hoy, da por concluida su incursión en el desván.

El resto del día transcurre sin más novedad.

Pero la noche siempre espera alguna señal que vaya incorporando datos sobre la intrahistoria de su familia qué, sin duda, existe.

A mitad de la noche, el ya familiar frío glaciar la despierta. Sabe que le espera un nuevo capítulo desconocido de esa aparición, también desconocida, que necesita contar su historia…

Esta vez escucha voces en el jardín. Son las risas de un niño.

Descalza, sale de la cama, se pone sobre los hombros una manta fina y se asoma por la ventana.

El jardín que visualiza no es el actual, está configurado como antes, rosales esparcidos por la vasta extensión, hortensias de diferentes colores, alrededor del pozo…

Visualiza a un niño de corta edad, diría que entorno a los diez años, con pantalón corto y calcetines verdes por debajo de la rodilla, no deja de sonreír, una mujer de mediana edad juega con él. Su vestuario no es de dama noble…

¿Quién eres?

De repente, la mujer alza la mirada hacia el torreón, y le sonríe.

Ella, del sobresalto, da un salto hacia atrás, alejándose de la ventana. Se siente una intrusa en esa bella estampa.

Regresa a la cama y abraza a su marido buscando el calor que necesita. Él se despierta y hacen el amor.

Tiene que reunir las fuerzas suficientes para sincerarse con Alejandro y comentarle sus episodios nocturnos y sobre el ser espectral que le está lanzando mensajes. Y decirle además que sospecha que hay una historia familiar oculta por descubrir y que esta mujer, así lo siente ella, quiere que se haga justicia.

Nunca ha sido muy crédula sobre estos asuntos. Pero ahora…

Hoy en el desván continúa con la lectura de las cartas de su antepasada.

Querida prima:

Mis peores temores se han cumplido. Mi hijo mayor ha fallecido. Y hoy, rotos de dolor, abrazados, acompañados con nuestros amigos, lo hemos enterrado.

Apenas podía sostenerme en pie. Ramiro es mi sustento. Mi bastión, mi pilar.

Espero que no se aleje de mí. Eso me rompería más, si eso es posible.

Solo le pido a Dios que el hijo que me vive no sufra el mismo destino.

Esta maldita gripe está asolando la población, ricos y pobres, no hace diferencia de clases. A veces pienso que Dios me podría haber llevado a mí y dejar a mi hijo con vida. Yo, a fin de cuentas, he cumplido con mis expectativas. Me enamoré de un hombre maravilloso, me casé y tuve la suerte de ser madre. Pero esa bendición, con uno de ellos, ha sido arrebatada.

Quizás me vaya con mi pequeño a un ambiente más sano, a nuestra hacienda en Trinidad. Necesito tenerlo a salvo.

¿Será acertada mi decisión?

Tu prima que te quiere.

Cada día espera casi con ansia el momento de leer una nueva carta. Esas pocas letras la acercan a su antepasada.

Una mujer que, bajo la apariencia de tenerlo todo, sufrió mucho.

Debe ser terrible enterrar a un hijo y todavía más siendo un niño.

Siempre termina de la misma forma, con las piernas entumecidas y lágrimas corriendo por su rostro.

Pero la gran pregunta es… *Si estas cartas van dirigidas a su prima y las está leyendo… ¿Quién las retenía?*

Porque está claro que a la destinataria no llegaron. A no ser que fueran un borrador y las definitivas sí que fueron enviadas.

Demasiados interrogantes.

CAPÍTULO 7

Cuba, 1930, La Habana.

Julia se encuentra ya de seis meses de gestación. El bebé parece que goza de buena salud por las patadas que arrea a su madre.

Hasta ahora, su actividad en la casa no ha decaído, pero, evidentemente, cada vez se nota más pesada. Al principio no encajó muy bien cómo se resolvieron los acontecimientos, pero a medida que transcurren los meses, está convencida de haber hecho lo correcto. Tanto ella como su hijo tendrán el porvenir garantizado.

Además, es una mujer joven y quién sabe si en los bailes a los que iba antes de estar preñada, pudiera conocer a un hombre con el que formar una familia. A fin de cuentas, la comunidad asturiana en la isla es muy numerosa.

En paralelo, Begoña luce una redondeada barriga que cada día le coloca Julia para continuar con el milagroso engaño y, como conoce todos los síntomas de sus anteriores embarazos, los comenta con sus amistades sin ningún tipo de pudor. Tanto se ha metido en el papel, que incluso, el otro día, casi sintió una patada del bebé fantasma.

Su marido mantiene relaciones con ambas. Ella lo tiene asumido, ha pasado a formar parte del club de las esposas consentidoras. Julia es su más que oficial amante y ella su más que oficial esposa encinta de un hijo esperado, deseado y milagroso.

Todos obtienen lo que quieren.

Ella un hijo y su marido dos mujeres que le calientan la cama y el cuerpo.

Una noche, estando ya acostada, escuchó los famosos pasos hacia la zona de servicio. Pero esa vez no será un personaje pasivo.

Movida por algo que recorrió su cuerpo, decidida, con su mejor camisón, fue tras él. Cuando su marido cerró la puerta del dormitorio de su amante, dudó sobre si deshacer sus pasos y regresar a su cama, o, por el contrario, seguir adelante hasta esa puerta. Sin pensarlo muy bien, avanzó y, ya sin dudar, llamó con los nudillos a la puerta del cuarto de Julia. Erguida, escuchó susurros de la pareja, seguramente sorprendida. Tras unos segundos eternos, pudo escuchar que alguien se acercaba para abrir la puerta. Su criada, sorprendida, fue quien la encontró; detrás de ella, su marido, sin camisa, observaba atónito la escena, sin saber muy bien cómo reaccionar ante esta extraña situación.

—Señora ¿Qué hace aquí? ¿Necesita algo?

—Te diría que a mi marido. Pero eso ya lo sabes. Así que estoy bien, gracias, y no necesito nada. Vengo a quedarme con vosotros.

Esperaban una escena de celos. Pero no. Ante ellos estaba una mujer decidida a quitarse la venda e incorporarse al juego de la pareja.

—Quiero ver a mi marido disfrutar con la mujer que, por lo visto, le sabe dar más placer que yo, —dice Begoña mientras, con decisión, la hace a un lado y entra en la habitación.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Sentarte en esa silla a observar? —le pregunta Ramiro.

—Parece que no me conoces. Nunca me ha gustado quedarme al margen.

Julia giró la cabeza hacia Ramiro, no comprendiendo muy bien lo que acababa de escuchar y viendo en el rostro del señor el mismo desconcierto.

—No te entiendo. Sé más clara, mujer.

—Sencillo. Me quedo con vosotros. También quiero disfrutar.

Acto seguido, la señora de la casa, quitándose la bata y el camisón, queda expuesta, totalmente desnuda delante de los amantes.

Ramiro sorprendido por la actitud de su esposa, pero claramente, excitado, más si eso es posible. Fue hacia ella, y la besó, mientras masajeaba sus pechos.

En ese momento, al mirar el rostro de su marido pudo ver lujuria. Ambos sentían la misma excitación. Julia se mantenía en un segundo plano, sin saber muy bien cómo actuar. Pero la respuesta la obtuvo rápido cuando Begoña fue hacia ella.

—Ven, Julia, acércate. Esta noche, seremos tres. —Le dice, bajándole el camisón y besando sus abultados pechos, fruto del avanzado estado de gestación.

Ninguna de ellas, había estado previamente con una mujer. Al principio, él era quién las guiaba, ponía sus manos en los pechos de la otra, mientras él se tocaba su miembro. Curiosamente, no sentían vergüenza.

Él se mantuvo a cierta distancia, cuando las mujeres, comenzaron a recorrer el cuerpo de la otra e incluso, se besaron. Ramiro viendo esa estampa, llegó al éxtasis.

—Ahora me toca a mí, —dijo con voz ronca—. Venid aquí las dos.

Obedientes, las mujeres se acercaron. Una se sentó sobre él a horcajadas. Mientras la segunda, Begoña en este caso, besaba a su marido.

Al alba, de la mano, la pareja fue a sus aposentos y allí de nuevo se amaron.

—¿Te arrepientes, amor mío, de lo ocurrido en el cuarto de Julia?

—Ramiro, casi nunca me arrepiento de las decisiones que tomo. Lo medité muchas noches, cuando escuchaba tus pasos delante de mi puerta sin detenerte. Hay que reconocer que su cuerpo es bonito, a pesar del avanzado embarazo. Me ha excitado. Mucho. Sé que es pecado. Espero que Dios me perdone; he perdido dos hijos. No quiero perder también a mi esposo. Y si tenerlo a mi lado es de esta manera, que así sea.

—¿Has disfrutado?

—He de reconocer que sí. Me perdí en el placer y he sentido cosas que hasta ahora no conocía.

—¿Quieres repetir?

—Sí. A fin de cuentas, es tu amante y la madre de nuestro hijo. Pero tenemos que ser discretos. Esto no puede saberse.

Esa mañana, durante el desayuno, nada hacía presagiar que, hasta apenas cuatro horas antes, habían estado los tres juntos, desnudos, entregando su alma al diablo.

Begoña esa mañana fue a la iglesia a pedir perdón, pero, en el fondo, no se arrepentía.

Esa fue la primera noche de muchas en las que el matrimonio y la criada mantuvieron encuentros sexuales. Un triángulo amoroso. Y el lugar de los encuentros dejó de ser el cuarto de servicio, para encontrarse en el dormitorio de Ramiro.

No siempre era el mismo ritual, a veces era él quien observaba cómo se amaban las dos mujeres o eran ellas quienes le excitaban hasta volverlo loco.

A partir de esa primera noche, los tres establecieron una relación clandestina que iba mucho más allá de lo aceptado en la época y que, bajo ningún concepto, debía saberse.

Durante el día, el matrimonio mantenía las distancias correctas con Julia, pero por la noche todo cambiaba. Ese paso adelante por parte de Begoña supuso un antes y un después en la pareja, ya que Ramiro volvió a ver a su mujer. Sin duda había recuperado la visibilidad ante su esposo y, de nuevo, fueron grandes amantes.

Pero Begoña andaba rumiando que el engaño del embarazo pudiera descubrirse, aunque el plan estaba saliendo a la perfección y de momento nadie se había percatado. Pero no quería arriesgarse y por eso, tras muchas vueltas y ya teniendo una estrategia, una noche cenando en el porche, le planteó a Ramiro la posibilidad de que ambas viajaran hasta Trinidad para vivir en la hacienda hasta el nacimiento del bebé. Consideraba que estarían más tranquillas allí,

fuera de la vista de sus amistades y miradas indiscretas. Julia dejaría de trabajar y ella velaría porque todo estuviera bien.

Mientras él fumaba un *habano y* su rostro apenas se ve, desaparecido tras la cortina de humo:

—Ramiro, he estado pensando que lo mejor es que tanto Julia como yo nos vayamos a vivir a la hacienda hasta el parto y después permanecer allí unos meses hasta que ambos estén recuperados. Así, a nuestro regreso, yo me bajaré del coche con nuestro hijo en brazos y anunciaremos la pérdida del bebé de ella. Trinidad está lejos de la Habana y el personal que trabaja en la plantación apenas tiene contacto con el exterior, por lo tanto, es el escenario perfecto. No estoy tranquila aquí. Siempre estoy alerta cuando tenemos visitas. Tengo miedo de que se den cuenta del engaño y me genera mucha ansiedad. Además, Julia cada vez está más pesada y le vendría bien que bajara el ritmo. Aquí no puede, pero allí sería casi una invitada nuestra. Nadie haría preguntas. Dime ¿Qué opinas?

—Siempre has sido una mujer inteligente. Eso me gusta de ti, eres diferente, tienes una mente estratega. De haber nacido hombre, no me cabe la menor dura que hubieras sido un empresario de éxito. Pero naciste mujer y tu papel en la vida es otro.

—Cierto… o quién sabe si en otra época. Es verdad que los tiempos están cambiando y que la mujer está consiguiendo grandes cosas. Querido, en cuanto a mi papel en la vida, lo tengo asumido. Por eso me dedico en cuerpo y alma al papel destinado a nosotras. Cuidar de la casa, de la familia y de los hijos. Ramiro, no podría soportar que perdiéramos a este hijo. Afortunadamente, la maldita *gripe española* ha terminado y no se ha reproducido desde hace años. Pero siempre pienso qué podrá venir y que nos lo pueda arrebatar. El embarazo de Julia ha sido nuestra gran apuesta.

—Estoy convencido de que lo veremos crecer y hacerse un buen hombre.

—Me reconfortan tus palabras. Y veo que estás convencido de que es varón. Puede que sea una niña. Pero ahora no vamos a

pensar en ello. Bueno, no has dicho nada en cuanto al plan que te he comentado ¿Qué opinas?

Ramiro, tras meditarlo, estuvo de acuerdo.

—Me parece bien, aunque me voy a quedar muy solo en esta inmensa casa. Pero el motivo es bueno. En un mes lo podemos tener todo listo. Tengo que contactar con el capataz para que sepa de vuestra llegada y estancia y prepare todo adecuadamente. No es una casa con muchas comodidades puesto que nunca ha sido una vivienda habitual y, por eso, tendrán que hacer reformas para adecuarla.

Fijaron el plazo para el traslado a la hacienda de Trinidad en un mes.

En la fecha prevista, con el automóvil bien cargado, ambas mujeres tomaron rumbo a la plantación, dejando atrás la ciudad de *La Habana* y dejando también un gran vacío a Ramiro, qué se paseaba por la casa como león enjaulado. Sabía que era lo más discreto y lo correcto, que ambas desaparecieran de la vida pública hasta el parto, pero las echaba de menos. Descubrió que su mujer era una amante excepcional, con una mente demasiado abierta para la época.

La explicación que dieron ante la sociedad fue que allí llevaría una vida más tranquila, lejos de actos sociales, nada de etiquetas. Quería concentrarse, única y exclusivamente, en su embarazo. Teniendo en cuenta, su desgraciado pasado. Todo el mundo, al menos aparentemente, lo entendió.

La plantación, que lleva por nombre su apellido, es una inmensa extensión. A medida que avanza el coche hacia la casa principal ven a los jornaleros trabajando en los campos, actualmente son libres desde hace años, pero el color de su piel indica que son descendientes de esclavos. Muchos de ellos no quisieron moverse y continuaron trabajando las mismas tierras. Apenas recordaba la edificación, es bonita, de claro estilo colonial, dos plantas, un gran porche, con unas escaleras de acceso al edificio.

Su llegada a la plantación alteró, hasta cierto punto, la rutina de sus habitantes. Unas cuantas mujeres pasaron a trabajar en la casa, dejando los campos de caña de azúcar.

Para su bienvenida, se encuentra frente a todo el servicio, con el capataz a la cabeza, casi parece una parada militar. Julia va detrás de ella, sin saber muy bien qué hacer. Simplemente, la sigue.

El interior es todo en madera. Se nota que no es una vivienda para residencia habitual. No hay toque femenino.

Las dos mujeres recorren cada estancia para ir familiarizándose. Una mujer de color se presenta como la encargada de la casa.

—Buenos días señora, soy Nora y estoy aquí para lo que necesite. Hemos habilitado, como indicó el señor, los dos dormitorios de la última planta. Espero que lo encuentre de su agrado. Si le parece, cada mañana, me comentará los menús que desea para informar en cocina.

—Muchas gracias. Me parece perfecto. A primera vista, creo que hay que dar un cierto toque femenino a esta casa. Se nota que aquí viene mi marido solo. Supongo que habrá costureras y qué en el pueblo podré comprar telas para confeccionar cojines y cortinas nuevas. Quizás, aprovechando estos meses aquí, pueda hacer algunos cambios.

—Si. Hay una tienda que dispone de todo un poco y entre esas cosas hay telas. Supongo que no tan variadas como en La Habana, pero imagino que valdrán.

—Sí. Algo podremos hacer. Mañana a primera hora, después del desayuno, por favor, que me preparen el coche para acercarnos a esa tienda y ver las telas. Luego quiero conocer a alguna costurera que nos pueda confeccionar los cojines y las cortinas.

—Cómo ordene.

—Ha comentado lo de las dos habitaciones. Necesitamos tres. Una de ellas deberá tener una cuna. El bebé nacerá dentro de poco y debe de estar todo organizado.

—Por supuesto. Ahora mismo ordeno la limpieza del tercero. Además, es muy luminoso también. Veo que no ha traído doncella personal ¿Quiere que le presente algunas empleadas de la finca para que la sirvan?

—No es necesario. Aquí vestiré de forma sencilla, y sin apenas arreglarme.

—Como desee, señora. Si no me requiere para nada más, regreso a mis quehaceres.

—Claro, que nos suban el equipaje y lo deshagan. Y, por favor, qué nos sirvan una limonada en el salón. Hace bastante calor para estar fuera.

—Ahora mismo.

Julia vivirá en la hacienda en la casa principal, en la zona noble, junto al dormitorio de Begoña.

A partir de su llegada, los días transcurrían sin grandes cambios. Allí la vida transcurría muy despacio. No había acontecimientos sociales con los que rellenar las horas del día, ni fiestas a las que acudir. Tenían una rutina: desayunar temprano, pasear, coser prendas para el bebé y leer todo lo que caía en sus manos. Solo quedaba esperar a que terminara un día para comenzar otro nuevo, sin mayores sobresaltos.

Begoña pudo saber que entre las mujeres que viven dentro de la plantación había una buena matrona para asistir el parto y que sería muy discreta… previo pago de unas buenas monedas.

Allí no llevaba el relleno simulando un embarazo. Fue una liberación. En la hacienda no tenía que aparentar ni llevar adelante la pantomima de esa tripa. El personal que vivía y trabajaba allí apenas la conocía, puesto que era la segunda vez que la visitaba, porque ella era más de ciudad que de campo. Prefería las fiestas y los cócteles a estar paseando entre cañas de azúcar. Por eso Ramiro solía trasladarse solo.

Y, poco a poco, la decoración de la casa fue convirtiéndose en algo más colorido. Los estampados llegaron a las ventanas, sofás e

incluso paredes. La vivienda ahora se apreciaba más acogedora.

Begoña, en ese entorno, se atrevió a lanzar la pregunta que tanto martilleaba su cabeza.

—Julia, ¿estás enamorada de mi marido?

—Sé cuál es mi lugar en esta historia, tranquila señora. Pero, de alguna manera, puede. Ha sido el primer hombre que me ha tratado con respeto. No me ha levantado la mano. Hasta la fecha, mi padre, mi esposo, lo habían hecho; pensaba que era la normal, ejercer la fuerza a base de golpes sobre una. Por eso, la primera noche que me visitó sentí miedo. Porque me esperaba lo que conocía. No fue así. Me encontré a un hombre generoso. No solo le importaba vaciarse dentro de mí. Quería verme disfrutar. Y yo aprendí a hacerlo. Hasta ese momento, el acto sexual era un martirio. Era dolor. No placer.

—Has sido sincera. Gracias. Y ya que estamos siendo sinceras, mi otra pregunta es, ¿qué sientes por mí?

—Me gusta mucho su cuerpo. Me excita. Nunca había tocado un cuerpo femenino. Es bello. Lo que hacemos está mal. Dos mujeres no pueden amarse o como queramos definir esto. Pero me gusta. ¿Y usted?

Begoña medita su respuesta. No es fácil.

—Yo… sé que no es decente, decoroso. Pero tu cuerpo, sobre el de mi marido o sobre mí, me gusta.

Ninguna quería reconocerlo, pero se habían enamorado. Pero, a su vez, ambas estaban enamoradas de Ramiro. Un triángulo amoroso demasiado complicado.

A muchos kilómetros de distancia, Ramiro, harto de no encontrar quien le calentara la cama, no pudo aguantar y, con el pretexto de la nueva cosecha, decidió viajar hasta allí. Nadie sospechó.

Ambas mujeres, con vestidos sueltos, sin sostenes, fuera de todo protocolo, estaban sentadas en el porche, tomando una limonada fresquita caída la tarde, cuando vieron entrar el coche último modelo

de Ramiro, levantando polvo a su paso. Ambas, casi de un salto, se pusieron en pie. Begoña fue a su encuentro con los brazos abiertos.

—Querido, qué sorpresa esta visita. Nadie me ha avisado. Me podías haber enviado un telegrama y habría organizado algo especial para la cena y podría haberme arreglado un poco. Estoy hecha un desastre. Parezco una campesina.

—Es que os quería sorprender. Estás muy guapa cariño, sin maquillaje y el pelo alborotado. El aire de la plantación te sienta muy bien. No sabes cómo te deseo, me volvía loco por las noches solo en casa.

—¿A mi sola? ¿O a Julia también?

—A las dos.

Julia observa la escena de la pareja desde el porche. En todo este triángulo amoroso siempre ha sabido cuál era su lugar.

La que espera a que la llamen.

La pareja, abrazada por la cintura, van al encuentro de Julia, que no se ha movido del porche, acariciando su más que abultado vientre. No hay saludos efusivos, pero Begoña le hace un gesto y, con un simple *vamos,* sabe dónde van y con quién. Ellas se encaminan al dormitorio, mientras Ramiro busca al capataz para que le ponga al día de las novedades de la hacienda.

Va hacia el despacho para tener cuanto antes esa conversación y reunirse con las dos mujeres que esperan arriba.

El capataz aparece presuroso, puesto que la noticia de la llegada del señor de la plantación ha corrido como la pólvora.

—Buenos días, Señor. No sabíamos de su visita.

—Buenos días, Marcelo. Echaba de menos a mi mujer y, con el motivo de la nueva cosecha, sin pensarlo mucho, he decidido venir para saber de primera mano cómo está todo por aquí.

—Por supuesto. Según mis cálculos, este año tendremos una de las mejores recolecciones, pero lo malo es que nuestros competidores también, por lo tanto, me preocupa que el precio baje. Hay que esperar a la recolección y ver el mercado.

—¿Algo más que deba de saber?

—Nada destacable.

—Perfecto, pues me voy a ver a mi mujer. Muchas gracias. Mañana a primera hora continuamos con los detalles. Creo que hay unas tierras colindantes en venta. Entérese del precio y valoraré si comprarlas.

—Efectivamente, están a la venta. Y son buenas tierras, pero desconozco el precio. Los dueños están pasando apuros económicos. Muchos de sus jornaleros han caído enfermos y no tienen mano de obra que las trabaje. Me lo comentó un día su capataz. Si le parece, me acerco a la hacienda y me hago el encontradizo para recopilar más información.

—Muy bien. Pues hasta mañana.

Cuando se queda solo, antes de subir las escaleras, se toma una copa de ron y se fuma en buen puro. La imagen de lo que le espera en la planta de arriba, le excita. Begoña está muy guapa, pero Julia, a pesar de su embarazo, también. Sus pechos han crecido mucho. Y solo desea poder tenerlos entre sus manos. De una forma inconsciente, pone su mano en su entrepierna.

De forma abrupta abre la puerta del dormitorio de Begoña. Ambas mujeres están tumbadas en la cama, desnudas. Han empezado sin él, puesto que se están besando. Casi aúlla del placer de verlas así.

—Mis mujeres. No sabéis lo que os he echado de menos. Os necesito. Quiero poseeros como nunca. Me volvía loco allí. No aguantaba más.

Se quita las botas y el pantalón y se sienta en una mecedora.

—Begoña, ven y arrodíllate. Ya sabes lo que tienes que hacer. Julia, acerca tus pechos a mi boca.

Obedientes las mujeres hacen lo solicitado.

Ramiro, con su miembro en su máximo esplendor, levantó a Begoña del suelo y la encajó entre sus piernas.

—Muévete como sabes y no pares.

Ambos llegaron al éxtasis con un grito que no pudieron reprimir.

La estancia de Ramiro en la hacienda se prologó una semana. A su partida, quedaron en que cuando naciera el bebé le darían aviso para que viniera a conocerlo, ya que ellas, hasta pasados unos meses, no regresarían a La Habana.

A través de la gobernanta de la casa principal de la hacienda han contactado con la matrona que asiste los partos de las mujeres que trabajan allí, y es esta quien las visita en la casa principal. Todo parece ir bien en el embarazo y en unos pocos meses será el nacimiento. Cuando la criada se ponga de parto, será Begoña quien ayude a la matrona a traer al heredero a este mundo.

◆◆◆

Julia, con su abultada tripa de nueve meses, se encuentra en su dormitorio arreglándose para bajar a desayunar. No ha pasado demasiada buena noche. Según la última exploración de la matrona, el bebé está a punto de nacer. Y cree que se día ha llegado.

Doblada por los dolores de las contracciones, llama a la puerta del dormitorio de Begoña que, al igual que ella, está preparándose para bajar a desayunar.

—Señora, abra. Creo que estoy de parto.

Begoña suelta su cepillo de plata con las iniciales grabadas y abre presurosa la puerta. Encuentra a Julia empapada en sudor y sujetándose la tripa. *Su hijo está a punto de nacer.*

—Julia, túmbate en la cama, voy a dar aviso a la matrona para que venga cuanto antes. Creo que hoy veremos la cara de mi hijo.

Esa última frase a la criada le ha caído como un jarro de agua fría. Porque referirse a su bebé como *mi hijo* por parte de Begoña es darse de bruces con la cruda realidad. A partir del nacimiento, la separarán de él. Ella lo ha llevado dentro y siente con él una gran unión, pero le será arrebatado. El pequeño la reconocerá como su cuidadora, no cómo quién realmente es. *Su madre.*

Todo lo vivido estos últimos meses ha sido un espejismo. Cuando la señora tenga en brazos al bebé, de nuevo regresará a la que es su realidad. Trabajar como parte del servicio en la casa del matrimonio Santaolaya. Pero lo aceptó, por un puñado de tierra y de monedas. Como aceptó ser la amante del matrimonio. En su vida ha sido siempre una gran consentidora. Cuando vivía en España también consintió las palizas que le daba la mala bestia de su marido.

Los dolores del parto van en aumento, su frente está cubierta de gotas de sudor que Begoña se afana en limpiar con un paño húmedo, a la espera de la llegada de la matrona.

La robusta mujer de piel oscura abre la puerta, cargando toallas y paños limpios. Sin apenas saludarlas, abre las piernas de la parturienta en sumo silencio y procede a la palpación. Observa que el vientre está bajo. No hay duda, está de parto.

Los gritos de las contracciones llenan la casa. Las horas se suceden despacio y todavía el bebé no asoma su cabecita. La levantan de la cama y caminan con ella del brazo, para que no se deshidrate, le dan vasos de agua continuamente.

Seis horas más tarde…

El llanto de una nueva vida retumba en el dormitorio. Julia ha traído al mundo a un varón. Apenas tiene fuerzas por el agotamiento que han supuesto todas estas horas. Parece que es un niño sano y que tiene un peso y tamaño bueno.

La matrona lo cubre con una sábana limpia, mientras se ocupa de la madre para evitar infecciones, la bañan, cambian las ropas de la cama y la acuestan.

Julia apenas puede ver a su hijo. Pero está tan agotada que lo único que necesita en este momento es descansar.

Begoña tiene al pequeño en brazos y no puede evitar llorar por la alegría de esta nueva vida y la esperanza del presente y futuro de su familia.

En ese momento, solo está agradecida a Ramiro por la decisión que tomó de encamarse con Julia buscando un heredero y un hijo

para ellos.

Es la estampa de la felicidad.

La criada, por el contrario, la pena lo empaña todo.

Esa noche, Begoña no se separará de ellos, dará de comer a Julia para reponerse con buenos caldos y le pondrá el pequeño para que lo amamante.

Al día siguiente enviará un telegrama urgente a La Habana para que Ramiro sepa que ha sido padre y que venga en cuanto pueda a conocer a su hijo.

Tres días más tarde, el flamante padre, como en su anterior visita, entrará a toda velocidad en su coche, levantando nubes de polvo a su paso.

Begoña esta vez sí que sabe la fecha, ya que él se lo ha comunicado por telegrama.

Julia continúa débil, ha sido un parto complicado y sigue en cama. Pero el pequeño se agarra a la vida con fuerza, amamantándose.

Ramiro aparca el coche y, de forma presurosa, abre la puerta. Con una sonrisa de felicidad va hacia su mujer, que lo abraza.

—Cariño, nuestro hijo está sano y es precioso. Se parece mucho a ti. No puedo estar más feliz. Gracias.

—Yo también estoy feliz. Llévame a conocerlo.

De la mano, suben las escaleras y van al dormitorio, donde se encuentran el bebé y Julia.

Sin apenas mirarla, el padre va hacia la cuna y observa a su hijo dormido. Busca una silla y, sin mediar palabra, la acerca para observar cada respiración del pequeño.

Julia ha pasado a ser invisible.

Begoña abraza a su marido y ambos, embelesados, observan a su hijo, que se llamará como su padre, Ramiro.

El recién estrenado padre permanecerá en la hacienda una semana y después regresará a La Habana, prometiendo que, en cuanto pueda, regresará para estar allí unos días.

El matrimonio, por las noches, se entregará con pasión. Mientras Julia, convaleciente, los escucha en el dormitorio de al lado.

Durante el día, siempre que pueden, lo tienen en brazos. Julia, sentada, observa la escena. Con un pensamiento que no la abandona.

He vendido a mi hijo por una tierra y unas monedas ¿Puedo ser más miserable? Acto seguido, se reconforta pensando que de no haber sido así, mal futuro le esperaría.

Transcurrida una semana, la criada ya está muy repuesta y, con Begoña y el bebé en la silla de paseo, retoman la costumbre de dar largos paseos, evitando las horas centrales del día por el calor.

Dentro de un mes regresarán a La Habana.

Con este regreso, Julia regresa a su puesto como ama de llaves y, además, al de ama de cría del pequeño Ramiro, puesto que su bebé nació muerto. Toda una desgracia. Esa es la versión oficial.

Allí regresará a su cuarto, será de nuevo Julia, la criada. Y mientras, verá como el matrimonio se pavonea ante la sociedad, mostrando a su hijo. Y por las noches la reclamarán como amantes que son.

Todo demasiado complicado para una mujer que abandonó la aldea para cruzar el Atlántico y servir en una casa decente.

Pero aquí está ella. A su manera, ha triunfado. Su puesto en la casa está más que asegurado por todos los motivos que sabemos y su vejez garantizada es España, gracias al dinero, ahorros y la tierra que tiene allí.

Y, efectivamente, el pequeño Ramiro, es la viva estampa de su henchido padre. Ella, sirviendo las mesas llenas de invitados, tendrá que escuchar las alabanzas hacia el hijo del matrimonio. Eso, de una forma invisible, irá creando una grieta en su corazón.

CAPÍTULO 8

Ribadesella, en la actualidad.

La vida de la pareja transcurre sin grandes sobresaltos.

Ella, esperando poder ir al desván sin que se entere su marido. Todavía no le ha dicho nada. No sabe por qué, pero, de momento, es algo que no quiere compartir con él. Es su gran secreto.

Continúa leyendo las cartas de su bisabuela a su prima de Bilbao.

Querida prima:

De nuevo mi misiva no es para llevarte buenas noticias. Mi hijo Pablo también ha enfermado.

Creo que me voy a volver loca de dolor.

Siento como si la sociedad nos mirara con pena. Porque, salvo un milagro, en el que francamente, en estos momentos, no creo, mi hijo se reunirá junto a su hermano.

¿Por qué la vida se tiene que cebar tanto con una familia?

Y mi pena es aún mayor porque no sé si te comenté en su momento que en el segundo parto hubo complicaciones y es prácticamente imposible que pueda volver a quedarme embarazada.

Yo me culpo de todo. Mi papel en la vida, es decir, ser madre, si Dios no lo remedia, desaparecerá.

A veces pienso ir a la playa e ir hundiéndome en el agua, hasta que me cubra entera, y dejarme ir. Pero luego recapacito y no puedo, porque mi hijo me necesita. Paso en su cuarto todo el tiempo que puedo, le leo los cuentos que le gustan o me invento historias.

En fin, tu prima que te quiere, pero que, ahora mismo, su corazón está roto en mil pedazos, se despide enviándote un

gran abrazo.

Con cada carta que Rocío lee de su antepasada su corazón se encoge. Pensar en sus dos hijos enfermos…

Ella no es madre, pero quiere serlo. Y con solo pensar en ello, sus lágrimas corren sin control por su rostro. Su bisabuela no tuvo una vida fácil, a pesar de vivir rodeada de comodidades.

Cuanta más información tenía, más tenía la sensación de que a las mujeres de su familia siempre les habían contado una versión incompleta de su propia historia.

Fue entonces cuando Rocío recordó algo que su madre solía contarle, casi como una anécdota, pero que ahora empezaba a cobrar sentido. En Ribadesella hubo mujeres que, a pesar de pertenecer a familias poderosas, nunca llegaron a ocupar el lugar que les correspondía. Mujeres inteligentes, cultas, con iniciativa, cuya vida quedó definida más por el apellido que llevaban que por lo que realmente eran.

—¿Sabes que esta villa, Ribadesella, le debe mucho, casi todo diría yo, a la Marquesa de Argüelles? Fue la impulsora del desarrollo de todo el barrio residencial que has visto, promoviendo la construcción de chalés y casonas de estilo indiano que definen la estética de la zona y promocionó el turismo de élite, como destino de veraneo de alto nivel para la burguesía y la nobleza. Y fue la instigadora de la visita que Alfonso XIII hizo a esta zona. Llegó a codearse incluso con la realeza, porque llegaría a ser Dama de Honor de la reina Victoria Eugenia, todo un honor en aquel entonces, y a alcanzar la Grandeza de España. Mis bisabuelos la conocieron porque su familia, también indiana, residía en Cuba. Era una mujer ilustrada y muy avanzada para la época, pero que no pudo brillar como se hubiera merecido porque las mujeres, como sabes, no tenían ningún papel social, excepto casarse y rodearse de hijos. A ella la casaron con tan solo 16 años. Su marido también pertenecía, como no, a una familia importante, los Bernaldo de Quirós, pero con menos fortuna que ella. Esos matrimonios se

llamaban “blasones y talegos”… —le contaba su madre cuando era niña.

Pensar en aquella mujer, con título y reconocimiento público, hizo que Rocío no pudiera evitar la comparación. Si incluso a alguien así le habían puesto límites, ¿qué habría ocurrido con quienes nunca tuvieron nombre ni posición? La respuesta, de alguna forma, estaba empezando a tomar cuerpo en su cabeza.

Desde que descubrió las cartas, ha dejado de abrir y rebuscar en el resto de baúles. Está convencida de que, entre esas páginas, puede averiguar algo sobre esa presencia que la visita todas las noches.

Es como si ese espectro estuviera ahí para desvelar algún secreto. Y eso es lo que quiere hacer ella.

Cree que es el momento de contar a su marido lo que hace mientras él aprovecha y descansa después de comer. De esta noche, no pasa.

Por eso preparará su plato preferido. Unas albóndigas con arroz blanco y una copa de buen vino. Porque eso, sin vino, no se traga.

Ella suele terminar antes que él en la clínica y aprovecha para preparar la cena.

Hoy, sin embargo, al llegar a casa…

Se encuentra las albóndigas preparadas con la guarnición de arroz, todo listo para comer, tal y como habían comentado al mediodía.

—¿Quién eres? Si me estás escuchando y creo que sí, gracias por preparar la cena, no tendrías por qué hacerlo. Pero ya que estamos en confianza, no sé qué quieres de mí. Creo que buscas que yo desvele algún secreto, pero no se me ocurre cuál puede ser. No te tengo miedo y creo que no es lo que quieres hacer, pero me estás asustando. Mira, yo soy la nieta de Ramiro y esta casa pertenece a mi familia desde hace cien años. No soy ninguna usurpadora. Soy de la familia Santaolaya.

De repente, de la olla comienza a salir vapor y una palabra aparece en la pared:

AMOR.

—¿Amor? ¿A quién…? ¿A mí?

De nuevo el vapor y de nuevo una palabra.

SI.

—¿Quieres hacerme daño?

De nuevo el vapor:

NO.

—Entonces, quieres que descubra un secreto familiar, ¿no es así?

De nuevo el vapor:

SI.

—Vale. No te voy a preguntar tu nombre, ni quién eras realmente. Porque creo que prefieres que vaya yo sola desgranando ese misterio familiar que parece que ha estado enterrado demasiado tiempo. Pero te pido una cosa. Ya nos hemos conocido y puedo estar tranquila. Por favor, no vuelvas a aparecer en nuestro dormitorio, porque no me siento cómoda. Te lo ruego. ¿Lo harás?

De nuevo el vapor:

DE ACUERDO.

Rocío, tras esta charla con el más allá, necesita una copa de vino. Decide no esperar a Alejandro. Esta noche tenía pensado ponerlo al día, pero esta última parte, de momento, quedará entre la presencia y ella, hasta que no sepa quién es realmente. Sabe que es una mujer. Si es la que vio aquel día en el jardín jugando con un niño que entiende que es su abuelo, era bastante atractiva.

Fuera, escucha la verja; es Alejandro que llega para la cena.

—Hola cariño. Huele delicioso. Vengo muerto de hambre.

—La cena está lista. Estoy en la cocina.

Si él supiera que la ha preparado el fantasma.

—Vaya, no las has preparado como siempre.

—Ya. He decidido innovar. He estado con un tutorial. Espero que te gusten.

—Seguro. Y las copas ya con vino. Bueno, con estos recibimientos, da gusto llegar a casa.

—Siéntate anda. No se queden frías.

—Rocío, desde ahora, por favor, siempre hazlas así. Están espectaculares.

—¿De verdad? Ponía receta ancestral o algo así. Cómo se preparaban hace cien años.

—Pues sí que es ancestral, sí.

Ambos se ríen.

Si él supiera…

—Alejandro te quería comentar una cosa. Verás, esta casa me tiene intrigada. Tengo la sensación de que esconde un secreto familiar, y ya sabes que yo no puedo dejar pasar eso. Quizás los años de la construcción… no sé. El caso es que estoy yendo al desván y he descubierto un montón de trastos y baúles con ropa de la época. Creo que este año podemos organizar una buena fiesta de disfraces y todo auténtico. No te digo más. Pero también he descubierto unas cartas de mi bisabuela a su prima de Bilbao. Son cartas desgarradoras, relata, hasta donde he llegado, como una mujer entierra a dos de sus hijos a causa de la gripe española, el dolor, lo rota que se sentía. Pero tenía el apoyo de mi bisabuelo.

De repente, la ventana de la cocina se abre, colándose el frío húmedo de la noche.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—La verdad, no lo sé. Forma parte de mi pasado. Y bueno, no lo veía relevante. Pero es que hay más. Y por favor, es totalmente en serio.

—Me estás asustando.

—¿Recuerdas el primer día que visitamos la casa? Te dije que sentí un frío glaciar. Hay una explicación. Por las noches, veo a una

mujer. Creo que es la de los vestidos burdos. No nos quiere hacer daño. Pero es como si me estuviera empujando a descubrir algo que ella, por algún motivo, tuvo que callar.

—Rocío, ¿me lo estás diciendo en serio? Me estás diciendo en serio que, mientras hacemos el amor, hay una mujer sentada en la mecedora.

—Le he pedido que no esté en nuestro dormitorio. Pero claro, ese dormitorio antes era de mi abuelo. ¡Joder! Acabo de tener una iluminación.

—¿Cuál?

—¿Y si esa mujer es la verdadera madre de mi abuelo? Y no mi bisabuela.

—Creo que se te está yendo la pinza.

—No. No. Esa mujer parecía la cuidadora de mi abuelo. Antes era muy normal que el señor de la casa mantuviera relaciones con alguien de servicio y lo habitual es que acabaran embarazadas. Ya sabemos que no se ponían medios.

—Creo que has visto muchas películas. Es cierto que los terratenientes se aprovechaban de las criadas, pero esto en tu familia…

—Mi familia allí era una de las muchas pudientes. Te recuerdo la cantidad de mestizos que hay. Eso es por la mezcla de las razas y porque muchos blancos se acostaban con personal doméstico de color que nada podían decir. Mientras sus esposas miraban hacia otro sitio. Esto, ahora, es impensable, pero en España también pasó. No se te olvide. Los fuertes se aprovechaban de los débiles.

Quise sonsacar a mi madre sobre la mucama, así llamaban al personal de servicio, que llegó con ellos a España cuando ya, de una forma definitiva, se asentaron en Ribadesella, pero estuvo bastante esquiva. Estoy convencida que mi madre la conoció. Aunque no tengo demasiado claro si sabe de la existencia de una intrahistoria en todo esto.

Sí me contó algo más sobre mis bisabuelos; ella era una joven maestra que trabajaba en La Habana para una familia de empresarios textiles que provenían de su misma ciudad, Bilbao, y coincidió con mi bisabuelo en una merienda que las mujeres habían organizado, donde ella estaba a cargo de sus pequeños. El flechazo fue instantáneo y se casaron tras un breve noviazgo. De sus hijos, el único que sobrevivió fue mi abuelo, porque ya te he comentado que tuvieron otros dos, pero desgraciadamente, murieron.

Puede que pensaran que mi bisabuela los engendraba débiles y recurrieran por eso a esta mujer, lozana y fuerte. Lo que si es cierto, en cualquier caso, es que esa pena les debió marcar y tal vez por eso decidieron regresar a España con su único hijo.

—Escuchando esto, necesito otra copa de vino para asimilar esta información. Es cierto que los pudientes se aprovechaban del personal del servicio. Mi familia era normal, de clase trabajadora, no hemos tenido estos episodios de servicios, mucamas, niñeras, … Rocío, no es mi mundo y me está costando mucho.

—Lo entiendo. Esto ahora suena raro. Pero forma parte de nuestra historia. Mañana continuaré con mi búsqueda de la verdad. Por cierto, encontré de mi bisabuela un juego completo de plata de tocador que he llevado a una joyería para que lo restauren. Estoy convencida de que a mi madre le gustará.

—Estoy agotado. Por favor, di a tu fantasma que se mantenga al otro lado de la puerta de nuestro dormitorio. No quiero intrusos.

—Alejandro, tengo la impresión de que no me estás tomando en serio. Te digo más, las albóndigas no las he preparado yo.

—¿Quién si no?

—Ella.

—Me estás acojonando de verdad.

—Tranquilo, me ha dicho que me quiere, que no desea hacernos daño. Y la creo. Es un alma perturbada, y necesito ayudarla y que descanse en paz. Siento que mi familia se lo debe.

—Pues nada. Mientras no acceda a nuestro dormitorio y tú estés tranquila, yo también. Aunque si esto me lo dicen hace unos meses, diría que te has vuelto loca en este caserón. Pero tengo delante una prueba. La cena no la has preparado tú. Puede que fuera cocinera en casa de tu familia.

—No lo creo. Aunque cocinara. Vamos al dormitorio y leemos un rato. Estamos cansados.

Esa noche, Rocío no sintió ninguna presencia y ambos se entregaron a hacer el amor.

A la mañana siguiente, como siempre, en cuanto pudo, de nuevo subió al desván. Pero hoy no buscaba la lectura de más cartas. Quería encontrar algo que le indicara quién era exactamente esa mujer.

Otra idea que tuvo fue insistir a su madre sobre el apellido de esa criada que acompañó a su familia hasta aquí. Si se casó y tuvo descendencia sus parientes quizás supieran de su pasado. Sabe su nombre, pero no tiene claro que el espectro sea ella. Puede que fuera otra criada que contrataron para trabajar en la casa ya aquí.

Demasiadas preguntas.

Algo a lo que también está dando vueltas es a contratar a alguien para que les ayude con esta casa. Es demasiado grande para limpiar y ellos tampoco tienen demasiado tiempo. Aunque hay estancias que todavía no están amuebladas. Hablará con Isidro para saber si conoce a alguien.

Al desván hoy ha subido con una escoba y trapos de limpieza para ordenar ese caos y separar lo útil de lo inservible.

Ha encontrado cajas de latón con fotos muy antiguas. No reconoce a nadie. Supone que el matrimonio elegantemente vestido, son sus bisabuelos. Pero hay instantáneas en grupo, y eso la despista. Así que cualquiera de ellos podría ser. Hará montones y cuando las tenga ordenadas, le enviará la imagen a su madre. Para ver a quién reconoce.

El tiempo allí pasa volando y cuando quiere darse cuenta ya es la hora de regresar a la consulta. Y queda mucho trabajo por hacer. Pero no le importa. Y su marido, una vez más, la apoya. Está agradecida a la vida de haber puesto en su camino a una persona tan especial como él.

Otro, al escuchar su confesión, la hubiera juzgado. Él, simplemente, la escuchó.

CAPÍTULO 9

Cuba, 1933, La Habana.

Desde que Begoña regresó a la mansión con su hijo en brazos, es una mujer nueva. Está feliz, no deja de sonreír y es habitual verla salir con el carrito del bebé de paseo o yendo al club social con sus amigas.

Sus amistades la miran extrañadas, puesto que no es muy habitual. Lo normal es que los niños estén en manos de niñeras, salvo algún rato a lo largo del día en el que visitan a sus padres. Pero este regalo que le ha dado la vida, su hijo Ramiro, crecerá a su lado. Sin perderlo de vista. Es su última oportunidad para ejercer de madre y con un hijo al que ver crecer sano.

Un día, su amiga Soledad, siempre tan directa, no tuvo por menos que decírselo:

—Begoña, creo que al club deberías de venir o sola o acompañada de la niñera, para que esté con el niño junto al resto. No tú sola. Entiendo que estás volcada en la crianza de tu hijo, de verdad que sí. Pero no está bien visto que vayas tirando tú del carrito del bebé. Sabes que te lo digo con todo el cariño del mundo. Hay comentarios.

—Soledad, quizás esas mujeres que comentan no han tenido que enterrar a dos hijos de menos de diez años. Y por eso no me entienden. Este hijo es un auténtico milagro y como tal pienso criarlo. Si la gente está molesta, no hay problema. Dejaré de venir a esas horas al club. Quien quiera verme que venga a mi casa, que estaré encantada.

—Lo entiendo. Y cambiando de tema, ¿con Ramiro? ¿todo bien?

—De maravilla. Somos muy felices. Pero estamos preocupados por la situación en España. Está todo bastante revuelto. Dicen que

puede que haya guerra. Me cuesta trabajo creerlo. Una guerra entre hermanos. Eso afectaría a muchas familias que inmediatamente quedarían fragmentadas según la ideología de cada cual.

— Nos pilla demasiado lejos, ¿no crees?

—Cierto. Pero tenemos familias allí, no lo olvides. Y la segunda república se está tambaleando. Se habla de una sublevación de los militares. Eso le he escuchado a Ramiro en el despacho. A mí directamente, para no preocuparme, no me lo cuenta.

—Como te digo. Estamos lejos.

—Nosotros tenemos pensado ir una buena temporada a España. Ramiro tiene los negocios bastante encauzados y le apetece ver las costas asturianas. Además, me he carteado con mi amiga la marquesa de Argüelles y estará por allí. Pero yo estoy llena de dudas, hay muchas revueltas obreras y la reforma agraria está poniendo en pie de guerra a los campesinos. La gente pasa hambre. Y, además, no hay que olvidar la corriente fascista que hay en Europa, con Hitler y Mussolini a la cabeza. En fin, creo que aquí estamos más seguros. Pero si ocurriera algo, temo por nuestras propiedades al otro lado del océano.

—Querida, le das demasiadas vueltas a la cabeza. La Segunda República, desde siempre ha estado envuelta en golpes internos y sublevaciones. Ahora, ¿por qué va a ser diferente? ¿Qué guerra? Entre hermanos, eso es imposible.

—Ojalá tengas razón. Pero Asturias es fuerte a nivel movimientos obreros, no olvides las minas y los astilleros, al igual que en Vizcaya y Guipúzcoa. Y ciudades tan industriales como Barcelona, donde hay una burguesía muy fuerte gracias a sus empresas... No sé. Bueno, hablemos de cosas alegres. No quiero preocuparme antes de la cuenta.

—Pues hay cotilleos sobre un escarceo de Miguel Ansoiti con una amiga de su mujer. ¿Los conoces?

—No demasiado. Pero sinceramente, eso no es ninguna novedad.

—Yo creo que sí. Puesto que ambos esposos son ni más ni menos que primos. Así que el escándalo está servido.

—Se está haciendo tarde. Creo que me voy a casa, a mi pequeño le toca comer y dormir. Quiero arreglarme especialmente para mi marido esta noche.

—Haces bien. Si te parece, la semana que viene me acerco por la tarde a tu casa y merendamos juntas.

—Perfecto.

De camino a casa no deja de dar vueltas a la conversación sobre la situación en España. ¿Acaso es la única que lo ve?

Quizás deba enviar una carta a su prima y que le ponga en antecedentes. Pero esta noche quiere retozar con su marido y espera y desea que sin la presencia de Julia. A veces no quiere compartirlo. Necesita su cuerpo para ella sola.

Desde su llegada de la finca ya han pasado siete meses.

La relación entre Julia y ella es complicada. Allí eran iguales. Ella se alojaba en la habitación contigua y compartían mesa. Ahora duerme en el lado opuesto al suyo y sirve la mesa. Sin embargo, aunque la moleste, el cuerpo de la sirvienta la excita lo mismo que su marido. Sabe que es un pecado y espera que Dios la perdone por su mente desviada, a cambio del sufrimiento que ha tenido con la pérdida de sus hijos.

Hoy, para la cena, estrenará unos pantalones que tanto se llevan en Europa, con una blusa blanca, bastante escotada, dejando a la vista el inicio de sus pechos. Se pondrá su mejor perfume y se peinará con esmero.

Cuando llega a su casa, le abren la puerta como es habitual y pide que avisen a Julia para que vaya a su dormitorio para arreglarse para la cena.

—Julia, esta noche quiero brillar para mi marido. Y te ruego que, aunque te busque, no aparezcas. Lo quiero para mí sola. Creo que he sido clara.

—Entendido. Pero, ¿y usted?

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, me doy cuenta como mira mis pechos abultados por la leche.

—No seas descarada. ¿Te gusta lo que hacemos? Me refiero a los tres y a nosotras solas. Aunque no lo hemos vuelto a estar desde nuestro regreso de la finca.

—¿Acaso puedo elegir? Yo soy una criada. Una persona que tengo que estar agradecida por salvarme la vida y por dar una buena vida a mi hijo.

—No es tu hijo. Es el hijo de mi marido.

—Pero yo soy su madre. Yo lo parí.

—Tú lo pariste, pero su madre soy yo. A cambio, te dimos dinero y terreno para tener un retiro tranquilo. No repitas más esta monserga… y no me has contestado en cuanto a la relación con nosotros, ¿te gusta?

—Sí. Me gusta cuando estamos los tres y más cuando estamos las dos. Me gusta su cuerpo. Esto es pecado y somos unas desviadas. Y lo pagaremos yendo al infierno, estoy segura. Pero ¿acaso la vida en sí misma no es un infierno?

—Tienes razón. Por eso creo que no debe volver a ocurrir. No sé tú, pero yo no tengo la menor intención de ir directamente al infierno, por mis desviados y pecaminosos actos.

—¿Me desea, señora?

Al terminar esa frase, Julia se desabrocha el vasto vestido, y le muestra su generoso pecho.

Begoña clava sus ojos en ella, está haciendo verdaderos esfuerzos por controlarse. Sabe qué no está bien, pero el cuerpo de Julia la incita de una manera incontrolable. Por eso, para quitarse su imagen de la cabeza, necesita que su marido la posea de una forma brusca, como él sabe. Necesita sentirle en su plenitud. Y que su cabeza vuelva a tener los pensamientos sexuales sólo con el miembro de su marido.

Julia se acerca a ella como un depredador, sin cubrir su pecho. Begoña se sujeta con tanta fuerza al respaldo de su silla que hasta tiene los nudillos blancos.

—Señora, ¿sigo acercándome?

Begoña no contesta. Es un claro sí.

Cuando está a escasos centímetros, la lujuria venció y Begoña se perdió entre los senos de Julia.

◆◆◆

Ramiro, como es habitual, espera a su esposa en el salón fumando un buen puro habano. Está impecablemente vestido, de espaldas a la puerta porque está observando el jardín con el mar de fondo.

—Buenas noches, querido esposo.

Ramiro, al escuchar la voz de Begoña se gira y, cuando ve cómo está vestida, sonríe como un depredador.

—Veo que esta noche estás especialmente bella. Lo estás siempre, pero esos pantalones realzan tu figura de una forma muy sensual.

—Entonces he conseguido mi objetivo. Esta noche te quiero todo para mí. Creo que me estoy explicando. No quiero en nuestro dormitorio a Julia.

—Tus deseos son órdenes. Te deseo, Begoña, y mucho.

Ella mira su pantalón y ve la constancia de que es así.

—Hoy he estado en el club, con Soledad principalmente, y bueno, hemos estado hablando sobre la situación actual en España. Me preocupa nuestro viaje.

—Mi querida cabecita que tanto piensa. Tranquila. A vosotras no os corresponde preocuparos por las cuestiones políticas. Esas con temas de hombres.

—Ramiro, soy algo más que una mujer que pasea con su hijo. Recuerda que salí de España como tú y me preocupa lo que pueda

suceder en nuestro país. Asturias, concretamente, es un pilar en los movimientos obreros en zonas mineras como Mieres, me lo comentó mi prima en una carta hace tiempo. Sé que ocurrió el año pasado, pero toda la provincia, junto a otras, están movilizando a los obreros. Gijón está cerca de Ribadesella y al ser una ciudad industrial es importante para sus partidarios. Me preocupa viajar con nuestro hijo y que nos pueda ocurrir algo. Como madre, es normal. Es nuestro mayor tesoro.

—Te repito. No es un tema femenino. Tú solo preocúpate de disfrutar esta noche.

A Begoña esas afirmaciones la molestan mucho. La menosprecia. Pero evita el enfrentamiento.

—Aprovechando el viaje quizás debamos hacer alguna obra benéfica en Ribadesella, una escuela nueva o mejorar las que haya de tal forma que la gente con menos posibles tenga acceso a una educación. ¿Qué te parece?

—¿Ves? Ese papel sí te corresponde. Ser mecenas. Creo que es una buena idea, construir una escuela y que lleve nuestro apellido. Formará parte de la historia de la villa.

—Estamos de acuerdo. Creo que cuánta mayor formación tenga el pueblo, más opciones tendrán de mejorar sus vidas.

—Tampoco te pases. A fin de cuentas necesitamos mano de obra que no proteste demasiado para trabajar en las fábricas y los campos.

—¿Acaso no merecen la opción de una vida mejor? Tú la tuviste.

—Para tener una vida mejor, yo abandoné mi país. Y mis comienzos no fueron nada fáciles aquí. Hoy soy un empresario, terrateniente, pero no fue sencillo. La vieja aristocracia habanera, al principio, nos miraba con recelo. Pensaban que los emigrantes veníamos a desbancarlos. Con el tiempo, se ha demostrado qué, entre todos, hemos construido una isla mejor y más fuerte. Y hemos sido capaces de convivir con cierta armonía.

—Relativamente, te recuerdo, que hay clubs que no permiten el acceso a la gente de piel oscura y muchos de ellos lo son. Aunque tengan más dinero que nosotros. Los blancos somos unos clasistas.

—Que lo digas tú, que tenemos por amante a una criada.

—Hoy he hablado con ella, precisamente. Le he dicho que entre ella y yo no puede volver a ocurrir nada. No quiero tener ese tipo de sentimientos, o más bien, impulsos.

—Pero te excita. Es más, ahora mismo, lo estás, noto el rubor en tu rostro. ¿Y aceptas qué entre ella y yo continúe la relación?

—Digamos que la acepto. Forma parte de nuestro entorno. Pero no me gustaría que la dejaras de nuevo preñada. Así que toma ciertas medidas, por favor. No lo superaría. Voy a ir a mi dormitorio, y lo siento, pero voy a escribir a mi prima, tú mientras, apura tu puro y el coñac. Te espero, esposo mío. Quiero que seas salvaje esta noche. Estreno camisón y quiero que me lo arranques.

Ramiro no cambia de idea y eso le preocupa. Necesita saber de primera mano qué está ocurriendo, porque las mujeres este tipo de noticias casi las tienen vetadas.

Querida prima:

Te escribo con mano temblorosa.

Ramiro quiere viajar a España para supervisar las propiedades que tenemos allí. Y yo estoy preocupada por las noticias que llegan a la isla, sobre movilizaciones, huelgas y demás acciones sociales.

Por eso, te agradecería que me contaras la verdad. Esta noche he querido comentarlo con él durante la cena, pero como siempre, su respuesta es que no son cosas de mujeres, que la política es un tema de hombres.

¿Acaso las mujeres no podemos pensar?

Eso me enfada. Parece que a ellos les gustara la idea de que seamos ignorantes y no hacernos ningún tipo de preguntas. Lo siento, yo no soy así. Y no creo que pueda cambiar a estas alturas.

Por favor, espero con ansia tu respuesta.

Como siempre, tu prima que te quiere.

Cierra la cuartilla para que mañana el personal de la casa la envíe. Espera recibir sus noticias antes del viaje, aunque es difícil.

Justo ha terminado y escucha los nudillos en la puerta.

Ramiro aparece en un batín y el pecho al descubierto. Ella está simplemente con el camisón.

Se miran con deseo.

Ramiro, como un animal, tira de ella para tenerla justo a escasos centímetros.

—Ven aquí. Esta noche quiero volverte loca.

—Hazlo.

La besa con posesión. Y ella lanza un aullido de placer.

Cuando se separan, la empuja hacia la pared y, casi sin pedir permiso, la desnuda y, sin mediar palabra, la posee. No hay delicadeza, pero ninguno la quiere ni la necesita esta noche.

Ambos terminarán exhaustos, sudorosos, tumbados en la cama.

Hoy no han necesitado a nadie más.

Pero ese alguien más, ¿cómo se siente?

Julia, la tercera en discordia, no lo quiere reconocer, pero está enamorada de ambos. Con ellos, por primera vez, sintió placer, nada que ver con lo que le hacía el bestia de su marido.

CAPÍTULO 10

Ribadesella, en la actualidad.

Rocío, como cada día, sube al desván.

Quiere recopilar toda la información posible para presentársela a su madre.

Tiene claro que hay un alma vagando por la casa, esperando que se la haga justicia. Y para eso está ella aquí.

Quizás el destino, de alguna manera, la haya empujado a venir a esta casa para desvelar el gran secreto de su familia. No la versión edulcorada que le han contado.

Con un pañuelo en el pelo, trabaja sin descanso para adecentar ese espacio y poder poner orden en todos los enseres que están ahí apilados sin control.

Por ejemplo, va a llevar a la tintorería las ropas que están en buen estado, para ponerlas en una de las habitaciones que eran del servicio. Son auténticas reliquias. Incluso puede que organice alguna exposición. El resto irán a la basura.

De todos los muebles, baúles, maletas que hay, un mueble de época que, a pesar de estar ahí de cualquier manera, no está comido por las termitas, le resulta muy atractivo. Es un escritorio que, salvo por una puerta que está algo descolgada, está en un estado bastante bueno. Piensa que podría quedar muy bien en el despacho. Daría personalidad al espacio.

Sin embargo, una mecedora, casi diría que hermana de la que hay en su dormitorio, está totalmente rota. Esa la tirará.

Cansada, recuerda la caja de latón con fotos. Sentada una vez más en el suelo, decide abrirla y echar un vistazo a esas fotos de otra época.

Muchas de ellas deben de ser en La Habana por el tipo de indumentaria que llevan los que aparecen sonriendo a la cámara. Fueron hechas en una casa con extenso jardín, con una piscina y al fondo se puede ver el mar.

Todos ellos despiden poder y dinero.

El poder…

Nunca ha visto una foto de sus bisabuelos, por lo tanto, no puede reconocer quiénes de los que aparecen ahí podrían ser.

Aunque con lo que ha ido averiguando, de su madre y de las cartas que ha leído, si empieza a conocer algo más y a hacerse una idea sobre ellos.

Su bisabuelo, un gran empresario de plantaciones de azúcar, o como se llamaban allí, *ingenios*, fue el que emigró, pero regresaron cuando su abuelo aún no había nacido, adquirieron la casa y ya siempre estuvieron ligados aquí, especialmente después de la guerra civil, pasando temporadas, aunque por sus negocios siguieron en Cuba hasta un poco antes de la Revolución; se anticipó a lo que se avecinaba y vendió todo. Tuvo suerte; de no haber sido así, lo habría perdido todo.

Su familia vivía en La Habana, en el barrio de Miramar. Allí todas eran grandes casas, muy coloridas, donde se respiraba elegancia; incluso tenía su propio club, donde la clase acomodada celebraba sus fiestas.

Las pone en un montón.

Otras son de aquí. Reconoce la casa. Y las mujeres visten de una forma más sobria. Mira el reverso y, casi inapreciable, ve la fecha: *19 de mayo 1935.*

—Vaya, casi un año antes de la guerra civil. —Comenta en alto.

Sabe que en la contienda Asturias fue muy importante, incluso Ribadesella, con el enfrentamiento de los republicanos y los nacionales. Tanto es así, que los primeros decidieron volar el puente que une ambas orillas del río Sella, para evitar el avance hacia Gijón de los sublevados, es decir el frente nacional.

Todo esto forma parte de la historia de este país. Y ella, de algún modo, la tiene entre sus manos.

En muchas de ellas aparece un niño. Da por hecho que es su abuelo. Parece un niño sano, risueño. Comienza a comparar fotos para buscar a su bisabuelo y lo encuentra.

Realmente, el parecido es notable. Y tiene que reconocer que, para la época, era un hombre bastante atractivo, de hombros anchos, poblado bigote y una altura considerable.

Continúa avanzando en la organización de las fotos y comienza a ver a ambos juntos. Sin lugar a dudas, son dos gotas de agua.

Y a Begoña, su bisabuela. Una mujer elegante. Mira con adoración a su hijo.

Pero lo que más le llama la atención es que detrás de ellos aparece una mujer, y no en una, en varias, mirando desafiante a la cámara. Nadie la ha invitado a ese reportaje familiar, eso está claro, pero ella, sin que la aprecien los protagonistas, de una forma invisible, se sitúa detrás de ellos. Su indumentaria es muy diferente, no lleva el uniforme de criada, pero las telas de los vestidos no son finas. Observa sus rasgos, es una mujer bastante guapa. No cuidada, como su bisabuela, pero de indudable belleza.

La gran pregunta es:

¿Quién es esa mujer que se considera con el derecho de aparecer en las fotografías?

¿Quién eres?

Sabe que ahí está la clave.

Quizás mañana encuentre más vestidos de esa enigmática mujer. Si es así, los tirará.

Parece que las intrusiones a su vida le están dando una tregua. Lleva días sin aparecer. Ha debido de entender el mensaje, que les deje espacio.

También es verdad que ella, de alguna manera, no ha dejado de trabajar por desvelar su identidad y, lo más importante, qué la

retiene en este lado del mundo, ¿por qué su alma no es capaz del descanso eterno?

Decidida, llama a su madre para comentarle sus avances.

—Hola, mamá, ¿cómo estás?

—Hija, sorprendida de que no estés en la consulta.

—Ya. Verás, hoy no tenía muchos pacientes y he movido fechas para tener una tarde libre. Estoy liada con el desván. Ahí es todo un caos, pero estoy encontrando cosas de lo más interesantes.

—¿Cómo cuáles?

—Verás, ropas de la época. Las que están en buen estado las voy a limpiar. Muebles, baúles, cartas y muchas fotos, tanto de la isla como de aquí. Y hay algo que me ha llamado mucho la atención…

—Sorpréndeme.

—En las fotos de familia, en muchas de ellas, aparece detrás de los bisabuelos y el abuelo, yo diría sin que lo supieran, una mujer bastante guapa que mira casi de forma altiva a la cámara, a pesar de no ser de la familia. Es como si considerara tener el mismo derecho. Pero diría que es parte del servicio. Es muy raro.

—Tú y tu imaginación desbordante.

—Mira, para que veas que no exagero, te envío ahora mismo por mensaje una de las fotos que te comento. Dame un segundo. Ya la tienes Dime… ¿qué ves?

—Veo a una mujer apropiándose de una estampa familiar que no le corresponde. Está claro que es del servicio. Si fuera amiga de mis abuelos estaría junto a ellos, no detrás mirando insolente a la cámara.

—Mamá, no te lo he querido decir hasta ahora, pero, verás… en este caserón ocurren cosas.

—No te entiendo y que conste que me estás asustando.

—Hay un espíritu vagando por la casa. No me quiere hacer daño, ya te lo digo. Pero me quiere decir algo. Y no va a descansar hasta que lo desvele. Por eso también estoy trabajando en el desván.

—Rocío. Deja el pasado.

—Tú sabes algo y no me lo quieres decir.

—Yo solo sé que estas cosas me dan mucho respeto. Invocar espíritus… tú no eres de esas.

—No invoco a nadie. Esa mujer se me aparece de alguna forma. El otro día preparó la cena y me envió un mensaje, no quiere hacerme daño y la creo. ¿Cómo se llamaba la persona que viajó con ellos desde Cuba? Seguramente, el abuelo te hablaría de ella. O incluso puede que la llegara a conocer.

—¡Basta ya! ¿Alejandro sabe algo de toda esta locura? Al final, no sé yo si trasladarte allí a vivir ha sido una buena idea.

—No me estás respondiendo. Dime su nombre. Y en cuanto a lo de venir aquí, ya te respondo, la mejor. Pero los secretos no deben de ser para siempre eso, secretos. Y cada uno merece su lugar. Así que lo siento, pero no pienso dejarlo. Dime su nombre.

La madre, agotada de la insistencia de su hija, al final, dijo su nombre.

—Se llamaba Julia, era de por allí. Estuvo toda la vida al servicio de la familia, hasta que falleció bastante mayor. Tu abuelo siempre se hizo cargo de ella. Nunca la abandonó. Fue una segunda madre para él. Ya está. Ya tienes el maldito nombre.

—Gracias. Pero no entiendo por qué te ha costado tanto decirlo. Y ¿qué edad tenía cuándo falleció?

—Más de noventa años. Mis abuelos hacía mucho que habían fallecido.

—¿La conociste?

—Si. Era muy anciana. Pero sí. También cuidó de mí. Era parte de la familia. Pero siempre me preparaba galletas y las tartas que me gustaban, a pesar de que sus manos estaban llenas de artrosis. Mi padre decía que tenía una casa comprada por mis abuelos, pero nunca la ocupó. Siempre estuvo con la familia Santaolaya.

—Quizás alguien la recuerde.

—Imposible. Hace mucho de esto.

—Has sido de gran ayuda. Te voy contando mis avances. Mamá, te quiero.

—Y yo a ti, hija. Quizás vaya contigo a pasar unos días. Tu padre tiene previsto un viaje de trabajo y tal vez yo lo aproveche.

—Sería una magnífica idea. Y te presento a mi fantasma. Aunque ya lo conoces, porque estoy segura que estamos hablando de Julia. Y anímate a venir. ¿Cuándo lo sabrías?

—Entre hoy y mañana te confirmo.

Terminada la conversación con su madre, se siente cansada, se pone un abrigo y sale al jardín. Se sienta en el restaurado columpio y, apoyada en la cadena, se mece.

De repente, escucha las risas de un niño. Levanta la cabeza y ahí están de nuevo esas imágenes. Un niño correteando por el jardín, perseguido por esa misma mujer de la foto. Mueve varias veces la cabeza, porque son imágenes demasiado nítidas para estar soñando.

Una vez más, la desconocida la mira y le sonríe con dulzura.

¿Me estoy volviendo loca?

Ojalá pueda venir mi madre y estar unos días conmigo. Cambiaría pacientes y así podría estar con ella todo el tiempo. Y subiríamos juntas al desván. Quizás ella también lo necesite.

Julia, sé que eres tú. Y te voy a dar tu lugar, sea el que sea, y podrás descansar en paz.

Como si ella fuera capaz de leer sus pensamientos, se produjo inmediatamente un movimiento en una ve las ventanas de la planta de arriba.

Mira la hora y se da cuenta que está sucia y necesita una ducha, porque Alejandro debe de estar a punto de llegar.

Corriendo, va al baño. Mientras, programa en la cocina cocer unas verduras para acompañar a la carne en salsa que había preparado el día anterior.

Justo a tiempo cuando él llega.

—Bueno cariño, cuéntame qué tal la tarde en el desván.

—Pues efectivamente, ahí he pasado gran parte del tiempo. He averiguado algo. Se llamaba Julia y, por lo visto, era de por aquí. Estuvo toda la vida al servicio de mi familia. Incluso le tenían tanto cariño que mi abuelo cuidó de ella hasta su fallecimiento.

—Valeee… y todo eso lo sabes ¿por?

—Porque se lo he sonsacado a mi madre. Qué, por cierto, a lo mejor viene unos días, aprovechando que mi padre se va de viaje.

—Me parece estupendo. Pero no desatiendas nuestra clínica, hemos invertido mucho dinero e ilusiones y últimamente tengo la impresión de que el desván es más importante que nuestro proyecto de futuro, tanto a nivel profesional como personal.

—No digas tonterías. Simplemente me he tomado una tarde.

—Y qué has encontrado hoy, cuéntame.

—Ropa en buenas condiciones, he pensado llevarla al tinte, para adecentarla. Y muebles… un escritorio sin termitas, que lo podríamos poner en el despacho, y otros para tirar. Tengo que avisar al ayuntamiento para que los retiren. Y fotos, muchas fotos familiares.

—Por lo que me cuentas, nada destacable que no deba de tener un desván.

—Si y no. Ya tengo el rostro de ella. Era muy guapa. ¿Te gustaría ver alguna foto?

—Si te empeñas, pero nos preparamos unas cervezas con unas patatas fritas mientras las hojeamos.

—Estupendo. Llévalo al salón que yo voy ahora con las fotos.

La pareja, abrazada, van mirando detenidamente las fotos. Incluso se ríen del tipo de modelos que llevan en algunas.

—Bueno, ¿qué opinas sobre mi teoría?

—Quizás tengas algo de razón. Es como si ella, de alguna manera, considerara que debe de aparecer junto a ellos en las fotos, no relegada a un segundo plano. No es la mirada de una mujer

sumisa, aunque tuviera que serlo, dado su estatus. Da la sensación de que, hasta cierto punto, tuviera el mando de esa familia. Es interesante. Ya veremos qué opina tu madre cuándo las vea.

—A ver. Y, además, seguramente ya tenga el juego de tocador de plata de mi bisabuela. Seguro que le hace mucha ilusión.

Por la noche, efectivamente, su madre le confirma que, en unos días, estará allí. Irá en su coche.

CAPÍTULO 11

Cuba, 1935, La Habana.

—Ramiro, me gustaría que valoraras una vez más lo de viajar a España. Mi prima me ha comentado que todo está bastante revuelto. Sobre todo, en Bilbao y Asturias, donde el movimiento obrero es muy fuerte. Están convocando huelgas. El gobierno de la República se tambalea.

—No vamos a una gran ciudad, te lo recuerdo. Y la marquesa de Argüelles también estará allí, según me comentaste. Sois amigas y hace tiempo que no os veis. Os vendrá bien. Así que no, ya tengo los pasajes de la familia y de Julia, que viene con nosotros para el cuidado de Ramiro.

—¿Solo por eso? Porque si solo es por eso, podemos llevar a cualquier persona del servicio.

—Solo por eso. Además, ella es de allí. Quizás quiera aprovechar y ver a sus familiares. No te comportes como una mujer inmadura. No te va nada.

—Veo que no hay forma de hacerte cambiar de idea. Pues nada. Al menos dime la fecha en la que zarpamos, para ir preparando todo.

—En un mes. Y tengo una sorpresa. Iremos vía Nueva York. Estaremos allí una semana y luego ya partimos rumbo a España.

—¿De verdad? No sabes qué ilusión me hace.

—Lo sé. Por eso lo he hecho. Contactos míos de negocios allí se han encargado de hacernos la reserva en el hotel. Iremos al Waldorf.

—¡Qué maravilla! Te quiero Ramiro. Aunque no lo diga a menudo.

—Yo también. Estoy agradecido a la vida por haberte encontrado. Juntos hemos construido nuestro pequeño imperio. Eres muy

importante para mí, Begoña.

—Gracias por tus palabras.

—Te las mereces. Soy consciente de que muchos de los tratos mercantiles que he cerrado lo han sido por tu intervención con las esposas de las personas que me interesaban. Solo gracias a ti.

—Sabes que en todo en lo que te pueda ayudar, ahí estaré. Siempre a tu lado.

—Eres inteligente, sensual y bella. Y, a pesar de los años que llevamos casados, te sigo deseando.

—Por cierto, ¿echas de menos el cuerpo de Julia? Hace casi un año que no tenemos relaciones con ella. ¿O tú, sí?

—No la he vuelto a buscar, lo sabes. Paso las noches contigo o en mi dormitorio. ¿Y tú?

—Yo tampoco, desde aquel día que te mencioné en el que luego, por la noche, me entregué a ti. Y hasta ahora. No era sano lo que tenía con ella. Aunque no voy a negar que me gustara. Pero mi fe en Dios es más fuerte y sé que no está bien. Así que he rezado mucho para que mis pensamientos impuros hacia ella desaparezcan.

Esta conversación la están manteniendo en el dormitorio de ella, mientras se cepilla el pelo en camisón. Observa el pantalón abultado de su marido. Se voltea de la butaca para estar frente a él y, de una forma insinuante y provocadora, va deslizando lentamente el tirante del camisón, para ir, poco a poco, mostrando sus pechos.

Ramiro, excitado, sujeta sus genitales, sin dejar de mirarla.

Ella se levanta despacio y deja caer al suelo el fino tejido de seda, exponiéndose a su marido, sin ningún tipo de pudor.

—Hazme tuya. Quiero que seas bruto. Como a mí me gusta. Necesito gemir de placer.

Y, caminando hacia atrás, se tumba en la cama, abriendo las piernas.

—Ya sabes lo que tienes que hacer…

Él se desnuda sin perderla de vista y, con su abultado miembro, se tumba sobre ella, recorriendo su cuerpo de una forma tortuosa. Tanto, que Begoña le incita a que sea menos sutil.

Los gritos de placer traspasan la puerta del dormitorio.

◆◆◆

Julia

Al otro lado, como muchas noches, Julia escucha cómo la pareja disfruta, dejándola a ella a un lado. A fin de cuentas, ya cumplió con su papel de dar un heredero. La usaron y la tiraron. Pero, ¿y sus sentimientos? ¿acaso no cuentan?

Hasta la fecha, nunca había estado con una mujer… las caricias de ambas en Trinidad, no la abandonan.

No cree en Dios porque, si existiera y fuera bondadoso como dicen qué es, no le hubiera dado la vida que tiene. Una vida servil, sin más futuro que ese. Primero, su marido le pegaba porque consideraba que era de su propiedad, después, Ramiro se encaprichó de ella para luego usarla con un fin y dejarla embarazada para tener un heredero. Ahí ella pensaba que tendría bazas para ganar, pero no. Ahora simplemente es la cuidadora de su hijo. Sí, de su hijo, ellos cumplieron su palabra y le permiten estar cerca de su pequeño, aunque nunca escuche de su boca decirle mamá. Esa palabra la dice, pero no refiriéndose a ella. Para el pequeño Ramiro, ella es tata Julia.

Pero tiene la esperanza de que un día salga la verdad a la luz. Poder sentarse frente a su hijo adulto y contarle toda la historia. Para eso tiene que esforzarse y vivir más que los señores: ahí tendrá ella su momento.

Aunque si lo hace, pueden producirse dos escenarios: uno que la abrace y por fin la llame a ella mamá, pero otro en el que diga que es una desagradecida por cómo se ha comportado de bien su familia, preocupándose por su bienestar y la eche de su vida, recriminándole además haberlo entregado.

Lo único que tiene claro es que esa rabia aumenta cada día.

Arrastrando los pies, con la cabeza baja, regresa a su cuarto, situado en la zona de servicio. Porque el pequeño Ramiro tiene una enfermera de noche en el cuarto de al lado, velando porque no le ocurra nada malo.

Cierra la puerta y se tira al jergón. Por primera vez en muchos años, llora. Desde que nació, hace ya casi treinta años, su vida ha

sido un continuo sufrimiento. Perteneciente a una familia humilde con demasiadas bocas que alimentar, primero comenzó a trabajar a temprana edad en el campo, con el ganado. En cuanto desarrolló, su padre acordó su matrimonio con el maldito hombre que casi la mata a palos. Gracias a la intervención de su tía, que fue la que contactó con la familia Santaolaya en Cuba, pudo huir, de noche y sin apenas ropa, para que su esposo no la pillara.

Todo parecía ir bien cuando llegó a la isla. Por primera vez, nadie la manejaba. Ella se ocupaba de sus quehaceres en la casa, primero como una simple sirvienta, pero poco a poco fue escalando dentro de la organización del servicio, hasta convertirse en ama de llaves, o gobernanta, como dicen por aquí, y en mano derecha de la señora de la casa.

Ahí volvió a sonreír, algo que parecía que la vida le había arrebatado. Su sonrisa. Pero todo se torció cuando empezó a sospechar que el señor la miraba con cierto interés. Ella, al principio, intentó convertirse en invisible, aunque difícil, puesto que era la encargada de servir siempre la mesa de los señores.

Una noche, cuando ya estaba preparada para acostarse, llamaron a la puerta. Frente a ella estaba Don Ramiro, venía con claras intenciones. Julia dudó sobre si dejarlo pasar. Pero no creía que pudiera negarse y, en el fondo, también sentía cierta atracción prohibida.

Con paso decidido, él entró y cerró la puerta. Para su sorpresa, no la poseyó como esperaba, es decir, con violencia. No. La besó y fue bajando su camisón con delicadeza, hasta dejar sus curvas expuestas a su vista.

—No me equivocaba. Eres realmente bella. No soy como otros señores, no quiero forzarte Julia, ¿entiendes? Quiero que te entregues a mí. No me gusta hacer daño a las damas.

—¿Yo, una dama?

Poco a poco fue acercándose a ella, con sus dedos rozaba su piel, qué, a su tacto, se erizaba. No pudo controlar el placer que sentía.

Incluso cerró sus ojos para concentrarse en sentir. Era la primera vez que su cuerpo era tratado con cariño, con respeto.

—Julia, tócame.

Ella abrió los ojos y observó el abultado pantalón. Sin pensarlo, puso su mano ahí y comenzó a masajear las partes íntimas del señor.

—¿Así?

—Si. No pares, me estás excitando mucho.

Julia continuó, afanosamente, tocando su pene.

—Bájame los pantalones, necesito poseerte.

Con decisión, obedeció.

Su marido no estaba tan bien dotado. Y eso la sorprendió. Ver ese miembro en toda su plenitud y el tamaño que tenía. Por un momento, temió que fuera a hacerle daño.

—No temas. Iré despacio.

Desnudos los dos, se tumbaron en el camastro. Él fue recorriendo su cuerpo y ella, a medida que avanzaba, arqueaba la espalda de placer, gimiendo.

—Creo que ya estás más que lista para recibirme.

—Lo estoy.

Él, poco a poco, fue adentrándose en el cuerpo de ella. Sus cuerpos encajaban a la perfección y, como si no fuera la primera vez, ambos comenzaron a moverse al unísono. Pasaron la noche amándose, casi hasta el amanecer, momento en que él, antes de que hubiera movimiento en el pasillo del resto del personal que trabajaba en la casa, salió sigilosamente.

Julia, agotada de la noche que habían pasado, estuvo remoloneando en la cama. Por primera vez, disfrutó del sexo. Y algo tenía claro, esperaba que fuera la primera de muchas noches. El señor era un amante entregado y en ningún momento le hizo sentir como lo que era, una criada.

A partir de esa noche, lo habitual era que él apareciera, salvo qué por motivos de sus empresas, estuviera fuera. Ella lo esperaba siempre despierta. Incluso, con parte de su sueldo, fue a comprar un buen perfume para que a él le resultara más agradable.

Pero, como en un cuento, el hechizo se deshacía en cuanto amanecía. Y ambos volvían a sus papeles, él como el señor y ella como la criada.

Durante el día ambos disimulaban, sin apenas mirarse. Pero ninguno de los dos podía olvidar lo que sentían cada noche.

Sin embargo, se equivocó. Ella, inocentemente, pensó que tenía opciones de mejorar su vida junto a él. Que la quería de verdad. Por eso, cuando fue consciente de su embarazo, fue doblemente feliz, primero por la maternidad y segundo porque pensaba que era la carta que necesitaba para mejorar socialmente.

Todo su pequeño mundo se hundió el día que escuchó la conversación del matrimonio tras la puerta del despacho, sobre los motivos reales por los que él se encamaba con ella: solo para dejarla preñada y poder tener un heredero, ante la imposibilidad de que ya lo hiciera la señora, y de lo enamorado que estaba de su esposa.

Una vez más, la vida, la puso en su sitio.

Cuando la llamaron y le plantearon lo de entregar a la pareja su hijo, a cambio de dinero y un terreno en España, quiso gritarles, pero no pudo. No pertenecían al mismo mundo.

Finalmente, tras valorarlo mucho, llegó a la conclusión de que era una buena opción. Su hijo crecería lleno de cariño y no le faltaría de nada. Podría ser en la vida lo que él quisiera. De momento, nacería como hijo de un gran empresario en la isla.

Accedió. Pero sus concesiones no terminaron ahí.

Las continuas visitas nocturnas a su humilde cuarto no cesaron. Incluso cuando su embarazo era ya claro. Otra vuelta de tuerca: una noche alguien llamó a su puerta estando los amantes juntos. Sorprendidos, se quedaron en silencio. Finalmente, Julia preguntó quién era.

La respuesta les dejó helados. Porque la voz del otro lado de la puerta era ni más ni menos que la de la señora… Y a partir de ahí fueron tres y, aunque ella era el centro del triángulo, siempre supo que era la parte prescindible.

CAPÍTULO 12

Tal y como había prometido, antes de iniciar el viaje a España, la extraña familia estuvo unos días en Nueva York, para que Ramiro estrechara alguno de sus contactos comerciales. El azúcar que produce su plantación es de lo mejorcito en Cuba y su expansión está en marcha. Por este motivo, acudieron a varias fiestas y cenas de negocios. Noches de champán y bailes en varios de los cabarets de la ciudad.

Julia permanecía con el pequeño Ramiro en el hotel.

Durante el día, las mujeres y el niño recorrían la ciudad, ya que aunque parecían unas vacaciones, realmente para Ramiro no fue así.

Central Park, el gran pulmón de la ciudad, las deja sin palabras, puesto que, tanto en Cuba como en Asturias, no conocen que exista nada igual para dar un paseo.

—Señora, este parque es enorme. Claro que yo salí de la aldea para ir a La Habana y, bueno, allí hay parques, pero no de este tamaño.

—Es precioso. Comentan que en Madrid el parque del Retiro es similar. Siempre me lo dice mi amiga la marquesa, *debes de venir a visitarme a Madrid, te encantará la ciudad y el ambiente que hay a cualquier hora en sus calles*. Pero hasta ahora no he encontrado el momento.

—Debería de ir. Es la capital de España. Debe ser bonita.

—Debe serlo, sí. Estoy algo cansada. Si te parece, sentémonos en un banco. Aunque por la hora que es ya, deberíamos regresar al hotel, el pequeño Ramiro necesita comer y dormir la siesta.

—Si le parece bien, regresemos y me ocupo del pequeño. Por hoy, le ha dado bien el aire.

—Es verdad, tiene los carrillos colorados.

Al regresar al hotel, Begoña tiene una nota de su marido. Debe de arreglarse para esta noche. Tienen una cena muy importante con un posible nuevo cliente.

No tenía previstas tantas salidas nocturnas y su vestuario no es adecuado. Decide dejar a Julia y al niño en la habitación y preguntar en recepción dónde puede encontrar un vestido más acorde para una cena. El personal, amablemente, le da indicaciones y, sin perder tiempo, sale a la calle en busca del modelo perfecto para esa noche.

El taxi la deja en la *Quinta Avenida*, donde se encontraban algunas de las firmas más exclusivas. No escatima en detalles y, a su regreso al hotel, el botones la tiene que ayudar, por lo cargada que llegaba al hotel. Sabía que había acertado y que su marido aprobaría todos y cada uno de los modelos.

Esa noche era especial: irían al famoso *Cotton Club,* un lugar donde poder disfrutar del mejor *jazz* de la ciudad y donde, cada noche, las botellas de champán corrían sin control por las mesas, haciendo un claro alarde de poder adquisitivo de sus visitantes.

Esa noche estrena el modelo más lujoso que había comprado, un vestido de noche, largo hasta el suelo, de satén de seda y color negro, que brilla bajo las luces del club, con corte al bies que hacía que se adhiriera a su cuerpo de forma sensual, marcando su cintura de forma natural, y con escote profundo, hasta la cintura, en la espalda. Lo acompaña con una sencilla cinta en el pelo, pero que iría junto a su estela de visón y su mítico collar de perlas. El resultado es espectacular y Ramiro no puede dejar de admirarla, casi babeando.

Dos días más tarde, la estancia en la ciudad de los rascacielos termina. Ha sido bastante provechoso para Ramiro puesto que ha establecido nuevos contactos. Siguiente parada: España.

La estancia en NYC, rodeados de lujos, supone un antes y un después, porque, a su llegada a España y más concretamente a Ribadesella, les deja algo descolocados. El panorama que encuentran es desolador. Hay una crispación que se palpa.

Sin perder tiempo, dan aviso a la marquesa de que ya están allí. Necesita saber de primera mano cuál es la situación social. Por eso,

al día siguiente, ambas mujeres almorzarán en la magnífica vivienda de la noble, no muy lejos de la suya.

—Querida amiga ¿Cuántas ganas tenía de verte? Cuéntame qué tal todo por la isla.

—Como siempre, sin grandes novedades. Venimos de Nueva York, estuvimos allí aprovechando negocios de Ramiro y me ha dejado sin palabras. Es maravillosa; ya comentaremos más tarde. Y dime, ponme al día de la situación aquí. Mi prima por carta algo me ha contado.

—La verdad. No pinta bien. La República cada vez es más inestable. Hay huelgas y el movimiento obrero en las zonas más industriales como Asturias es fuerte. El pueblo no está contento. Hay una gran inestabilidad social y económica. La gente habla de guerra civil, me cuesta creer eso. Una guerra entre hermanos. Dividiría al país. También se rumorea ciertos movimientos entre el ejército. No sé ni qué pensar. Pero hay una realidad que no podeos obviar, la gente está pasando necesidades, sus hijos tienen hambre y viven en condiciones no muy buenas. Y eso, tarde o temprano, explota. Y creo que nos encontramos en ese punto. Y, además, la situación en Europa no es mucho mejor. En Alemania, con Hitler elegido hace dos años canciller, su gobierno ha dejado clara desde el primer momento su obsesión con los judíos. Por lo visto, he emitido una ley que prohíbe los matrimonios mixtos y les han quitado la ciudadanía.

—Me preocupa todo lo que me dices. Francamente es muy grave. Y en base a qué persiguen los alemanes a los judíos. Porque muchos de ellos serán alemanes de nacimiento.

—Es como una obsesión del canciller y su partido. Tema de raza aducen, creo. Tanta información no tengo. Ya sabes qué las mujeres, este tipo de noticias, no suelen estar entre nuestros temas.

—Entiendo. Cambiando de tema. Quería comentar contigo que, aprovechando nuestra estancia aquí, nos gustaría promover la construcción de una nueva escuela. Es importante que la gente sepa leer y escribir.

—Es una magnífica idea. El principal problema, aunque no lo creas, no lo vas a encontrar en sacar el proyecto adelante, sino después, en los padres y que dejen que los niños puedan ir. Necesitan mano de obra para trabajar el campo o con el ganado. Y bueno, si son varones, todavía. Pero las hembras, no verán la necesidad de tal conocimiento. Ya sabemos el futuro que les espera. Casarlas con alguien que al padre le convenza, cuidar de la casa y parir muchos hijos. Y que tenga suerte y no la maltrate.

—Lo sé. Pero si tengo que ir en persona para que una chica pueda estudiar, iré a convencer a los padres. El conocimiento es poder. Y como mujeres afortunadas, tenemos que hacer lo que esté en nuestra mano para ayudar.

—Tienes todo mi apoyo. Con el proyecto y las autoridades y también después, si necesitas que te acompañe, no lo dudes, lo haré.

—Volviendo al tema de la situación tanto en Europa como aquí, ¿crees que nuestras propiedades corren peligro?

—Me gustaría decirte que no. Pero francamente, no lo puedo asegurar. En las calles hay miedo. El proletariado, envalentonado por la situación de Rusia, se está sublevando. En Cuba estáis en el paraíso, pero Europa es un volcán que está a punto de estallar.

—Se lo comentaré a Ramiro, pero conociéndole, no me hará caso. Él sabe más de lo que dice, seguro. Tiene la manía de, según él, no preocuparme. Son cosas de caballeros, no de damas. Como si fuéramos tontas. Eso querida amiga, me enerva y mucho. ¿Acaso no estamos nosotras, de alguna manera, detrás de acuerdos ventajosos para sus negocios?

—No me mires a mí. Mi marido ocupaba cargos políticos, pero yo he sido siempre quien ha llevado la gestión directa de los negocios. Pero sí, llevas razón, lo mío es una excepción y este es el papel que nos ha tocado vivir. En la sociedad solo podemos actuar con obras benéficas, mecenazgo y poco más. Las puertas del poder están cerradas para nosotras.

—Y dime, ¿tu marido sigue siendo el perfecto esposo que no tiene amante? Eso me sorprende. Es un hombre realmente atractivo.

Begoña se ha puesto roja, sabe que la marquesa es una mujer liberada, de pocos remilgos y con una vida afectiva movidita, pero la respuesta a esa pregunta no la tenía preparada. Decide mentir.

—No me consta. Y espero que siga así siempre.

—En la alta sociedad, ya lo sabes, está más que aceptado, por ambos lados. Ellas también los tienen. No hay problema con eso, ahí si hay igualdad, mira tú. Vale, él no… ¿pero y tú? ¿No te interesa ningún atractivo hacendado isleño?

—Estoy centrada en la crianza de mi hijo. No me interesa nadie más. Y ¿tú?

—Yo sí. Llevo casi un año viéndome en Madrid con un marqués, no te digo el nombre, somos del mismo círculo. Su mujer incluso la podría considerar amiga.

—¿Y no te sientes mal por ello? Me refiero a cuando la tienes delante.

—Para nada. Ella a su vez tiene también un amante. Así que todos felices. Como digo, está más que aceptado.

—En Cuba también hay casos. Incluso con personal del servicio. Mis amigas, lo aceptan. Pero no es mi caso.

La bola de la mentira cada vez es más grande. Ellos han dado un paso más y el matrimonio comparte amante. Y eso sí que no se puede mencionar.

Durante la estancia en Nueva York y la travesía no han tenido relaciones como trío. Pero sabe que esta noche, cuanto el pequeño duerma, sucederá. No lo ha comentado con Ramiro, no, simplemente, sabe mejor que nadie el lenguaje corporal de su esposo. Y lo peor de todo, es que ella lo desea.

Terminado el almuerzo, Begoña abandona la casa de la marquesa para ir andando a la suya; apenas unos metros las separan.

Lleva en su cabeza demasiada información. Y ninguna noticia es halagüeña. Quizás, lo más sensato sea acortar su estancia en

España y regresar cuanto antes a Cuba.

Nada más llegar a casa, sube a su dormitorio y se acuesta a descansar. Tiene un tremendo dolor de cabeza. Dos horas más tarde, algo más repuesta, ordena que le preparen un baño para arreglarse para la cena junto a su marido.

Relajada en el baño, Julia entra sin avisar. La encuentra sumergida en el agua. Ninguna dice nada. Simplemente, analizan el cuerpo de la otra.

—Julia, esta noche, ven a nuestra habitación. Pide a Agustina que se quede a dormir con Ramiro. Alega que te encuentras indispuesta. Y sé discreta cuando subas. Esta casa no es tan grande como la de la isla. ¿Te has quedado sin palabras?

—No, señora. Observaba su cuerpo.

—¿Te ocurre algo?

—No. Nada. Si le soy sincera, mi situación con ustedes me confunde. Durante el día, y durante largas temporadas, soy la criada y son sumo respeto, así se me trata. Pero por la noche, subo a la zona noble de sus viviendas, para acostarme con ustedes. Durante el día, me tratan de usted y por la noche, los tres nos tuteamos. Creo que estoy demasiado cuerda, con la vida complicada que me ha tocado vivir. ¿No cree?

—Visto así, sí. Pero no podemos consentir que nos tutees delante de la gente. ¿Qué pensarían? Supongo que lo entiendes. Mi marido y yo te tenemos mucha estima y lo sabes. Pero hay barreras que deben mantenerse. No sé si me explico. También quiero que entiendas que nos importas. No lo dudes. Nos hemos portado muy bien contigo desde siempre. Y todos disfrutamos. Porque tú también lo haces, tanto con mi esposo como conmigo, si no fuese así no te lo impondríamos, nos conoces en ese aspecto. Así que, como te he comentado, báñate, perfúmate y sube a mi dormitorio. Como ves, yo ya me estoy preparando.

Al quedarse sola, sale de la bañera, se pone un batín y elige la ropa con la que bajará esta noche al comedor.

Acaba de escuchar que Ramiro ha llegado. Llama a su puerta.

—Cariño, ¿puedo pasar?

—Por supuesto.

—¿Qué tal la comida con la marquesa?

—Siempre interesante. Ya sabes. Le he planteado el proyecto de construir una escuela nueva y le ha parecido bien. Además, hemos comentado sobre la situación en Europa y en España. Ramiro, no corren buenos tiempos. Creo que después de este viaje, deberíamos quedarnos en Cuba y no regresar aquí hasta ver cómo transcurren las cosas. En Cuba estamos más seguros. Ya me lo adelantó mi prima y la marquesa me lo ha confirmado. Y he tenido un momento incómodo, cuando directamente me ha preguntado que si ya tenías amante o si lo tenía yo. Por supuesto, le he mentido. No podía decirle abiertamente que ambos nos encamamos con la misma persona.

—No me gusta que te preocupes por esas cosas. Ya lo sabes. Pero contigo es imposible. Está bien. Si te parece, prolongamos nuestra estancia aquí un mes, para que pongas en marcha tu proyecto y regresamos y no volveremos hasta que las aguas estén más tranquilas. En cuanto a lo del amante, ¿qué has dicho?

—Del amante le he dicho que hasta dónde yo sé, no, que no me consta y que yo no soy de encamarme con otro que no seas tú, mira, ahí no me mentido… Y hablando de amantes, le he comentado a Julia que se bañe y arregle y que luego suba a mi dormitorio. ¿Estás de acuerdo?

Su marido, solo de imaginar lo qué ocurrirá esta noche y su rostro ya refleja excitación.

—Te deseo, no sabes cuánto. No te poseo ahora mismo, porque los criados nos pueden escuchar. Quiero llevarte a un punto nuevo esta noche.

—Hazlo. No me defraudes. Aunque nunca lo haces.

—Me estás poniendo como un búfalo. Creo que podríamos ya subir y esperar a Julia en el dormitorio y, quizás, empezar la fiesta

sin ella ¿Qué te parece?

—Mis intimidades están húmedas. Esto no es nada fino para una dama, pero contigo me convierto en una auténtica ramera. Así que, cenamos rápido, terminas tu puro y el coñac, y vamos.

Durante la cena, la pareja no deja de mirarse con deseo y, nada más terminar, como habían hablado, sin ni siquiera fumarse Ramiro el cigarrillo, la pareja sube la escalera que los lleva al aposento de Begoña. Comenzarán sin ella.

Nada más cerrar la puerta del dormitorio, se desata la pasión entre ellos. Comienzan a besarse con desesperación, mientras van quitándose las prendas que tanto estorban ahora mismo.

—Agárrate al poste de la cama Begoña.

Ella sin ningún tipo de pudor, se pasea delante de él y acata su orden clara.

Él como un animal en celo, la embiste. Gritos de placer inundan la habitación, hasta que unos golpes tímidos en la puerta los descentran.

Begoña, con la voz entrecortada, responde, por si no fuera la persona qué esperan.

—¿Quién es?

—Soy Julia.

—Pasa.

La criada abre la puerta y la imagen que tiene delante la deja bastante descolocada. Esa postura no la habían practicado nunca. Se queda estática, observando a la señora agarrada al poste de la cama, con su trasero expuesto, y él desnudo, poseyéndola.

—Te estábamos esperando, —dice Ramiro—. Espero que no te importe que hayamos empezado sin ti. Pero me urgía sentir a mi esposa.

—¿Qué hago yo?

—Cómete los pechos de mi mujer, mientras yo termino. La siguiente serás tú.

CAPÍTULO 13

Ribadesella, en la actualidad.

Rocío ha acudido esta mañana al Ayuntamiento para buscar información sobre la casa. Siente curiosidad, no ya solo por su familia, sino por las vicisitudes y peripecias de la casa en sí.

La atiende un funcionario algo mayor, posiblemente de una edad cercana a la de jubilación, pero muy amable, que se sorprende cuando le comenta en que está interesada, pero que no duda en intentar ayudarla, especialmente cuando le menciona quien es; le dice que su abuelo lo atendió cuando era niño. La conduce hacía los sótanos del edificio, donde hay una especie de archivo con los documentos más antiguos, todo en papel lógicamente.

Tras casi una hora buscando, al fin, localizan el expediente; la casa no solo guarda secretos familiares, también arrastra una historia administrativa compleja, marcada por la ocupación de la casa y la confiscación de muchos objetos valiosos por parte de la República, y los pleitos y largos silencios oficiales posteriores para intentar recuperarlos. Rocío lo comprendió al tener por primera vez en sus manos aquellos documentos amarillentos, fechados en los años más duros del país.

Allí descubre información más detallada de otra curiosidad de la casa: durante la guerra civil se convirtió en hospital militar de los republicanos.

Al principio de la guerra, en 1936, Ribadesella tuvo un alto valor estratégico, pues las tropas de la República se parapetaron tras el Sella para intentar contener a las tropas franquistas, que avanzaban por el norte tras tomar Bilbao y Santander. Cuando estas rompieron las líneas en septiembre de 1937, tras la batalla del *Mazucu*, los

milicianos dinamitaron el puente de hierro para proteger su retirada hacia Gijón, el último reducto republicano del frente norte.

Su familia perdió temporalmente la casa, ocupada por milicianos republicanos, que la transformaron en hospital militar obligando al servicio a seguir trabajando en ella. Posiblemente, esos mismos milicianos fueron los que luego procedieron a volar el puente.

En el expediente encuentra algunos recortes de prensa de la época informando sobre estos hechos y también, sin que se explique muy bien cómo y por qué llegó ahí, una copia de un inventario donde se enumeran, de forma ordenada y descritos con sumo detalle, los objetos confiscados.

Tras años de litigio, le contó su madre en una ocasión hablándole de lo que sabía de este tema, su familia pudo recuperar parte de los objetos incautados; así que son unas paredes con mucha historia.

Al cerrar el expediente, Rocío tuvo la sensación de que aquella historia oficial explicaba los hechos, pero no las heridas. Las fechas estaban claras. Las consecuencias, no tanto. Había algo que no figuraba en ningún archivo y que, sin embargo, seguía habitando la casa.

No ha vuelto a tener apariciones como tal de esa mujer misteriosa. Pero ella cada vez está más obsesionada. Aunque cree que tiene cierta pista.

Pero sí deja constancia de su presencia. Por ejemplo, ya se ha acostumbrado a encontrarse con la cafetera lista por las mañanas. Ella siempre se levanta antes de Alejandro. Y siempre en alto, dice;

—Gracias.

Cada vez charla más con ella. Sabe que, de alguna manera, la escucha.

—Julia, creo que te llamas así. Te comento, no hagas nada que asuste a la persona que va a venir a trabajar a casa para ayudarnos con este caserón. Por favor. Esto es algo entre tú y yo. Dime si estás de acuerdo y me vas a hacer caso.

Como siempre aparece el vapor en la pared y una palabra escrita.

TRANQUILA.

—Pues ya está todo dicho. Ahora, voy a despertar al dormilón de Alejandro. Nunca tiene prisa por levantarse. Y hoy que no llueve, quiero salir a correr por el monte con él.

Abandona la cocina y sube al dormitorio. Para su sorpresa, su marido ya está despierto.

—Rocío, ven un poco más a la cama.

—Alejandro, hoy no llueve y me gustaría salir a correr por el monte.

—No era en ese tipo de deporte en el que estaba pensando.

Ella suelta una carcajada. Pero sin pensarlo, regresa a la cama junto a él. Hoy llegan tarde a la consulta, seguro.

La persona que comienza a trabajar en la casa, se pasa antes por la consulta para recoger la llave. Le dan una serie de indicaciones y continúan con sus pacientes.

—Ah, Herminia, por favor, déjenos también unas lentejas hechas. Así no perdemos tiempo nosotros. Muchas gracias.

—Cómo no. Ahí se las dejaré.

—Muy bien. Recuerde, la habitación de mi madre está en la primera planta, a la izquierda, segunda puerta. Muchas gracias. Cuando termine, me trae la llave de nuevo. No es necesario que la tenga puesto que la clínica le pilla de paso y siempre se la podemos dar aquí.

—Entendido.

Dadas las instrucciones, regresa a sus obligaciones profesionales. Y efectivamente, al mediodía, las lentejas están preparadas y la mesa también.

Esto lo ha hecho Julia. Lo tengo claro.

Y para no perder su rutina, nada más terminar de comer y recoger la cocina, va al desván, que cada vez parece menos lo que era, un espacio lleno de cachivaches, dispersos sin orden ni concierto. Ahora va cobrando sentido, muchos de los trastos

inservibles se han tirado y los que quedan están ordenados. Y, además, ya no tiene polvo.

En la ventana, limpia de telarañas, descubre que es la parte de la casa que tiene mejor vista, ya que no hay nada delante que la tape.

Su madre llega esta tarde y parece que estará con ellos casi una semana. Tiempo suficiente para recoger el juego de plata de tocador restaurado, analizar las fotos antiguas y, en la medida de los posible, poner cara a esos desconocidos de las fotos.

Aunque tiene la ligera impresión de que su madre no se va a mostrar muy colaborativa. Cosa que no entiende.

Por las tardes, ella no acude a la clínica, salvo que tenga un paciente urgente. Lo habló con Alejandro y ambos estuvieron de acuerdo.

No deja de mirar por la ventana del salón, con una taza de café, esperando ver el coche de su madre. Hace meses que no se ven y la echa de menos.

—Julia, hablaré a mi madre de ti. Espero que se abra y me cuente lo que sabe. Estoy de tu parte. Creo que tienes una historia que contar y yo quiero sacarla a la luz. Debes de ayudarme. Pero esto es algo entre tú y yo. Mira, ahí está mi madre.

Va corriendo a la puerta principal para salir a recibir a su madre.

Ambas se abrazan.

—Mamá, ¡qué ganas de que vinieras! Es una pena que papá no haya podido.

—Tu padre y sus negocios. Hija, esto cada vez está más bonito. Me encanta. Has plantado más flores, por lo que veo.

—Mira ven, que te enseño la parte de atrás. No terminaste de ver la zona de la piscina cubierta.

Caminando abrazadas por el jardín, llegan a la zona que le quiere mostrar.

—Preciosa. De verdad. Ha recuperado su esplendor con este toque de modernidad.

—Y hay más. He bajado del desván un escritorio que estaba sin termitas y lo hemos puesto en el despacho.

—Te veo muy contenta. Y eso me gusta. Creo que nunca subí a esa zona de la casa.

—Bueno, me gustaría que lo hicieras ahora. Y en cuanto a lo de estar contenta, no es para menos. Esta casa es una maravilla, la clínica nos va bastante bien. En fin, todo perfecto. Por cierto. No recuerdo adónde tenía que viajar papá.

—Ni más ni menos que a Japón. Quiere ver un robot para la empresa. Así que estará unos diez días.

—Pues te tengo para mí solita ¡Ah! Y, esta tarde, te tengo una sorpresa. Vamos a ir al centro del pueblo a recoger una cosa y luego te invito a merendar en la pastelería de al lado. Son una auténtica pasada los pasteles que tienen.

—Me dejarás, al menos, deshacer la maleta y tomarme un café.

—¡Claro! Está recién hecho.

En la cocina, las dos, no dejan de hablar mientras están sentadas en las banquetas de la cocina. Rocío, de alguna manera, percibe la presencia de Julia. Y sin que la vea su madre, la advierte para que se mantenga a distancia.

—Mamá, cuando quieras, vamos caminando al centro para ver tu sorpresa.

—Estoy lista.

—No se te olvide el paraguas.

—Ja, ja, ja. ¿Acaso crees que no soy consciente de dónde estoy? También podríamos pasarnos por la clínica y saludo a mi yerno.

—Buena idea.

Caminando por las calles del pueblo, madre e hija no paran de parlotear. Ambas están felices de pasar estos días juntas. Primero se acercan por la clínica a saludar a Alejandro y después irán a la joyería para recoger el juego de plata restaurado. La sorpresa para su madre.

En la puerta de la joyería…

—¿Qué hacemos aquí?

—Ya lo verás.

El dueño de la tienda las recibe con una sonrisa.

—Buenos días señoras. Rocío, entiendo que vienes a buscar lo que me dejaste hace un mes. Ha quedado precioso.

—¡Qué alegría!

—Estoy de lo más intrigada.

Envueltos en un papel especial, para que no se rallen los artículos, sobre un tapete de terciopelo, el dependiente descubre la sorpresa.

—¡Qué maravilla! ¿Dónde estaba este juego de tocador?

—En el desván. De cualquier manera. El espejo estaba en mal estado y la plata bastante sucia. Ha tenido mucho trabajo, pero francamente, ha recuperado su esplendor.

—Seguramente fuera de mi abuela.

—Lo es. Mira las iniciales grabadas. Es una joya. Y es para ti.

—No sabes la ilusión que me hace. Mi madre, seguramente, diría que eso es un trasto y que su limpieza es engorrosa. Lo pondré en mi habitación en Madrid.

—Eso pensaba. Bueno, pues ahora vamos a endulzarnos la vida. Te invito a merendar y, si te parece, después ya nos vamos a casa.

—Ya le comenté a su hija que el caserón ha quedado precioso y que su padre fue muy querido. Todos los de aquí fuimos pacientes suyos. Le recuerdo como un hombre serio, pero amable a la vez. Su madre siempre le ayudaba en la consulta. Les debemos mucho.

—Muchas gracias, de verdad. Es cierto que en su profesión iba más allá del deber. Era vocacional. Nunca quería irse de vacaciones. Siempre decía que no podía abandonar a sus pacientes. En fin… qué tenga un buen día y, de nuevo, le estoy muy agradecida por haber devuelto su aspecto original a esta joya. Buenas tardes.

—Buenas tardes.

En la calle, la madre emocionada, le dice:

—No sabes la ilusión que me ha hecho. De verdad.

—Me alegro.

Tras la merienda, regresan a casa. La madre está cansada del viaje y se acomodan en el salón.

—No me canso de observar lo bonito que ha quedado todo. Tu abuelo estaría feliz. No me cabe duda.

—Pues no es la única sorpresa. No lo olvides, subir al desván. ¿Sabes? La primera vez, subí con miedo, porque de niña nunca había estado por ese lado de la casa.

La madre suelta una carcajada.

—¿Qué esperabas encontrar allí, aparte de trastos? ¿Un fantasma?

—No exactamente. El fantasma o cómo yo prefiero decir, el espíritu, pulula por la casa.

Su madre se pone rígida.

—¿Qué dices?

—Mamá, sé que no te gusta, lo he notado, pero necesito ver contigo fotos y que hablemos del pasado familiar. Ya te comenté que alguien del más allá contacta conmigo. Me quiere, me lo demuestra. Pero su alma no descansará hasta que todo salga a la luz. Y francamente, creo que todos tenemos derecho a esto. ¿No?

—Tu abuelo era un niño cuando llegó aquí y ya no se movieron. Con la revolución Cubana de Castro en 1959 la situación cambió mucho. Los terratenientes eran despojados de todo. Las personas que trabajaban en las casas se quedaron dentro, como los señores, y se apropiaron a de todos los enseres, vajillas, plata, automóviles. Coches que ahora, por cierto, se utilizan para pasear a los turistas por la isla. Lamentablemente, no pudieron regresar nunca más. Sus padres, mis abuelos, no comentaban mucho al respecto, pero supongo que les daba mucha pena. A fin de cuentas, su imperio lo levantaron allí. Ya asentado en España, mi abuelo se convirtió en un importante banquero. Siempre tuvo, o eso dicen, un gran olfato para

los negocios. Él pasaba largas temporadas en la capital, tenían una bonita vivienda en la céntrica calle Serrano. Las mujeres y mi padre se quedaron aquí, salvo que hubiera algún acto importante, entonces mi abuela viajaba a la capital, no quería separarse mucho de su hijo. Le adoraba.

Alguna vez le pregunté sobre cómo era la vida en La Habana y ella siempre se perdía en sus pensamientos antes de contestar.

—¿Cómo era tu abuela?

—Una mujer increíble. Muy guapa, elegante. Sólo tuvo ojos para su marido. Era una pareja francamente enamorada. Me llamaba la atención qué ya siendo ancianos lo normal era verlos abrazados. No sé, gestos qué a una niña, o al menos a mí, sorprendían. Porque observaba a otros abuelos y nunca vi ese tipo de cariño.

—Entonces… hubo un momento en el que todos estabais aquí. Quiero decir, tus abuelos y tus padres. En la misma casa.

—Así es. Y Julia. La criada que viajó con ellos desde Cuba.

—¿Qué sabes de Julia?

—Bueno… era una mujer muy callada, servil. Incluso ya siendo anciana no paraba de trabajar. Siempre pendiente del abuelo. Tanto a tu tío como a mí nos adoraba. Supongo que éramos la familia que nunca llegó a formar. Se dedicó en cuerpo y alma a nosotros.

—¿Murió mayor?

—Síííí. Casi cien años. Por eso te digo que nos vio crecer. Si no recuerdo mal, falleció en 1995.

—Cuando yo nací.

—Eso es. Tus abuelos, ambos, habían fallecido años antes. Por eso me ha hecho mucha ilusión el juego de plata de tocador.

—Dices que Julia era callada, qué os quería mucho. Supongo que es normal, como dices, nosotros éramos su familia ¿Murió aquí? Me refiero, ¿no tenía otra casa?

—Mis abuelos, agradeciendo sus años de servicio ya en Cuba, le regalaron un terreno para construir una casa que se encargarían de

pagar ellos. Pero nunca se fue.

—Vaya. Eso se llama fidelidad. Pudiendo vivir independiente y dejar de trabajar y, sin embargo, mantenerse en la casa.

—Hija, ¿se puede saber por qué te interesa tanto Julia? Me parece extraño. Todos le teníamos mucho cariño, para mí era como una segunda abuela, pero de ahí a tu interés…

—Eso ya te lo contaré más adelante. Digamos que estoy atando cabos. Parte de la historia familiar que creo que no ha salido a la superficie. Qué mi bisabuelo era un gran hombre de negocios, inteligente y atractivo, no me cabe la menor duda viendo a mi abuelo. Qué mi bisabuela era una mujer adelantada a su época, también, por lo poco que me has comentado.

—Así es y una buena benefactora para esta villa. Construyó escuelas, parques y ayudó en la rehabilitación de la iglesia, después de la guerra civil, entre otras obras benéficas.

Al pasear con ella por el pueblo, te dabas cuenta del respeto cariñoso que los lugareños le tenían.

—Mamá, se está haciendo tarde. Alejandro debe de estar a punto de llegar. Si te parece, preparamos la cena.

—Te lo agradezco, porque esta noche quiero acostarme temprano. Ha sido un viaje largo y con lluvia gran parte de él. Así que quiero descansar. Mañana ya será otro día. Por la mañana, mientras estáis en la clínica, quizás aproveche y me acerque a Gijón. Hace tiempo que no voy. Y me apetece darme una vuelta por la ciudad. Cómo sabes, allí vive mi amiga Sonsoles, así que la llamo para vernos.

—Muy bien. Pero la tarde es para mí. No lo olvides.

CAPÍTULO 14

Ribadesella 1935, finales de año.

Después de esa noche de pasión del complicado trío amoroso, el matrimonio está en el comedor desayunando.

Viéndolos leer la prensa matinal, nadie diría lo ocurrido en el dormitorio de Begoña la noche anterior.

Como cada mañana, Julia, presurosa, atiende las demandas de los señores de la casa.

—Buenos días señores. Aquí tienen su desayuno.

—Muchas gracias, Julia, —contesta Ramiro, sin apenas mirarla.

De nuevo la criada es invisible.

—Ramiro, las noticias no son buenas, hay muchas revueltas. Creo que no sería bueno prolongar aquí mucho más nuestra estancia. Deberíamos regresar cuanto antes a La Habana. Allí estamos más tranquilos.

—Estaba pensando en viajar a Madrid y enterarme de primera mano de qué está ocurriendo. Y a mi regreso, decidir qué hacer.

—Puede que sea una buena idea. Cuanto antes mejor. Yo no estoy tranquila. Me preocupa nuestro hijo.

Julia está trasteando por el salón y al escuchar ese término se le cayó al suelo una taza de porcelana fina.

—Lo siento. Se me ha escurrido de las manos. Ahora lo limpio.

—Está bien. Tranquila, —dice Begoña sin prestar mucha atención a lo acontecido, puesto que está más concentrada en la conversación con su esposo.

Cuando se quedan solos, aprovecha y le comenta a Ramiro algo a lo que lleva dando vueltas un tiempo.

—Querido, anoche me he dado cuenta de que el cuerpo de Julia ha cambiado. Casi te diría que está embarazada de nuevo. Es más joven que yo y puede ser, puesto que no tienes reparos en vaciarte dentro de ella. Y esto me preocupa. En el primer embarazo, montamos la pantomima y nos fuimos a Trinidad, pero de ser así de nuevo, ahora, a mi edad, la gente se haría preguntas. No nos interesa que sea así.

—Es cierto que su cuerpo se ha redondeado y quizás sus pechos hayan crecido. Para no levantar sospechas, deberías ir con ella a un consultorio médico para que le hagan un reconocimiento. Pero lejos de aquí. Quizás a Oviedo. Allí no nos conocen. Sería una mala noticia de ser afirmativo.

—Bien. Lo organizo. Ella no dice nada, tampoco lo hizo con el embarazo de nuestro Ramiro. Te pido que, por favor, dejes de hacer esto, estoy siendo clara. Ya sabes a lo que me estoy refiriendo.

—A partir de ahora, solo me vaciaré dentro de ti. Entendido.

Dos días más tarde, con la disculpa de ver unas telas, ambas mujeres se trasladaron a Oviedo. Parte era verdad, puesto que Begoña había pensado hacer unos cambios de algunos butacones del salón. Pero el principal motivo era despejar la incógnita sobre si Julia estaba de nuevo encinta.

Fueron en silencio todo el camino, Julia sentada delante junto al chófer y ella detrás, sola. Primero fueron efectivamente a la tienda, compraron varias telas y se las que entregaron a Eusebio, el conductor, y después, callejeando por el centro, encontró una consulta médica. Inmediatamente se paró en el portal.

—Subamos.

—¿Para qué?

—Lo sabes bien. Creo que estás de nuevo embarazada. Necesitamos confirmación. Así que no perdamos tiempo. No quiero que se nos haga de noche por la carretera con la situación que hay en las calles.

Julia, una vez más, agachó la cabeza.

La consulta estaba situada en la primera planta. Algo anodina, pero a Begoña no le importaba. Lo único importante era saber si un nuevo hijo de su marido estaba en camino.

Una enfermera, perfectamente uniformada, abrió la puerta.

—Buenos días.

—Buenos días, necesitamos que el doctor haga un reconocimiento a mi persona de confianza.

La enfermera, simplemente, hizo un gesto afirmativo.

—Por favor, vayan a la sala de espera. En unos minutos, el doctor las atenderá.

Efectivamente, estuvieron poco sentadas en la fría sala.

—Ya pueden pasar. Síganme.

El doctor, un hombre un tanto enjuto, se puso en pie cuando ambas mujeres entraron. Una vez más, Julia se mantuvo callada.

—Buenos días, doctor. Necesito que le haga todo tipo de pruebas a mi doncella. Ya me entiende.

—Por supuesto.

Dos horas más tarde, tenían la confirmación de un nuevo embarazo. Algo que Julia ya sabía.

Begoña se quedó envarada. Porque ahora solo le venía una pregunta a la cabeza: *¿qué hacemos?*

El doctor, al ver el desconcierto de la señora, carraspeó para que se centrara en lo que le tenía que comentar.

—Verá, no está de muchos meses. Concretamente, por la auscultación, de unos dos meses y medio. Este embarazo se puede interrumpir. Aunque siempre me gusta advertir que puede haber riesgos.

—¿Cómo cuáles?

—Bueno, que pueda quedar estéril y que, si hay infección y no se ataja, fallezca.

Julia, a pesar de ser la protagonista de esta conversación, no dice ni una sola palabra. Pero, de forma instintiva, se toca su vientre, aún plano.

—Nos arriesgamos. Y dígame, ¿cuándo se le podría practicar?

—Si quiere en dos días nos vemos aquí por la mañana a primera hora.

—Aquí estaremos. Julia vamos, tenemos que regresar a Ribadesella.

Julia, de nuevo sentada delante del vehículo, lucha con todas sus fuerzas para que no salieran las lágrimas; para ello sus puños fueron cerrados todo el viaje de regreso. Una vez más, su vida está en manos de sus señores. Es creyente a su manera. No suele visitar mucho las iglesias, y sabía que eso, mantener relaciones con ellos, era pecado. Pero ahora le piden ni más ni menos que matar un bebé. Querría huir lejos, pero estaba anclada a esa maldita familia, porque lo más importante de su vida es su hijo Ramiro.

Ambas, a su llegada al caserón, se bajan sin dirigirse la palabra.

Begoña está enfadada, en este caso con su marido. Una vez más, no ha tenido cuidado y ahora estas son las consecuencias. Entrega al servicio su abrigo y su sombrero y va al gabinete de Ramiro; sabe que la está esperando.

—Bueno, ya estamos aquí.

—¿Y bien? —Pregunta mirando al fuego de la chimenea, todavía no se ha dado la vuelta para mirar a la cara a su esposa.

—Está embarazada, como me temía. Pero se solucionará en dos días que regresamos a la consulta. No quiero más bastardos. Creo que estoy siendo clara. Dame una copa de coñac, me lo merezco. Estoy enfadada contigo. Mucho.

—Te la preparo ahora mismo. Y tranquila, no volverá a ocurrir. Ya sabes a lo que me refiero.

—Quizás haya llegado el momento de terminar con este trío, Ramiro. Ya no somos tan jóvenes y deberíamos de acabar con este juego.

—No me pidas eso Begoña. Ambas sois importantes para mí. Y lo sabes.

—Ya, pero las consecuencias siempre las sufro yo, arreglando tus torpezas. Y si te soy sincera, estoy cansada, del juego y de tapar tus faltas. Vale que la primera vez estaba justificado. Pero deberías de pensar antes dónde termina tu placer. Espero que, en un tiempo, no nos busques a ninguna.

—¿Cómo me pides eso? Y, además, te recuerdo qué también es tu amante. O se te ha olvidado que tú te encamas con nosotros y eres tan parte activa como yo. Así que no vengas ahora con remilgos de damisela de salón, porque no te pega. Te he escuchado y lo haré, pero deja de hacer ese papel. Resultas un tanto ridícula.

—Porque te lo pido, preguntas, porque me lo merezco. Además, ella estará convaleciente una temporada. No sabes la rabia que siento en este instante. Y en cuanto al otro punto, tienes razón y disfruto, no lo niego, pero mira cómo nos encontramos. Quizás deberíamos de darle una cierta cantidad de dinero, como gratificación. ¿Qué opinas?

—Es una buena idea. Pensaré la cantidad. Es lo menos que podemos hacer por esa pobre mujer. Siempre digo lo mismo, de haber nacido hombre, sin duda, hubieras triunfado en el mundo de los negocios. Tienes una mente calculadora. Y eso es imprescindible.

—No me vengas ahora con halagos. Y mañana ya me dices la cantidad qué has pensado. Me voy a la cama, ha sido un largo día y, francamente, estoy agotada. Si no te importa, que me suban una bandeja con la cena.

—Claro. Buenas noches.

—Buenas noches.

Julia ha ido a su cuarto arrastrando sus pies, como si pesaran toneladas. Ni siquiera ha sido capaz de abrir la boca en la consulta del doctor. Ellos hablaban y decidían sobre su embarazo como si ella no estuviera presente.

Por segunda vez en muchos años, rompe a llorar.

Dos días más tarde, como quedaron, regresan a Oviedo a la consulta del doctor. Ha dado instrucciones al resto del servicio de que Julia estará convaleciente y estará fuera de servicio hasta nueva orden. Por lo tanto, Begoña ha reorganizado las labores de la casa entre el resto de los sirvientes.

La criada está más pálida de lo habitual. Le tiemblan las manos, a su llegada al consultorio tiene miedo. Ha escuchado sobre estas prácticas en La Habana y muchas de quienes las han sufrido, han fallecido desangradas o a causa de una infección imparable. Sencillamente, teme por su vida.

Una vez más, sentadas en la sala de espera, las mujeres se mantienen en silencio, a la espera de que aparezca la enfermera para guiarlas a través del frío y largo pasillo al despacho del médico que le practicará el aborto a cambio de una buena suma de dinero. Todo se reduce a eso, al dinero. Ella misma fue víctima del maldito dinero, hace ya unos años. Y de nuevo está aquí.

Al salir de la consulta, la criada apenas puede caminar. Ha pedido al chófer que las espere en la misma puerta para que no tengan que andar mucho. Para el regreso, ambas mujeres van en la parte trasera del vehículo.

Cuando llegan al caserón, ordena que la acompañen a su cuarto y que le preparen buenos caldos para que se recupere cuanto antes.

Será Begoña quien, por una vez, cuidará de ella. Estará pendiente de que no tenga fiebre y de evitar una maldita infección.

Ramiro mantendrá las distancias con ambas mujeres.

Una semana más tarde regresan para una revisión a la consulta en Oviedo. Todo está bien, se recupera adecuadamente, pero hay un problema: no podrá volver a concebir hijos.

Julia, por primera vez, no se molesta en ocultar sus sentimientos y mirando al infinito a través de la ventana, llora.

Begoña, sin embargo, ha recibido la noticia con cierto alivio. No tendrá que volver a bregar con los errores de su marido.

A la mañana siguiente Begoña entra en la habitación para saber de su estado.

—Buenos días ¿cómo te encuentras? Hoy tienes mejor color de cara. No estás tan pálida. Veo que los caldos te están sentando bien. Ahora vendrá mi esposo para verte y comentarte unos detalles.

—Gracias y sí, me encuentro algo mejor. ¿Qué detalles me quiere comentar?

—Ahora lo sabrás.

Begoña se sienta en la única silla del cuarto, esperando la llegada de Ramiro, que no se hizo esperar.

—Buenos días, Julia, veo que te recuperas bien. Me alegro mucho. Ya sabes que, para la casa, eres muy importante.

Begoña mueve el pie dando pequeños golpes en el suelo, en un claro gesto de nerviosismo. No quiere dilatar más la estancia de Ramiro en el cuarto de Julia.

—Ramiro, querido, Julia tiene que descansar para ponerse fuerte de nuevo. Así que di lo que tengas que decir y nos vamos.

—Por supuesto. Bueno, hemos pensado que yo, en cierto modo, he sido el culpable de este segundo embarazo, no deseado por ninguno, al no tener cuidado. Mi mujer y yo hemos pensado que una forma de recompensarte es entregándote una buena cantidad de dinero, para que, junto a la anterior y al terreno, te dejen más que garantizada una vejez con cierta calidad. Sin penurias. Eso no todo el mundo puede decirlo.

Julia, como puede, se incorpora un poco y se encara por primera vez en su vida a los señores de la casa.

—Dígame, señor, ¿qué cantidad de dinero puede reponer mi fertilidad? Creo que no hay dinero en el mundo que pueda hacerlo. Soy joven y no podré volver a ser madre, porque ustedes decidieron una vez más por mí que no podía serlo. Así que, vuelvo a preguntar, ¿qué dinero puede reponer el haberme destrozado la vida?

La exposición hecha por parte de Julia ha pillado por sorpresa al matrimonio. Una mujer siempre sumisa, por una vez en su vida ha

sido capaz de alzar la voz. Begoña, un tanto incómoda, se recoloca su ropa.

—Julia, siempre hemos sido considerados contigo. Hemos cumplido nuestra palabra. Y ahora, dadas las circunstancias, te queremos compensar. Te diré una cosa. desgraciadamente en esta vida, hay dos mundos paralelos. Unos los servidos y otros los que sirven. Y eso será siempre así.

—Le pido a Dios que este mundo se haga más justo. Y ahora, por favor, estoy cansada, les pediría que salieran de mi humilde cuarto.

—Lo entendemos. Te dejamos descansar. Vamos Ramiro.

El matrimonio regresa a la zona noble de la casa con cierto remordimiento de conciencia. Quizás su comportamiento hacia ella ha sido de lo más egoísta.

Un mes más tarde, está totalmente repuesta y regresa a su trabajo diario. Pero ya no es la misma. Se ha vuelto una mujer taciturna. Apenas habla con nadie. Solo sonríe cuando está en compañía del pequeño Ramiro.

El matrimonio Santaolaya ha dejado de buscarla. Pero, a decir verdad, tampoco ellos están bien. Seguramente, cada uno está gestionando lo ocurrido de una forma diferente. Ella con rabia, él haciendo grandes esfuerzos de contención por no poder tener entre sus piernas a Julia.

CAPÍTULO 15

Ribadesella, en la actualidad.

Rocío llega a la cocina y encuentra a su madre trajinando, preparando el desayuno.

—Buenos días mamá. Espero que hayas descansado.

—He dormido de maravilla. Ya tenéis el desayuno listo. Hoy voy a Gijón a ver a mi amiga. Así que estaré todo el día fuera. Para la cena estoy de regreso.

—Muy bien. Seguro que lo pasáis de maravilla.

—Me hace ilusión. Nos conocemos de toda la vida. Su familia es de aquí y pasaban los veranos casi con nosotros. Y, por cierto, y no lo digo para meter presión, pero ya es abuela.

—No empieces, por favor.

—Es que me apetece tener a mi nieto en brazos. Qué quieres que te diga. La mayoría de mis amigas ya lo son.

—Pues díselo a tu hijo. Que también tiene edad.

—Tu hermano es un espíritu libre. Lo único que le importa es su trabajo. Tanto trabajar para nada.

—Yo no diría que para nada, mamá. Es la mano derecha de papá en la empresa y será su sucesor. Así que no está de más.

—Tienes razón. Pero no está mucho tiempo con la misma pareja. Así que, mi esperanza eres tú.

—Como bien has dicho, es un espíritu libre.

Aparece Alejandro con cara de sueño.

—Buenos días, suegra. Huele de maravilla.

—He preparado unas tortitas. Y el café está recién hecho.

—Menudo lujo. No te vayas nunca, ja, ja, ja.

—Pues desayunamos y nos vamos a trabajar. Mamá, ve con cuidado.

—Hija, pero si está muy cerca y es todo autovía.

—Recuerda que tenemos pendiente la visita al desván.

—Rocío, eres muy pesada con el tema.

—Es que está obsesionada, —dice su marido, mientras se sirve unas cuantas tortitas.

—Es importante para mí. Eso es todo.

—Vale, pero deja respirar a tu madre. Va a estar varios días aquí. No creo que sea necesario que ya el primer día la tengas que llevar al desván.

—Gracias, yerno.

—De nada, suegra. Y bueno, esto estaba delicioso.

La madre llegará a última hora de la tarde, para cenar.

Rocío, una vez más, pasa la tarde sola arriba en el desván, buscando no sabe qué, pero algo que la conduzca a la verdad.

Siempre que está ahí, pierde la noción del tiempo. Se da cuenta cuando, a través del tragaluz, ve que el día da paso a la noche.

Un mueble que hasta ahora había pasado desapercibido para ella, le llama la atención. No es de la misma calidad que el resto. Está claro que no debía de estar en la zona noble de la casa. Con sus dedos recorre la madera, consta de tres cajones. Una de las patas está rota. Comienza a intentar abrir los cajones, pero estos se resisten por el paso de los años.

Mierda. Mañana subiré algo para que haga palanca y pueda abrir el mueble.

¿En qué parte de la casa estaría? Dejando esa labor para el día siguiente, retoma las cartas de su bisabuela a su prima de Bilbao. La que tiene ahora data de finales de 1935.

Querida prima:

Hace mucho que no tengo noticias de ti. Como sabes estamos en España desde hace unos meses.

Insisto a Ramiro en regresar a Cuba porque la situación actual del país me preocupa. Más parece una olla a punto de estallar. Las revueltas en las calles son habituales. La gente está descontenta y el gobierno de la República se debilita por momentos. Hablan de guerra civil. Pero a mí me parece una locura. En Bilbao, al ser una ciudad portuaria e industrial, supongo que ocurrirá lo mismo.

Sinceramente, creo que estaremos más seguros en La Habana.

No todo son penas. Decirte que mi pequeño Ramiro es un niño sano. Es muy risueño y es lo que más feliz me hace. Pido a Dios que no me lo arrebate como hizo con mis otros dos pequeños. Creo que me volvería loca.

Quizás podrías animarte y venir a visitarme y estar unos días con nosotros. No me podrías hacer más feliz.

Tu prima que te quiere.

Esta carta no es gran cosa. Decide leer otra más y ya bajar, porque Alejandro y su madre deben de estar a punto de llegar.

Hoy no cenan en casa. Su madre se ha empeñado en invitarlos a cenar en una sidrería.

Encuentra una carta fechada en marzo de 1936. Unos meses antes del estallido de la guerra civil en España.

Querida prima:

Al final, parece que Ramiro ha entrado en razón y estamos preparando nuestra partida hacia La Habana. Por fin he podido volver a respirar.

Como sabes, ha entrado en el negocio de la banca. Para no desatender sus negocios a este lado del mundo ha nombrado administrador al hijo de la marquesa de Argüelles, Federico, de plena confianza. Además, la familia también forma parte de ese banco.

Por ese lado, nos podemos ir tranquilos.

Así que si todo va bien. Dios mediante, en menos de un mes viajaremos a Cuba.

Otra buena noticia es que nuestra criada Julia ya se ha repuesto de sus males, tras varios meses en la cama aquejada de unas fiebres de las que te comenté y sin poder ocuparse del cuidado del pequeño Ramiro. Ya sabes que es una persona de plena confianza y que siempre viaja con nosotros.

Disfruté mucho de tu visita. Poder abrazarte. Y los días que estuviste aquí conmigo… No hace falta que te diga, que esta casa y la de La Habana siempre estarán abiertas para ti.

Tengo sentimientos encontrados, pena por abandonar España, a fin de cuentas, esta es nuestra casa, pero feliz por llegar a la tranquilidad y el orden en La Habana. Al final, por la enfermedad de Julia y los nuevos proyectos empresariales, los negocios de Ramiro allí los ha desatendido.

Como siempre, espero tu carta.

Tu prima que te quiere.

Con esta última misiva, Rocío se queda pensativa. Julia estuvo tan enferma que tardó meses en recuperarse.

¿Qué le pasaría?

Cada vez que visita el desván y lee alguna carta, baja con más preguntas que respuestas.

Acaba de tener una idea. Mañana mirará las fechas de las fotos, al menos de las que se puede ver todavía la fecha. Y observará el aspecto de Julia. Quizás, y solo quizás, ahí pueda ver algo. Aunque no tiene ninguna garantía.

Justo escucha un automóvil llegar. Su madre está ya en casa.

—¿Rocío?

—Ya bajo, mamá.

—No me digas más, vienes del desván.

—Ya lo sabes.

—Entiendo que te ducharás para ir a cenar a la sidrería. Debes de estar llena de polvo.

—Me voy a duchar, sí. Pero arriba está todo muy limpio. Me he encargado de ello.

—Está bien. Supongo que Alejandro debe de estar a punto de llegar.

—Por la hora, seguro. Ya sabes qué ante un jugoso cachopo bien relleno de queso y jamón serrano, no hay paciente que valga.

Ambas se ríen.

—Es cierto.

Justo abre la puerta Alejandro.

—Hola chicas. ¿Listas para ir a cenar? Yo estoy muerto de hambre. Pienso comerme el cachopo más grande que tengan.

—Mira tú, lo estábamos comentando. No nos sorprende y, aunque no tuvieras hambre, estoy convencida que harías hueco.

—Me conoces bien. Y por eso te quiero tanto.

—Soy feliz cuando os veo así de enamorados. Es la imagen que toda madre quiere ver.

—Pues con tu hijo se te complica.

—¡Qué mala eres!

—Alejandro, dúchate tú antes.

—Mamá, cuéntame qué tal con tu amiga.

—De maravilla, pero gran parte del día ha estado hablando de sus nietas. Y yo muerta de envidia. Me ha prometido que vendrá a Madrid a verme. Ya sabes que se quedó viuda hace unos dos años. Y en Gijón solo tiene a una hija, los otros dos viven uno en Francia y la mediana en Italia. Así que bueno, no para de viajar para ir a visitarlos.

—Y la mención sobre las nietas, me la haces sin tensión, de una forma inocente, ¿no?

—Claro hija, me has preguntado qué tal con mi amiga y yo simplemente te comento sobre lo que hemos hablado. Ya está.

—Valeee ….

Durante la cena, Alejandro aprovecha y busca alguna forma de alianza con su suegra sobre la locura de Rocío y sus visitas todas las tardes al desván.

—Suegra, ¿qué opinas? ¿Todavía no te ha subido?

—Parece que os moleste. A fin de cuentas, es una parte de la casa como otra cualquiera. Cuando termine ahí, he pensado en centrarme en el sótano. Ahí también hay mucho por limpiar, tirar y valorar qué se puede conservar. Eso es todo. Forma parte de la historia de nuestra familia y yo quiero conservarla. Así que, no seáis pesados. Qué parece que estuviera loca o algo por el estilo. De verdad.

—No te enfades, cariño. Alejandro está sorprendido y yo, hasta cierto punto, también. Nada más.

—Pues ya lo habéis dicho en numerosas ocasiones, no hace falta más.

—Cambiemos de tema que mi mujercita se está poniendo tensa.

—Si. Por favor.

—La clínica parece que os va bastante bien, ¿no?

—Todos los comienzos son duros. Con cualquier negocio. Pero poco a poco va siendo más rentable. Incluso tenemos pacientes que no son de aquí.

—Eso significa que se está corriendo la voz en los alrededores.

Rocío está ausente, perdida en sus pensamientos. No deja de dar vueltas a la causa de esa enfermedad que tanto retrasó la partida de sus antepasados a Cuba.

—Rocío, hija, estás muy callada. Anda bebe un poco de sidra que seguro qué te anima.

—Estoy cansada, pero sí, que me escancie un poco el camarero, que los aquí presentes no tenemos ni idea de hacerlo y no sabe

igual si no lo haces así.

—Es todo un arte.

—¿El abuelo aprendió?

—Síííí. Se le daba fenomenal. Él nunca fue muy bebedor, pero a la sidra nunca decía que no. Y le entiendo, porque a mí me ocurre lo mismo.

—Recuerdo a mi abuelo, siempre sentado en el porche con su sombrero para evitar que le diera el sol en la cara o con la bata blanca de médico. La abuela, sin embargo, era cariñosa conmigo. Me llevaba a una tienda céntrica para comprarme dulces. Y eso me gustaba.

—El abuelo era un hombre de la época, estricto. A pesar de vivir entre comodidades, no tuvo una vida fácil. Siendo un niño, estando aquí, su familia casi huyó de lo que parecía, y así fue poco después, una guerra en España. Pensaban qué en Cuba estarían tranquilos. Pero ya sabéis que tampoco allí duro mucho la tranquilidad, en esos años se estaba fraguando la revolución cubana con Fidel Castro a la cabeza, hasta que, en 1959, llegó al poder derrocando el presidente Fulgencio Batista que, por cierto, murió aquí en España, en Marbella.

Toda la vida huyendo. Yo creo que esto marca tu carácter. Estudió medicina en La Habana y le costó mucho abandonar la isla, tenía allí a sus amigos. En un viaje a Madrid, para un congreso médico, conoció en una fiesta a la que sería su gran amor, mi madre. El resto, ya lo sabes, instalaron su consultorio en la parte de abajo de la vivienda y dedicó su vida a sus vecinos. Para ellos, siempre estaba disponible. Sin embargo, para su familia, no tanto. Pero, a pesar de lo que he dicho, me siento muy orgullosa de él. A su manera, nos quería mucho. Aunque le costara demostrarlo.

—Tienes razón.

CAPÍTULO 16

Ribadesella, 1935.

Begoña da vueltas sin parar por el salón. Está realmente preocupada. Su marido la observa desde el sofá, mientras apura un café. La conoce y sabe que algo importante le quiere decir.

—Ramiro, debemos abandonar España cuanto antes. Tú mejor que nadie sabes que las noticias no son buenas. Acabas de venir de Madrid.

—Nunca he querido preocuparte con estos asuntos. Pero no te puedo engañar, pinta mal. Hay una corriente monárquica, y con ella muchos nobles, que no apoya al gobierno elegido por el pueblo. Partidarios de Primo de Rivera, el dictador de antes de la Segunda República, están movilizando al ejército.

—Eso mismo me comenta la marquesa. Ellos son monárquicos. Están a favor del cambio. Creen que para sus intereses es la mejor opción. Y bueno, para nosotros también, por qué no decirlo. Pero si estalla el conflicto yo no quiero estar aquí. Julia no está bien todavía. Está débil. Le está costando mucho recuperarse de la sangría que le practicó ese matasanos en Oviedo. No la podemos dejar atrás y, mucho menos, ponernos en un viaje largo y qué le pueda ocurrir algo.

—Lo sé. No soy tan insensible. Le tengo mucho aprecio. Pero me siento enjaulado. Cualquier opción ahora mismo parece que no es buena.

—Lo único que podemos hacer es esperar. No podemos llevarla a cualquier médico porque se darían cuenta del aborto y podríamos tener problemas.

—Dame una copa de coñac, aunque sea temprano. Y no, no voy a volver a caer en la bebida, simplemente, necesito tranquilizarme.

Porque, además, no es lo único que me preocupa. Italia con Mussolini y sus camisas negras y en Alemania con Hitler y la persecución a los judíos, creo que definitivamente el mundo se está volviendo loco.

Julia, después de unos días de la intervención, comenzó a tener altas fiebres. Temían lo peor. A base de baños de agua helada y friegas con alcohol, consiguieron bajarlas. Pero, ha pasado ya mucho tiempo y la bajada de peso, las ojeras y su piel de color casi grisáceo, presagiaban lo peor.

Al final, Begoña fue en coche hasta Llanes, una localidad cercana y, a cambio de mucho dinero, consiguió que un médico se personara de forma urgente y discreta en casa, para hacer un buen reconocimiento.

Begoña aguardaba en el pasillo a la espera de las noticias.

—Dígame, doctor.

—Señora, esta mujer, afortunadamente, no tiene infección. Pero diría que algo la está corroyendo por dentro. Voy a ser claro, no tiene interés en vivir. Además, no voy a decir nada malo de otro colega. Pero el aborto practicado ha sido una auténtica chapuza. O ¿fue casero?

—No. Fuimos a una consulta médica. Y dice que del aborto está recuperada. Que no tiene infección.

—Así es. Para decirlo de una forma clara, tiene enfermo el corazón. Sufre de depresión. Y por eso no termina de recuperarse. Sencillo.

—Ha sido muy claro. Verá, doctor, tenemos que regresar a Cuba, llevamos aquí más de lo pensado inicialmente y mi marido no puede desatender los negocios allí. ¿Puede viajar? ¿O sería arriesgado para su vida?

—Si le parece, vengo en unos días para observar su evolución y así podría decirle algo más concreto respecto a esas preguntas. Que le preparen en la cocina estas hierbas. La ayudarán a relajarse y a tener más apetito. Está muy delgada.

—Efectivamente, ha perdido peso. Seguiremos sus indicaciones. Y bueno, como hablamos, por favor, máxima discreción en cuanto a su aborto.

—Por supuesto, señora. Nos vemos en unos días.

—Muchas gracias.

Acompaña al doctor a la puerta y después va directamente al despacho de su marido que está a la espera de noticias.

—¿Y bien?

—Por hacértelo sencillo, tiene depresión. No quiere vivir, del aborto está bien y no tiene infección. Le ha recetado unas hierbas para que coma más y pueda ponerse fuerte y tal vez de esa forma esté más relajada. Eso es lo que me ha dicho… y que en unos días regresa para hacer un seguimiento y darnos detalles algo más concretos.

—De momento, entonces, ¿viajar, no podemos?

—De momento, no. Tiene que estar más fuerte. Creo que le hemos destrozado la vida a esa pobre mujer. Sinceramente, somos unos egoístas. Primero tú, buscando tu placer. Luego yo, formando un triángulo amoroso, dónde ella siempre ha sido la perdedora. Hemos disfrutado de su cuerpo, con dos embarazos de por medio. Y ella… ¿qué ha conseguido? Un hijo que la reconoce como su cuidadora y otro que terminó en aborto, dejándola estéril. Le hemos partido su vida. Para ella, no creo que le merezca la pena el puñado de monedas que ha recibido de nuestras manos. Es dinero manchado de sangre, dolor y humillación. Ahora mismo, me considero la persona más miserable del planeta. No me siento con fuerzas de mirarla a la cara. ¿Cómo hemos podido ser tan miserables? Espero que Dios nos perdone, porque de otra forma, arderemos en el infierno. Como mujer, me siento sucia. No sé tú. Así que estaremos aquí hasta que ella esté totalmente restablecida y pueda viajar con garantías. Recemos para no quedarnos atrapados.

Ramiro la mira con profundidad después de su largo monólogo. Nunca lo había visto así. Consideraba que le había dado lo suficiente

a cambio de lo recibido por parte de ella. Sin embargo, como dice su mujer, visto de esa manera, él también se siente sucio.

—No se hable más. Esperaremos. En cuanto el doctor nos comente que está lista para viajar, compro los pasajes, al precio que sea, para marcharnos de aquí.

—Estamos de acuerdo.

—Begoña, hace mucho que no toco tu cuerpo. Desde el aborto de Julia. Y bueno… tengo mis necesidades. Ya me entiendes.

—No me busques. La puerta de mi dormitorio, de momento, está cerrada para ti. Lo siento. Si quieres sexo, ve a Madrid y búscate a otra mujer. A mí ya no me importa. Sinceramente, con los últimos acontecimientos, casi me cuesta trabajo mirarte a la cara.

—Begoña... yo...

—Tú, si tú. Mira dónde estamos por no tener cuidado. Una mujer sin ganas de vivir. Yo que tú haría cierto examen de conciencia. Te irá bien.

—Muy bien. Entonces, veo que me das permiso para ir a Madrid a ya sabes qué.

—Pero, ¿a ti qué te pasa? Parece qué no piensas en otra cosa. Ve si quieres, pero ten cuidado con lo que te puedan pegar si vas a acostarte con alguna señorita. A mí no me vuelves a tocar más. Y me ocuparé de que a Julia tampoco. Solo faltaría que nos pegaras la sífilis, por ejemplo.

—Soy un hombre.

. ¿Y? Puedes intentar ser un hombre fiel a su esposa. Inténtalo. Mira esta conversación, no nos conduce a nada. Hoy cenas solo. Voy a pedir que me suban la cena a mi habitación. Antes voy a ir a visitar a Julia.

Con paso decidido, abandona el despacho de su marido y se dirige a la zona de servicio, dónde está el cuarto de Julia. Antes ha dado las indicaciones en la cocina sobre su cena y de lo qué deben de preparar, según las indicaciones del médico.

Llama con los nudillos y espera a que le de permiso para entrar.

—Adelante.

—Julia, el médico me ha dicho que, afortunadamente, no tienes infección. Es una buena noticia. La mala es que tienes depresión. Te ha mandado unos remedios. Debes de ponerte bien para que podamos irnos a Cuba cuanto antes y estar a salvo. La situación en España se está complicando. Y no queremos quedarnos atrapados aquí con el pequeño Ramiro. Creo que estás de acuerdo conmigo en que es lo mejor para todos.

—Señora, es verdad. No quiero vivir. Me siento muerta por dentro. Después del nacimiento de Ramiro, siempre tuve la esperanza de quedarme embarazada de nuevo y criar como propio a ese bebé. Pero la vida me ha arrebatado ese derecho. Supongo que son los pecados que he cometido. Incluso, a veces, me planteo ingresar en un convento y espirar mis pecados, que no son pocos. No solo por todo lo ocurrido en mi vida junto a ustedes. Antes, durante mi vida de casada, más de una noche deseé la muerte de mi esposo, que tan mala vida me daba. No soy buena persona. Y mi alma está corrompida.

—Julia, deja de atormentarte. Eso es pasado. Ahora lo que importa es que te recuperes. Y tienes una razón importante para querer vivir, Ramiro hijo. Él te adora. Eres importante para él. ¿Acaso no quieres verlo crecer? ¿Convertirse en un hombre de provecho?

—Si, desde luego. Pero como su madre, no cómo su niñera. A medida que crece, esa idea me atormenta más. Yo sabía que estaba embarazada. No quería decirles nada. Me estaba planteando quedarme aquí. Y sacar adelante a mi hijo. A fin de cuentas, tengo cierto dinero y una tierra para construirme una casa. Pero ustedes me cortaron ese derecho. Y ahora no se podrá volver a repetir. Nunca más podré quedarme embarazada. Así que, dígame, ¿tengo motivos para querer vivir?

—He hablado con mi esposo, no la volverá a molestar. Se lo he dejado claro. Le he dado permiso para que busque, si así lo desea, otra amante. Aunque no lo creas, esta situación a mí también me duele.

—Nosotras hemos sido amantes, al margen de la relación mutua con el señor. Dígame, creo que me lo merezco, ¿qué ha sentido por mí?

Begoña duda su respuesta. Cree que no puede ser sincera del todo.

—Fuiste mi primera relación con una mujer y no habrá otra.

—Esa no es la respuesta a mi pregunta.

—Me gustaba tocar tu cuerpo y que tú recorrieras el mío. Pero eso ya no sucederá más.

—¿Está segura?

En un claro acto de rebeldía, Julia se destapa y muestra sus pechos.

Begoña no puede dejar de mirarlos.

—Dígame que no le gustaría tocarlos.

—Para. No sigas.

—¿Le gustaría o no? Porque a mí me gustaría que lo hiciera. Es más, he disfrutado con usted, mucho más que con el señor.

—¿Qué quieres de mí?

—Qué no vea a la criada. Qué vea a la mujer cuyo cuerpo la atormenta. Soy consciente de cómo me mira, cuándo, por ejemplo, entro en el salón. Y digo más, de no estar enferma se lanzaría a tocarlo. Eso es lo que quiero.

—Estás confundida, debe ser tu estado de ánimo, como dice el doctor. Yo adoro a mi marido. Por eso precisamente, bajé hace años a tu habitación. Porque no podía soportar que otra disfrutara de los qué es mío.

—En parte. Pero ¿y cuándo estábamos los tres juntos, desnudos?, me buscaba más a mí que a su marido. Y lo sabe, no se engañe. ¿Se le han olvidado nuestras noches en Trinidad? Allí no estaba el señor. Estábamos nosotras. Yo seré más ignorante que usted. Pero no tonta. Y al menos soy sincera conmigo misma.

—Descansa, he dado instrucciones para que traigan las infusiones que ha indicado el doctor para que te recuperes. Buenas tardes.

Cuando Begoña cierra la puerta, se apoya en la pared. Es verdad, se siente atraída por esa mujer, más de lo que le gustaría. Pero nunca lo reconocerá.

La sociedad acepta que los matrimonios tengan amantes, pero del otro sexo, no del mismo. Eso no está permitido. Eso es abominable.

A partir de esta conversación, Begoña decide visitar todos los días a Julia. Incluso lleva al pequeño Ramiro. Cualquier cosa para que se restablezca cuanto antes.

El niño entró corriendo en la habitación, para abrazarla.

—¿Cómo estás, tata Julia?

—Mi precioso niño. Mejor ahora que te veo.

—Ramiro, cuéntale a Julia lo bien qué vas con las letras.

—Si. Tata Julia, mamá me está enseñando a juntarlas y me gusta mucho.

—Eso está muy bien. Me lo tienes que demostrar.

—¡Claro! Mañana traigo mis cuartillas y te lo muestro, ¿a qué si mami?

—Por supuesto, mi vida. Mañana traes las cuartillas a tata Julia. Eso seguro que la pone buena antes.

—Eso. Quiero irme a Cuba a mi casa de allí. Me gusta más el tiempo. Allí siempre hace sol y aquí llueve mucho y no puedo salir al jardín. Pero para eso te tienes que poner buena.

—Pienso esforzarme al máximo para ponerme buena.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Ramiro ya hemos alterado a Julia lo suficiente. Mañana regresamos para que la veas.

—Vale mami y traeré las cuartillas.

—Y traes las cuartillas.

Begoña da la mano al pequeño y, al salir de la habitación, Julia dice;

—Gracias por esta visita. Me ha hecho bien.

—Lo sé. Por eso lo he hecho. Hasta mañana. Ramiro está en Madrid, si no llueve podría estar bien que salieras al jardín y dieras un paseo. Está muy bonito.

—Lo haré. ¿Hasta cuándo está el señor fuera?

—No lo sé. Tiene que solucionar asuntos del banco y enterarse de primera mano de las últimas noticias. Estamos solas, con el servicio y el niño.

Begoña, el resto del día, lo pasa leyendo en la salita, con una manta. El día no está para pasear, no para de llover y, por cómo está en cielo, no tiene pinta de que vaya a parar en breve.

Tiene una lucha interna. Sabe que su marido estará en la cama de alguna cabaretera o dama de la alta sociedad. Se lo dejó muy claro esa noche. Y ella, en el fondo, solo desea estar con Julia.

No es capaz de concentrarse en la lectura. Aburrida, va a buscar algo de costura que la relaje, pero tampoco. Al final y a pesar de la lluvia, con una manta sobre los hombros, sale al porche trasero y se sienta a observar el paisaje con el bravío mar de fondo, perdiéndose en sus pensamientos.

Cinco días más tarde, Ramiro regresa a casa.

No trae buenas noticias de la capital. Hay que ponerse en marcha cuanto antes. Los rumores sobre una posible guerra son inminentes. Y no solo eso, Europa también parece que no se queda atrás. Alemania está empezando a ser un gran problema.

CAPÍTULO 17

Ribadesella, 1936.

Begoña se encuentra en la biblioteca junto a la ventana, con un libro en la mano. Está tan concentrada en la lectura que no es consciente de la entrada de su marido. Hasta que le habla.

Desde su último viaje a Madrid, el matrimonio se habla lo imprescindible. Ella es consciente de que no solo ha ido por negocios. No preguntó. Por eso le sorprende su irrupción en la biblioteca. Últimamente, se evitan. Observa la mano de Ramiro, lleva en ella un telegrama que agita casi de una forma violenta.

—Begoña, me acaba de llegar un telegrama de Madrid. Tenemos que marcharnos. Julia parece que ya está recuperada. Creo que debería viajar a Madrid de nuevo y poner todas mis cosas en orden, incluida esta casa. Hay personal que depende de nosotros y no pienso dejarlos abandonados. Y por supuesto, comprar los pasajes.

—Ramiro, voy contigo. Quiero ver a mi amiga la marquesa antes de irme. Dios sabe el tiempo que pasará antes de regresar y en qué circunstancias pueden estar.

—Me parece bien.

—Pues entonces ordeno que preparen nuestros equipajes para salir cuanto antes. Voy a ver a Julia para informarla de esto y decirle que se queda a cargo total de Ramiro hasta nuestro regreso. Si te soy sincera, tengo miedo. Y no estoy ya tranquila en España.

Deja a su marido pensativo en la biblioteca, con la mirada perdida en algún punto del infinito. Ella, sin perder tiempo, va dando órdenes al personal para que todo esté listo para su partida. Justo después va a la habitación de Julia para informarla.

—Buenos días, Julia. Tu aspecto es inmejorable. Me alegro mucho, de verdad. Te comento que han surgido algunos imprevistos y por eso, Ramiro y yo partimos a Madrid en cuanto esté todo preparado. A nuestro regreso espero poder decirte que volvemos a La Habana. Te quedas a cargo de todo en esta casa.

—Señora, hay muchos rumores en la calle, se habla de guerra civil. Sinceramente, estoy asustada.

—Voy a serte franca. España y Europa ahora mismo no son seguras. Nosotros tenemos la ventaja de poder viajar a Cuba y eso es precisamente lo que queremos hacer cuanto antes. Pero no podemos partir hasta tener las propiedades y los negocios aquí bajo una buena tutela. Alguien que vele por nuestros intereses. Afortunadamente, ya estás repuesta para poder viajar. Bueno, te quedas estos días a cargo del pequeño. Si te parece, incluso puedes dormir con él en la habitación. Yo así estaré más tranquila. Más problemas y preocupaciones, no.

—Por supuesto. Yo velaré por la seguridad de Ramiro. Y espero que, a su regreso, traigan buenas noticias.

—Eso, ciertamente, no lo creo. Pero sí, al menos, unos pasajes para embarcar en el primer buque. La dejo para que se asee. No la quiero molestar más. Buenos días.

—Buenos días, señora.

Dos días más tarde el matrimonio llega a la estación de tren de Gijón, para salir desde allí rumbo a Madrid. El tiempo de estancia en la capital es, en principio, indeterminado.

El viaje hasta llegar a Madrid, fue complicado. Durante el trayecto encontraron huelgas, manifestaciones…

Lo primero que hace Begoña al estar ya alojada en el hotel es enviar una nota a la marquesa, para verse cuanto antes. Su familia ocupa puestos de relevancia en el mundo empresarial y está relacionada al más alto nivel en la sociedad. Y son unos monárquicos declarados. Sabe que es una buena fuente de información y no piensa desaprovecharla.

Mi querida amiga:

Comentarte que estamos en Madrid sin fecha de regreso a Asturias. Por eso me gustaría aprovechar y vernos. Me alojo en el hotel Palace.

Espero tu nota de respuesta sobre el día y la hora, si eso es posible. Si no, en cualquier caso, espero tus noticias.

Tu amiga que te quiere.

Ramiro, por su parte, tenía almuerzos, cenas y reuniones, prácticamente todo el día.

Ella no tiene grandes asuntos que atender en la capital, por eso emplea su tiempo en recorrerla, aunque le han informado en el hotel que hay zonas de la ciudad que mejor evitar.

Recuerda la conversación de Julia en Nueva York sobre el parque del Retiro. No está demasiado lejos andando desde el hotel. La mañana es soleada pero fresca, por eso se abriga y se lanza a las calles para ir caminando. Quizás así pueda aplacar la ansiedad que se ha instalado en su pecho y que no es capaz de hacer que desaparezca.

Madrid a esas horas de la mañana es una ciudad bulliciosa, con mucha gente por la calle, con los cuellos de sus abrigos subidos para resguardarse del frío. Observa sus rostros y ve preocupación. Esta ciudad se parece mucho a La Habana y nada que ver con la paz y la tranquilidad de Ribadesella.

Yendo hacia el parque del Retiro, se encuentra con la iglesia de los Jerónimos, un templo muy ligado a la corte y a la monarquía. Dentro hay un silencio sepulcral. Hay pocos feligreses a esas horas. Se sienta en un banco y no reza. Sin embargo, intenta conectar con su yo interior. En Ribadesella, la familia y los empleados de la casa acuden por separado todos los domingos a misa. Es de obligado cumplimiento. Pero ahora no necesita eso. Ahora necesita tener un momento de intimidad con Dios. Exponerle sus preocupaciones.

Actualmente están quemando iglesias y robando lo valioso de los templos.

Todo es una locura.

Ayúdanos a regresar a Cuba, sanos y salvos, por favor.

Sentada en un banco al fondo del templo, pierde la noción del tiempo. Hacía mucho que no se concentraba tanto en tener un acercamiento con Dios. Se pone a recordar y su mente viaja a la pérdida de su segundo hijo y de cómo buscó el consuelo en la fe.

Ahora también necesita esa fe y ese consuelo.

Sintiéndose algo más ligera, abandona la iglesia y llega al parque del Retiro. Su extensión es bastante grande y la deja sin palabras. Lo que más le llama la atención es el estanque y sus dimensiones. Parece que incluso se pueden alquilar barcas para recorrerlo. Le parece una estampa relajante en medio del caos que la rodea.

Tras el paseo, regresa al hotel para almorzar y pregunta si tienen algún mensaje para ella.

Efectivamente, el personal de recepción le entrega una nota, con el sello lacrado de la marquesa.

En su dormitorio la lee con suma atención.

Mi querida Begoña:

No sabes lo que me ha alegrado recibir tu nota informándome de tu estancia en Madrid. Habrás podido comprobar que la ciudad no está en su mejor momento. Todo está alterado. Hay mucha crispación en las calles y también inseguridad.

Eres un soplo de aire fresco para mí.

Te espero esta tarde para merendar en mi casa. Te envío a mi chófer. Estará en la puerta del hotel a las cinco de la tarde.

Contando las horas.

A ambas mujeres les une también su amor por Cuba. No hay que olvidar que la marquesa es hija de indiano y que nació en la isla.

Almuerza en su dormitorio y después decide descansar un poco hasta la hora de su encuentro con la marquesa.

Puntual, el chófer está en la puerta del hotel.

No conocía su palacio en la ciudad y la deja sin palabras. Es una construcción magnífica y su interior está decorado con gusto y lujo. La impresionante escalinata que se abre en dos en mármol negro, con esculturas de gran tamaño a ambos lados, te hace ser consciente del poder económico de la familia. Por sus salones han desfilado todo tipo de personajes, políticos e intelectuales.

Una criada, perfectamente uniformada, la acompaña a la biblioteca, donde la espera la marquesa.

—Mi querida Begoña. Me alegra mucho que nos veamos en Madrid. No es el mejor momento, pero me alegra igualmente. Bienvenida.

—Muchas gracias. Estoy asombrada de lo magnífico que es este palacete.

—Bueno, aquí todo debe ser más opulento. Pero si te digo la verdad, mi casa en Ribadesella es mi preferida. Supongo que tener delante el mar la hace más especial. Añoro el mar, es parte de mi infancia en Cuba. Allí, siempre estaba cerca de él y supongo que es una razón de peso. Pero bueno, dime, ¿qué planes tenéis? Que me pongo nostálgica y no quiero aburrirte.

—Sinceramente, queremos regresar a la isla cuanto antes. No estamos tranquilos aquí. Y, además, Ramiro tampoco puede desatender tanto tiempo sus intereses empresariales allí. No me da demasiadas explicaciones para no preocuparme. Ya sabes cómo son los hombres. Piensan que somos de porcelana fina y que, al mínimo rasguño, nos podemos romper. Pero antes de irnos necesita que sus negocios aquí queden tutelados por una persona de confianza. Me parece que está pensando en tu familia.

—Me alegra escuchar que nos considere personas de confianza.

Una doncella, de forma sigilosa, aparece con una bandeja cargada con un juego de café de plata y tazas de la mejor loza. Deja todo en una mesa auxiliar, junto a los sofás dónde están las damas, para que se puedan servir a su gusto, sin molestar.

—Creo que nadie mejor que tu familia para cuidar de nuestros intereses. Aunque si estalla una guerra no tengo muy claro que eso

pueda ser así. Quizás tú también podrías regresar a Cuba, ¿no?

—Qué va, querida. A estas alturas lo único que me interesa de allí es que es la fuente de nuestra riqueza y que, gracias a los servicios prestados allí por mi padre a España, la corona nos concedió el marquesado. Nada más. Mi vida está en esta parte del mundo. Por mucho que añore la vida que tenía allí, en la isla.

—Entiendo. Yo, la verdad, nací aquí, pero soy cubana de corazón. Adoro la vida allí, su clima, la gente, que es más amigable, más cercana. Además, la comunidad asturiana es muy importante e influyente, aunque yo sea vasca.

—¿Cómo se encuentra el pequeño Ramiro?

—Muy bien, afortunadamente. Él, a diferencia de sus hermanos, parece que está creciendo sano. Es la mayor alegría en mi vida.

—Te lo mereces. Sufriste mucho.

— No te lo niego. Una madre no debe de enterrar a sus hijos. Y dime, ¿tus hijos?

—Pues bien, todos muy diferentes, pero bien. Sin más. Ya sabes que a pesar de tener unos cuantos, mi instinto maternal es justito. Afortunadamente, tienen unas niñeras maravillosas. Ahora mismo, estoy centrada en obras benéficas, mecenazgo y este tipo de asuntos, que me llenan mucho.

—No sé si te comenté lo del proyecto de una nueva escuela en el pueblo.

—Algo me comentaste, lo recuerdo.

—Pues bien, ya se puso la primera piedra. Estoy emocionada. Intentaré que la mayor parte de las niñas del pueblo puedan acudir. Aunque sé que eso será complicado.

—Desde luego. Las niñas están condenadas a las labores del hogar para luego engendrar muchos hijos. ¿Te apetece que demos un paseo por el jardín?

—Me encantaría.

Ambas mujeres se ponen sus abrigos y los manguitos para proteger las manos del frío y salen al jardín.

El paisaje es bonito, los árboles en invierno, desnudos de hojas, ofrecen un aspecto decadente, casi como una imagen del país y su situación actual.

A la hora de la cena, ambas mujeres se despiden. Pero acuerdan que no pasen muchos días para volver a verse, ya que la estancia de Begoña en la capital depende del tiempo que le lleve a su esposo dejar todo gestionado.

De nuevo el chófer la llevará hasta su hotel.

En la habitación está sola y decide enviar una carta a su prima, mientras espera el regreso de Ramiro.

Querida prima:

Te escribo desde la habitación del hotel en Madrid. He decidido viajar con Ramiro y aprovechar y visitar a nuestras amistades, mientras él gestiona todo para regresar a Cuba cuanto antes.

Me entristece el ambiente de crispación que tiene el país. Augura los peores presagios, ojalá nos equivoquemos.

Allí, en Ribadesella, todo es más tranquilo, pero en la capital están asaltando y quemando iglesias. Todo se ha desbocado.

Yo necesito poner a salvo a mi familia. Y de ahí mi premura por regresar a la tranquilidad de la isla.

Llámame egoísta, pero espero que me entiendas. Solo soy una madre preocupada por su hijo. Todo sufrimiento y mal que pueda evitar, no dudes, que lo haré.

Ramiro, como puedes comprender, no me da muchas explicaciones. Pero no soy tonta y para eso está la prensa.

Dime, ¿cómo te encuentras allá en Bilbao?

Tu prima que te quiere…

Cierra el sobre y baja a recepción para indicar que, por favor, lo envíen.

Justo en ese momento, está cruzando el hall su marido. No trae buena cara. Ha observado que últimamente tiene muchas ojeras. Claro signo de la preocupación que atormenta su mente.

Del brazo regresarán a su dormitorio.

Nada más llegar, se prepara un coñac.

Begoña, pacientemente sentada en el sofá, espera información de su marido.

—He podido solucionar todo lo referente a nuestro patrimonio aquí. A cambio de una importante suma de dinero. Pero gran parte del problema, o eso creo, está solucionado. Por otro lado, espero que en unos días ya tenga los pasajes para regresar a Cuba. Necesito poneros a salvo. Sois mi prioridad.

Esto no pinta bien. Hay muchos rumores y a cada cuál peor. Hoy en el casino, no se hablaba de otra cosa. Me temo que nos tendremos que despedir de nuestro país por una buena temporada. Asúmelo. Descansaré cuando estemos subidos en el barco. No antes. Y me pone triste la cantidad de amigos que quedarán atrapados aquí. Sin escapatoria.

—Tranquilo Ramiro. Estamos haciendo lo correcto.

—Eso espero. Aunque, ¿tú crees? Parece que huimos como ratas, dejando a mucha gente atrás. Me siento mal, no te lo niego. Siempre hemos sido unos egoístas. Solo pensando en nosotros. Primero nuestro trato con respecto a Julia. Ahora con las revueltas y las perspectivas del país nos vamos huyendo a Cuba donde no hay sobresaltos.

—Quizás tengas razón. Pero no creo que sea lo mismo. Nosotros realmente residimos allí, así que creo que cualquiera en nuestra situación haría lo mismo y, si tuvieran un plan de salida, te aseguro que lo usarían. Solo nos queda rezar, como he hecho yo, para que los españoles puedan evitar la barbarie que parece que se avecina. Ojalá, Dios me escuche.

CAPÍTULO 18

Ribadesella, en la actualidad.

Hoy Rocío no subirá sola al desván, por fin ha convencido a su madre.

Su madre, ante la insistencia, al final ha aceptado. Durante la comida, los tres en la cocina, curiosamente se instala un extraño silencio. Alejandro intenta crear algún debate, pero las mujeres casi contestan con monosílabos.

—Rocío, recuerda que mañana viene el ortodoncista y que tiene la consulta llena de niños.

—Alejandro, lo recuerdo perfectamente y eso ya lo sabe Luna, nuestra auxiliar, que es quien lleva las citas.

—Vale. Parece que estás de mal humor. Que yo sepa no has tenido ningún problema en la mañana con los pacientes. Así que, dime, ¿por qué estás así?

—No me ocurre nada, cariño, perdón si he sido brusca respondiendo. Es que estoy dando vueltas a que quizás debamos buscar la colaboración de un maxilofacial. Es una especialidad muy interesante y no hay ninguna clínica por los alrededores que la incluya. Y bueno, ya que estamos, intentar entrar en alguna aseguradora. Eso atraería más pacientes.

—Para no ocurrirte nada, tu cabecita no deja de maquinar cómo mejorar los servicios que ya tenemos. Ambas opciones me parece que son de los más interesantes. Podríamos contactar con el colegio de odontólogos y hacer entrevistas con los interesados.

—Me alegra que pienses que es una buena idea. Ya tenemos ortodoncista, endodoncista, general como somos nosotros. Incorporando un maxilofacial podríamos copar los clientes en toda

esta parte de Asturias. Seríamos un referente. Y si al mismo tiempo podemos incorporar algún seguro médico privado…

—¿Te puedes encargar tú? Yo estoy liado allí, tanto por la mañana como por la tarde.

—Bueno, seguramente la atención en el colegio de odontólogos sea por la mañana, pero sin problema. O que contacte Luna con ellos y le expliquen los pasos que hay que dar para que nos lleguen candidatos.

—Hijos, no quiero meterme en la gestión de vuestra clínica, pero si me permitís mi humilde opinión, creo que es una brillante idea, porque si no hay otra con esos servicios, sería muy interesante.

—Mamá, anda, no digas tonterías. Claro que nos importa tu opinión.

—Chicas, os dejo, la ventaja de vivir aquí es que me puedo permitir el lujo de descansar un poco antes de regresar a la clínica.

—¿Qué planes tenéis para esta tarde?

—Mi hija quiere llevarme al desván.

—Joder Rocío, a veces eres demasiado intensa. No paras hasta que lo consigues. Puede que a tu madre no le resulte atractiva la idea de ir ahí.

—Tampoco la he amenazado ni nada por el estilo.

—Me imagino, —responde riendo—. Pero hay muchas otras técnicas. En fin, ahí no me meto, son cosas vuestras.

Ellas se quedan solas, recogen la mesa, meten los platos en el lavavajillas y se toman un café sin prisa en el salón.

—Mamá, ¿qué te preocupa de subir al desván?

—Nada y mucho. El pasado de mi familia ya lo conozco o lo suficiente. Sufrieron mucho, les tocó vivir un momento complicado. Mis bisabuelos, no lo olvides, emigraron a Cuba y con mucho esfuerzo y trabajo llegaron a ser una familia respetada. De no haber ocurrido todo lo que aconteció, tanto allí como aquí, hoy tendríamos algo más que este caserón como herencia de mi padre, te lo

aseguro. Así que, dime, ¿qué me puede aportar un montón de trastos en un espacio?

Reconozco que me ha hecho mucha ilusión recuperar el juego de tocador de mi abuela y que estaba allí de cualquier forma. Pero ya está.

Además, ahora me hablas de una aparición de una mujer, que dices que no quiere hacerte daño y me preguntas sobre quién era Julia. ¿Acaso te has parado a pensar que todo esto me pueda doler?

He sido sincera. Aquí tienes mi respuesta. Aun así, si para ti es importante, estoy dispuesta a subir.

—Mamá, lo siento. No lo había visto de esta forma. Simplemente pensé que ver objetos de tus antepasados te podría hacer ilusión y que incluso te podría apetecer quedarte con algo más. De verdad, si no quieres, podemos hacer otros planes, ir de tiendas a Oviedo, si te apetece. Pero creo que, en cierto modo, lo necesitas.

—Yo no necesito nada. Tuve una infancia feliz en esta casa, junto a mi familia. A mis abuelos los conocí, pero tengo un vago recuerdo de ellos. Y Julia estuvo aquí hasta que falleció. Hubo un momento en que estábamos todos en la casa. Primero falleció mi abuela, no era tan mayor, tuvo un infarto cerebral y no lo superó, y años más tarde mi abuelo. Fin de la historia. No tengo que reconciliarme con nadie. Créeme.

Al terminar esa frase, justo se cae un marco con una foto de ella vestida de novia que la hija tiene en el salón, junto a otras muchas. *¿Casualidad?*

Ambas mujeres dan un bote en el sofá al escuchar el ruido y se quedan en silencio.

—¡Qué demonios! ¿Cómo se ha podido caer esa foto que tienes de mi boda?

—Ni idea.

—Rocío, ahora soy yo la que quiere subir al desván.

—¿Estás segura? No le des más vueltas, quizás hay alguna corriente de aire.

—No soy imbécil. Las ventanas son nuevas y si eso fuera así se podría haber caído cualquier otro marco de foto y no concretamente el de mi boda.

—Vamos a tranquilizarnos y subimos. Termínate el café.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, las dos comienzan a subir al desván. Se sorprende al ver la estancia limpia y con cierto orden.

—Has hecho un trabajazo. Supongo que esto era un auténtico caos.

—Es verdad. Aquí hay muchas horas de trabajo. Mira, he separado las fotos de las cartas. Están aquí. Allí hay baúles que todavía no he abierto.

—Quiero ver las fotos y las cartas.

—Por supuesto. Mira estas son las fotos que están en mejor estado.

La madre se acomoda en un banco que ha subido Rocío. De forma lenta, va observando cada detalle de ellas.

—¿Reconoces a alguien?

—Estos son mis abuelos, entiendo que en La Habana. Era una casa preciosa. Mira, fíjate con el mar al fondo. Casi como esta. El color de la construcción no se aprecia al ser en blanco y negro. Una pena. Parecen felices. El resto de los que aparecen, ni idea. Pero entiendo que son amigos de allí. En Cuba no tenían familia.

—Mi bisabuela era muy guapa.

—Sí lo era. Y si te das cuenta, bastante alta para la época.

—Tu abuelo también. ¿Mi abuelo era muy alto?

—Pues normal. Bajo, no. Déjame que las vea, preguntona.

Rocío suelta una carcajada. Parece que su madre está más relajada.

—¡Mira! Este es mi padre corriendo detrás de una pelota y un perro. No sabía que allí había tenido mascota. A nosotros nunca nos

dejó. Siempre decía que podía molestar a los pacientes. Sin embargo, él tuvo esa suerte.

—Ayer encontré una película. Pero no sé cómo podemos verla. Quizás si la lleváramos a alguna tienda especializada…

—¿En serio? Eso es una joya. Ver a mis antepasados en movimiento. Vamos a bucear en internet, seguro que encontramos alguna tienda a la que podamos llevar la película.

—Mamá, ¿ves cómo al final estás disfrutando?

—Cierto, pero siempre te sales con la tuya. Ya eras así de pequeña.

—¿Y esta mujer de la foto?

—Déjame ver… sin lugar a dudas es Julia. Mi recuerdo de ella es con la cara surcada de arrugas, pero sí, son sus rasgos.

—Y una cosa, el bisabuelo era de aquí, emigró, hasta ahí todo bien. Pero, ¿no tenía familia aquí en Asturias?

—Pues mira, no. Su madre se quedó viuda siendo él un niño, en no muy buenas condiciones económicas. La relación con su padrastro era complicada. Por eso, con dieciséis años, no se lo pensó y se embarcó rumbo a Cuba. No quiso saber nada de ellos.

—Pero cuándo vino, convertido en todo un terrateniente, ¿nadie contactó con él?

—Lo desconozco. Quizás quisieron arrimarse al dinero. Pero probablemente él no quiso saber nada de ellos. Todo esto son suposiciones mías. La primera parte sí que la sé porque me la contó el propio abuelo.

—Nos quejamos ahora. Pero vaya vidas duras. Ahora ves a un chaval con esa edad y le ves un niño. Sin embargo, ellos ya eran hombres, que trabajaban duro e incluso sacaban adelante a una familia. En fin.

—Rocío, mirando en internet, he encontrado en Llanes una tienda dónde nos pueden arreglar la película. Si te parece, mañana por la tarde, que no vas a la consulta, nos acercamos. Y mirando la hora,

se está haciendo tarde. Vamos a preparar la cena, incluso voy a hornear una tarta de manzana. Me apetece mucho.

—¿En serio? Verás cuando llegue Alejandro y huela a la tarta. Hoy pasa de la cena. Te lo digo yo.

Más tarde, las dos mujeres, entre risas, trajinan en la cocina preparando la cena y la tarta. Mañana se acercarán a Llanes, una localidad cercana, para llevar la película.

Tras una tertulia después de cenar, todos se van a la cama. Rocío se queda un poco más rezagada mirando su teléfono. Y de repente, el frío glaciar…

Pero ya no tiene miedo.

—Desde que ha venido mi madre estás respetando mi tranquilidad, salvo porque sé que fuiste tú la responsable de que el marco con la foto de la boda de mi madre se cayera. Así que gracias. Supongo que debes de tener un mensaje para mí. Y supongo que quieres que vaya a la cocina, cómo siempre.

Rocío va a la cocina. Fija su vista en la pared, sabe que aparecerá algún mensaje.

Antes de cada mensaje, aparece el vapor.

MADRE VERDAD.

—No te entiendo, ¿qué mi madre debe saber la verdad?

SÍ.

—¿Pero qué verdad?

Ya no hubo más mensajes.

Decide que está agotada para este tipo de acertijos. Antes de salir de la cocina dice en voz alta:

—Por si estás ahí. Ya sabes qué no debes de entrar en nuestros dormitorios. El resto de la casa, es tuya.

Dentro de la cama, no deja de dar vueltas al mensaje, *madre verdad.*

Muchas preguntas sin respuestas. Agotada, casi amaneciendo, se queda dormida.

Cuando suena el despertador, está tan cansada que hasta necesita unos minutos para centrar su cerebro. Mira a su marido y, cómo es habitual, está profundamente dormido.

Agotada, abandona la cama, pone los pies en el frío suelo y va al baño a lavarse la cara. Cuando levanta la cabeza del lavabo para secarse con la toalla, en el espejo tiene escrita una palabra.

VIAJE.

—Me estoy empezando a cansar de tu juego. Te lo digo. Anoche no he dormido por tu culpa.

—Rocío, haberme despertado si estaba roncando. Aunque yo no ronco, es una manía tuya.

Esta situación surrealista entre su marido y el espíritu que ronda por la casa, sin tomar un café es demasiado.

Tira la toalla sobre el mueble del baño y sale del dormitorio.

—Eso siempre me dices y a veces pareces un búfalo, hasta mi madre te ha debido de escuchar. Me voy a tomar un café.

—Buenooo… cómo nos hemos despertado hoy. Qué tengan cuidado los pacientes. Porque das miedo.

Si él supiera… miedo dice.

Y esta tarde vamos a Llanes. Vaya día qué me espera.

Julia, si querías justicia, haberlo pedido en vida, joder. Qué me estás volviendo loca. Al final, a mí me encierran.

Como es habitual, su madre ya está en la cocina. Siempre ha sido madrugadora. Cuando se vaya, esto lo va a echar mucho de menos.

—Buenos días, mamá. Espero que hayas dormido bien.

—Te diría buenos días a ti también. Pero viéndote la cara, pareces una muerta.

Muerta yo no… pero otros….

—Sí. Estoy muerta de cansancio.

—Si quieres, dejamos lo de la tienda para otro día.

—Buenos días, suegra.

—Mamá, dime qué esta noche has escuchado roncar a Alejandro desde la planta de abajo.

—Pues no. Caí desmayada en la cama.

—Parece que aquí todo el mundo muerde de maravilla, excepto yo.

—Reduce los cafés. Creo que tomas demasiados.

—Será eso. Me tomo una tostada y me ducho. Alejandro, hoy tengo a primera hora a Jacinta, qué la pobre mujer vaya cómo tiene la boca, no sabes ni por dónde empezar. El otro día me trajo unos tomates de su huerto. Esta noche los preparamos para la cena. Esa maravilla no se puede desperdiciar.

—Ya lo creo. Esos, en las tiendas, no los encuentras.

CAPÍTULO 19

España, 1936, pocos meses antes del estallido de la Guerra Civil.

—Begoña, ya tengo los pasajes en primera clase. Salimos desde Santander, es un puerto más tranquilo ahora mismo que el de Gijón. Es momento de empezar a cerrar esta casa y preparar nuestra partida hasta Dios sabe cuándo.

—Exactamente, ¿cuándo salimos?

—En diez días. Si no hay ningún contratiempo.

—¿Con qué compañía?

—Hamburg America Line, es con destino a México, pero hace escala en La Habana.

—Bien, ahora reúno al personal de la casa. Hay que guardar todas las vajillas y objetos de valor que no podemos llevarnos. Deberíamos de construir un sótano escondido o algo parecido. No sabemos qué ocurrirá con esta casa.

Por eso, he pensado en darles una buena bonificación para que, en la medida de lo posible, se encarguen de conservar nuestra casa.

—Lo del sótano escondido, lo veo acertado. De todas formas, mira lo que nos podamos llevar en nuestros baúles.

—Tengo mucho trabajo. Luego, en la comida, hablamos.

Begoña va a la cocina y le indica a Julia que reúna a todo el mundo en el comedor, hay noticias importantes.

—Julia, por favor, diga a todo el mundo que, en cinco minutos, les espero en el comedor. Debo informarles de nuestra partida y darles algunas instrucciones.

—Como ordene.

—Gracias. Otra cosa, necesitaríamos un albañil o un carpintero que sea discreto y de total confianza. ¿Conoce usted a alguien así?

—Bueno, solo se me ocurre el marido de Esmeralda, que es carpintero. Ella, usted la conoce, es una bellísima persona y muy leal, y su marido tiene fama de trabajar bien.

—Perfecto, pues dígale a Esmeralda que después de la reunión con todo el personal tengo que hablar con ella unos minutos.

Sentada en el sofá, esperó a que estuvieran todos los sirvientes. En sus caras nota la preocupación. Posiblemente, dado lo extraordinario de la reunión, entre otras cosas, por perder su trabajo.

—Muchas gracias a todos. Seré breve. Os tengo que informar de que dentro de diez días, mi familia y con nosotros Julia, regresamos a Cuba. Siento no haberos podido avisar con un plazo mayor, pero entiendo que todos sabéis que este momento tendría que llegar, especialmente dada la delicada situación en nuestro país. Me encantaría decir que os podemos llevar a todos con nosotros, pero sabéis que eso no es posible. Lo que sí haremos, como agradecimiento a vuestra dedicación de todos estos meses, es adelantaros el sueldo de los próximos seis meses y adicionalmente daros una gratificación. Espero que con ambas cosas os resulte suficiente y podáis salir adelante. Otra cosa no se nos ocurre que podamos hacer para intentar ayudar.

El personal de cocina se ocupará de que los menús de cada día se sigan elaborando hasta nuestra partida y repartirá entre todos ustedes los productos que no se hayan consumido. Y ustedes, las doncellas, —dice señalándolas—, se ocuparán, a medida que yo lo vaya catalogando, de ir embalando todo, para que luego lo llevemos con nosotros a Cuba o se almacene en el sótano o tal vez el desván, si son muebles que considere de menos valor. Eso lo iremos decidiendo sobre la marcha. Empezaremos por los dormitorios esta misma tarde. Muchas gracias a todos. Pueden retirarse.

Va al despacho de su marido para buscar papel y pluma con lo que comenzar a organizarse, y se reúne allí con Esmeralda, que

viene acompañada de Julia.

—Adelante, Esmeralda. ¿Le ha anticipado algo ya Julia? —La doncella asiente—. Bien, necesito mano de obra de confianza, con conocimientos de carpintería y albañilería, para construir un habitáculo en el sótano que pueda permanecer oculto, en definitiva, un escondite. Ahí pondremos a salvo de posibles robos o pillaje, o eso espero, objetos de valor que se quedarán aquí, como vajillas, cuberterías, soperas, todo tipo de loza y los cuadros, en fin, espero que al final resulte una precaución innecesaria, pero por si acaso… como comprenderá necesitaré de toda la discreción, suya y de su marido.

—Si señora, mi marido es un buen carpintero y de fiar. Seguro que la puede ayudar con lo que usted necesite.

—Muchas gracias. ¿Cuándo podría venir?

—Cuando cierre la carpintería. Si le parece, me acerco y le digo el *mandao.*

—Perfecto. Cuanto antes le explique que necesito antes podrá ponerse con la tarea. Tendrá que hacerlo en poco tiempo.

Los siguientes días fueron agotadores. Catalogar y anotar cada objeto fue un trabajo extenuante. Pero Begoña era consciente que estaba en una cuenta contrarreloj y que tenía que salvar su patrimonio.

Además de mover muebles de un lado a otro. Al final, lo más valiosos, para disimular, decidió que irían al desván. Si entraban en la casa pensarían lo contrario.

Un ejercicio de despiste.

El carpintero trabajaba hasta que caía la noche. Un trabajo tan perfecto que nadie, salvo que se fijara mucho, se daría cuenta que ahí había una habitación secreta.

—Señora, este escritorio tan bonito, ¿lo dejamos en el salón? —preguntó Julia.

—Es una antigüedad. Debe de ir al desván. Si lo dejamos aquí, capaces son de hacer leña con él. Todas las vajillas ya están

anotadas. Mañana comenzamos con los juegos de café de plata, los candelabros y las cuberterías.

—¿No se lleva nada a Cuba?

—Desgraciadamente, no. Quizás un par de candelabros, pero con nuestros equipajes, ya vamos muy cargados. En realidad, esto lo tenía claro desde el principio. Si lo mencioné como posibilidad en la reunión fue para que se pudiera pensar que lo más valioso, esto es, lo que vamos a ocultar, nos lo llevamos con nosotros a Cuba.

—Yo puedo llevar algo en mi baúl y en del pequeño Ramiro.

—Lo vemos, pero eso será una decisión de última hora. Debemos de continuar con la catalogación.

—Muy bien, señora.

—Julia, qué me traigan un café. Necesito fuerzas.

—Ahora mismo.

—Gracias.

Cuando se queda sola, recorre la estancia, ya un tanto destartalada. Está convencida de que, a pesar del trabajo, de poco servirá. El personal que trabaja para ellos , a pesar de la discreción del carpintero, aunque desconoce la ubicación exacta, sabe que algo se ha hecho en el sótano, y solo hay que sumar dos más dos para saber que es ahí donde estarán los objetos de valor y, en caso de estar pasando necesidades, lo tienen fácil. Así que no solo serán los saqueadores que están por venir, también su propio entorno lo podrá hacer. Las opciones de que desvalijen la casa son altas. No se quiere engañar.

Pero cómo culparles. Ella haría lo mismo si no tuviera que poner en la mesa a su familia. Es un caso de supervivencia.

Hace muchos años salió de España rumbo a Cuba para buscar un porvenir. Ahora, por segunda vez en su vida, la situación se repite, pero el escenario es muy diferente. Ahora en estas tierras habrá muerte, sangre, y hambre. Y un bando será el vencedor y otro el vencido.

Dios mío, ayuda a este país y sus gentes.

Cinco días más tarde, todo está guardado en el sótano y los muebles en el desván.

Ahora comienza, la segunda parte. Preparar los equipajes que llevarán en el barco y por supuesto todas sus joyas.

—Julia, hay vestidos que no me voy a llevar puesto que allí, con la climatología de la isla, no tienen mucho sentido e iremos menos cargados. Voy a separar los que me llevo y los que se quedan.

En el baúl, en el doble fondo, vaya poniendo todas mis joyas. Excepto las perlas, las quiero llevar en el viaje. Lo mismo, haremos con los trajes de mi esposo. No vamos a ir cargados de forma innecesaria.

—Señora estaba pensando que entonces puede que zapatos, abrigos y quizás algunos vestidos, al personal que trabaja aquí les pueda hacer un apaño.

—Cierto. Llevas razón. Hagámoslo, y lo mismo con la ropa de Ramiro, también los del niño. Sus abrigos son de buen paño y para el invierno aquí les puede ayudar. Pero primero los míos.

Ambas mujeres van seleccionando qué se lleva y qué se queda.

Al final del día, de nuevo reúne al personal de la casa y empieza a mostrarles todo lo que no se puede llevar para qué elijan, supervisando el reparto para asegurarse de que sea equitativo.

—Aunque estamos en primavera, ya casi en verano, creo que estas prendas de abrigo para el próximo invierno os pueden venir bien. Nosotros allí no las usamos por el tipo de clima que tenemos y para la travesía en barco, con llevar un par de ellos es suficiente. Así que elegid para vosotras y vuestros esposos.

Incluso hay un montón de ropa del pequeño Ramiro. Igualmente, prendas de abrigo de buen paño, gorros y bufandas. Y en este montón, hemos puesto el calzado.

Esmeralda, mujer del carpintero, fue la primera en hablar:

—Muchas gracias, señora. Mi Mateo se pondrá muy contento y mis pequeños también. En mi caso, tengo dos niñas y un niño. Pero le hago arreglos y los abrigos les pueden servir a los tres.

—Me alegra escuchar eso.

Otra doncella comenta:

—Han sido unos buenos patronos. Esperamos que regresen cuanto antes… Eso querrá decir además que las cosas aquí, en España, están mejor.

—Nosotros también lo deseamos. Hablo en nombre de mi marido también. Es muy triste lo que está ocurriendo. Bueno, no olviden, el último día, hacer lo mismo con las ollas y todos los enseres de la cocina, también se los pueden repartir. Prefiero que lo tengan ustedes a otros posibles ocupantes de esta casa. Por favor, cuídenla.

Tras una breve pausa, añade:

—Y Marcela, me gustaría que sus hijas acudieran a la escuela. Ayer me dijo el maestro que no están yendo.

—Lo sé, es que ahora mi marido está con la siega y necesita manos. Nosotros no podemos contratar a nadie para que nos ayude. Yo misma, cuando termino aquí al mediodía, voy al campo a trabajar. Es nuestro medio de vida.

—Lo entiendo, pero al menos es importante que aprendan a leer y escribir. Les puede ayudar en el futuro.

—¡Uy, señora! El futuro de mis hijas, está aquí, en el pueblo y será casarse con alguien y formar una familia.

Begoña decide no entrar en más discusión. Porque ese discurso ya se lo conoce demasiado bien. Las familias no consideran importante que sus hijos no sean unos analfabetos como ellos, en su mayoría. Todavía, si son varones, para acuerdos de compraventa, para no engañarles con las cuentas, vale. Pero ellas, para preparar un puchero, no.

Todo el personal abandona el comedor cargado con múltiples objetos.

En ese momento, llega Ramiro, que estaba viendo unos documentos en el despacho.

—Begoña, veo que ya has repartido la ropa.

—Así es. Llevaremos lo justo. Todo está listo para nuestra partida.

—Te noto alicaída.

—¿Cómo quieres qué esté? Si no fuera así, significaría dos cosas, una que estoy muerta y otra que no tengo sentimientos. Creo que no estoy en ninguna de esas situaciones. Así que sí. Querría hacer algo más por ellos. Han sido nuestro soporte aquí. Me duele el alma. Parece que los dejemos abandonados. Me gustaría llevarlos a Cuba. Pero soy consciente que no es posible.

—Si lo hubiéramos hablado antes, alguien soltero, tal vez nos lo podríamos haber planteado. Pero ahora ya es tarde. No hay tiempo de comprar más pasajes. El barco va lleno.

El pequeño Ramiro irrumpe corriendo en la sala.

—Papá, mamá. He cazado una mariposa.

—¡Qué buena noticia! Cariño, ya sabes qué dentro de poco estaremos unos días en un barco. Regresamos a Cuba, ¿te acuerdas de nuestra casa allí?

—Si. Es grande y también está cerca del mar. Y llueve menos que aquí.

—Ramiro, cuando lleguemos, irás allí al colegio.

—No quiero ir, prefiero estar en casa.

—Mira, ir al colegio es divertido. Harás amigos, jugarás con ellos y lo más importante, aprenderás un montón de cosas. Aquí venía el maestro de la escuela, pero no es lo mismo. Tienes que aprender y estudiar mucho para, cuando seas mayor, ser importante.

—¿Papá es importante?

—Mucho.

—Pues yo quiero ser como papá.

—Me alegra escuchar esto.

—Quizás sea médico. Quiero curar a la gente. Me da pena que la gente enferme y muera, como mis hermanos. Por eso, yo les curaré.

Begoña, al escuchar la mención de la muerte de sus hijos, se le forma un nudo en la garganta.

—Si eres médico, seguro que salvarás a mucha gente. Y serás el mejor.

Aparece Julia qué, desde el aborto, apenas puede mirar a la cara al señor. Pero Ramiro tampoco se siente cómodo en su presencia.

—Perdón por interrumpir. Pero vengo a buscar al pequeño, tiene que bañarse, cenar y acostarse. Y, además, tenemos que terminar el libro de aventuras que estamos leyendo. Da las buenas noches a tus padres.

El niño va a cada uno de ellos y les da un beso de buenas noches.

—Hasta mañana. Tengo que terminar el libro de aventuras con Julia, que pone voces y lo cuenta muy divertido.

—Buenas noches y sueña con un montón de aventuras.

El matrimonio se queda a solas de nuevo.

—A veces creo que Ramiro pasa demasiado tiempo con Julia. —Comenta Begoña—. Espero qué no le confunda.

—¿Por qué le va a confundir? Ella tiene muy claro su lugar en el mundo.

—Quizás. Pero es su verdadera madre. Y la sangre tira. Yo no soy nadie para él.

—Creo que estás muy confundida. Tú eres su madre.

—Estoy cansada. Me voy a dormir también. Hasta mañana.

Begoña no tiene la confirmación, pero sabe de las necesidades primarias de su esposo y que probablemente tenga una amante en la capital. Ahora la habrá dejado pero, en cuanto lleguen a La Habana, buscará otra. No le costará trabajo. Atractivo, educado y rico. Todos los ingredientes.

CAPÍTULO 20

Ribadesella, en la actualidad.

Hoy han recibido la llamada de la tienda sobre la restauración de la película. Ya está lista para recoger.

Van casi con prisa, para volver a casa pronto y sentarse a verla. La podrán visionar en el ordenador.

Con una copa de vino cada una, comienzan a ver la película. Es en blanco y negro, por lo que se perderán detalles como los colores de los vestidos de las damas que aparecen. Las imágenes se suceden muy rápido y eso les hace reír.

Ambas están muy relajadas, tapadas con una manta.

Claramente, es una fiesta en la casa familiar en La Habana, de estilo colonial tan característico allí.

Hay muchos invitados, charlando animadamente en diferentes corrillos. Observan que casi todos los caballeros lucen un poblado bigote y fuman grandes puros, mientras apuran algún tipo de licor, y cómo las damas se abanican para sofocar el calor húmedo de la isla.

Pueden apreciar que la forma de vestir de las mujeres allí es más moderna que en España en esa misma época. Muchas de ellas, incluso, lucen pantalones, una moda que llegó de París y que hizo furor entre las americanas, se nota una gran influencia de ambos países en cuanto a moda y otras muchas costumbres, comentan ambas no sin sorpresa, tal vez también debido a los grandes turistas que visitaban la isla y con los que la alta sociedad coincidía en fiestas y reuniones.

Se les ve cómo charlan animadamente, sonriendo a la cámara, absolutamente relajadas, bien de pie o sentadas en el porche, en unos grandes butacones.

La casa parece que está rodeada por un extenso jardín, perfectamente cuidado, que termina en una piscina. De fondo se ve el mar. Y también se observa como las palmeras agitan sus ramas, puede que por esa proximidad del mar, comentan ambas.

Debía de hacer calor.

Muchas doncellas aparecen en la pantalla sin ser conscientes de que están siendo grabadas. Van y vienen concentradas en su trabajo, portando bandejas de bebidas y lo que parecen canapés.

Quien esté grabando la película quiere dejar constancia de todos los detalles. Por eso ahora hace un recorrido del lateral del porche. Allí está montada una gran mesa, magníficamente decorada, con todo lujo de detalles. Incluidos unos centros de flores.

—Mamá parece que tu abuela estaba pendiente de todos los detalles. Mira las flores en la mesa. Y me encanta cómo van vestidas. Esa moda de los años treinta es preciosa. Muy femenina. Parece que llevaban una buena vida.

—Claro, hija. Una vida como lo que eran, hombres de negocios y terratenientes. Los emigrantes asturianos fueron muy importantes para la isla y todavía queda mucho rastro de ellos allí. Me emocionó bastante cuando, hace unos años, fui con tu padre. Piensa que, de alguna forma, nuestra familia ayudó a embellecer y engrandecer la isla.

—¡Es verdad! Estuviste con papá por vuestro aniversario de boda.

—Eso es. Hace cinco años. Me encantó. Pensar que, por esas calles decadentes, habían pasado mis antepasados…

—¿Fuiste a ver dónde vivían?

—Nuestra familia tenía su residencia en el Barrio de Miramar. Era lo más selecto de la ciudad. Hoy hay muchas embajadas en esa zona. Se dice que en parte copió del urbanismo de Manhattan, como el ancho de las calles, pero adaptándolo a las características de La Habana.

—¿Te dio pena?

—En cierto modo. Pero no puedo añorar algo que no conocí. Pero calla, anda, vamos a seguir viendo la película.

Intentan no perder detalle. Aparece su bisabuela, si tenemos en cuenta las fotografías que ha descubierto en el desván, que parece que indica a sus invitados que ya pueden ir la mesa haciendo gestos con el brazo.

Obedientemente, todo el mundo, poco a poco, va ocupando sus asientos y las animadas charlas continúan.

En un extremo del jardín hay otra mesa para los niños que, en todo momento, están acompañados por sus respectivas niñeras.

—Mira mamá, ahí está tu padre, sentado junto a la niña rubia de rizos.

—¡Es verdad! Parece enfadado, —dice riéndose—. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Mira, mira, a las explicaciones por parte de una de las cuidadoras dice que no.

—Yo creo que esa niña no le caía demasiado bien. Y prefería sentarse con los chicos.

—Puede ser. Ver a mi padre, así, de niño, me deja alucinada. Él siempre tan serio. Parecía que tenía que salvar al mundo. Y bueno, en cierto modo, lo hizo.

—¿De qué fecha será esto?

—Ni idea, la gente antes aparentaba más edad.

—¡Mira, mira! Tu padre le ha dado una patada al final disimuladamente por debajo de la mesa a la niña, y ella, enfadada, le ha tirado del pelo.

—¡Para la película y rebobina! Me lo he perdido.

—Atenta, mira la pierna del abuelo, ja, ja ,ja.

—Pero qué gracia. Es verdad, mira cómo se mueve el mantel. Es cuando la niñera se ha alejado, se ha vengado. Definitivamente, esa niña no le caía bien.

—Me lo estoy pasando de muerte, —comenta Rocío.

—Es verdad. Y digo yo, ¿no habrá más? Quizás deberíamos de mirar en el desván.

—Mamá, para no querer subir, ahora veo que te estás aficionando.

—Rocío, observa cómo mira esa criada a mi abuela. Es Julia. Yo diría que lo hace con rencor. Pero no lo entiendo, porque si no quería estar con ellos podría haber buscado otra casa o, incluso, haber regresado a España. Sin embargo, se mantuvo con ellos hasta su muerte. Es curioso.

—Mamá, sabes que en esta casa, aunque solo se me manifiesta a mí, hay un espíritu atormentado. Y es ella.

De nuevo la fotografía de la boda de su madre se cayó del mueble. Ambas mujeres se sobresaltan y se miran, con cierto temor.

—Hija, esto ya es raro. Y siempre es mi foto de boda.

—Ya te lo he dicho. Hay un espíritu atormentado. Y está enfadado. Pero no nos quiere hacer daño.

—Pues permíteme que lo dude, porque a este paso, me da un infarto.

—¿Quieres qué intente contactar?

—¿Acaso eres médium?

—No. Pero ella, a veces, me dice cosas. Vamos a la cocina.

—¿A la cocina? ¿Por qué ahí?

—Ni idea, es como si ahí se sintiera cómoda. Vamos a intentarlo.

No muy convencida, la madre se levanta del sofá y sigue a su hija a la cocina. Sin saber muy bien qué ocurrirá.

—Julia, nos has asustado. Estoy segura que has sido tú quién ha tirado la foto. Dime, ¿has sido tú?

El vapor en la pared aparece de nuevo. Su madre se ha quedado pálida. Sin embargo, Rocío está como si nada inusual estuviera sucediendo.

SÍ.

—¿Estás enfadada?

SÍ.

—¿Nos quieres hacer daño?

JAMÁS.

—Pero estás enfadada.

SÍ.

—¿Con quién?

FAMILIA.

SECRETO.

AYUDA.

Tras estas tres palabras, el vapor desaparece.

Rocío se gira para hablar con su madre, y la ve totalmente pálida, mirando hacia la pared, dónde tan solo unos segundos aparecían escritas las palabras.

—Mamá, ¿estás bien?

—¡Cómo voy a estar bien! Acabo de presenciar qué te comunicas con los muertos.

—Con los muertos, no. Solo con ella.

—Me da exactamente igual. Dice qué no nos quiere hacer daño. Rocío, tengo miedo.

—No lo tengas. Ahora debes ayudarme para desentrañar ese maldito secreto que tanto atormenta a esta pobre mujer. Creo que la familia se lo debemos.

—Está bien. Pero no tengo ni idea de cómo podemos hacerlo.

—Yo tampoco. Aunque creo que vamos en la dirección correcta. Hemos descubierto fotos, cartas, una película… Poco a poco, esto va tomando forma. ¿Te apetece terminar de ver la película? O también, como creo que por hoy ya está bien, se me ocurre que podemos dejarlo ya y acercarnos a la clínica a recoger a Alejandro e ir juntos a tomar algo por el pueblo. Podríamos ir a la sidrería *El Carteru*, muy

cerca de nuestra clínica y mira, en la calle de los marqueses de Argüelles precisamente.

—Mejor lo segundo. Necesito aire y alejarme un poco de esta casa.

—De acuerdo. Envío un mensaje a Alejandro para qué nos espere.

Ninguna le comenta nada de la experiencia qué han vivido en la cocina. Su madre todavía no ha recuperado el color.

Esperan en un bar cercano a que termine Alejandro, mientras van tomando un vino, sentadas en unos taburetes en la barra.

—Mamá, más que cenar, me apetece ir de un sitio a otro comiendo algo, así como más informal ¿Qué te parece?

—Mira Rocío, a mí lo que me *parece* es que la imagen de la cocina no se me borra. Estoy en bucle.

—A mí me ocurrió lo mismo la primera vez. Me acojoné. Pero ahora lo tengo asumido.

—¿Qué tienes asumido que convives con un espíritu en la casa? ¿Me lo estás diciendo en serio? Hija no te reconozco. Tú, tan terrenal, hablando de esas cosas como si fuera lo más normal del mundo.

—No lo es. Pero es lo que hay.

—Camarero, por favor, cuando pueda, ¿nos sirve dos vinos? Y un pincho de tortilla, qué tiene muy buena pinta.

—Ahora mismo las atiendo.

Acaba de servir el camarero y justo abre la puerta del establecimiento Alejandro. Se sienta junto a ellas.

—Suegra, estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

—Nada hijo, tengo dolor de cabeza.

—Entiendo. Veo que habéis empezado sin mí. Me apetece lo mismo que tomáis vosotras.

El camarero, que le ha escuchado, aparece con la misma botella de vino y le sirve una copa.

Alejandro mira a Rocío y con un pequeño gesto le deja claro que no se ha creído lo que ha dicho.

Ya algo más relajadas, y su madre con mejor color en el rostro. deciden ir al centro y alternar en otros bares para regresar a casa ya cenados.

Como siempre, ven un poco la tele y se van a sus habitaciones para descansar.

Rocío, en la cama, no se concentra en la lectura. Sabe qué lo ocurrido esta tarde, a su madre la ha superado.

¿Qué demonios quieres de nosotros Julia?

CAPÍTULO 21

Ribadesella, 1936.

Severino, el conductor que ha estado al servicio de la familia Santaolaya, los lleva hasta Santander. Han salido a primera hora de la mañana, ya que entienden que, a esas horas, las carreteras estarán más tranquilas.

El coche va cargado de baúles y de todo lo que la familia se puede llevar.

La despedida ha sido muy triste. Porque no saben cuándo podrán regresar y, lo más importante, ni siquiera saben si esas buenas personas continuarán vivas o en qué situación en el futuro inmediato. Está todo el personal de servicio en el recibidor para despedirse de ellos.

Por una vez en su vida, Begoña se ha permitido ser débil en público y ha llorado al ir abrazándose a todos y cada uno de ellos.

—Por favor, cuidaos. Lo que se avecina en España va a ser duro. Me encantaría poder llevaros con nosotros, pero ya sabemos que es imposible. La ventaja de vivir aquí, en Ribadesella. frente a las grandes ciudades, es que espero que, al menos lo básico, los alimentos, aquí no os van a faltar. Guardad el dinero a buen recaudo. Os vendrá bien.

El resto de la comitiva se mantiene en segundo plano. Han querido dar el protagonismo de la despedida a la señora de la casa.

En ese momento se dirige al grupito de tres doncellas del servicio que permanecen juntas. Les tiene un cariño especial. Son las más jóvenes y han aprendido a leer y escribir con ella.

—Me gustaría que, como habéis aprendido a leer, nos escribáis y nos mantengáis informados de cómo estáis. Así además, con esa pequeña obligación, practicaréis lo aprendido. Sí, Elvira, no hagas

gestos diciendo que no, me gustaría una carta tuya. Has conseguido tener una bonita letra y estoy muy orgullosa de ti.

—Claro señora, lo haré. Pienso esforzarme mucho para que no se me olvide lo aprendido.

—Muy bien, sigue practicando. Y vosotras igual. Os he dejado libros a las tres, bueno a todos si queréis, para que, si lo deseáis, os los podáis llevar a casa y leer. Severino tiene la llave de la casa. Os pido que, en la medida de lo posible, le ayudéis a mantenerla en buenas condiciones.

—Lo haremos, no se preocupen, —contestan a coro —. Les deseamos que tengan un buen viaje y no se les haga duro el largo recorrido.

—Muchas gracias a todos. Cuídense.

Terminada esta pequeña conversación, el matrimonio se despide definitivamente dando la mano a todos ellos.

Llegan a Santander por la noche, el viaje ha transcurrido sin incidentes. A la mañana siguiente zarpa el barco. Apenas salen del hotel, no quieren arriesgarse y encontrarse con alguna revuelta. Julia entretiene al pequeño Ramiro con lecturas y acertijos.

Las horas parecen que no avanzan y su estado de ansiedad, sin embargo, va en aumento a cada minuto que esperan encerrados.

—Ramiro, no se me va de la cabeza, tengo la sensación de dejar abandonado al personal de nuestro servicio aquí. Dios mío, ¿qué les ocurrirá? Ojalá sobrevivan. Esa angustia no me abandona.

—Lo entiendo. Yo estoy igual. Esto ya lo hemos hablado, pero ellos tienen aquí su vida, sus familias. No estarán solos. Begoña, aunque te duela, no podemos salvar el mundo.

—Pero algún granito de arena…

—Ya lo hemos hecho, tienen dinero para apuros, ropa, comida, … lo que hemos podido aportarles para evitar que pasen penurias. Más, no se me ocurre.

—Me siento mal, pensando que allí, en La Habana, viviremos sin privarnos de nada y esta gente puede que no tenga qué llevarse a la

boca.

—Es triste, sí. Pero también te digo qué la vida es así. Estate tranquila, mañana embarcamos. Espero que el mar esté tranquilo. Ya sabes que me mareo mucho.

—Yo también. Ramiro era muy pequeño cuando vino. Espero que aguante bien la travesía.

—Julia estará con él.

La familia y Julia cenaron temprano y regresaron a sus habitaciones, puesto que, a la mañana siguiente, tienen que estar a primera hora en el puerto para embarcar. Severino, el chófer, se mantiene junto a ellos hasta que sus baúles están ya cargados en el barco. Él se ha encargado de todas las gestiones.

El puerto es un ir y venir de gente, y todos parecen atareados. Muchos de ellos, como la familia Santaolaya, llevan mucho equipaje, lo que solo puede significar una cosa: huyen de España dada la situación actual.

Familias completas, abrazándose a los seres queridos que se quedan, con lágrimas en los ojos. Promesas de *en cuánto estemos instalados, os reunís allí con nosotros*.

Ellos viajan en primera clase. Por eso son los primeros en subir al barco. La tripulación les recibe a cada uno de ellos con una sonrisa.

Durante la travesía, tendrán a su disposición un mayordomo para atender cualquier demanda. Ambos camarotes son contiguos.

Julia, sin soltar la mano del pequeño Ramiro, va detrás del matrimonio.

—Julia, ahora vamos hacia los camarotes. Por favor, deshaga el equipaje, tanto el suyo como el de nuestro hijo. Luego nos vemos en el comedor.

—Cómo ordene.

Dos horas más tarde, el monstruo de acero comienza a maniobrar para abandonar el puerto. Pasajeros, asomados en la barandilla, despiden con la mano a los familiares que continúan en el muelle.

Begoña no deja de pensar si esas familias, en un futuro, volverán a reunirse.

Primero navegarán a través del mar cantábrico para desembocar en el atlántico norte. La ventaja de estar en primavera es que espera que el océano esté más tranquilo que si tuvieran que cruzarlo en pleno invierno. Esto produce una navegación con menos movimiento en el buque y beneficia a los pasajeros, que no lo acusarán tanto y sufrirán en menor medida el malestar habitual.

La vida de los ocupantes de primera y tercera clase no tiene nada en común. La diferencia es abismal. Son dos mundos que no se cruzan, conviven de forma paralela.

En la zona de primera clase, en las cubiertas superiores, los pasajeros tienen acceso directo al aire libre y la luz natural y, al tener sus camarotes en la sección central notan menos el balanceo del mar y el ruido o las vibraciones de los motores. El comedor ofrece manjares, servidos en mesas con mantelerías de hilo y copas del mejor cristal, y los pasillos que comunican las diferentes estancias son de madera noble. Sin embargo, los pasajeros de tercera clase malviven hacinados, en las cubiertas inferiores en los extremos del barco, la proa y la popa, incluso algunos por debajo de la línea de flotación, donde más ruido hay por el golpe de las olas contra el casco y la cercanía de las maquinas, conviviendo con los olores corporales por la falta de higiene y vómitos.

El matrimonio Santaolaya pasea por la cubierta de primera clase, se acomodan en las tumbonas a tomar el sol y departen con otros pasajeros qué, como ellos, disfrutan de estos días en alta mar. Incluso el pequeño Ramiro ha hecho amistad con otros niños de edad parecida.

Julia, siempre a distancia, permanece atenta a cualquier necesidad del niño.

Begoña y Ramiro conocerán durante la travesía a un matrimonio, también asturianos, con el que intiman bastante. Él, en ese momento, es uno de los mayores accionistas del ferrocarril que cruza de lado a lado la isla, por eso van a Cuba.

Julia comerá, junto a otras niñeras, en mesas diferentes a los señores. Mientras se ocupan de los hijos de estos.

Cada noche, Begoña elegirá un vestido de gala para acudir al comedor, luciendo sus maravillosas joyas. Él, siempre con frack.

Como es costumbre, los caballeros, después de cenar, se retiran a la sala de fumadores, mientras las damas charlan de cosas *insustanciales*.

Viendo estas estampas, nadie pensaría que su país de origen está a punto de entrar en una guerra civil.

Begoña sigue el hilo de las conversaciones, pero, en el fondo, la aburren. Sus inquietudes van más allá de cómo se viste en un país u otro y cuáles son las últimas tendencias en cuanto a peinados se refiere. Solo hay una mujer que hable su mismo idioma, con sus mimas inquietudes intelectuales, y no es otra que su querida amiga la marquesa de Argüelles.

Era feliz en España, construyendo su escuela, enseñando a leer a sus doncellas, se sentía *útil*, esa es la palabra. Sin embargo, las damas que la acompañan ahora cada noche, de lo único que se preocupan es de sus vestidos, donde es encargarlos y cuáles son las últimas tendencias en París y en Estados Unidos.

No deja de mirar hacia la sala de fumadores, esperando que Ramiro termine para así poder regresar a su camarote. Cuando le ve aparecer, casi da un salto del butacón.

—Querida, creo que es hora de ir a descansar.

—Cierto. Estoy un poco cansada. Buenas noches, señoras, mañana nos vemos en el comedor al mediodía.

Todas, casi a coro, contestan:

—Buenas noches.

Begoña se ha dado cuenta de que alguna de ellas mira de una forma un tanto descarada a su marido. Está acostumbrada. Ramiro, a pesar de los años, continúa siendo un hombre atractivo.

Hasta llegar a su camarote, van del brazo, pero en silencio. Ella camina cabizbaja. Ya en el interior, él le pregunta:

—Begoña, te noto rara. Deja de dar vueltas a la situación es España. Porque, por mucho que pienses, no podemos hacer nada. Y al final, vas a enfermar.

—Ramiro, me siento inútil. En España he ayudado a la gente. Querría hacer algo a nuestra llegada a Cuba. No sé, quizás, en nuestro *ingenio* podríamos instalar una especia de escuela para qué los niños, los hijos de nuestros trabajadores, aprendan al menos a leer y escribir.

—Esa cabecita tuya, nunca para. Sabes qué a pocas cosas puedo decirte que no. Y me parece bien.

—Ramiro, tarde o temprano, los obreros, viendo las condiciones en las que trabajan se levantarán. Y lo sabes. Estamos mirando hacia otro lado, porque no nos interesa, pero ese momento llegará. Creo que tenemos casi la obligación moral de dar opciones de futuro a esa gente. Herramientas. Y el conocimiento es una de ellas, la principal.

—Me has convencido. Cuando lleguemos a La Habana, hablamos con el capataz de la hacienda. Preparamos un viaje allí y organizamos lo de la escuela. Tendremos que contratar una maestra del pueblo.

—Mientras, yo puedo enseñar a esos niños. Recuerda que era institutriz. Tengo preparación.

—No, Begoña, no veo adecuado que la señora de la hacienda se ponga a dar clases a los niños. Prefiero esperar a contratar a una maestra.

—Ya lo discutiremos. Estoy cansada. Aunque, también, me apetece disfrutar de mi esposo. ¿Qué opinas? ¿Te parece una buena idea?

—¿Qué idea? ¿La de la escuela o la de disfrutar de mi cuerpo?— Dice, Mientras ríe de forma relajada.

Ella, insinuante, comienza a desnudarse frente a su marido. Sabe qué le excita.

—Ahora mismo, lo quiero todo de ti. Ha pasado demasiado tiempo sin que mantengamos ningún contacto carnal. Espero que hayas sido cauteloso en tus citas de la capital.

Sin ningún pudor, se sienta a horcajadas encima de su esposo y comienza a besar su cuello, mientras roza su pene erecto.

—Mi diosa. Me vuelves loco. Siempre serás tú. Y sí, he tenido mucho cuidado.

—Te deseo mucho. No repares en nada.

En el camarote de al lado, Julia está despierta porque se encuentra algo mareada por el movimiento del barco. El pequeño Ramiro, sin embargo, duerme plácidamente.

Por eso, ha podido escuchar los ruidos de sus patronos. Y una vez más, no ha sido invitada. Desde el segundo embarazo y el posterior aborto, Ramiro nunca más la tocó. Y Begoña, aunque mantiene la cordialidad, está distante.

Se excita de imaginárselos desnudos, tanto es así, que, sin darse cuenta, su mano comienza a bajar, hasta llegar a su sexo, mientras mira de reojo al niño para qué no se despierte. Con la mano libre, comienza a masajearse el pecho, pensando que no es ella, sino alguno de ellos.

Sus movimientos se aceleran tanto que llega pronto al éxtasis, casi tapándose la boca con la almohada.

Diez días más tarde, el barco hacia su entrada en la bahía de La Habana. Gran parte del pasaje está asomado a sus barandillas. Unos, por la curiosidad de ver por primera vez esa tierra con un clima y un color desconocidos, y otros, simplemente, regresaban a su hogar.

CAPÍTULO 22

Ribadesella, 1936.

Julio de 1936, la guerra civil ha comenzado.

Un grupo de altos militares han iniciado el alzamiento contra la República. Entre ellos, el general Franco, destinado en ese momento en las islas Canarias, quien utiliza el avión *Dragón Rapide* para llegar al protectorado de España en Marruecos, que se ha unido a la sublevación, evitando el bloqueo naval de la República, para, inmediatamente, desde allí, cruzar el estrecho de Gibraltar volando hasta Sevilla en otro avión. Con él, entre finales de julio y agosto de 1936, cruza el Ejército de África para reforzar el Ejército del Sur.

La República ha concentrado efectivos en el norte, tal vez descuidando en exceso el sur de la península… Y, la vida continúa en la casa de los Santaolaya, aún en ausencia de estos.

La mañana es soleada.

El personal que trabaja para el matrimonio y se encuentra en la casa se con los milicianos republicanos ya en el interior del palacete. No los han oído llegar y ahora no saben qué hacer. Sucios y con hambre, entran dando órdenes.

Algunas doncellas, hartas de la situación de su sumisión frente a los señores, los saludan y lo celebran. Otros simplemente, aunque sienten que la casa esté siendo asaltada, son cautos.

—¿Dónde están los criados? —vociferaba el que, sin duda, estaba al mando del pequeño batallón.

Severino, el hasta ahora chófer, se adelanta y acude desde la puerta de la cocina, en la que se encontraba cuando han irrumpido los milicianos en la casa.

—Buenos días, señor. Soy Severino. ¿Qué desea?

—¿Qué deseo? Soy teniente de las milicias y me llamo Carlos Flores. Para usted, teniente Flores. Y ahora mismo, todos, queremos darnos un baño en esta *casita* y comer algo. Estamos muertos de hambre.

—Entiendo. Puedo saber ¿cuántos son?

—Desgraciadamente, no muchos, hemos perdido compañeros por el camino. Así que los que todavía estamos entre los vivos, necesitamos asearnos y comer. Seguro que sois capaces de prepararnos algo caliente. No tienes pinta de pasar penalidades, viendo esa barriga. Y no me trates de usted, no eres mi criado. Aunque, durante nuestra estancia, estarás a nuestro servicio, más bien, al servicio de la República. Aparte de esto, te daré unas cuantas indicaciones. Enséñame la casa.

—Venga conmigo.

—De tú, por favor, Severino.

Ambos hombres recorren las diferentes estancias. Terminada la visita, el teniente le comenta:

—Severino, da instrucciones de que el salón y prácticamente toda la planta baja de la casa se va a convertir en hospital de campaña. Algunos de mis compañeros vienen heridos, y seguro que llegarán más. Como sabrás nuestro ejército está parapetado tras el río Sella, también en la parte que cruza la localidad. Ahí vamos a parar a las tropas franquistas, que pretenden avanzar hacia Santander y Bilbao. Da aviso al médico del pueblo.

—Bien, así lo haré.

—Otra cosa más. No he visto nada de valor a simple vista. Así que, o bien se lo llevaron todo los señores de la casa, o bien está a buen recaudo. Me veo en la obligación de hacer un registro exhaustivo para confiscar estos bienes por el bien de la República. Asegúrate de que nadie del servicio haga ninguna tontería.

—Teniente, hay lo que ve. No me consta que haya nada de valor. Los señores de esta casa regresaron a Cuba, donde residen habitualmente y se llevaron todo lo valioso. Le puedo decir que al

servicio nos regalaron la ropa que allí no necesitan por el clima de la isla. No hay más.

—No soy tonto y creo que me estás ocultando información. Eres un hombre leal, me gustas. Entiendo que la carbonera y la leñera están bien provistas, ¿no?

—Hemos talado algún árbol para mantener la cocina caliente, el resto de la casa no se caldea. Nosotros no vivimos aquí de forma permanente. Bueno, yo y mi esposa, sí. En la casa de los guardeses. Pero es un hogar humilde. El resto del servicio pernocta con sus familias en sus hogares.

—Pues vamos a bajar camas y colchones al salón, así que lo quiero caliente. Como digo, vamos a montar un hospital de campaña y voy a enviar mensaje a las tropas cercanas para que todos los heridos vengan aquí.

Las doncellas pasarán a trabajar como enfermeras. Algunas serán madres o tendrán hermanos y no dudo de que sabrán curar heridas. No creo que tengan reparos. Estas son, de momento, mis indicaciones. Por favor, ocúpate.

Cuando el resto de la tropa va accediendo a la casa, lo hace dejando un olor a suciedad y sangre. A algunos de ellos, heridos, les ayudan sus compañeros.

Las doncellas, hasta ahora temerosas de que los soldados pudieran violarlas, puesto que se escuchan este tipo de comentarios, van poco a poco saliendo de la cocina.

Se forman ante el teniente y van diciendo sus nombres.

Severino sigue de cerca esta operación. En cierto modo, considera que es el máximo responsable de esta gente.

—Bien. Sois trabajadores de esta casa, que, por cierto, no tengo ni idea de a quién pertenece. Ni me interesa. Salta a la vista que son gente pudiente. Severino será el enlace entre vosotras y yo. Cualquier detalle, él me informará.

Lo primero que deben hacer es preparar toallas y agua caliente para que mis hombres y yo podamos quitarnos esta suciedad.

Traigan las toallas aquí, al salón, será nuestro centro operativo. Luego laven las ropas.

Los suboficiales y yo ocuparemos las habitaciones de arriba. Pongan sábanas en las camas. Necesitaremos tres. En la zona de servicio, los camastros que haya tráiganlos al salón. Hay mucho trabajo por hacer.

Severino, dime dónde está el despacho del señor de esta casa. Tengo que enviar urgentemente nota a mis superiores, informando de nuestra posición.

Supongo que, en los armarios, habrá ropa que los señores dejaron aquí. Vea si algo nos puede valer. Y que el personal de cocina prepare algo caliente para que podamos comer.

Los soldados que no están heridos ayudarán con el traslado de los enseres al salón. Eso es todo.

—Teniente, como ha podido ver en nuestra visita, el despacho del señor Santaolaya está junto al salón.

—Bien, gracias. Supongo que tendrá un buen coñac, ¿o también se lo llevó a Cuba?

—No. Hay en las botellas.

—Me gusta. Pues mientras van adaptando esta casa a nuestras necesidades, me voy a trabajar. Cuando esté listo mi baño y tengan ropa limpia, dímelo, llevo demasiado tiempo sin asearme en condiciones, lavándome en ríos. Se me ha olvidado lo qué es un baño de agua caliente. Por favor, quiero la tina bien llena.

—Cómo ordene, teniente.

—Muchas gracias.

El teniente, sentado tras el escritorio de Ramiro, recorre la estancia, mientras se sirve una copa de coñac. No es un experto, pero tiene claro que no es el mejor, el bueno lo han debido de esconder.

Pero, ahora mismo, saborea el líquido como si fuera el mejor del mundo. Cierra los ojos y se relaja por unos segundos.

En la sala de al lado, es decir, el salón, escucha el ir y venir tanto del servicio como de la soldadesca, que están adaptando espacio para su nuevo uso.

Llegar hasta Ribadesella ha sido un triunfo para su batallón. Desde este punto estratégico van a intentar impedir el avance de las tropas nacionales

Para eso, debe de informar a sus superiores y recibir refuerzos. Con los medios que tiene, es imposible. Muchos de sus soldados están heridos y todos ellos muertos de hambre y cansados.

Si situación no es diferente de otras tropas. La guerra está haciendo mella y en todos cunde el desánimo y también la desesperación. Cada vez ven más difícil ganar la guerra.

Son hombres valientes, que lo han dejado todo atrás para luchar por sus ideales y por defender al gobierno elegido de forma democrática. Pero frente a la presión militar…

Algunos de ellos apenas saben leer y escribir. Él mismo no era militar. Es un convencido republicano, pero su profesión era otra. Es ingeniero de caminos Por eso, cuando se alistó, automáticamente le nombraron teniente, dada su formación y conocimientos. Él no había pasado por el ejército antes. Tuvo suerte en su sorteo de *quintos* de su año para decidir el *cupo* de jóvenes que debían incorporarse al servicio militar. *Al menos*, le dijeron, *sabes cómo utilizar explosivos para volar una carretera o cualquier infraestructura*.

Nació y creció en Madrid, y allí dejó a su familia para enrolarse en lo que él sentía como una obligación moral para con su país.

Su madre le despidió en el portal llorando, todos sus varones, tres, se estaban alistando, pero no todos en el mismo bando. Quedaba desamparada, con su padre, farmacéutico pero enfermo del corazón, y sus dos hermanas.

La relación con su familia, ahora mismo, es bastante complicada, puesto que tiene a sus dos hermanos alistados en el frente nacional. Una familia, dos mundos ideológicos. Uno de ellos, Emilio, le duele y mucho, porque siempre han estado juntos. Eran inseparables. Y ha sido así, hasta que España, como ellos, quedó dividida en dos.

Tras ese pequeño instante de debilidad, se dispone a enviar la nota a sus superiores.

Escucha cómo con unos nudillos llaman a su puerta.

—Adelante.

Es una doncella, bastante joven y atractiva, que apenas se atreve a levantar la mirada ante el intruso.

—Señor, ya tiene dispuesto el baño, rompa limpia y la cama ya está preparada también. Su habitación es la del torreón.

—Muchas gracias. Te llamas…

—Aurora, señor.

—Gracias Aurora, muy amable. Por favor, que lleven esta nota urgente.

—Ahora mismo.

La bañera está llena de agua tan caliente que hasta desprende vapor. Sus ropas sucias las deja en el suelo. Desnudo, poco a poco, primero un pie y luego el otro, va introduciéndose en el agua. Huele a rosas. Estirado dentro de la bañera, cierra los ojos y se concentra en sentir cómo su dolorido cuerpo va despojándose de la herrumbre acumulada en su piel.

Las toallas están sobre una silla, no muy lejos de la bañera. Limpio y con la toalla enrollada en su cintura, se mira en el espejo. Su barba es poblada, salvaje. En el armario del baño descubre una navaja de afeitar. Con jabón, cuidadosamente, se afeita toda la barba. Cuando termina, y observa su rostro que apenas recordaba, casi le parece el de un desconocido.

El traje le queda un poco amplio, pero le sirve. El señor de la casa debe ser más orondo que él. Aunque, por otro lado, mirando cómo sus costillas sobresalen de la piel, es consciente de que en realidad es él quien ha tenido la pérdida de peso.

Cree qué es un buen momento, también, de escribir a su madre. Así que, limpio y aseado, regresa al despacho y redacta la carta.

Querida madre,

Estoy vivo, qué no es poco, y bien de salud. Quede tranquila.

Ahora mismo, hemos llegado a Ribadesella en Asturias. Hemos ocupado una casa, para convertirla en nuestro cuartel y hospital. Algunos de mis soldados están heridos, no de gravedad, pero sí necesitan cuidados.

Sobre todo, lo que más necesitan es comer caliente y lavarse. Eso va a ser su mejor medicina.

¿Cómo están todos? ¿Se sabe algo de mis hermanos?

Espero que padre esté bien.

Su hijo que la quiere.

De nuevo avisa a Severino para que lleve la carta a la oficina postal.

CAPÍTULO 23

Ribadesella, 1937.

Llaman a la puerta del despacho de la casona, donde se encuentra el teniente, y aparece Aurora. Le trae una bandeja con un plato que huele de maravilla. Tanto que hasta saliva.

—Gracias, Aurora. ¿Qué trae?

—Lentejas recién hechas. Todo de nuestro huerto de la parte trasera.

—Otra vez el lujo de un plato casero. Me estoy malacostumbrando. Por favor, lleven la comida también a los soldados.

—Ya lo están haciendo, señor.

—No me llames así, me llamo Carlos, puedes llamarme por mi nombre o teniente Flores, no necesito más formalismos.

—Está bien. Teniente, ¿necesita algo más?

—Quizás haya aún alguna botella más de vino escondida por ahí…

—Lo desconozco. Lo siento.

—Pregunta a Severino. Es un viejo zorro. Seguro que sabe dónde están las botellas. Me apetece una copa de vino para acompañar este plato delicioso. Pero a los soldados no les des alcohol, pueden perder la cabeza y crear alguna trifulca. Mira, estoy pensando que los mandos podríamos tener como comedor este despacho. Así podríamos saborear alguna copita durante la comida, sin generar envidia a los soldados.

Aurora, la doncella, escucha atentamente todas y cada una de las indicaciones del atractivo teniente. Viéndolo afeitado y aseado, con sus atractivas y varoniles facciones, incluso sus bonitos ojos azules,

no puede evitar recordar su horrible aspecto cuando lo vio el día que llegaron y ocuparon la casa.

—Se lo comento a Severino. Él está al mando de la organización de la casa.

—Muy bien. Ya que le vas a ver, dile que venga.

Aurora, de forma sigilosa, cierra la puerta, dejando al teniente solo, sentado frente a la mesa del escritorio, con ese plato de lentejas que está gritando para ser devorado.

Severino aparece al instante.

—Me ha comentado Aurora que te apetecía un vino. Verá, voy a buscar. Algo tenemos todavía.

—Gracias.

Unos minutos después aparece con una botella de vino y una copa para servir.

—Esta es una de las botellas que he encontrado. Supongo que será bueno.

—Cualquier garrafón me sabrá a gloria. Traigan los platos para los mandos aquí y yo ahora les aviso.

—Los soldados también están ya tomando el plato de guiso caliente. Los nuevos heridos que han llegado, tengo que decir que incluso han llorado de la alegría. Viéndolos, recuerdo las mismas imágenes cuando ustedes llegaron a la casa y me hago a la idea de lo que han debido de pasar.

—Ni te lo imaginas. Por las noches tenemos pesadillas. Algunos compañeros se desquitan con los civiles. Roban lo que pueden o se aprovechan de las jóvenes a su paso. Pero esto en mi regimiento, ya lo has comprobado, está totalmente prohibido. Si eso ocurriera, conmigo saben que les va la vida en ello. Estamos librando una batalla por la libertad de este país. Eso no nos da derecho a robar o violar a nadie. Quiero dejarlo claro.

—Me alegra saberlo. Ya lo hemos apreciado en este tiempo, para tranquilidad de las doncellas que trabajan en esta casa. Porque al principio, sin duda estaban un poco asustadas. Cuando llegaron,

perdón, su aspecto con las barbas tan pobladas, sucios, algunos heridos, en fin, temieron lo peor. Y yo estoy mayor para enfrentarme a sus jóvenes soldados.

En ese momento, acceden al despacho los mandos de su regimiento e interrumpen su charla. Cuando ven el plato de lentejas y la botella de vino, casi se lanzan como lobos a su presa.

—No os emocionéis. Tomaremos solo una copa con la comida. No más alcohol. ¿Queda claro?

—Sí. Mi teniente.

—Pues venga. Que se quedan frías.

Para ellos es como estar en un oasis. Estos pocos meses han comido caliente y dormido en una cama. Pequeñas cosas que antes no se valoraban.

Aurora accede a la sala para retirar las bandejas y los platos. Como es habitual en ella, sin apenas levantar la cabeza.

—¿Puedo retirar las bandejas?

—Si. Muchas gracias. Felicite a la cocinera. ¿Es posible tomar un café?

—Café ya sabe que no. Achicoria. Lo siento.

—Sí. Nos sirve. La costumbre de decir café.

—Bien. Preparo la cafetera y las tazas y las traigo. ¿También quieren leche?

—Por favor.

La joven abandona la sala y los mandos se quedan a solas. Uno de ellos comenta: —Teniente, ahora que estamos solos, esa chica es muy guapa.

—Sargento, cuidado. Sabe que no tolero eso.

—Es un comentario, simplemente.

—Por si acaso. No quiero que se acerquen a ellas. He dado mi palabra a Severino. Mi tropa no comete ese tipo de actos. ¿Queda claro?

—Queda claro.

—Señor, en esta casa, seguro que hay cigarrillos e incluso puros. Si estos ricos han hecho fortuna en Cuba, tiene que haberlos.

—Puede… y la verdad, me fumaría un buen puro para celebrar esta comida tan buena. Cuando traiga Aurora los cafés, preguntamos. Aunque, conociéndola, responderá que mejor preguntemos a Severino. Y ya sabemos lo que nos dirá este.

Todos los mandos responden con una carcajada.

Y ocurre exactamente lo que pensaban.

Ella descarga toda responsabilidad en Severino.

El chófer, al ser también guardés del palacete, es el que permanece informado de todo. No quiere problemas con los actuales inquilinos y prefiere dárselos a que intenten saquear la casa, pero sabe que debe hacerlo poco a poco y racionarlos bien. No quiere que se acaben y cuando lo vuelvan a pedir piensen que no quiere dárselos y se los oculta.

—En mi casa guardo alguna caja que me dejó el señor Santaolaya para cuando él volviera. Ahora se los traigo.

—Gracias una vez más.

El sargento que ha hecho el comentario sobre Aurora, que ha molestado al teniente, decide preguntar: —Mi teniente, hemos tenido bajas, hay heridos. Nuestras fuerzas están mermadas. Por eso mi pregunta es, ¿hasta cuándo vamos a estar en Ribadesella?, ¿cuándo vamos a recibir indicaciones? No podemos quedarnos aquí siempre. Los nacionales avanzan.

—Sargento. El mando está perfectamente informando de nuestra ubicación y estoy a la espera de indicaciones. Y ojalá que también de refuerzos. Mientras tanto, para los heridos, dormir en una cama caliente y tener un buen plato de comida cada día es la mejor medicina. Confío en que algunos se recuperen. Las criadas de esta casa les están curando bien. Con vendas limpias, al menos evitamos infecciones. Esto es todo lo que puedo comentar ahora mismo.

—Está bien. Esta quietud me reconcome por dentro.

—Te entiendo. Pero hay que esperar. De momento, relajémonos.

Severino aparece con una caja de puros, que deposita en la mesa de centro que hay junto a la cristalera. Allí, además de esta pequeña mesa, hay cómodos butacones, desde donde se divisa todo el jardín.

Después, los mandos van al salón, ahora reconvertido en improvisada sala de hospital, a visitar a los heridos. Algunos ya están en pie.

El resto del día está encerrado en el despacho, analizando que estrategias pueden seguir a la espera de indicaciones de sus superiores.

CAPÍTULO 24

Ribadesella, primavera de 1937.

La noche es tranquila y hace una temperatura agradable, por eso, tras la cena, se anima a salir al jardín. Se sienta en un banco, cerca del pozo. Observa las estrellas, esas que les han guiado muchas noches, mientas se lía un cigarrillo.

Escucha abrirse la puerta de la casa, y ve salir a Aurora. Debe de ir a su casa.

—Buenas noches, Aurora.

Ella se sobresalta al escuchar su voz en la oscuridad.

—Perdón si la he asustado.

—No me ha asustado. Simplemente iba pensando en mis cosas.

—¿Tiene familia?

—¿A qué se refiere?

—Que si está casada y tiene hijos. La verdad, la veo todos los días, pero no sé nada de usted.

—No. Vivo con mis padres y hermanos. Bueno, ahora somos menos, porque dos de ellos se han alistado como milicianos.

—Eso está bien. Es muy tarde y la noche es muy cerrada. Si quiere, la acompaño. Me quedo más tranquilo.

—No se moleste.

—No es molestia. Venga. Y de paso, conozco un poco el pueblo, ya que apenas he salido de aquí.

—De acuerdo.

La pareja abandona el palacete y van recorriendo el paseo junto a la playa. La casa de Aurora está en la montaña, por un camino de tierra.

—Teniente, se queda aquí. Mi padre puede enfadarse si me ve llegar acompañada por un desconocido.

—¿Acaso le pega?

—Bueno. Cuando desobedezco. Siempre dice que soy terca como una mula.

—¿Por qué no se ha casado ya?

—Porque no tengo dote. Apenas tenemos dos vacas.

—Pero es una mujer muy bonita.

—No lo creo. Por eso trabajo, para ahorrar y tener una dote con la que poder irme de casa.

De forma inconsciente, el teniente pone su mano sobre la mejilla izquierda de Aurora. Ella no se retira. Por primera vez, le mira a los ojos.

—Aurora, es muy guapa. Se merece lo mejor.

—Gracias, teniente.

Y sin poder controlar sus instintos, ambos se besan. Al principio de una forma casta, pero los besos rápidamente van aumentando su intensidad.

Tanto es así que, al poco tiempo, la entrepierna del teniente deja clara su excitación.

—Perdón… yo, no debería de haberla besado.

Aurora, con sus manos rugosas de tanto trabajar, acaricia el rostro del teniente.

—Béseme otra vez, por favor, nunca me habían besado.

El teniente Flores se separa de ella, totalmente sorprendido.

—Pero, ¡qué dice! ¿Nadie?

—Usted es el primero. Por favor, béseme de nuevo.

Sin pensarlo más, sus bocas se juntaron de nuevo.

Él comienza a recorrer la espalda de la joven. Tiene unos pechos generosos que invitan a perderse en ellos.

—Aurora, debemos parar… porque si no…

—Porque si no… ¿qué?

El teniente pone la mano de ella sobre la entrepierna.

—Esto es lo que me produce.

—¿Eso es malo? ¿Le duele?

La inocencia de la joven le deja descolocado. O finge muy bien, o realmente no tiene ni idea de cómo funciona la relación entre dos personas.

—¿Puedo tocarla?, —pregunta la joven, sin quitar la vista del pantalón del teniente.

Él abre mucho los ojos ante su inesperada pregunta.

—Eso da mucho placer a los hombres, Aurora.

—Me apetece darle placer, teniente.

Automáticamente, acerca su mano al pantalón. No duda y, con seguridad, comienza a recorrer el abultado pantalón.

La respiración del teniente es cada vez más agitada. Ella le mira y mira hacia abajo, buscando la conexión.

—Aurora, no puedo más, por favor, para. Me estás volviendo loco. Esto no está bien. No estoy siendo consecuente con las órdenes que doy a mis soldados sobre no violentar a las mujeres.

—Pero no me violenta. Me gusta tocar tus partes. Y me gusta ver lo excitado que está gracias a mí.

Ella le guía hasta sus pechos.

—Noto una humedad entre mis piernas y quiero que me toque mis pechos.

—Por favor… yo…

—Hazlo.

Se apartan del camino. Él se quita la chaqueta y la deposita sobre la tierra húmeda para estar más cómodos.

Él, con delicadeza, introduce su mano debajo de la falda y comienza a subir por la zona interna de sus muslos. Ella arquea la

espalda. Ese gesto, a él le envalentona. Dos de sus dedos los introduce entre su ropa interior y comprueba lo húmeda que está.

Solo tiene un pensamiento en su cabeza.

Sentirla dentro.

—Teniente… esto no lo había sentido nunca. Ahora, ¿cuál es el siguiente paso?

—No creo que debamos ir al siguiente paso.

—¿Por qué? Acaso tiene miedo.

—No es eso. Es que, bueno, te puede doler y …

—Hazlo. Soy virgen, pero tan inocente no soy. Sé perfectamente lo que ocurre entre un hombre y una mujer. He visto a mis padres. Y bueno, mis compañeras, a veces, también comentan mientras estamos en las faenas. Me gustas teniente. Y quiero hacerlo contigo.

Carlos Flores duda sobre si aprovecharse de una joven a la que, en un breve espacio de tiempo, perderá de vista. O seguir su instinto más primario, que está aullando como un lobo por tenerla entre sus piernas.

Una dura lucha interna. Se debate entre ser un caballero o un hombre que tiene delante a una bella mujer.

—¿Ocurre algo?

—No nada. —Y finalmente, el instinto animal venció.

Esa noche, en el bosque de eucaliptus, cerca de la casa de Aurora, ella perdió su virginidad.

A partir de ese día, los amantes tendrán más encuentros. Cada vez más intensos. Ella aprende rápido y su cuerpo le vuelve loco.

Aurora se entrega sin reservas. Sabe que lo que hacen no es correcto. Pero en medio de una guerra, que está siendo demasiado dura para todos, es como si viviera en un mundo paralelo.

El resto de mandos están empezando a recelar. No se atreven a preguntar directamente a su teniente, pero están molestos. Porque la orden fue clara. Las mujeres de este pueblo son sagradas. No se tocan. Sin embargo, él se está encamando con una de ellas. Cierto

es que no ha sido forzada. Pero igualmente está disfrutando de un sexo que al resto les ha sido vetado. Sencillamente, no es justo.

Por eso, el sargento, que tiene suficiente confianza con él para plantearle esto, un día, a solas, se lo comenta.

—Mi teniente, quisiera exponerle un cierto malestar que hay entre el regimiento.

—¿Cuál es?

—Me cuesta un poco decírselo, pero creo que estoy en mi obligación. Bien, allá voy, sin paños calientes. Nos hemos dado cuenta de lo que se trae entre manos con Aurora. Sus miradas les delatan. Por favor, no me lo niegue, porque ni soy tonto ni me he quedado ciego. Y el resto tampoco.

Este momento, Carlos Flores se lo temía. Tarde o temprano, llegaría.

—Es cierto, no lo niego. Pero lo que hay entre nosotros, va más allá.

—¿Se ha enamorado, mi teniente?

—Esa definición es muy fuerte. Pero digamos que siento algo fuerte hacia ella.

—Usted mejor que nadie sabe que nuestro paso por aquí es temporal. ¿Qué piensa hacer?

—Ni lo he pensado. Pero es cierto, estamos pensando en volar el puente y huir hacia Gijón para evitar que caiga en manos de los nacionales. Seremos el refuerzo de nuestros compañeros allí.

—No me está contestando.

—Es todo lo que puedo decir ahora. Evidentemente, no la puedo arrastrar por las montañas acompañando a nuestros soldados. No es vida para una mujer. Me gustaría pensar que, cuando esto termine, si continúo con vida, podré regresar en su búsqueda y que me habrá esperado.

—¿Lo dice en serio?

—¿Tengo cara de mentir?

—La verdad es que no. Entiendo que no sabe de nuestros planes. Los confidentes del bando contrario podrían preguntarle, al saber qué trabaja en esta casa. Es una buena fuente de información. ¿Y si es espía? Y se está encamando con usted a la espera de que, de alguna forma, suelte algo qué le sirva al enemigo. ¿Lo ha pensado?

—Ni por un segundo. Es una mujer íntegra.

Aurora está escuchando tras la puerta toda la conversación de ambos militares.

Cierto qué se está enamorando del teniente. Pero él no sabe ni puede conocer toda la verdad. Su familia, más concretamente, su padre, es informante de los nacionales. A cambio, en su casa no hay penurias. Siempre hay un plato de comida. Pero no todo lo contado aquella noche en el bosque fue mentira. Ella está ahorrando para tener una dote y casarse. Y también es cierto que ese teniente ha traspasado los poros de su piel. Sencillamente, le entregó su virginidad para encelarlo y extraer información para su padre, pero con lo que ella no contaba, era con el amor.

Cada vez que está con él, no hay mentiras. Se entrega de verdad. Le gusta sentirlo dentro de ella. Ver su cuerpo atlético la excita.

Como cada noche, la acompaña hasta cerca de su casa, pero a cierta distancia. Siempre atento a cualquier ruido y con la pistola en la cadera.

Antes de despedirse, se abrazan y se besan.

Hoy, durante la siesta, ella se ha escapado de la cocina y ha ido al dormitorio para meterse entre sus sábanas.

Al llegar a casa, su padre la espera sentado frente al fuego. Está solo en el salón. Sabe qué van a tener una conversación. Su madre la escucha de fondo, mientras está charlando con su hermana en la cocina.

Su padre es conocedor de que mantiene relaciones con él. Y está de acuerdo. Ya pensarán cuando termine la guerra cómo gestionan su casamiento. Ahora toca sobrevivir.

Sabe qué cuando termine la guerra habrá vencedores y vencidos. Ella, personalmente, no está de parte de ninguno.

Su padre no hace más que repetir que ganarán los nacionales. Qué están en el bando correcto. Y que, cuando esto termine, les proporcionarán ventajas.

—Aurora, llegas tarde. ¿Te has entretenido en el bosque con el teniente?

—Ya lo sabe.

—Lo sé y también que esa relación no nos está aportando nada y me estoy empezando a poner nervioso. Y no me gustaría.

—Padre, espero que Dios me perdone, estoy cometiendo un pecado.

—Hija, en tiempos de guerra, no se tienen en cuenta. Hazme caso. Si te sientes mejor, ve a confesarte. Aunque no te lo recomiendo, los republicanos están quemando iglesias y santos. Niña tonta, ¿no te habrás enamorado? Solo una tonta como tú lo haría.

Ella, como sumisa que siempre es en presencia de su padre, agacha la cabeza.

—Aurora, no me has contestado.

—Padre, le entregué mi virtud, por la causa. Me siento mal. Le estoy mintiendo.

—Ese zorro astuto, todavía no te ha dado ninguna información jugosa. Esfuérzate un poco. Eres una inútil.

—Es militar. No se fía más que de sus mandos.

—Pues que se fíe de ti. Sabrás qué hacer. Ya tienes práctica.

—Descuide. Lo intentaré.

—Intentarlo no me sirve. Mira Aurora, cuando termine la guerra, tengo aspiraciones. Quizás pueda convertirme en alcalde de este pueblo. La gente me conoce y me aprecia. Pero para eso necesito el respaldo del poder. Digamos que necesito un empujón para que eso se haga realidad. Antes, yo tengo que facilitar lo que necesitan. Y eso es información. Lo tienes fácil. Acceso directo a ellos, que han

ocupado la casa dónde trabajas y, además, eres la amante del teniente. No me defraudes…

—Buenas noches, padre. Voy a la cocina a saludar a madre y a descansar.

—Claro. Ve.

Aurora saluda a su madre y su hermana. No dicen nada, porque han escuchado toda la conversación.

Saben de la responsabilidad que tiene sobre sus espaldas. Y consideran que los planes de futuro de su ambicioso padre, para ella, no es justo. La está utilizando de una forma sucia. Pero la madre no se atreve a enfrentarlo.

Fuera de esas cuatro paredes, da el aspecto de ser un hombre trabajador, buen vecino, amante de su familia. Siempre dispuesto a ayudar. Pero, en su hogar, se muestra como una persona totalmente diferente. En su presencia nadie osa levantar la cabeza, ni alzar la voz. Sencillamente, le temen.

—Hola. ¿Qué tal vuestro día? Seguro que mejor qué el mío.

—Hija, lo siento. No sé cómo ayudarte.

—No puedes. Ya está. Es mi destino. Y ante eso, no puedo luchar. Espero que Dios me perdone. Estoy intentando engañar a un hombre bueno, madre. Y eso me parte el corazón. Madre, dame, aparte de la leche, las hierbas que me preparas todas las noches para evitar un embarazo. No me gustaría, además de ser una espía, convertirme en la vergüenza del pueblo.

—Cielo, te has enamorado. Y no sabes como lo siento. Pero es verdad que tu padre lo ha tenido fácil al estar en la casa en la que trabajas. Ya podían haberse ido a otra. Así no estaríamos en esta situación. Id a la cama. Ahora os llevo la leche caliente.

Las hermanas comparten cuarto. Miriam es menor que Aurora y menos bella, pero es un tanto descarada.

—Hermana, no puedo aguantar más la curiosidad. Dime, ¿cómo es eso qué tienen entre las piernas? ¿Es verdad que aumenta su tamaño? Me lo dijo el otro día Carmen.

Aurora, ante el comentario de su hermana pequeña, se sonroja.

—Es verdad. Crece.

—Es magia… ya me gustaría a mí encamarme con ese teniente. Un día os vi desde la ventana y es muy guapo.

—Lo es y tiene unos ojos azules preciosos.

—¿Te gusta?

—No te entiendo.

—¿Te gusta lo que haces con él? ¿Es cierto que da placer? Mi amiga Cati me lo ha contado, porque se lo confesó su hermana que tiene relaciones con su novio.

—Miriam, calla ya, —contesta a su hermana, muerta de la risa—. Vas a despertar a nuestros padres.

—No pienso dormir hasta qué me contestes.

—Vale. Sí. Da placer.

—¿Es grande? Quiero decir, cuando crece…

—Pues no lo sé porque no he visto otra. Pero yo creo que sí.

Su madre aparece con los dos vasos de leche.

—¡Pero bueno! ¡Qué risas son estas! ¿Qué os ocurre?

—Me está contando cosas sobre el teniente. Es guapo.

—Eres una descarada. Eso eres. Tomad el vaso de leche y a dormir. Mañana hay que madrugar. Miriam recuerda que tenemos a la pinta preñada y debe de estar a punto de parir. Ese ternero vale mucho.

—Entendido.

Cuando se quedan a solas, la hermana pequeña continúa:

—Yo vi el día qué la montó el toro. Madreeee … vaya lo qué le metió. Yo hasta me sofoqué.

—Calla ya. Anda, a dormir, cómo ha dicho madre.

Ella, tumbada en la cama, mirando al techo, no deja de pensar en el teniente. De cómo la trata, no como a una sirvienta. Entre sus brazos, se siente como una dama. Sabe que llorará mucho cuando él

se marche del pueblo. Y, si de algo está segura, es que ha entregado su corazón a ese hombre y a ninguno más. Se quedará soltera. No quiere que ningún otro mancille la imagen de su teniente.

CAPÍTULO 25

Ribadesella, Septiembre de 1937.

Los nacionales han roto las líneas republicanas en la batalla del *Mazucu*, la noticia cae en la casa como un jarro de agua fría. La moral está por los suelos.

Unos días más tarde, el teniente, como cada mañana, desayuna en el despacho de la casa junto a sus mandos. Pero hoy no será como todos los días, por fin recibe el mensaje con las indicaciones que esperaba. Los mandos le urgen a que sus milicianos vuelen el puente de hierro que une ambos lados del río Sella para evitar el avance de las tropas nacionales hacia Gijón, el último reducto republicano del frente norte, una vez que Bilbao y Santander ya habían caído en el verano, atacadas desde el este.

En el mensaje le informan sobre dónde está la pólvora, para que vaya a recogerla y colocarla, escondida, hasta el día en que ejecuten la explosión. En ese momento, deben huir.

Los mandos pasan gran parte del día reunidos, buscando los puntos donde poner la pólvora. No deben de levantar sospechas, puesto que hay informantes del bando contrario en todos los pueblos. Hay que ser cautelosos.

Sabe que su estancia en Ribadesella se termina y no lo puede remediar, pero le apena separarse de Aurora. Esa mujer le ha llegado al corazón. Pero debe continuar su camino.

La pólvora y todo lo necesario le llegará en dos días. También las instrucciones de cómo operar con éxito o eso esperan.

Han sido mucho los días que, sin llamar la atención, han ido los soldados dando paseos por el pueblo. A los vecinos ya no les extraña cruzarse con ellos.

Eso es bueno para sus intenciones.

El regimiento, ya bastante recuperado de sus heridas, está inquieto. Necesitan acción. Y también saben que hay que hacer algo para evitar el avance de las tropas enemigas.

Han hecho incursiones también de noche, anotando mentalmente los puntos ciegos, donde nadie los pueda ver cuando estén poniendo la pólvora.

Cuando eso ocurra, ellos estarán en el otro extremo, listos para huir hacia Gijón.

Si no hay contratiempos, en dos días será el gran día.

Los mandos ya están informados.

Carlos está feliz al ver tan recuperado a su regimiento. Aunque le moleste, tiene que reconocer que debe agradecimiento por la hospitalidad de los Santaolaya, o más bien del personal al servicio de esa familia.

Es más, llevan botín.

Un día, deambulando por la casa, se dio cuenta de que Severino apareció de la nada en la puerta de acceso al sótano.

—Teniente, ¿necesitas algo?

—Estoy bien, gracias. Pero quiero ver qué hay al otro lado de esta puerta. Eso es todo.

—No hay gran cosa. Es un sótano. Suciedad y cosas viejas.

—Seguro. Pero quiero ver qué hay.

Severino, sabiendo que poco más puede hacer, le deja vía libre.

El teniente abre la puerta y enciende la bombilla. Hay una escalera bastante estrecha. Lo primero que le sorprende es que no tiene demasiado polvo, como si alguien hubiera pasado por allí.

Con cuidado, va descendiendo. El espacio al final de la escalera es una estancia cuadrada, sin ventilación. Huele a humedad.

Comienza a dar pequeños golpes en las paredes, buscando un sonido hueco que le indique que hay algo al otro lado, y también da fuertes pisotones en el suelo. No es la primera casa que esconde objetos de valor para no ser requisados.

Severino, mientras, observa toda la operación desde arriba.

Sabe qué, tarde o temprano, dará con el zulo dónde escondieron las vajillas y cuberterías de plata.

—Parece que esta parte de la pared suena diferente. ¿Lo ha escuchado, Severino?

—No teniente.

—Llame al sargento Gámez. Necesito su ayuda. Es urgente.

El sargento aparece unos minutos más tarde.

—Mi teniente, ¿qué hace ahí?

—Baja. Aquí hay algo. Y vamos a descubrirlo. Necesito tu ayuda.

Ambos hombres comienzan a dar golpes en la pared, más certeros.

—Estoy seguro que es aquí donde debemos picar la pared, mi teniente.

—Yo también lo creo. Pide unas palas.

Con las palas en las manos, comienzan a dar golpes en la pared de una forma frenética. Unas horas más tarde descubren la puerta.

—Bien. No estábamos confundidos. Estamos cansados. Ve a buscar relevos. Me da la impresión que vamos a encontrar objetos de valor que estaban muy bien guardados.

El candado se resiste. Un soldado bastante bruto propone disparar al cerrojo. Acuerdan que no es una buena idea, porque pueden romper algo de lo que hay escondido.

Una vez más, tras muchos esfuerzos, sudorosos, consiguen que el cerrojo venza. Cuando abren la puerta e iluminan lo que hay tras ella con una linterna, se quedan sorprendidos: hay muchas cajas, bien embaladas. Las van a abriendo de una en una y se sorprenden cada vez más.

—Sargento, traiga papel y lápiz. Hay que hacer inventario de lo que vamos a incautar en esta casa. Son objetos de sumo valor.

Con cada caja que extraen del zulo, de forma metódica, van tomando nota de todos los objetos. Casi es la hora de la cena, y no

han terminado.

—Sargento, debemos hacer guardia toda la noche, que vayan relevándose. No podemos permitir que, en un descuido nuestro, alguien se lleve cualquier objeto. Ahora mismo envío nota a los mandos para informar del cuantioso botín. Elija usted a los soldados para esta misión. Ha sido un buen trabajo en equipo, pero ahora ambos necesitamos una buena ducha antes de la cena, —le dice sonriendo.

—A sus órdenes.

El teniente no se mueve hasta ver su relevo.

—Soldado, no se quede dormido. En unas horas vendrá un compañero, para que usted pueda descansar. Es importante para nuestra causa. No lo olvide.

—Si. Mi teniente.

Agotado, asciende las escaleras. Se siente sucio y, sin pensarlo, va a su dormitorio para asearse y ponerse ropa limpia.

De camino, se cruza con Aurora. Hoy la nota más esquiva.

—Hola. No te he visto en todo el día. Es verdad que he estado ocupado. Voy a mi habitación. Estoy sucio y sudoroso.

—Ya me he enterado del hallazgo.

—¿Tú lo sabías?

—Trabajo en esta casa.

—Y me lo has ocultado. Eso me molesta.

—Bueno. Yo trabajo para los señores de Santaolaya. No se te olvide. Y tú tampoco me das explicaciones sobre qué operaciones tenéis pensado llevar en este pueblo.

—Touché.

—No sé qué significa esa palabra. ¿Es francés?

—Si. Y se utiliza cuando dos personas están empatadas, más o menos, para qué lo entiendas.

—Acaso, ¿sabes hablar francés?

—Digamos qué me defiendo.

—Claro. Eres un hombre culto. Te has fijado en mí por las circunstancias. De otra forma, yo sería invisible para ti. Antes de la guerra te debías de relacionar con mujeres más interesantes que yo. De gran ciudad. No cómo yo. Qué nunca he salido de aquí. Lo más lejos que he ido ha sido a Llanes y ya ves, queda cerca. Ni siquiera conozco Gijón u Oviedo. Mi vida ha sido siempre esta, el mar, las montañas, las vacas y los *praos*.

—Cada uno vive lo que le toca. Yo nací en Madrid y mi padre es farmacéutico. Digamos que somos una familia acomodada. Yo fui a la universidad, soy ingeniero de caminos. Todos mis hermanos son universitarios. Mis hermanas, una es maestra y otra trabaja como secretaria en un ministerio.

—Vaya… me siento insignificante al lado tuyo. Al menos, sé leer y escribir. La señora nos enseñó.

—¿Sabes sumar y restar?

—No. —Responde cabizbaja.

—Yo, si quieres, el tiempo que me quede de estar aquí, te enseñaré encantado.

Su cara se ilumina.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Muchas gracias, Carlos.

—Me gusta que me llames por mi nombre. Si tienes tiempo, podrías venir a mi habitación y me ayudas a lavarme.

Ella se sonroja.

—Creo que puedo escaparme. Déjame que termino un asunto y voy.

—Te espero.

Está convencida que el tiempo de los soldados en la casa se termina. Tiene que intentar averiguar sus planes, para darle algo a

su padre. Aunque, pensándolo bien, ¿será capaz de traicionar al hombre que ama?

No está muy convencida de ello.

Va a la cocina corriendo para terminar un mandado de Severino y luego ir a reunirse con el teniente Flores.

Entra en su habitación, sin llamar. Le escucha cantar en el baño. No pierde el tiempo y de camino hacia allí va desnudándose.

—Hola teniente. Ya estoy aquí.

—Bienvenida. Te estaba esperando. Ven aquí, mi hermosa Aurora. No sabes cuánto te deseo. Entra conmigo en la bañera. Seré yo quién te enjabone la espalda. Te quiero mimar.

—No estoy muy acostumbrada a ello.

—Pues ya toca. Ven.

Ella se coloca delante de él, espalda con espalda. Con una esponja, recorre su espalda. Relajada, decide reposar su cuerpo en el pecho de él, quedándose expuesta.

—Eres tan guapa…

—Carlos, dime la verdad, por favor, ¿hasta cuándo estaréis aquí?

En ese momento, él estaba masajeando sus pechos y se para. Duda sobre si ser sincero o no.

—Dentro de poco nos vamos. Va a ocurrir algo y tendremos que ser rápidos para que el bando contrario no nos aprese. Estamos en guerra. Y esto funciona así. Hemos estado en esta casa todo este tiempo porque necesitaba que se recuperara mi batallón. Pero ya están fuertes y debemos seguir luchando. Ha sido un pequeño respiro de aire fresco, en mitad del caos. Quiero que sepas una cosa. Nunca te olvidaré. Pero desgraciadamente, cuando esto termine, recuperaremos nuestras vidas. En mi caso, así lo espero, volveré a mi profesión, que me gusta mucho. Pero te llevaré en mi corazón.

—Sin embargo, mi vida, seguirá igual. Ganen unos u otros.

—No es del todo cierto. En la República tenemos sufragio universal, podemos votar, las mujeres también, por ejemplo. Si

ganan los militares e instauran una dictadura, muchas cosas, cambiarán. Recuerda nuestra conversación.

—¿Cuándo te vas?

—Si todo va bien, en tres días.

—¿De qué depende? Porque, si lo puedo evitar, lo haré. Me gusta tenerte cerca.

Él se ríe.

—Espero que no seas una espía.

Ella de forma instintiva, se pone rígida.

—¿Por qué lo dices? ¿Acaso sospechas?

—Para nada. De qué depende no te lo puedo decir. Me fío de ti. Pero las paredes oyen, como suele decirse. Debo ser cauteloso y no poner en un aprieto a mi gente.

—Lo comprendo, no te fías. Pues tenemos tres días, que debemos aprovechar al máximo y luego ya nos despediremos para siempre, mi teniente. Nunca te olvidaré.

—Yo a ti tampoco, mi querida Aurora. Te diría que cuándo termine la guerra vendré a buscarte. Pero no me gusta hacer promesas a la ligera qué no sé si podré cumplir. Porque, quién sabe, en cualquier momento me pueden matar. Esto es una guerra y todos los días hay caídos.

—No me digas eso, por favor. Pensar en ello me pone muy triste.

—Pero es la verdad. Ahí fuera, ahora mismo, están luchando. Todos los días hay muertos en ambos bandos.

—En tu familia, tus hermanos, ¿estáis en el mismo bando?

—No. Mis hermanos están en el bando de los nacionales. Me da pena. Más que nada por mi hermano Emilio, siempre hemos sido inseparables. Pero mira, ha llegado una guerra y lo ha conseguido.

—¿Por qué tú te alistaste en el bando republicano?

—Siempre he tenido más conciencia social que ellos. Me gusta defender a los más desfavorecidos, como la clase obrera. Y, además, creo en la democracia. Llámame idealista.

—Me gusta que seas así. Eres valiente.

—Gracias. Venga, que no he terminado de enjabonar tu espalda. Relájate.

CAPÍTULO 26

Sus mandos le han felicitado por todo lo incautado en nombre de la República. Todos son objetos valiosos que irán a las arcas de la causa.

El bando republicano está cada vez más mermado, a pesar del apoyo numeroso por parte de las Brigadas Internacionales, pero estas no dejan de ser, básicamente, obreros voluntarios y veteranos de la primera Guerra Mundial, de más de cincuenta nacionalidades, aunque principalmente franceses. No son unidades entrenadas y cohesionadas. El apoyo de las dos potencias europeas, Alemania e Italia, al bando liderado por Franco fue, sin embargo, mucho más profesional, dotándolo con armamento, soldados y asesoramiento.

Las fuerzas de ambos bandos combatientes no estaban, por tanto, igualadas.

Durante el desayuno hablan de esto.

—Mi teniente, como sabe nuestros hombres ya están recuperados. Y están comenzando a impacientarse. A través de la radio escuchan las noticias y no son buenas para nuestra causa. Alemania y Francia están dotando al bando nacional con grandes medios, tanques, armamento, soldados profesionales. Nosotros, sin embargo, lo que recibimos son voluntarios con buenas intenciones. Apenas un puñado de ex combatientes de la primera Guerra Mundial. El resto, hombres llenos de ideales que han dejado atrás sus países para luchar. Francamente, la balanza creo que no está equilibrada. Y temo que vamos a perder en esta lucha.

—Tienes razón. No son buenas noticias. Pero nosotros tenemos valor y nos mueven nuestros ideales.

—Con ideales no se gana una guerra. Se gana con soldados, tanques, balas.

—¿Y qué quiere que hagamos? ¿Rendirnos?

—Eso nunca.

—Pues por eso. Hasta que nos quede un mínimo aliento, debemos de seguir luchando. Todavía no han vencido. Así que no hay por qué derrumbarse. Y entiendo que estén aburridos, pero puede que no sea bueno escuchar a todas horas la radio.

—¿Cómo quiere que pasen el tiempo? No pretenderá que se pongan a ordeñar vacas.

—No, claro. Tiene razón. Bien, pues terminemos de desayunar y ahora voy a charlar con los soldados. Quizás lo que les diga les levante un poco el ánimo. Aunque el plan de volar el puente aún no debe de salir de aquí. Las personas que trabajan en esta casa realmente no sabemos de qué lado están. Y pueden pasar la información a nuestros enemigos.

—Entendido.

El teniente, fiel a su palabra, acude a la sala donde está la tropa.

—Buenos días a todos. Me han comentado mis compañeros que hay un cierto desánimo porque estamos en esta casa y no estamos luchando. Bien. esto se debe a que muchos de vosotros no llegasteis en buenas condiciones, estabais heridos y, sobre todo, con hambre. Y solucionar eso es imprescindible para darlo todo en el frente. Ahora, afortunadamente, ya estáis recuperados y me alegro mucho. No os puedo dar muchas explicaciones sobre los planes de futuro más inmediato. Pero sí comentaros que, en breve, nos iremos de aquí. Hay una guerra que ganar. Así que basta de descanso, ha llegado el momento de convertirnos en héroes de este país.

Durante su charla, los soldados escuchaban en sumo silencio al teniente. Al final, con los ánimos en lo más alto, todos comenzaron a corear una palabra: *Victoria*.

Sabe que infundir estos ánimos era necesario. Pero él dispone de primera mano de cierta información y sabe que la guerra, para su causa, se va complicando por momentos. Aunque todavía quedan ciudades importantes que no han caído frente a los sublevados.

Aurora está decaída porque sabe que la pareja se encuentra en una cuenta atrás. No le ha dado explicaciones, pero sí le confesó que, en dos días, se van.

La casa quedará vacía. Se había acostumbrado al ruido permanente de todos ellos. Preparar comida para tantos y los cuidados de los enfermos.

Cuando se marchen, su vida quedará como la casa, vacía.

Cabizbaja, sale con la colada limpia para tenderla.

Entre ellas, una de las camisas de su querido teniente. Se afana en su trabajo y en la lucha para que las lágrimas no caigan por su rostro.

Desconoce que él está igual. La observa fumando un cigarrillo desde el gran ventanal del despacho. A veces, realmente se plantea que, cuando termine la guerra, si continúa con vida, podrá venir a buscarla. No le ha mentido cuando se lo dijo. Pero, si es sincero consigo mismo, no tiene muy claro el futuro que le espera.

Abren su despacho. Él se gira. Es su sargento.

El sargento se da cuenta de hacia donde está mirando su superior.

—¿Me permite una pregunta de índole personal, mi teniente?

—Por supuesto.

—¿Qué tiene pensado hacer con ella?

—Nada. Porque ni yo mismo sé el futuro que me espera. Ella pertenece a estas montañas, a estas costas. Yo soy de cuidad. Creo que son unas combinaciones imposibles. Simplemente, me iré y ella se quedará.

—¿Se ha enamorado? Porque, ciertamente, es una mujer muy atractiva.

—Dijiste una pregunta y ya son dos.

—Es verdad. Me retiro. Acompañaré al destacamento casi hasta el punto de recogida, si le parece bien.

—De acuerdo. En cuanto regrese, me pone al día. Gracias sargento, es de gran ayuda.

—Un placer, mi teniente.

Cuando se queda a solas de nuevo, continúa expulsando humo de su cigarrillo. Y, por primera vez desde que la conoció, es sincero con sí mismo.

Está enamorado de Aurora.

Ella sabe qué algo importante están organizando, pero no tiene información, por más que le ha preguntado de una forma sutil. Esto le ha acarreado que su padre, que ve como sus ambiciosos planes se tambalean, le propinara la noche pasada una paliza. Hoy le duelen todas las costillas.

—Eres una inútil, —no dejaba de repetir, mientras la pateaba.

Una vez más, su madre es testigo silencioso. Ella gritaba, pero nadie la socorrió. Esta mañana ha podido ver en su cuerpo las consecuencias. Su madre aparece con aceite de romero para cuidarla. Apenas la mira a la cara, por vergüenza.

—Madre, déjelo. No necesito que me cure. Ya puedo sola. Anoche la necesité y se escondió. Supongo que prefiere que apalee a su hija que a usted. Váyase.

—Hija… yo...

—Por favor, váyase.

Cuando se queda sola, llora por la impotencia que siente. A veces, por la noche, en la cama, piensa si darle un golpe en la cabeza con el atizador de la chimenea. Todo terminaría. Pero luego lo medita, y se da cuenta que sin él no podrían salir adelante. Quizás lo mejor es pensar que cuando la guerra termine podrá marcharse de este pueblo para trabajar en la ciudad en alguna casa y dejar atrás este maldito pueblo.

Disimulando su dolor, como cada mañana, llega puntual a su trabajo.

No quiere que el teniente vea sus moratones y que, en un acto de impulsividad, se presente a pedir explicaciones a su padre y

terminen ambos hombres a puñetazos, uno de los dos terminaría mal parado. Aunque, por otro lado, ¿quién es ella? Una simple campesina, que trabaja como criada para unos españoles ricos afincados en Cuba. Nunca será nadie. Un teniente, no se tomaría ninguna molestia por un ser insignificante como es ella.

El teniente observa que hoy está alicaída. Por eso, espera a qué termine con la labor de poner a secar la ropa y sale a su encuentro.

—Buenos días, Aurora. ¿Qué te ocurre?

—Nada, mi teniente. ¿Qué debería de ocurrirme?

—Me he dado cuenta que te cuesta caminar.

—Cierto. Ayer me caí y me di en buen costalazo. Soy patosa. ¡Qué le voy a hacer!

—Será eso. Me gustaría pasar la tarde contigo. ¿Te apetece qué nos demos un paseo por el monte? Mañana nos vamos. Ya hemos recibido instrucciones. Incluso podemos pasar juntos la noche, hasta el alba, y luego madrugamos para ponernos en marcha.

—Me apetecen mucho los dos planes. Cuando termine, voy a mi casa, me aseo y regreso aquí para ese paseo.

—Muy bien, te dejo trabajar y nos vemos esta tarde.

El resto del día, apenas se cruzan en la casa.

El regimiento sigue el plan establecido. Para evitar sospechas, se dejará ver de alguna manera junto a Aurora, mientras sus soldados ponen la pólvora para volar el puente.

La tarde la pasan dando un bonito paseo por el monte y después amándose en la habitación del teniente.

Ambos saben qué no se volverán a ver.

—Carlos, me gustaría que nos carteáramos. Para saber de ti. Bueno, no somos novios, lo entiendo. Quizás no veas la necesidad de emplear tu tiempo en esto. No lo hemos hablado, ¿tienes novia?

—No tengo novia. Y no me importaría escribirte. Me gustará mucho.

—Esperaré con ilusión tus cartas. Ve con cuidado.

—Lo tendré. ¿Has pensado en qué hacer cuando la guerra termine?

—Pues podría permanecer aquí. Y si lo hago, he pensado en prepararme cómo maestra, o quizás ser maestra en otro pueblo. Me gustan mucho los niños. Y otra opción es irme a una gran ciudad y buscar trabajo. Y ¿tú?

—Te diría que retomar mi profesión en Madrid. Pero si perdemos la guerra, puede qué me tenga que exiliar. Si eso fuera así, dónde vaya, trabajaría cómo ingeniero.

—Debe ser bonita tu profesión.

—Mucho, construir carreteras, puentes… es emocionante.

—Vaya…

De madrugada, ella está durmiendo, mientras él, sigilosamente, abandona la cama para vestirse con el uniforme militar y reunirse con el resto de sus soldados en una parte del puente, para continuar camino hacia Gijón. Pero se despierta.

—¿Te vas ya? ¿Acaso tenías pensado irte sin decir ni siquiera adiós?

—Estabas muy dormida.

—Pues ya estoy despierta. Dame un segundo que bajo contigo y me despido del resto.

Ambos llegan juntos a la entrada. Todos ya están preparados para la partida. Pero… ¿Y ellos?

Aurora está conteniendo sus lágrimas. Él era un soplo de aire fresco y, cómo todo lo bueno en su vida, tarde o temprano, desaparece.

Para Carlos ella ha sido un oasis en medio del caos.

—Teniente, mucha suerte. Lo mismo os deseo al resto. Al principio eráis molestos, pero con el paso del tiempo, al menos yo, me acostumbré a vuestra presencia. Al ruido. Ahora esta casa tan grande quedará demasiado vacía. Cuidaos mucho.

—Gracias Aurora, —contesta el teniente, en nombre del resto, mientras van cargando en sus espaldas las pesadas mochilas—. Te quiero hacer un regalo, toma mi reloj. Así tendrás un recuerdo mío.

Ella lo pone entre sus manos y cierra los puños.

—Lo guardaré siempre.

Avanzan por las calles, desiertas a esas horas, agazapados, y van cruzando el puente en pequeños grupos, por si desde alguna ventana los vieran, qué pensaran desde la distancia qué son lugareños.

Veinte minutos más tarde, están todos al otro lado del puente. Es el momento de presionar el aparato que será el detonador de la explosión.

El cielo de Ribadesella y con él, los restos de los 302 metros de longitud del puente, se ilumina por el efecto de la pólvora, como si de fuegos artificiales se tratara.

Los vecinos, alarmados porque al principio pensaban que les estaban bombardeando, salen a la calle con la ropa de dormir.

Alguien detecta qué el puente ha desaparecido y comienza a gritarlo:

—¡Han volado el puente! ¡Nos hemos quedado incomunicados!

—¡Seguro qué han sido los republicanos que han estado por aquí!

—Hay qué avisar al alcalde.

Aurora ha visto cómo se iluminaba el pueblo. No necesita saber quiénes han sido los causantes. Una sonrisa se dibuja en su rostro.

Severino y su esposa, los únicos que duermen dentro de la finca, también han salido a la calle para ver qué ocurre.

No se sorprenden al ver a Aurora, tapada con un chal, y como esta pone en su pecho el reloj de bolsillo del teniente.

—Aurora, te preguntaría qué haces aquí a estas horas, pero me lo imagino. Espero niña qué ese teniente no te haya roto el corazón. Ya sabíamos que estaban aquí de paso.

—Severino, mi corazón no puede estar más roto. En todo caso, él lo puso en funcionamiento. Saldré adelante. Voy a preparar una cafetera.

—¿Tú sabías algo de esto?

—¿Cree de verdad qué hubiera compartido conmigo una estrategia de guerra?

—Perdón. Ha sido una pregunta absurda. Voy a acércame al pueblo para ver si consigo algo más de información. Prepara el café. Gracias.

El teniente y sus soldados, amparándose en la noche, huyen por las montañas. Han cumplido su objetivo y el puente quedó inutilizado. Con un mapa de la zona, si no hay imprevistos, en cuatro días estarán llegando a Gijón.

Dios mío, que lleguen bien y no le ocurra nada a mi teniente.

La joven, después de la marcha de los soldados, queda con un gran vacío en su corazón. Se movía casi de forma inconsciente. Volvió a ser la mujer callada que apenas levanta la cabeza del suelo.

Pasaba del día, llegaba la noche y volver a empezar.

Su padre, desde la última paliza apenas le habla. Ella lo agradece.

Tras la explosión, sus planes de convertirse en un futuro en alcalde de su pueblo se desvanecieron, puesto que la voladura afectó, y mucho, el avance de las tropas nacionales y se lo iban a echar en cara.

Apenas cuatro días después, el 28 de septiembre, la villa es ocupada por el bando nacional.

A partir de ese momento, la actividad en la casa se recupera.

CAPÍTULO 27

Cuba, 1940, La Habana.

La guerra ha terminado en España. Lo hizo el 1 de abril de 1939. Como en cualquier contienda, con vencedores y con vencidos.

Tres años en la historia negra de este país, dejando familias divididas por sus ideologías, dolor, muertos en ambos bandos, inocentes que perdieron la vida, viudas y, sobre todo, hambre.

El general Franco, a partir de 1939, gobernará España como una dictadura hasta su fallecimiento en 1975. El *caudillo* morirá en la cama.

La nobleza y la iglesia celebran esta victoria.

En el bando de los perdedores, muchos ahora están presos y muchos otros inician un exilio hacia países que los quieran acoger.

Alemania e Italia celebran también que el bando nacional venciera en la guerra.

La situación en Europa, como decirlo, es la calma antes de la tempestad. La corriente fascista cobra fuerza y eso, a potencias como Francia e Inglaterra, no les gusta.

Tras la Guerra Civil, hubo un antes y un después en España, pero en estos momentos la prioridad es buscar a sus seres queridos, aunque solo sea, si es el caso, para darles sepultura en sus lugares de origen.

En La Habana, el matrimonio Santaolaya conoce la ocupación de su casa de Asturias durante la contienda por parte de los republicanos, que habían convertido su salón en un hospital improvisado, y también que finalmente encontraron el zulo, donde, antes de su marcha, habían escondido los objetos valiosos que dejaban. Todo ello a través de la correspondencia con Severino.

También ha permanecido en contacto con su querida amiga la marquesa de Argüelles, que está feliz con el resultado de la guerra y con quien, a partir de ahora, estará al frente del país. Considera, como todo su entorno, que el nuevo gobernante cuidará a las clases pudientes.

Lo deja claro en la siguiente carta que envió a su amiga Begoña.

Querida amiga:

Por fin ha terminado esta desgraciada guerra que ha dejado tantos muertos en ambos bandos.

Madrid resistió hasta el final: Fíjate, de hecho, que desde que se toma Madrid y hasta que se declara el fin de la guerra, el 1 de abril de 1939, apenas pasan tres días. Ya sabes del grito de "No pasarán" de la Pasionaria, que utilizaba todo el bando republicano. Aquí ahora todo pasa por carteles y la canción de Celia Gámez ¡Ya hemos pasao! para ridiculizarlo.

Ahora mismo estoy volcada en las necesidades de las familias que lo han perdido todo. Junto con la Cruz Roja, estamos creando comedores sociales para que la gente pueda tener algo caliente que llevarse al cuerpo. También estoy recogiendo ropa y calzado que estarán a su disposición junto al comedor.

No sabes el trabajo que hay aquí.

Pasear por Madrid es deprimente. Hay barrios que han desaparecido. Ahora tenemos un país por reconstruir. Y dolor, mucho dolor. Hermanos caídos en ambos bandos, con una madre a la que lo único que le importa ahora es saber dónde están sus hijos, independientemente del bando que eligieran, si están heridos o para darles sepultura.

Viudas que han perdido al cabeza de familia y no tienen sustento y sí muchas bocas que alimentar.

Te parecerá desolador, pero lo es mucho más estar aquí, te lo aseguro.

También estoy organizando una cena benéfica para todos estos desamparados. Pero no para cualquiera: sólo se permitirá

ayudar a familias cuyos familiares hayan luchado en el bando vencedor.

Yo, como mujer y madre, pienso en esos niños descalzos, hambrientos. ¿Qué culpa tienen ellos del bando que eligiera su padre, su tío, su hermano?

¡Son niños!

Nuestra religión dice que debemos de ser indulgentes con el prójimo: dad y recibiréis. Mi querida amiga, me gustaría saber dónde demonios está ahora esto.

España es un sálvese quien pueda.

Hay un párroco de ideas progresistas que estoy convencida de que me ayudará a distribuir ropa y alimentos a los más desfavorecidos, aunque fueran del bando republicano. En alguna conversación que he mantenido con él, he comprobado que es de ideas avanzadas. Seguro que pone al prójimo por encima de los idearios del país.

La buena noticia, por decir algo, es que el Caudillo, el general Franco, a toda la nobleza nos quiere tener contentos. Se rumorea que repartirá cargos políticos y que las propiedades de los republicanos serán expropiadas y donadas a aquellos que apoyaron la sublevación.

Me encantaría que estuvieras aquí. Necesitamos manos que ayuden.

Mi hijo está exultante, ha sido llamado por la mano derecha del general y le han planteado algún ministerio o secretaría de estado, pero él no está por la labor.

Te iré contando.

¿Cuándo venís?

Tu amiga que te quiere.

Begoña lee atentamente cada línea de su amiga. Ahora mismo está inmersa en la construcción de una pequeña aula dentro de la plantación, cerca de las viviendas de los jornaleros.

En un viaje anterior, se acercó a sus barracones, para darles en persona la buena noticia. Curiosamente, se hizo el silencio. Y muchos de ellos negaban con la cabeza. Eso la sorprendió.

Pero no se rindió. ¿Qué hizo? Cada mañana caminaba hasta allí y hablaba con algunos de ellos, hasta completar todos los adultos que ya tenían familia, explicándoles pacientemente las virtudes sobre formación de sus hijos; darles la opción de un futuro mejor.

La respuesta o, más bien, disculpa, se repetía.

Un jornalero, no necesita tener pájaros en la cabeza. Eso les daría alas.

Begoña, como mujer terca que es, no se daba por vencida. Hasta que se dio cuenta de quién era el jefecillo de los barracones. Entendió que necesitaba de su aprobación para que su proyecto personal saliera adelante. Un aliado.

Se llamaba Omagua, no sabría calcular la edad, pero ya tenía alguna cana en su oscura cabellera. Sorprendentemente, era un hombre educado, no se expresaba como el resto. Como si hubiera recibido una buena formación.

Un día se lo preguntó.

—Omagua, tu forma de hablar y expresarte, no es como la de los demás. Supongo que, también por eso, te tienen tanto respeto. Yo también. Tu opinión para ellos es importante. Necesito tu ayuda, para qué entiendan que lo que les estoy ofreciendo es bueno.

Sus ojos oscuros observaron a Begoña. Pero no se sintió intimidada. Ambos estaban sentados en un banco en el barracón donde vivía él.

—Señora, yo no nací aquí. Soy de Haití. Nací en Puerto Príncipe y como puede ver soy mulato. Allí, eso supone una gran diferencia: mi padre era un alto funcionario del gobierno, siempre trabajó en cargos públicos, y yo tuve acceso a una buena educación, también universitaria. Pero una noche me vi involucrado en una pelea en un bar, sin tener culpa. Evité, con un grupo de amigos, que unos fanfarrones se sobrepasaran con una mujer, pero, por desgracia, se

trataba de unos soldados americanos, que iban bastante borrachos; uno de ellos resultó herido de gravedad. Estábamos al principio de la ocupación estadounidense del país y… bueno, llegó la policía militar, me detuvieron, me apalearon y, sin ningún tipo de juicio, me subieron a un barco y me dijeron que no volviera o sería peor. El resto, se lo puede imaginar. Ya han pasado unos cuantos años, la ocupación terminó y, tal vez podría volver a mi país; imagino que todo se habrá olvidado, pero, a estas alturas, allí no me queda nada: mis padres murieron y no tengo hermanos Ahora, esta es mi vida.

Begoña se queda sorprendida.

—Y en tu país de origen, ¿a qué te dedicabas?, si me lo quiere decir, por supuesto. No te sientas en la obligación. No quiero incomodarte.

Se queda pensativo, dudando sobre si contestar o no a su pregunta.

—Era médico. Por eso aquí me respetan. Por mis estudios y porque acuden a mí cada vez que están enfermos.

¡Qué vida tan injusta!

—Lo siento mucho. Pero entonces, deberías de apoyar mi proyecto. Qué la gente tenga conocimientos es bueno.

—A mí me sirvió de poco.

—No es cierto. Tuviste mala suerte. Fue una desgracia y todo por ser una buena persona y un caballero. Me gustaría ayudarte. Tengo qué pensar cómo. Pero, ahora, te pido qué me ayudes a mí. Quizás tú podrías ser el maestro, en lugar de alguien externo. A tus compañeros, eso les daría confianza, tanto a niños como a adultos. Yo, mientras esté aquí, puedo también ayudarte con las clases, las podríamos impartir los dos y así el inicio será menos duro. Además, recibirías un sueldo. ¿Qué opinas?

—¿De verdad quiere seguir adelante con su idea e intentarlo?

Ve en el rostro de Omagua que ya se lo ha ganado, sus ojos se iluminan. La propuesta de que sea él el maestro era el empujón que necesitaba; sin duda le atrae especialmente

—Totalmente en serio. Ahora se lo tengo que exponer al capataz. Tendríamos que ver en qué horarios podrían ser las clases, para que no trastoquen el funcionamiento diario de la hacienda.

—Acepto. Por supuesto que acepto.

—Me haces muy feliz. Esta tarde regreso y los dos damos la buena noticia a tus compañeros. De verdad, muchas gracias.

—Gracias a usted, señora.

—Para ti, simplemente Begoña.

—No veo correcto llamarla por su nombre. Aquí eso, según quien lo oiga, genera problemas.

—Yo sí, lo veo correcto. A partir de ahora me puedes llamar por mi nombre de pila.

Sin poder borrar su sonrisa por el gran triunfo obtenido, regresa a la casa principal de la hacienda. Ahora toca pelearse con el capataz qué, desde el primer momento, no ha estado de acuerdo con su proyecto. Sin embargo, sabe que Ramiro no se opondrá.

Tiene suerte y, al acceder a la casa, escucha la voz del capataz y de Ramiro en el despacho. Sin dudarlo, llama a la puerta y entra. Es el momento.

—Buenas tardes.

Los caballeros contestan con la misma frase.

—Me alegra que estéis aquí los dos. Porque traigo novedades sobre la construcción de la escuela.

El capataz pone cara de fastidio, sin ningún tipo de disimulo.

Cuando acaba su planteamiento, como esperaba, el capataz no pudo reprimir su enfado. Y tampoco pudo reprimir su sorpresa cuando supo de la formación de Omagua.

—No quiero ser impertinente, señora…

—Señor Fuentes, —le interrumpe sin dejarlo añadir nada más—, le aseguro que no afectará al funcionamiento de la hacienda, porque los niños irían a primera hora de la mañana y los adultos, al finalizar su jornada. Durante la jornada, Omagua trabajará como el resto. Por

cierto, por encargarse de la escuela, recibirá un salario aparte del jornal que ya recibe trabajando en el campo. Le pido, por favor, que comience sin más demora con la construcción. El aula estará junto a sus barracones. Voy a encargar, mientras tanto, todo el material escolar necesario para poder empezar: cuadernos, libros y lápices.

—Creo qué, sinceramente, mi opinión aquí no sirve de mucho.

—La verdad, en esto, no. Usted se encarga del funcionamiento diario de la hacienda y lo valoramos, ya lo sabe. Yo me encargaré de la educación del personal que trabaja aquí. Son dos cosas diferentes.

—Espero que no se revolucionen. Sería un problema. La gran mayoría, nace y muere en el mismo lugar.

—Les tenemos que dar herramientas para poder salir adelante en otros escenarios. Si deciden permanecer en la plantación o si deciden irse y montar, no sé, un pequeño negocio, o trabajar en otro sitio, debe ser su elección. No puedo predecir el futuro, nadie puede, usted tampoco. Así que, sigo adelante con mi plan. Es inamovible. Me gusta pensar qué nuestros trabajadores llevan una vida digna.

El capataz abandona el despacho, conteniéndose a duras penas para no dar un portazo, dejando clara su indignación.

Ramiro se ha mantenido en un segundo plano, a pesar de las miradas suplicantes, esperando su ayuda en distintos momentos, tanto de Begoña como de su capataz.

—Cariño, siempre consigues lo que quieres. Una vez más, me has sorprendido. Y no te has achantado ante el capataz. Es un hombre eficiente, pero rudo.

—Ramiro, estoy contenta con esto, pero podrías haberme apoyado algo más explícitamente... en fin, Omagua con su historia me ha dejado rota por dentro. Se merece un futuro mejor.

—Cuando se te mete algo en la cabecita…

—Me conoces bien. No quiero regresar a La Habana hasta ver terminada la escuela. No me fío del capataz y de lo que pueda decidir en nuestra ausencia. Es más, al principio, vendré regularmente; quiero asegurarme de que todo avanza sin

contratiempos y todo el mundo tiene las cosas claras. Se que deberíamos viajar a España para ver cómo está todo allí, nuestra casa y los empleados, pero lo haremos cuando vea que todo funciona perfectamente,

Y efectivamente, Ramiro regresará a La Habana para atender sus negocios, pero ella no se moverá de allí hasta comprobar que el proyecto va tomando forma.

Pasa mucho tiempo con Omagua, es un hombre culto. Y les gusta hablar sobre libros. También preparan cómo dar las clases, junto con la selección del material que ya han recibido.

El capataz, sigue sin hablarle, pero está cumpliendo con el mandado.

Una noche, tras regresar Ramiro de La Habana, cenan en casa de los vecinos. Durante la velada, les plantea emocionada su plan de crear una escuela y como está avanzando. El matrimonio anfitrión cruza sus miradas sin saber muy bien qué decir, hasta que finalmente s la mujer se decide a contestar:

—No sé qué decirte, Begoña. Nos habían llegado rumores de lo que estabais haciendo y, sinceramente, no veo adecuado este proyecto. Su papel en la vida es trabajar en los campos y no deberíamos crearles aspiraciones ficticias. Me parece perjudicial para ellos crearles expectativas.

Begoña está tan enfadada que, antes de contestar, necesita aclararse la garganta con un trago de agua.

—Celeste, qué sean jornaleros, no significa qué no se merezcan un trato digno. Y darles una mínima educación, equivale, bajo mi punto de vista, a un trato digno. Sabías, como curiosidad, que el que será su profesor tiene más formación que ninguno de los que estamos sentados en esta mesa. Es médico. Le detuvieron por una reyerta en un bar por intentar defender a una mujer y ese es su gran pecado en la vida. Sinceramente ¿se lo merece? Yo creo que no. Nosotros salimos de nuestro país buscando una vida mejor y hacer fortuna. Lo hemos conseguido, gracias a ellos en gran medida, así que, creo que es lo menos que podemos hacer. Entiendo, ante tu

respuesta, que no accederás a que vuestros jornaleros puedan acudir a la escuela, así que ni os lo plantearé.

Desde ese momento, la cena decae y el ambiente se hace bastante tenso, así que, al poco rato, Begoña se excusa:

—Ramiro, me siento cansada. Me gustaría ir a casa. Mañana tengo muchas cosas qué hacer. Supongo qué nos disculpáis.

—Por supuesto.

Durante el camino, Ramiro, mientras conduce, no deja de mirar de reojo a su esposa. Sabe que está enfadada. Para ella es algo muy personal. Pero él sabía que se iba a encontrar con este tipo de comentarios por parte de otros hacendados. Los terratenientes no quieren qué haya cambios en el orden establecido.

Cuando están en su dormitorio, explota.

—Ramiro, no quiero volver a cenar con ellos, al menos en una buena temporada. He estado sin venir por aquí durante años y ahora, aunque esté, pienso mantenerme al margen. Es una idiota. Una mujer sin tema de conversación, con la cabeza hueca. Solo sabe hacer alarde del dinero que tiene. No la soporto.

—Tranquilízate. Si me permites un comentario, te diré qué estás un poco obsesionada con este asunto. Y no todo el mundo lo ve tan positivo como tú. Eres una mujer pasional en todo lo que haces. Y no siempre te entienden. Tienes que aceptar que haya personas con otras ideas y opiniones. Solo conozco a una mujer parecida a ti, la marquesa; imagino que por eso os lleváis tan bien.

—Puede que tengas razón.

CAPÍTULO 28

Cuatro meses más tarde, la escuela está en marcha.

Al principio, por las mañanas apenas iban cuatro niños. Lo mismo ocurría con los adultos.

Pero ni Begoña ni Omagua se desanimaban.

Le observaba impartir las clases y se daba cuenta de que realmente disfrutaba, las hacía amenas y los niños, poco a poco, con los comentarios de los que ya iban, fueron animándose a venir.

Por eso consideró que era el momento de regresar a casa. Envió nota a La Habana para que fuera un coche a recogerla.

La despedida con Omagua fue muy tierna.

—Begoña, me has salvado la vida dándome la responsabilidad de la escuela. Los niños están más contentos. Me gusta cuando vienen por las tardes junto con sus padres a preguntarme dudas.

—No, Omagua, gracias a ti. Te mereces una vida mejor que estar trabajando en estos campos. Cualquier cosa que necesites, envíame una carta a La Habana, ellos ya saben qué hacer. Os dejaré de todos modos bien provistos de todo, porque ahora nos vamos a España y mi respuesta puede tardar más en llegar. Acaba de terminar una guerra y necesitamos saber de primera mano cómo está nuestra casa y nuestros amigos. Y, quizás, pueda hablar con el hospital Quinta Covadonga para ver si hay opciones de que puedan contratarte como médico. No deseo generarte falsas expectativas, pero quiero ayudarte y has sido una gran lección de vida.

—No te preocupes. Begoña. Estaremos bien. Y en cuanto a lo de poder volver a ejercer mi profesión, como te comenté, de eso hace mucho tiempo y ahora no me sentiría seguro. Y, de todas formas, en ese aspecto también aquí puedo ayudar.

Un niño descalzo viene corriendo hacia ella. Le conoce, es un diablillo en las clases.

—¿Dónde vas con tanta prisa, jovenzuelo? Recuerda que mañana tienes que llevar las cuartillas hechas.

—Ya las he terminado.

—Espero que con buena letra.

—Me he esforzado mucho.

—Eso está bien.

El chiquillo continuó su camino para recoger a otros amigos e ir a jugar con un balón que habían hecho con trapos.

Dos días más tarde, Ramiro llegaba a la hacienda para recogerla y regresar.

Siguiente viaje, España.

◆◆◆

Como no están muy seguros sobre lo que van a encontrar allí, el matrimonio ha decidido viajar solo. Y, además, el pequeño Ramiro ya está recibiendo formación en casa. Normalmente es la propia Begoña quien le enseña, pero en su ausencia va a ir una institutriz de una de sus amistades.

De nuevo cruzar el Atlántico.

Como siempre, durante la travesía, el matrimonio comparte mesa con auténticos desconocidos con quienes, a base de coincidir tanto al mediodía como por la noche, terminarán estableciendo una cierta relación.

Severino les espera en el puerto de Gijón.

Apenas ha pasado un año desde que acabó la guerra. Todavía se nota en los edificios el efecto de los bombardeos. Hay un país por reconstruir y, por lo que comentan, las arcas del Estado están vacías.

Desde la ventanilla de su vehículo, a Begoña le llama la atención, no puede pasarle desapercibido, que muchas mujeres van de riguroso luto. Por sus maridos, sus hijos, sus hermanos…

El panorama que encuentra la agobia un poco. Necesita abandonar la ciudad y ver los verdes prados para respirar.

Es más duro de lo que pensaba.

—Severino, nos hemos carteado, pero necesitamos saber la verdad: ¿han pasado necesidades?

—No señora. Gracias al huerto, siempre hemos tenido un plato de comida. Además, hemos podido intercambiar cosas con los vecinos, por ejemplo, tomates por un litro de leche. Ha habido mucha economía de trueque. Afortunadamente, ya terminó. Ahora tenemos que recuperarnos. Aunque una cosa es lo económico, pero lo moral… no sé yo. Hay mucho dolor entre las familias. Piense que muchos hermanos han luchado en bandos contrarios. Y lo mismo ocurre entre vecinos. Eso no se supera fácilmente. Las heridas seguirán abiertas mucho tiempo.

—Es verdad. Y, como dices, pasará mucho tiempo hasta que esas heridas cicatricen.

—Eso pienso yo.

—Tengo ganas de ver la casa, —comenta, cambiando de tema por algo más ligero.

—No está como la recuerda. Necesita arreglos. Pero hemos sido afortunados y en el pueblo no sufrimos bombardeos como en las ciudades. Entre comillas, hemos sufrido menos.

—Bueno, para eso, hemos venido, —contesta Ramiro—. Para ayudar al pueblo y que nuestra casa vuelva a ser la que era.

—La escuela, ¿ha seguido funcionando?

—Si, sí. Nuestra Aurora, la doncella tan callada, resulta que quiere ser maestra, bien en el pueblo o aunque tenga que irse a otro. Está estudiando mucho.

—Me alegra escuchar eso. Mientras esté yo aquí, la ayudaré para que lo consiga. Aunque su pérdida, para la casa, sea importante.

—Los republicanos que ocuparon nuestra casa y la desvalijaron, ¿se portaron bien con ustedes?

—¡Oh! Sí. El teniente Flores, que estaba al mando, era una persona muy agradable.

—Espero que no hubiera problemas con las mujeres de la casa...

—No, bueno, no exactamente.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que precisamente Aurora tuvo algo con él.

—¿La forzó?

—Nooo. Al contrario, siempre fue muy gentil con ella. Él, en eso era intachable, y así se lo exigía también a sus soldados. No, en este caso diría que incluso se enamoraron. Ella cambió desde que le conoció. Después de su marcha, es cuando comenzó a pensar en ser maestra. Eso y que también su padre, aunque ella nunca lo ha dicho, le da palizas. Supongo que necesita salir de aquí.

—Eso es terrible. Tratar así a un hijo.

—Estamos de acuerdo.

—Severino, ahora, tras la guerra, supongo que la gente está pasando estrecheces. Puede ser un buen momento para comprar más tierras. Con esto no quiero decir que las compre a un menor precio, no se trata de aprovecharme, quiero dejarlo claro, pero, si están a la venta, no tengo por qué dejar que lad compren otros y menos si esto supone que se estén malvendiendo.

—Ramiro, ya tendrás días para reunirte con Severino sobre esas cuestiones ¡Nunca descansas!

—Señor, efectivamente, hay gente que está vendiendo terrenos y ganado para irse. Algunos a la gran ciudad, otros, los republicanos que no se sienten cómodos en España, quieren cruzar la frontera. Dicen que no quieren vivir bajo el yugo de una dictadura. Yo, de esas cosas no entiendo ni me meto.

—Hace bien.

A medida que se aproximan a la casa, van descubriendo los cambios que había mencionado Severino.

La fachada está desconchada, el jardín no luce como antaño…

—Se notan los efectos de la guerra. Menos mal que no hemos traído al pequeño Ramiro.

Todo el personal de la casa sale a recibirles. Sus uniformes se ven desgastados y sus zapatos viejos.

La puerta de acceso, al igual que la fachada, necesita unas capas de pintura.

—Buenos días, señores, bienvenidos.

—Buenos días a todos. No se imaginan cómo nos alegra ver que todos se encuentran bien, —les dice mientras los va saludando uno a uno, con una gran sonrisa—. Bueno, ya iré hablando con cada uno de ustedes para que me cuenten, pero ahora, como ven, tenemos trabajo. Hay un montón de baúles donde hemos traído sábanas, manteles y otras muchas cosas. Supongo que lo que dejamos, o se los llevaron o no está en buenas condiciones. Quiero recordar que el marido de alguna de ustedes era carpintero. Por favor, que venga mañana sin falta. Hay que hacer reparaciones. Y si conoce a algún pintor, también.

—Sí, señora, me recuerda, soy Esmeralda. Mi marido era el carpintero y su primo es pintor. Mañana estarán aquí a primera hora.

—Gracias. Sí, Esmeralda, claro que me acuerdo de ti. Perfecto. Los espero mañana. Ahora recorreré la casa, supongo que necesita más reparaciones. Aurora, venga conmigo. Se ocupará de atenderme; esta vez no ha viajado Julia con nosotros. Se ha quedado allí, con nuestro hijo.

—Por supuesto.

—También necesito que vayamos juntas recorriendo la casa y que vayas anotando todo lo que vea que sea necesario actualizar. Entiendo que hay papel y lápiz en algún sitio. De no ser así, también hemos traído nosotros. No hay problema.

—Queda algo en el despacho del señor. Vengo ahora mismo.

—Muy bien. Mientras, Esmeralda y Severino, ocúpense de que se suban nuestros equipajes, por favor.

La barandilla está bien, así como las puertas de acceso a los dormitorios. Sin embargo, en uno de ellos observa que hay menos muebles.

—¿Dónde está la silla y el crucifijo de esta habitación?

Aurora, agacha la cabeza y le responde:

—Se usó para hacer leña y calentar la casa. La madera de la leñera estaba húmeda y hacía frío.

—Entiendo. Durante la ocupación, ¿qué dormitorios usaron?

—Los soldados y heridos, en el salón. El teniente y los mandos, aquí arriba.

—¿El nuestro?

—Si. Era el cuarto del teniente.

—Me ha comentado Severino sobre tu intención de ser maestra. Me parece una buena opción. Mientras esté aquí, te ayudaré. Si quieres, cuando termines con tus quehaceres, vienes a la biblioteca.

—La guerra me ha cambiado. Este trabajo está bien, señora, pero quiero hacer cosas en la vida. Y bueno, la enseñanza, los niños, siempre me ha gustado. Le puede parecer una tontería.

—Para nada. Tener aspiraciones en la vida no es malo, todos deberíamos tenerlas y luchar por conseguirlas.

Durante las siguientes semanas, la casa era un hervidero de gente entrando y saliendo. Poco a poco, la casa iba recobrando su aspecto original.

Incluso el ánimo de sus habitantes fue cambiando.

Con la remodelación de la casa ya lanzada, era el momento de viajar a Madrid.

—Querido, deberíamos ir ya a Madrid. Ahora puede ser un buen momento para invertir en negocios y establecer nuevos contactos que te pueden venir bien. Y tengo que renovar mi vestuario. Ya sabes que aquí las damas van más sobrias vestidas. No quiero desentonar. Me ha dicho la marquesa que hay una modista en

Madrid donde van todas las esposas de los dirigentes. Le voy a pedir que me acompañe a visitar ese taller.

—Bien, hago las gestiones para ir en tren a Madrid.

Como siempre, se alojan en el hotel Palace. Ahora mismo están remodelándolo porque durante la guerra civil fue ocupado por los republicanos y en los bajos del hotel incluso tenían una morgue.

Nada más acomodarse, la llama para verse y, esa misma tarde, la marquesa se acerca al hotel para ir con ella de compras.

—¡Mi querida amiga! Te veo muy bronceada.

—Bueno, vengo de Cuba, —le digo, sonriendo—, y, además, ya sabes que he pasado mucho tiempo últimamente en la hacienda con el proyecto de la escuela.

—Cierto. Una maravillosa iniciativa. Me lo tienes que contar con detalle. He llamado a la modista y has tenido suerte, ha tenido una cancelación. Así que no perdamos tiempo. luego he organizado una merienda en mi casa, con mujeres de altos cargos del gobierno. Te diría que, incluso, puede que venga la mujer del general Franco. Aunque nunca se sabe. Confirma asistencia y luego, en muchas ocasiones, no aparece. En fin. Pero las otras esposas, esas no fallan. Pero te advierto, no son muy progresistas. Con esto ya sabes lo que te quiero decir, no esperes conversaciones de alto nivel intelectual. Esas ya las tendremos nosotras a solas.

El taller de costura es elegante. Se nota que la clientela que pasa por allí es selecta. Nos recibe una señorita exquisitamente arreglada. Más parece un *atelier* parisino. Su dueña aparece unos segundos después.

—Buenos días, marquesa, un gusto verla.

—Buenos días, Francine, esta es mi amiga Begoña Santaolaya, necesita renovar su vestuario para la temporada en España, habitualmente reside en La Habana.

—Un placer, señora Santaolaya. Espero que encuentre lo que busca entre estas humildes paredes. Por favor, vengan conmigo y,

me explica qué tipo de ropa necesita. Ahora le tomamos también las medidas.

De camino a un salón que da a la calle principal lujosamente decorado, tiene unos ventanales que dan al exterior por dónde entra bastante luz.

—Ahora le digo a unas de las señoritas que les traiga un café. Pero, perdón, deben disculparme unos minutos, tengo que despedir a una clienta.

Una mujer de rasgos alemanes sale del probador, ciertamente muy bella, con su melena rubia, perfectamente arreglada y sus ojos azules como el cielo.

Mientras esperan a ser atendidas, ambas apuran su café.

—Y dime, ¿has ido a ver tu casa de Ribadesella? En la nuestra, lo más deteriorado es la parte exterior, que ya estamos reparando. Como sabes, los republicanos dieron con el escondite de nuestros objetos de valor, no dejaron nada. Supongo que ahora se podrá reclamar de alguna forma. A fin de cuentas, fueron robados.

—Si tienes un inventario detallado, se puede intentar. La mía, afortunadamente, no fue ocupada como tal, pero sí que afectaron a la verja. Begoña, son tiempos difíciles para este país. Todos tenemos que arrimar el hombro. Como te comenté por carta, estoy volcada en obras benéficas. El problema es que hay tanta necesidad que todo es poco. Y, dime, ¿pusiste en marcha la escuela en la plantación?

—Sí. A pesar de la oposición del capataz y, bueno, también debo decirlo, comentarios negativos y oposición de nuestros vecinos, que lo ven inapropiado. Yo estoy convencida que estoy haciendo lo correcto.

Se abre la puerta del salón donde se encuentran y de nuevo aparece una sonriente Francine, dispuesta a satisfacer las necesidades de Begoña.

—Ya estoy con ustedes, perdón. Por favor, vaya al probador y salga en ropa interior, para poder tomarle sus medidas, mientras me

comenta qué necesita.

—Muchas gracias. Y bueno, es sencillo, ropa de abrigo, ropa de coctel, algún vestido de fiesta y ropa de diario. Lo que suele decirse *renovar el armario*. Mis trajes están desfasados, pero allí este tipo de prendas no las uso. Y, por la guerra, hemos estado años sin venir.

—Entendido. Y supongo que también necesitará complementos.

—Claro. Por supuesto. Entre elegir paños, telas y complementos, ambas mujeres están en el *atelier* casi cuatro horas.

—Se ha hecho muy tarde, creo que podríamos acercarnos al restaurante *Lhardy* ha reabierto de nuevo. ¿Te apetece?

—Me encanta. Vamos.

El chófer de la marquesa las estaba esperando en la puerta.

—Querida, recuerda, mañana tenemos la merienda en mi casa. Allí podrás conocer a las mujeres de importantes dirigentes del régimen. Son mujeres poderosas y, precisamente ahora, sienten que están por encima del bien y del mal. Hay que tener cuidado. Yo, con ellas, pienso cada palabra antes de decirla.

—Mi marido tiene pensado va a reunirse con algunos de ellos. Quiere ver que opciones de negocio se le abren aquí.

CAPÍTULO 29

Ramiro está aprovechando su estancia en Madrid para tomar contactos en futuros negocios. En una de ellas se entera de una masiva construcción de viviendas para militares. Ahí ve una buena oportunidad.

Su llave de acceso puede ser el hijo de la marquesa, Federico, con quien tiene buen feeling y le une una buena amistad; una persona de su absoluta confianza.

Crearán una constructora para este fin. Además, hay mucho por reconstruir y el régimen siempre dará preferencia a gestores conocidos.

Sabe que ahí tiene un buen filón.

También sabe de la merienda de Begoña organizada por la marquesa y lo importante que puede ser para sus propósitos.

—Cariño, ¿cuándo te llega el vestuario que has encargado?

—Pues no todo va a estar a la vez, encargué muchas prendas. Hoy por la mañana, por ejemplo, ya puedo recoger un vestido de cóctel y un traje de chaqueta. Esta tarde tengo la famosa merienda. Si te soy sincera, me siento un tanto nerviosa.

—¿Tú? ¿Nerviosa? —Ramiro suelta una carcajada antes de contestar a su esposa—. Begoña, tú puedes con eso y con más. Eres de las mujeres más fuertes que he conocido y por esto te quiero tanto, tras muchos años casados.

—Bueno, hemos pasado lo nuestro también.

—Es verdad, pero eso, como matrimonio, nos ha fortalecido. No se te olvide.

—Puede… ¿Crees que te saldrán bien los negocios de la constructora?

—Estoy convencido. Soy uno de los mayores accionistas del banco de la familia de la marquesa. Eso, ahora mismo, abre puertas. No se te olvide que, gracias a la inversión en ese banco, tengo un asiento en el consejo de administración.

—Me alegro. Cuba está empezando a tener movimientos sociales que pueden poner en peligro el orden en la isla, aunque ahora parezca lejano. Y Europa se está volviendo un poco loca. En Rusia, Stalin; en Alemania, Hitler; en Italia, Mussolini y aquí, Franco. Demasiados dictadores en un solo continente.

—Begoña, no se te ocurra hablar así. Hay espías en todas partes. No te fíes de nadie.

—Estoy hablando con mi marido en nuestra habitación. ¿Acaso hay alguien escondido en el armario?

—Ten cuidado. No nos interesa que nos señalen.

—De acuerdo. Pero te noto un poco emparanoiado.

—Todos los días hay arrestos de gente no simpatizante con el régimen. Republicanos que no entregaron las armas y no se rindieron. Lo comentan riéndose en las reuniones a las que asisto. Nosotros aquí somos extranjeros, porque no vivimos permanentemente en España. Supongo que estoy siendo claro.

—Bastante. No podemos hablar con libertad hasta que estemos de regreso en Ribadesella.

—Exacto. E incluso allí debemos tener cuidado. Estamos aquí para hacer negocios con los que mandan ahora. Y no debemos de cuestionarnos nada de lo que veamos o escuchemos. Me voy a dar un baño. Hoy tengo bastante lío. Creo que no nos veremos hasta la hora de la cena.

—Bien. Yo, mientras, voy a leer un poco hasta la hora de ir a buscar mi nueva ropa.

Begoña, relajada, lee la prensa. Todos los artículos son de alabanza al nuevo máximo dirigente. Cansada de leer lo mismo en una página tras otra, se levanta a ver qué se puede poner hoy para salir.

Se ha comprado un abrigo de visón, que tanto se lleva ahora, junto con una blusa blanca y una falda tubo con unos buenos zapatos de tacón. Se ve elegante.

Hace todos los recados, entre ellos recoger la ropa nueva; antes de abandonar el atelier se la vuelve a probar, por si hiciera falta algún pequeño remate, pero, finalmente, no hace falta. Cargada con las cajas, regresa al hotel y decide estar en la habitación hasta la hora de prepararse para asistir a la famosa merienda.

Llega en un taxi al palacete de la marquesa, situado en la calle de Serrano. Es de los pocos que no sufrió los bombardeos durante el asedio a la capital, porque estuvo bajo pabellón cubano dependiendo de la embajada de Cuba, pues la marquesa es cubana de nacimiento y por eso no fue saqueado ni destruido. La marquesa lo cedió para el "Desfile de la Victoria de Madrid" de este año, para que residiese Franco en él.

Una criada uniformada abre la puerta, para recoger su abrigo y guiarla a la sala donde se encuentran el resto de las damas. Por lo que ve, ya están sentadas en los cómodos butacones cinco mujeres. No conoce a ninguna.

—Buenas tardes. Perdón si me he retrasado. Pero ha tardado en llegar el taxi.

La marquesa sale a su encuentro.

—Mi querida amiga Begoña, no pasa nada. Ya estamos todas. Tendría que haberte enviado a mi chófer. He sido una desconsiderada.

La marquesa sabe moverse bien por los ambientes políticos; su familia siempre lo hizo y ella es sociable, alegre y simpática, cualidades todas ellas que favorecían que tuviera una intensa vida social, codeándose con la aristocracia, la burguesía, la clase política y, por supuesto, la Familia Real.

Su amiga la va presentando a cada una de las damas. Ella responde con una sonrisa.

—Un placer.

—Bueno, Begoña, y ¿cómo es la vida en Cuba? Lástima que perdiéramos esa colonia.

—Pues diferente. El clima lo cambia todo. Allí los abrigos no son necesarios. Por lo demás, igual. Nuestros maridos frente a sus negocios y nosotras al frente de nuestras casas. También me preocupo de los más desfavorecidos.

—Pero en las plantaciones, ¿tienen esclavos? —pregunta una mujer que no deja de comer pasteles.

—No, ahora son trabajadores asalariados que, normalmente, residen dentro de las fincas en zonas habilitadas. Lo tienen todo incluido. Algunos prefieren vivir en el pueblo, pero en su mayoría viven en los barracones. Quieren ahorrar todo lo que pueden.

—Ahora mismo, ¿cuál es la situación allí?

—Bueno, Estados Unidos continúa siendo el mejor cliente de nuestros productos. Nosotros también: todo el parque móvil es de allí. Digamos que tenemos unas buenas relaciones comerciales. La Habana es una gran ciudad; sus calles siempre están abarrotadas de gente. El cubano es alegre.

—¿Le gusta vivir allí más que en su país?

—Nací aquí, pero llevo viviendo más años allí que aquí. De todas formas, nunca hemos perdido el contacto con España. Como bien sabe la marquesa, en Ribadesella tenemos nuestra casa. Y mi esposo está pensando en invertir en Madrid, y a mí me parece muy buena idea.

—¿Su casa sufrió durante la guerra?

—Fue ocupada por los republicanos. Nuestros objetos valiosos fueron robados, bueno, *incautados en nombre de la República*, dijeron. Descubrieron el escondite donde los habíamos ocultado. Así qué, podríamos decir que, efectivamente, aunque nosotros no estuviéramos, la casa sufrió lo suyo.

—¡Menudos bárbaros! Volaron el puente para impedir que nuestras tropas llegaran a Gijón. Pero, afortunadamente, la victoria

solo se retrasó unos meses y finalmente se produjo, —comenta otra de la invitadas.

Begoña asiente.

La marquesa decide cambiar de tema de conversación, porque prefiere que en su casa no se mantengan cuestiones políticas.

—Begoña también es clienta de Francine. Realmente se llama Francisca, pero ella piensa que de la otra manera queda más fino.

Todas las mujeres estallan en carcajadas.

—Porque de francesa no tiene nada de nada. Hay que reconocer que tiene unas manos prodigiosas para coser. Yo acabo de recoger varios modelos y siempre salgo contenta. Y se mantiene a la última en tendencias. Es casi como estar en París.

—La semana que viene se estrena la última película de Estrellita Castro. Quiero ir al estreno, –la misma invitada, que no para de comer los pasteles servidos.

—Yo también. Deberíamos hablar con doña Carmen, la mujer del general. Sabemos que le gusta y quizás, así, consigamos todas entradas. Ya sabemos que suele ir ella sola.

Begoña está deseando que termine la maldita merienda. Estas mujeres son insoportables. Pero tiene que sonreír.

La marquesa, que la conoce bien, no deja de sonreír. Lo que daría por poder quedarse a solas las dos y comentar los detalles de estas damas de la nueva alta sociedad y sus ínfulas.

Unas horas más tarde, parece que las invitadas comienzan a levantarse y se da por concluida la maldita merienda.

Begoña casi grita de alegría.

—Begoña, hace mucho que no charlamos. Por favor, quédate un rato más. . Y te acercará mi chófer.

—Me parece una buena idea, a las dos cosas, porque he tenido problemas para venir en taxi.

Cuando se quedan solas, ambas estallan en carcajadas.

—Por favor, lo que hay que aguantar. ¡Qué mujeres más insoportables! Ver la película de estreno de Estrellita Castro me apetece mucho, pero si, a cambio, supone estar con ellas toda la noche, directamente ya te digo que no.

—Mi querida amiga, lo sé. Pero estas mujeres ahora mueven los hilos del país. Son poderosas. Y hay que tenerlas cerca y como aliadas. Ya se sabe, *al enemigo, mejor cerca*.

Ambas se ríen.

—Eres una mujer sabia. Cuando vayas al comedor social, quiero acompañarte. Me gustaría ayudar mientras esté aquí. También podríamos llevar alimentos, para que se los puedan llevar a sus hogares.

—La picaresca de nuestro pueblo siempre me deja sorprendida. No sabes el nuevo oficio que ha aparecido en las calles.

—No tengo ni idea.

—Se hace llamar el *sustanciero* y ni más ni menos que se dedica a recorrer las calles anunciando que tiene un hueso de jamón o de vaca o ambas cosas y cobra una determinada cantidad de dinero, para que la gente los pueda introducir durante un tiempo en sus pucheros para conseguir más sabor.

—Increíble y muy triste, —comenta Begoña.

—La gente lo está pasando muy mal. De ahí que esté tan volcada en el banco de alimentos. Voy todos los días. Mañana te recojo en el hotel y vienes. Para lo de los alimentos, puedo hablar con la mujer del general Bartolomé, que controla lo del economato y quizás a través de ella podamos conseguir alimentos básicos que puedan llevarse.

—Muy bien. Mañana, ¿sobre las doce?

—Mejor doce y media. Ponte lo más sencillo de ropa que tengas.

—Claro, ya contaba con ello.

Pasan la tarde relajadas, ya sin las invitadas incómodas. Incluso salen a dar un paseo por los alrededores de su palacete.

De regreso, Ramiro se interesa por cómo ha ido la velada con esas damas poderosas.

—Mira, querido, realmente, hay que hacer grandes esfuerzos para no soltar un par de cosas. Te miran por encima del hombro y eso me molesta. Nosotros, con gran esfuerzo, hemos levantado al otro lado del océano un pequeño imperio que heredará nuestro hijo. Ellas, simplemente, han tenido la suerte de estar en el bando de los vencedores de esta guerra. Ahora hablan de servicio, criadas… como si hubiera sido así toda su vida. En fin.

—Te entiendo. Yo también tengo que aguantar en las reuniones a algún que otro fanfarrón. Pero es lo que hay. Quiero establecer relaciones mercantiles aquí y, para eso, tengo que estar con según quién en una mesa. No todos son así, ojo, y me está abriendo muchas puertas. Algunos nobles están contentos por quién gobierna el país, sí, pero lo están aprovechando y están creando medidas interesantes para las clases más desfavorecidas; están desarrollando todo un plan urbanístico de viviendas sociales que se desarrollará en unos cuantos años. Incluso se comenta que van a crear una paga extra de Navidad para que la gente pueda estar más desahogada en esas fechas.

—¡Oh! Lo que me comentas parece de lo más interesante. Ojalá se lleve a cabo.

◆◆◆

A la mañana siguiente irán juntas al comedor social. Será la primera de muchas.

Begoña charla con ellos, escucha su dolor. Ahora está agarrando con fuerza la mano de una mujer que lo ha perdido todo. Son historias desgarradoras. Para algunos, su única desgracia es que la guerra les pillara en el bando perdedor.

Madres que lloran la pérdida de hijos. Es tal el dolor que las necesidades mundanas casi pasan a un segundo plano.

Cada día, para los más pequeños, lleva caramelos y chocolatinas. Le encanta ver la cara de esos niños cuando extienden su mano y, sin esperarlo, aparece su bonita sonrisa.

En ese momento, es consciente de lo afortunado que es su hijo.

En Ribadesella, los lugareños no pasan hambre, puesto que tienen su campos y su ganado, pero en las grandes ciudades la situación es muy distinta. Además de tener más población, los bombardeos se centraron allí, no en el medio rural.

Finalmente, acudirán al estreno de la película de Estrellita Castro. El matrimonio lucirá sus mejores galas. La pareja está arreglándose en su habitación para acudir al evento.

—Ramiro, con lo que veo cada día en el comedor social, me siento extraña al lucir ahora este tipo de joyas, cuando soy consciente de que muchas familias no tienen ni forma de calentar sus hogares. ¡Qué injusta es la vida!

—Es cierto. Pero si me permites ser un poco grosero con el comentario que voy a hacer ahora, simplemente, te recuerdo Begoña, cómo vivimos nosotros, no ya aquí sino en Cuba y cómo se trata allí al personal de servicio y a los jornaleros. Ellos están bien alimentados, cierto, pero viven rodeados de las comodidades justas, por decirlo de una forma suave, y no tienen expectativas de progresar, ni ellos ni sus hijos. Apruebo, y lo sabes, todas tus actividades sociales, aquí y allí, pero no olvides que nosotros pertenecemos a otra clase social. Por lo tanto, que hoy luzcas tu maravilloso abrigo de visón y esas joyas lo encuentro totalmente adecuado. Hoy nos codearemos con algunos de los máximos dirigentes de este país y sus esposas que, no lo dudes, harán todo un alarde de su posición.

—Te debo parecer un poco hipócrita. Lo entiendo. No dejo de darme cuenta de que te digo esto cuando estoy tumbada en un sofá de una suite en un hotel de lujo en Madrid. Por cierto, al final, ¿vamos a invertir en alguna casa en la capital?

—Me han ofrecido alguna vivienda interesante. Tendremos que visitarlas. Pero luego, pensándolo bien, tampoco lo veo necesario. A

fin de cuentas, cuando estamos en España, pasamos la mayoría del tiempo en Ribadesella. Sería una gran inversión para poco uso. ¿Qué opinas?

—Yo también lo veo así. Si te parece, más adelante, lo volvemos a pensar. ¡Bueno! Ya estoy lista para ir a ver la película y soportar a esas damas.

—Estás guapísima y muy elegante. Y, por favor, no lo veas así. Mira el lado positivo. Es una suerte que podamos estar en el cine, viendo a una de las figuras actuales del cine español en primicia.

Ella decide no contestar. Del brazo, abandonan el hotel, para subirse al taxi que los llevará al cine. Una vez dentro, se acomodan en un palco junto a la marquesa Justo al lado puede saludar a algunas de las mujeres con las que compartió merienda y a sus esposos.

Con un gesto leve de cabeza y una sonrisa un tanto hipócrita, se saludan.

Dos días más tarde, el matrimonio regresa a Ribadesella.

CAPÍTULO 30

Ribadesella, 1941.

La reforma de la casa para que recupere su antiguo esplendor ya está en marcha.

Ramiro se ha reunido con el alcalde del pueblo para saber de primera mano las necesidades más urgentes de los lugareños y, en la medida de lo posible, ayudar.

Siempre ha disfrutado siendo un benefactor para sus paisanos.

Begoña, por su parte, pasa gran parte del día supervisando las obras. Además, quiere incorporar algunos cambios, como en el dormitorio principal, para que tenga su baño propio y no tengan que usar el del pasillo, como hasta ahora.

En la cocina ha encargado un frigorífico para sustituir las fresqueras. Fina, la cocinera, no está muy de acuerdo y se lo deja claro a Begoña; —Señora, eso es un maldito trasto.

Y Begoña, con mucha paciencia, le explica las virtudes del nuevo aparato.

—Fina, el frigorífico permite mantener más tiempo los productos frescos. E incluso se pueden congelar. Es más sano. En Cuba lo usamos desde hace mucho. Ya verá cuando lo pruebe. ¿Acaso no está contenta con la batidora?

—Sí, pero no tiene nada que ver. Ese cacharro ahorra tiempo en la cocina, pero esa nevera del demonio, no sé yo… pero vamos, lo que ordene.

—Al final ya verá cómo me dará la razón.

Fina ha regresado a los pucheros refunfuñando por lo bajo mientras agita la comida con la cuchara. Hoy están cocinando unas

perdices que cazaron el otro día y no quiere que se quede dura su carne.

Begoña abandona la cocina con una sonrisa. Fina es una buena mujer, pero terca como una mula.

Se encuentra con Severino por el pasillo.

—Buenos días, Severino. Estoy pendiente de la compañía de teléfonos para que lo instalen aquí por fin.

—Señora, yo creo que ustedes tampoco están tanto tiempo aquí como para que sea necesario instalar ese aparato.

—¡Pero bueno! ¿Qué pasa aquí? Acabo de venir de la cocina de hablar con Fina sobre la nevera. Y ahora usted no quiere el teléfono. Hay que avanzar y no quedarnos atrás. En la ciudad se están instalando en todos los hogares que pueden permitírselo. Nosotros no vamos a ser menos, aunque creo que seremos los primeros aquí.

Agotada, va a su dormitorio a tumbarse un poco. No entiende el motivo de por qué la gente no quiere adaptarse a los avances. Todos ellos son buenos. En fin…

Se queda dormida y no se despierta hasta que siente a Ramiro acariciando su rostro.

—Perdón. Me he quedado dormida. No sé ni qué hora es.

—Pues la hora de bajar al comedor.

—De acuerdo. Ahora me comentas cómo te ha ido la reunión con el alcalde, que yo te haré un resumen de mi día, que no ha tenido desperdicio.

Ramiro estalla en una carcajada.

—Miedo me das.

—Ni te lo imaginas. El dolor de cabeza que me han levantado entre unos y otros.

Durante el almuerzo, Begoña se lo comenta y Ramiro no para de reír.

—Querida, para ellos estos cambios se les hacen un mundo. En ciudades grandes todo esto llega antes y lo vemos más normal.

—Ya, pues la próxima vez se lo explicas tú. Mañana quiero acercarme a la escuela para saber si los niños acuden, cuántos van y si necesitan algo. Ya sabes que la educación es algo muy prioritario. ¿Te ha dicho algo el alcalde sobre si hay alguna familia que lo esté pasando especialmente mal? Porque, si fuera así, me gustaría ayudarles.

—No he tratado con él ese tema. Pero le puedo decir que venga a casa algún día para que lo hables con él. En el ayuntamiento, verte allí, no se sentiría muy cómodo.

—Ramiro, llevamos dos meses en España y, si te digo la verdad, echo de menos a nuestro hijo.

—Ya es todo un hombrecito.

—Por eso. Está más tiempo con Julia que con nosotros. Al final, la va a querer a ella más que a sus padres.

—La gente de nuestra clase social no lleva a sus hijos a todas partes, ya sabes que gran parte del tiempo están con sus niñeras e institutrices.

—Lo sé., pero se te olvida un detalle; ese niño, con quien pasa la mayor parte del tiempo es precisamente con su auténtica madre.

—¿Y? ¿Dónde ves el problema?

—Pues que, efectivamente, parece que simplemente buscáramos un heredero, pero no le tengamos cariño de verdad una vez que nuestro objetivo se ha cumplido. A veces pienso que Julia nos tiene que odiar y que, de alguna manera, se terminará vengando de nosotros.

—Deja de decir majaderías. ¿A santo de qué viene esto?

—Ramiro, piénsalo. Le arrebatamos su primer hijo, y cuando se queda embarazada de nuevo le imponemos un aborto , tras el que se queda estéril. ¿Es o no para odiar a una persona?

—Si no digo que no lleves razón, pero, insisto, ¿a qué viene esto ahora?

—Pues no lo sé. Son pensamientos que me rondan a cabeza. Olvídalo. Las obras van bastante bien, —dice, cambiando de tema—.

En un mes creo que estarán acabadas. Si quieres, viaja a Madrid para tus negocios y regresamos a tu vuelta a Cuba. Por cierto, he recibido carta de Omagua.

—¿Qué dice?

—Pues que todos los trabajadores de la plantación van a las clases. Ha tenido que poner un tercer turno, porque no entran en el aula. Al principio, las mujeres no acudían. Tan solo niños y adultos varones, pero, tras su insistencia, ahora acuden también ellas. Así que, por ese lado, estoy muy feliz. Le he pedido que escriba a La Habana y que solicite todo el material necesario.

—Son buenas noticias.

—Sí. Lo son.

—A veces pienso que te has encaprichado de Omagua.

—¡Deja de decir tonterías!

—¿Te acostarías con él? —Le pregunta, hosco.

—No puede creer que me salgas ahora con esto. Bien sabes que, de haber querido, lo hubiera hecho. Nunca te he sido infiel. ¿Cómo puedes siquiera pensarlo? Tú, sin embargo, no puedes decir lo mismo. Aunque yo en algún caso haya sido consentidora y parte activa en el sexo.

—¿Te arrepientes?

—NO.

—¿Te gustaría repetirlo?

—A veces… era excitante. Pero es pecado, y no pienso seguir condenándome.

—Entonces yo no tengo salvación. Y que sepas que esta conversación me está poniendo a cien. Mira mi entrepierna.

Ella descarada, se levanta y va hacia él. Mira su pantalón y sin ningún tipo de pudor, pone su mano en su entrepierna y comienza a masajear el pene erecto.

—¿Qué haces? ¡Acaso quieres que me manche el pantalón como un adolescente!

—Sí.

Begoña levanta su vestido y se sienta sobre las piernas de su esposo, comenzando unos movimientos que le están excitando tanto, que no puede aguantar más y aparece una gran mancha en el pantalón.

—Dime ahora cómo puedo salir del comedor con el pantalón así.

—Ese es tu problema. —Suelta con toda su frescura.

—No sé por qué, pero me esperaba esa respuesta.

—Anda, ponte detrás de mí, que te escolto hasta el dormitorio.

—Vaya vergüenza como nos encontramos con alguien.

—Eso te ocurre por provocador.

—Sabes que puedo ser vengativo.

—Me encanta que lo seas.

Tienen suerte y pueden llegar al dormitorio de Ramiro sin cruzarse con nadie.

—Esta noche, te lo digo ya, Begoña, pienso llamar a tu puerta.

—Perfecto. Te recibiré acostada y con poca ropa.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, aparece en el comedor Aurora portando la bandeja con las tostadas.

—Aurora, me comentaste que estabas pensando convertirte en maestra. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Sí, señora, me gustaría mucho. Por las noches, en la cama, estudio, casi a escondidas. Mi padre no está de acuerdo.

—Me sorprende. ¿Puedo saber el motivo?

—Él considera que no soy demasiado lista y que mi futuro está en casarme; cree que no debo tener más aspiraciones en la vida.

—Si quieres, no tengo inconveniente en ir a tu casa y hablar con tu familia.

—Se lo agradezco, pero no hace falta. Como le digo, estudio a escondidas.

—Todo lo que necesites, por favor, de verdad, dímelo. Quiero ayudarte a que lo consigas. Esta tarde, si te parece, tráeme los cuadernos y los revisamos juntas. Incluso, puedes tomar prestados libros de la biblioteca. Bueno, muchos no quedaron con la ocupación, pero algo podemos encontrar. Ahora, después del desayuno, echo un vistazo y los separo para que los veas. Entiendo que sabes leer y escribir con fluidez. El resto son conocimientos que se deben estudiar.

—Sí, leo y escribo perfectamente.

—Muy bien entonces. Por favor, dígale a Severino que quiero ir a Gijón para ver unas telas; me apetece cambiar el tapizado de los sofás de esta sala; algunos están rasgados por el uso.

—De acuerdo. Ahora se lo indico. Si no necesita nada más…

—No. Nada más, muchas gracias. Puedes retirarte.

Begoña decide pasar el día en Gijón. Conoce algunas tiendas de telas donde, seguramente, pueda encontrar lo que busca a pesar de la escasez que hay.

Le parte el corazón ver a niños con ropa sucia y zapatos viejos.

Uno de ellos, se le acerca;

—Señora, ¿me puede dar algo para comer?

—¿Cómo te llamas?

—Vicente, señora.

—¿Dónde está tu madre?

—Está pidiendo en la puerta del mercado. Somos seis hermanos y no tenemos casi para comer.

—Llévame donde esté ella, por favor.

El niño la mira extrañado, dudando sobre si obedecer o no. Observa su ropa y no tiene claro si va a llamar o no a la policía.

—Tranquilo. Os quiero ayudar.

—De acuerdo.

La gente que encuentran a su paso los mira un tanto intrigados, debe ser una imagen un tanto extraña, un niño desharrapado junto a una elegante dama. Severino va a poca distancia en el coche.

Llegando al mercado…

—Señora, esa es mi madre.

—Buenos días. Usted es la madre de Vicente.

La mujer, igualmente vestida con ropa vieja, mira con reproche a su hijo. Piensa que van a estar en un aprieto.

—No le mire así. Su hijo me ha traído a petición mía. Quiero ayudarles.

—¿De verdad?

—Vamos a entrar en el mercado y vamos a comprar comida para unos días. Yo no vivo aquí y más no puedo hacer, pero, al menos, podrá hacer un buen puchero durante una semana. Además, le voy a dar dinero para que compren calzado. Por favor, no lo malgaste, eso me molestaría mucho.

—Muchas gracias, —contesta la mujer con lágrimas en los ojos. Usted es un ángel que ha venido a la Tierra.

—No diría tanto. Pero se lo agradezco.

Al salir del mercado, cargados de comida como le había prometido a la mujer: —Ahora necesito que nos indique cómo llegar a su casa. Vamos cargados y mi chófer está ahí, esperando.

—¿Vamos a ir en coche? —El niño abre mucho los ojos mirando al brillante automóvil—. Nunca me he subido a uno.

—Pues ahora lo harás.

—¿Es viuda? —Le pregunta a la madre.

—No, mi marido trabaja en los astilleros, pero ahora no hay mucho trabajo. Yo también trabajaba antes de la guerra como modista. Quién lo diría viéndonos así, pero el taller cerró con la guerra, aunque dentro de poco espero que se reabra.

—Ha sido difícil. Pero ahora todo mejorará. La cartilla de racionamiento no da para alimentarnos todos. No sabe cómo le

agradezco que nos haya comprado comida. Comer carne ahora mismo está al alcance de muy pocos. Me permite una pregunta.

—Dígame.

—¿Usted dónde vive?

—Entre Ribadesella y La Habana. Aquí estamos solo temporadas.

—Ahora entiendo sus ropas. Muchos asturianos emigraron allí para hacer fortuna. Y en esa zona de Asturias sé que hay muchos indianos que ayudan en sus pueblos.

—Nosotros somos unos de ellos. Bueno, yo soy de Bilbao, pero mi marido nació aquí, en Asturias. Nos gusta mucho venir aquí.

Cuando llegan a la casa, observa que está muy limpia y también los estragos de la guerra y la posguerra. Severino ayuda con las bolsas de los alimentos, se despiden y toman el camino de regreso a Ribadesella.

Maldita guerra…

CAPÍTULO 31

Cuba, 1958.

El matrimonio Santaolaya ve cómo su querido país de acogida está cambiando.

Ha aparecido un líder político carismático llamado Fidel Castro que, junto con personajes como Che Guevara y otros, está movilizando a muchos hombres, organizando guerrillas contra el gobierno de Cuba, es decir, contra su presidente Batista.

A lo largo de 1957, el pequeño grupo de revolucionarios de Fidel Castro operaba desde una base montañosa, en Sierra Maestra, terreno que conoce a la perfección, organizando ataques contra el gobierno. El ejército cubano y sus líderes políticos no tomaron en serio estos ataques durante mucho tiempo. La actitud de Batista cambió en la primavera de 1958, cuando Castro comenzó a ganar reconocimiento internacional, tal vez ya demasiado tarde.

El 28 de diciembre, el Che inicia con 300 hombres la batalla de *Santa Clara*, donde logran descarrilar un tren blindado cargado de armas que se dirigía a la capital, a pesar de que el Gobierno había colocado en la ciudad a unos 3000 hombres. En algunos enfrentamientos hubo deserciones y rendiciones de las tropas de Batista.

Antes de 1959, los Santaolaya tenían continuas reuniones en casas de otros hacendados, analizando la situación política.

—Ramiro, no me gusta nada hacia dónde va la situación política. Hay mucha inestabilidad. Ese tal Fidel Castro está llamando a la sublevación a muchos hombres. Y lo peor es que le siguen. No es un guerrillero al uso; tiene formación universitaria, creo que es abogado y no sé si tiene alguna titulación más. Está casado con una mujer de

buena familia; dicen que su padre es una persona muy cercana a Batista, pero, sin embargo, sus ideales políticos son revolucionarios.

—El otro día en el club, durante un almuerzo, los caballeros sentados en la mesa estaban divididos. Unos consideran que el orden establecido, en cuanto a empresas y comercio, no corre peligro y no debería cambiar aunque triunfen los revolucionarios. Es más, algunos están aprovechando e invirtiendo en tierras porque han bajado los precios. Creen que es una buena oportunidad financiera. Otros, sin embargo, son mucho más pesimistas y están pensando en liquidar sus bienes y regresar a España.

Verdaderamente, hay mucha confusión al respecto. Demasiados rumores.

Los empresarios consideran que la economía de la isla no debería de alterar su ritmo de vida.

—¿Y tú, qué opinas?

—Escucho a unos y otros. La verdad, me cuesta pensar que ese revolucionario que tiene su cuartel general en Sierra Maestra, con sus guerrilleros, vaya a conseguir la victoria. Cuba tiene el apoyo de Estados Unidos. Pero es cierto que cada vez tiene más seguidores.

—Ramiro, tengo miedo. Miedo a perder todo y a quedarnos atrapados aquí. Y lo peor, temo por nuestras vidas. Si me permites mi opinión, si hay empresarios confiados en el futuro de esta isla y quieren comprar bienes, pues que lo hagan y aprovechémoslo nosotros para venderlo todo y regresar a España de una forma permanente. A fin de cuentas, los negocios allí, con la construcción de viviendas y la reconstrucción del país, van bien. Nuestro hijo ha terminado aquí su carrera de medicina y, afortunadamente, rompió recientemente con Silvina. Está empezando a ejercer como médico en el hospital *Quinta Covadonga*, y le valoran mucho, pero en España también podría hacerlo. Podría, con nuestra ayuda, montar su consultorio en Ribadesella, en la parte de debajo de nuestra casa; hay espacio de sobra. Y, sin duda, sería bien acogido por los lugareños y podría incluso ejercer como médico en las localidades cercanas.

Sería nuestro último viaje. Estoy cansada de pasarme la vida huyendo. Ya no somos tan jóvenes. Lo que nos reste de vida quiero pasarlo lo más tranquila posible. Me duele el corazón al dejar atrás nuestros años maravillosos en la isla y dejar atrás también a nuestros hijos mayores enterrados aquí.

Él, una vez más, observa a su mujer. Esa gran dama que lleva casi toda una vida a su lado y siempre dando buenos consejos. Sabe que tiene razón. Regresar a España es la alternativa. Allí ellos están bien relacionados. No tendrían problemas.

Pero no ve demasiado claro que su hijo, a estas alturas de la vida, quiera dejar todo atrás. Él es cubano de nacimiento. Todo su entorno está aquí. Ha viajado con ellos ocasionalmente a España, pero se siente cubano, no español. No como sus padres, que nacieron en España y vieron Cuba solo como la vía para prosperar, pero teniendo siempre en mente regresar. Por eso levantaron la magnífica casa en Ribadesella.

—Antes de tomar esa decisión, creo que deberíamos planteárselo a él y ver qué opina. Y hacer una toma de contacto con posibles compradores a los que pueda interesar adquirir tanto la hacienda, como la azucarera y, por supuesto, esta casa.

—Hazlo. Y cuanto antes. Si lo dejamos demasiado, quizás sea tarde. Ahora la gente está confundida; a medida que pase el tiempo, lo irán viendo más claro y nadie querrá invertir. Más bien, al contrario, querrán marcharse cuanto antes.

—Está bien. Ya sabes que esto nos llevará su tiempo. No se puede liquidar casi cuarenta años aquí en una semana.

—Lo entiendo. Ya no somos jóvenes y éramos unos niños casi cuando llegamos aquí. Son decisiones difíciles. No te digo que malvendas, pero sí, que pongas a la venta nuestras propiedades con precios competitivos, así nos las quitarían de las manos. Sé que es doloroso para ti, de verdad, pero ahora mismo es necesario valorar qué es más importante. Piénsalo. Si me dices que adelante, mañana hablo con nuestro hijo para adelantarle nuestros planes de futuro.

—¿Qué haríamos con Julia? ¿Volvería con nosotros?

—Por supuesto. Nos comprometimos con ella a que nunca la dejaríamos. Y no lo vamos a hacer ahora. Nuestro hijo la quiere mucho. Y allí tiene tierra y casa. Puede elegir entre seguir a nuestro servicio o irse a su casa, pero en ningún caso dejarla aquí. No es seguro, así que esa no es una opción.

—Está bien.

A partir de esta conversación y con la decisión tomada, Ramiro comenzó una ronda de conversaciones y negociaciones para vender todo en Cuba. Como preveían, muchos empresarios vieron la oportunidad de crecer: su hacienda tenía fama de buena producción de caña de azúcar, tanto en cantidad como en calidad, y el mercado americano era seguro.

Recibió varias ofertas. En todos los casos traslado al posible comprador que habría algunas condiciones relacionadas con el personal, tanto personal de servicio de la casa como trabajadores y jornaleros del ingenio, y que se incluirían en el contrato de compraventa. Quiso asegurarse de que todos sus trabajadores y empleados quedaran protegidos ante cualquier cambio posterior que quisiera introducir el nuevo propietario, de forma que fuese una obligación contractual mantenerlos contratados.

Begoña insistió en que idéntica obligación debía figurar en relación con la escuela a cargo de Omagua. Sus empleados se salían de las estadísticas de la población de la isla, donde el porcentaje de analfabetos en el medio rural , en claro contraste con la situación existente en las grandes ciudades como Santiago de Cuba y la propia La Habana, era bastante elevado; ese no era el caso de su hacienda.

Antes de cerrar el trato, el matrimonio decidió viajar a la hacienda y tranquilizar al personal a cargo, de forma que estos pudieran, a su vez, tranquilizar al resto de empleados.

Ramiro llamó a su despacho al capataz y a Omagua, quienes, en sus diferentes ámbitos, dirigían la plantación.

—Buenos días. Hemos querido venir en persona tanto Begoña como yo porque os tenemos que comentar un tema sumamente

importante. Por favor, tomad asiento.

Ambos hombres, con el paso de los años ya con una mejor relación, se miran y toman asiento frente al escritorio. Permanecen en silencio, pero intuyen que no les va a gustar lo que van a oír.

—Bien. Sabéis que Cuba está sufriendo sublevaciones contra el gobierno, no es ningún secreto y estáis al tanto de ellas. Esto está generando inestabilidad y, aunque me gustaría pensar que no irá a más, el caso es que nosotros ya tenemos una edad y queremos estar tranquilos; por eso hemos decidido retirarnos a vivir de forma permanente a España. Pero no quiero que os asustéis. No os vamos a dejar abandonados.

Casi tengo cerrado el trato de venta del ingenio. Entre las condiciones he puesto que todo el personal debe de seguir trabajando aquí. Y en tu caso, Omagua, la escuela igualmente permanecerá abierta. Ambos puntos los hemos considerado imprescindibles y han sido incluidos en la redacción del contrato de compraventa.

Antes del cambio de propietarios, dotaremos la escuela de bastante material.

El capataz se remueve incómodo en la butaca.

—Señor, ese nuevo propietario, ¿le conocemos? Ustedes han sido buenos patronos.

—Lo conozco desde hace tiempo y lleva años detrás de querer comprarme la plantación. También es español, pero él, de momento, no tiene planes de moverse de la isla. Le he puesto estas condiciones y está de acuerdo. Como os digo, en el contrato de compraventa vendrá así reflejado. No hay por qué desconfiar.

Omagua también mira a su patrón.

—Omagua, ¿no tienes nada que decir?

—Señor, entiendo su interés por regresar a España. Como ha dicho el capataz, han sido buenos patronos y estamos contentos de trabajar en esta plantación. Confío en que el nuevo propietario sea hombre de palabra.

—Como digo, lo conozco desde hace años. Es más joven que yo y tiene fuerza para afrontar los nuevos retos. Yo estoy cansado. Me apetece regresar a mi pueblo. Tener un retiro tranquilo. Creo que nos lo hemos ganado. En cualquier caso, si las condiciones no se respetasen, seréis los responsables de contactar con nosotros en España para comunicárnoslo y que podamos emprender las acciones legales que fuesen precisas. No tenemos intención de dejar abandonado a nadie, después de tantos años de servicio con nosotros. ¿Tenéis alguna duda?

Ambos hombres niegan con la cabeza.

—Bien. Pues hemos terminado. Por favor, trasladárselo a todos los trabajadores. Omagua, mi mujer está en el porche y quiere verte. Por favor, acércate.

—Ahora mismo.

—Muchas gracias a los dos.

Omagua acude a ver a Begoña. Está sentada en la mecedora, mirando al infinito. Quiere absorber cada detalle de esta vista. Sabe que nunca regresará.

Es curioso, porque esta plantación le ha dado muchas alegrías. Aquí nació su hijo y creó la escuela, su gran proyecto, el que la llena de orgullo.

Escucha un carraspeó que la saca de su ensoñación.

—Buenos días, Omagua, te estaba esperando. ¿Qué tal todo?

—Bien, ya nos ha comentado su marido sus intenciones de vender la hacienda. Regresan a su país.

—Efectivamente. Queremos una vida más tranquila. Allí, en los verdes pastos… pero ya sabes que soy una mente inquieta, así que tengo un nuevo proyecto: construir una biblioteca. La escuela ya lleva años funcionando. Así que, bueno…

—Eres una buena mujer. La gente de aquí te debe mucho.

—Yo no diría tanto. Todos tenemos algún capítulo oscuro en nuestro pasado, créeme.

—Eso forma parte de la vida.

—¿Sabes que mi hijo estudió medicina? Me siento orgullosa de él.

—Enhorabuena. La universidad de La Habana tiene buena fama.

—Sí. Tiene prestigio. Ahora tenemos que convencerle de que regrese con nosotros y que ejerza allí.

—¿No quiere?

—Hay que entenderle. Sus amistades, su vida, está aquí. Ya es más que adulto y toma sus propias decisiones. De momento, no está muy convencido, pero no querría irme sin él.

—Aceptará.

—Eso espero. Te ha comentado mi marido lo del material escolar. Lo dejé solicitado antes de venir. El camión, con todo lo necesario, llegará en unos días. Podéis estar tranquilos. He incluido algunos libros que creo que pueden gustar. Omagua, ha sido un placer conocerte. Eres un ejemplo. Te deseo lo mejor, de verdad.

—Begoña, gracias. De alguna forma, me salvaste. Darme la responsabilidad de la escuela, hasta cierto punto, sanó algunas heridas y redujo la rabia que tenía por dentro. Me hizo ser mejor persona.

—Ayudar a los demás siempre sana las heridas. Para mí, estas acciones suponen mi redención.

—¿Qué pecados has podido cometer?

—Más de los que te crees. Y espero que Dios me perdone.

Los ojos, negros como la noche, de Omagua, observan el rostro ya envejecido de Begoña. No es una jovencita, pero conserva su atractivo y su porte.

Ella nunca lo sabrá, pero él, desde el momento que la vio, se enamoró. Era consciente del imposible. Pero los sentimientos no se pueden controlar. Ahora no la verá nunca más.

—Begoña, solo queda desearte un buen viaje de regreso a tu país. Nunca te olvidaré.

—Yo a ti tampoco.

Omagua se levanta y continúa su camino. Ella observa cómo se aleja con la cabeza gacha. Aparte de la admiración que sentía por él, también había algo físico, atracción. Pero era consciente de que no era correcto y, por eso, siempre mantuvo las distancias. Hubiera sido un gran error.

Parece que hubieran estado huyendo toda la vida: los conflictos les persiguen. Salir de España para buscar oportunidades siendo demasiado jóvenes, la guerra civil, abandonando justo a tiempo España, y ahora, tras casi cuarenta años en Cuba, las revueltas revolucionarias les hacen regresar al punto de partida, para no volver. Si de algo están seguros con esta decisión es que morirán en España.

CAPÍTULO 32

A su regreso a La Habana sabe que tiene que hablar seriamente con su hijo y convencerle de que viaje con ellos a España, pero, antes de hacerlo, Ramiro recibe una carta de Federico, el III marqués de Argüelles.

Sí, mi querida amiga la marquesa falleció hace años, en 1947, volviendo de la boda de doña Cayetana Fitz—James Stuart, XVIII Duquesa de Alba, en Sevilla, en un accidente de coche, del que por fortuna sobrevivió su nieta, que la acompañaba. Pero a pesar de la ausencia de su gran amiga, la relación entre ambas familias continúa siendo muy estrecha. Si algo le trasmitió la marquesa a toda su familia era el sincero cariño que sentía por los Santaolaya.

El mejor epitafio para mi gran amiga lo dijo una de sus sirvientas: "*La señora murió jarta de tó*", porque, efectivamente, María Josefa no se privó en vida de nada; banquetes, fiestas y placeres mundanos fueron sus compañeros habituales.

Ramiro lee la carta detenidamente en cuanto la recibe y, ya por la posición de sus anteojos, noto la intensidad con la que lo hace. En cuanto la acaba, me la pasa para que también yo pueda leerla:

Mi querido amigo:

¿Cómo se encuentran?

Las noticias que llegan sobre la isla son preocupantes. Un consejo, venid aquí. Han pasado años desde que terminó la guerra y España es un país tranquilo. Afortunadamente la cartilla de racionamiento ya ha desaparecido y se está produciendo un gran éxodo del campo a la ciudad por la demanda de mano de obra. También hay muchos españoles que han buscado trabajo en Alemania, Francia, Suiza o Bélgica principalmente.

Parece que la historia se repite; otra vez españoles saliendo de nuestro país para buscar más oportunidades.

El caso es que ciudades como Madrid y Barcelona están creciendo mucho, como te comento, por la llegada de gente del medio rural, que acude en busca de trabajo en alguna de las muchas empresas que están creándose en los alrededores de ambas ciudades. E incluso, alguna extranjera está instalándose también aquí.

Amigo mío, ya sé que sois felices en Ribadesella, pero valora el comprar una vivienda en la capital. A fin de cuentas, aquí está el poder y eso, es lo que nos interesa. Y no estar siempre de hotel: tener vivienda en la capital es igual a estatus.

Estoy segura que tomaréis la decisión correcta.

Recuerda, aquí también sois ricos.

Vuestro amigo.

Cuando Begoña termina la lectura, Ramiro se dirige a ella y le dice:

—Esta carta me ha terminado de convencer, allí tenemos mucho dinero. El hijo de la marquesa nos está aconsejando bien para invertirlo de forma rentable. Es el momento. Voy a aceptar la oferta que tenemos para la venta de la plantación y me reuniré con Bacardí para la venta de la fábrica azucarera; está muy interesado, será una forma de expandir su negocio del ron.

La casa de La Habana es lo que menos me preocupa; es lo que tiene menor valor económico y, además, siempre tendrá pretendientes.

—Una vez más has tomado la decisión correcta. Esta noche, durante la cena, se lo exponemos a nuestro hijo. Debe de abandonar su idea de quedarse.

—Me parece bien.

La cena no salió como esperaban. Una vez más, su hijo se niega a abandonar su tierra; está en deuda con sus pacientes, o eso cree.

—Madre, soy médico. Tengo un compromiso con el hospital y mis pacientes. No puedo dejarles tirados por esa manía que os ha entrado de marcharnos. Esta es mi vida. Mis amigos. Todo.

—Hijo, allí también tendrás pacientes. Otra cosa no, pero desgraciadamente, enfermos los hay en todas partes. No puedo irme dejándote atrás. Por favor, la situación política aquí comienza a complicarse. Por favor.

—Me gusta mi vida aquí. Lo tengo que pensar.

Tirando la servilleta sobre la mesa, el joven se levanta y los deja solos en el comedor.

—Ramiro, hay que hacer algo. No podemos seguir esperando.

—Dime tú.

—Hay que hablar con Julia. Ella es la única que puede convencerle. A veces parece que es a la única que escucha.

—Está bien. Llámala.

Begoña acude a la zona de servicio y se la encuentra en la cocina.

—Julia, por favor, cuando pueda, venga al comedor.

—Ahora mismo.

Casi se repite la escena de años atrás cuando, sabiendo que estaba embarazada, la convocaron para contarle su plan para quedarse con el niño que llevaba dentro.

—¿Qué desean?

—Julia, regresamos a España. Vamos a vender todo. Dejamos Cuba de forma definitiva. Queremos que venga con nosotros. Allí podrá permanecer en la casa, si lo desea, o vivir en la suya. No hay problema. Pero hay una cuestión para la que necesitamos su ayuda.

—¿Cuál es?

—Ramiro no quiere dejar Cuba. Desea quedarse aquí. Nosotros eso no podemos consentirlo, no sabemos qué futuro le espera a la isla. Por eso, necesitamos de su ayuda. Solo usted puede convencerle. Estamos preocupados.

—Gracias por el ofrecimiento sobre viajar con ustedes a España. Está bien, si les parece, permaneceré en la casa; no me instalaré en la mía. Hablaré con el joven Ramiro y espero poder hacerle cambiar de opinión. Ya sabemos que es bastante terco, pero, efectivamente, es lo mejor. Mañana, a la hora del desayuno, charlo con él.

—Te lo agradezco. Hasta no saber de sus planes, no podemos comprar los billetes de avión.

—Mañana les informo sobre lo comentado con él. Si me disculpan, voy a cenar.

—Claro, por supuesto.

Cuando se quedan solos, reanudan la conversación:

—Ramiro, si Julia no lo convence, no lo hará nadie.

—Lo convencerá. Ella no se separará de él.

—Lo dices porque es su madre biológica.

—Te guste o no, es así.

—¿No he sido una buena madre?

—Yo no estoy diciendo eso, simplemente digo que ella fue la mujer que le parió y siempre ha estado a su lado, cuidándole, y tiene por ello una conexión especial con él. Las madres de nuestra clase social son más distantes, no están permanentemente con sus hijos. Eso lo hemos visto todos los días y, por eso, al final los niños pueden llegar a estimar más a sus cuidadoras que a sus progenitoras. Ya está.

—Me estoy sintiendo un poco incómoda con la conversación. Más pareciera que me hubiera ocupado de los hijos ajenos, construyendo escuelas y preocupándome de su educación, que del nuestro.

—No te sientas atacada, porque no lo estoy haciendo. Constato unos hechos. Las clases pudientes se rodean de cuidadoras. Ya está. Me está cansando esta discusión. Si no te importa, me retiro a mi despacho. Quiero revisar de nuevo el contrato de venta de la azucarera y preparar la reunión que tengo mañana con Jaime Bacardí. Es primordial para nuestros planes. Buenas noches, querida.

Julia cumple lo prometido. Como cada mañana, le lleva la bandeja temprano a su dormitorio, porque se levanta a esa hora para ir al hospital.

—Buenos días, mi niño. ¿Has dormido bien? Hoy parece que hará bastante calor.

—Buenos días, Julia. Sí. Estaba cansado; ayer tuve un día intenso en el hospital y hoy me temo que no será diferente.

—Quizás una buena opción es viajar a España. Allí podrás ejercer la medicina en un consultorio y trabajar en un hospital, si quieres. En el campo hay mucha necesidad de tener un buen médico. Yo me voy con tus padres. Quiero volver a mi tierra. Me estoy haciendo vieja y quiero morir allí.

—¿También me abandonas?

—No te abandono, te pido que vengas con nosotros. Sabes lo importante que eres para mí. Me dolería mucho dejarte atrás. Nunca te he pedido nada; ahora lo hago.

—Te ha enviado mi madre…

Para Julia, escuchar *madre* refiriéndose a Begoña, es como si le clavaran un puñal en el corazón, pero se recompone.

—Te quiere y se preocupa. No tienes nada que perder, ¿no crees? Si no te adaptas o no eres feliz, puedes volver.

—Quizás tengas razón. Lo pienso detenidamente durante el día, pero probablemente esta misma noche le diga a mis padres que voy también a España.

—Me haces muy feliz, —responde Julia, acariciando su rostro—. Te dejo para que desayunes tranquilamente. ¡Que tengas un buen día!

Más tarde, en el comedor, Ramiro, como cada mañana, está hojeando la prensa y Begoña está ansiosa por conocer lo que pueda decirles Julia.

Julia entra portando la bandeja con los cafés.

—Buenos días.

—Buenos días, Julia. ¿Pudo hablar con él? ¿Le ha convencido?

—Begoña, tranquila, deja que Julia se explique.

—Perdón. Es que estoy nerviosa; apenas he podido dormir esta noche dando vueltas al asunto.

—He charlado con él; le he expuesto las bondades de ir a Ribadesella y la posibilidad de trabajar allí, si quisiera, en un hospital.

—¿Y?

—Ha aceptado. Esta noche, creo, lo comentará en la cena.

Begoña se toca las sienes, en un claro gesto de cansancio.

—Como siempre, muchas gracias, Julia.

—Si lo he hecho, es porque estoy convencida de que para él es lo mejor. Espero no equivocarme.

Con esa frase lapidaria ha querido dejar claro que no es un favor hacia ellos.

Se da la vuelta y abandona el comedor.

—Ha sido un poco brusca, a mi parecer. ¿No crees Ramiro?

—Yo creo que ha dejado clara su postura y no hay que tenérselo en cuenta. Lo que importa, lo que realmente importa, es que nuestro hijo hace el viaje con nosotros; los medios para conseguir nuestro plan, en este caso, son secundarios.

—Tienes razón.

Tres meses más tarde, el imperio Santaolaya ha pasado a otras manos. Sus sentimientos son encontrados: alivio, sin duda, por poder abandonar la isla antes del conflicto que gran parte de la población asume, y, por otro lado, el más sentimental, saber que nunca más volverán a esta tierra que tanto les ha dado.

El último mes es una locura: empacar todo lo que se llevarán, que irá en barco, y organizar los objetos que se quedan aquí, con los que deciden organizar un mercadillo benéfico a favor del hospital *Quinta Covadonga*, para ayuda de los niños enfermos.

Todas sus amistades pasan por allí, adquiriendo objetos que, hasta ahora, decoraban sus estancias.

Su amiga Soledad se acerca a ella.

—Begoña, ¿estás segura, no solo de irte de aquí, sino de querer desprenderte de todo esto?

—Totalmente. No puedo llevarme tantas cosas. Pero, como ves, no por eso son peores. Ese jarrón que tienes en la mano fue un regalo de Ramiro. Al ser tan delicado, podría llegar hecho añicos. La parte buena es que toda esta recaudación irá a una buena causa: los niños.

—¿Y sobre irte? ¿Estás segura?

—Queremos regresar a España. Allí también tenemos buenos amigos e intereses. Así que, sí. Ha llegado el momento.

—¿Julia también?

—También.

Soledad la mira con suspicacia.

—Antes de irte, quizás deberías de contarme algo, ¿no crees?

—No te entiendo.

—Pues la relación real entre Julia y vosotros. A ver, es rara. Siempre con vosotros. Una cosa es ser una fiel criada y otra el tipo de relación que hay entre vosotros. Parece una más de la familia, aunque te sirva la taza de café. Creo que estoy siendo clara. Te diré una cosa, nunca me creí tu embarazo. Una mujer no se queda embarazada milagrosamente después de lo que pasaste tú. Más bien creo que ella es la madre auténtica de Ramiro. ¿Me equivoco? Mira, no tienes que contestarme y, si crees que me meto donde no me llaman, dímelo, no pasa nada, pero sabes que soy tu amiga.

Begoña se queda pálida. Sin armas con las que defenderse.

—Soledad, siempre te ha gustado estar enterada de todos los asuntos y, si son con cama de por medio, mejor. Me ayudaste mucho cuando perdí a mi segundo hijo. Y bueno, quizás, sea hora de sincerarme contigo. Efectivamente, no es mío. Pero el padre es mi

esposo. Se encamó con ella para tener un heredero. Así que estaremos en deuda con ella toda la vida. A cambio recibió una buena suma de dinero y una casa en su pueblo. Nosotros le prometimos que siempre estaría cerca de Ramiro. Fin de la historia.

Soledad, ante la confesión de su amiga, se tapa la boca por la sorpresa.

—Vaya… un buen plan trazado. Ella ha permanecido, en calidad de cuidadora, al lado de su hijo. No la apartasteis. Y vosotros tenéis un heredero. Todos ganasteis.

—Ya lo sabes. Eres la primera persona a la que se lo confieso. Ni siquiera a mi amiga la marquesa. No es fácil reconocerlo en voz alta. Fue muy duro saber que tu esposo se acostaba con una mujer que veía a diario en mi casa. Hasta que me confesó su plan; ahí le quise más todavía. Me hizo el mejor regalo: un hijo.

—Gracias por esta demostración de amistad. Te echaré mucho de menos. Y aunque tengo fama de cotilla, te puedo asegurar que tu secreto está a buen recaudo. Una cosa es chismorrear sobre los deslices de nuestros esposos y otra cosa es algo tan íntimo como un hijo. Yo también soy sincera y me pone muy triste que te vayas de la isla, pierdo una gran amiga.

—Por lo que veo, vosotros al final os quedáis. Y para mí también lo eres. Mantendremos correspondencia. Y mi alma, de alguna manera, se queda aquí. No olvides que dejo dos hijos enterrados en estas tierras. Eso duele, y mucho, pero tenemos que mirar por Ramiro y lo que es más conveniente para él.

—Sancho quiere quedarse. Al contrario que vosotros, él no ha invertido fuera de aquí. Dice que ya está mayor para volver a empezar en otro sitio, que no tiene contactos. Con la edad, se ha amedrentado. Y lo entiendo. A mí tampoco me apetece partir de cero. Vosotros fuisteis muy previsores.

—Nosotros siempre os podríamos ayudar. Ramiro está bien relacionado en Madrid con el gobierno del régimen.

—Él solo conoce el negocio del tabaco.

—Allí también hay tabacaleras. Pensadlo, por favor. Estaremos más que encantados de hacerlo.

—Muchas gracias. De verdad. Se lo comentaré de una forma sutil. Ya sabes que ellos se consideran más listos que nosotras.

La última noche, en su casa, sin apenas muebles, el matrimonio celebró una fiesta de despedida con sus amigos. Acudieron los que se quedaban, otros que, como ellos, también se van a marchar, y amigos del joven Ramiro. Son tiempos de despedidas.

No falta de nada: una orquesta en el jardín amenizando la velada, buen champán, marisco y todos los manjares posibles.

Un fotógrafo está capturando todas las imágenes. El matrimonio es muy aficionado tanto a las películas como a las fotografías. Todos esos recuerdos viajarán con ellos.

Fidel Castro fue nombrado primer ministro de Cuba el 16 de febrero de 1959 y elegido presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de la República, cargos que ocupó hasta su fallecimiento en 2016. La isla pasó a estar bajo un régimen totalitario comunista.

Toda esta situación política provocó una gran inestabilidad social y económica.

Los empresarios y emigrantes, asentados desde hace años allí, no sabían qué hacer. Algunos, buscando protección, apoyaron al régimen, pensando que así sus empresas estarían a salvo. Pero no fue así: todos los bienes fueron requisados y las mansiones de los terratenientes pasaron a estar ocupadas por el servicio que las atendía.

Paulatinamente se produjo un éxodo de cubanos a Estados Unidos, dejando toda una vida atrás para instalarse principalmente en Miami. Muchos de ellos salieron, como suele decirse, con lo puesto.

CAPÍTULO 33

Ribadesella, 1961.

En Ribadesella la vida transcurre de una forma tranquila, sin grandes sobresaltos.

A menudo, el matrimonio viaja a Madrid, a veces simplemente por placer y otras veces por cuestiones empresariales.

Su hijo se ha adaptado muy bien al entorno rural, le ven feliz y esto los tranquiliza.

Como acordaron, han montado su consultorio en la parte de debajo de la casa. Incluso han abierto un acceso diferente para que los pacientes no molesten en el día a día de la casa principal.

Su dedicación le está creando una gran fama en el concejo y fuera de él. Sus padres, orgullosos, lo perciben cuando van por la calle y sus vecinos los paran para comentar lo bien que les ha atendido su hijo.

Incluso ha recibido una oferta para trabajar en la Clínica de la Concepción en la capital, e incorporarse al equipo médico del marqués de Villaverde, el yerno del general Franco, una vez finalizadas las obras de un nuevo centro hospitalario llamado La Paz.

Al principio casi se lo estaba planteando, pero después, tras darle muchas vueltas, dejará pasar esa oportunidad porque se siente más útil en Ribadesella.

Aunque va a menudo a Madrid a formarse y allí se ha hecho con un grupo de amigos con los que, de vez en cuando, se ven para divertirse.

Finalmente, sus padres adquirieron un palacete situado en el Paseo de la Castellana. Está un tanto alejado del centro, pero es allí donde se aloja.

Un día acude a una fiesta en casa de una joven a la que no conocía. Se llama Adela y se la ha presentado Alfonso, un amigo común. Pertenece a una familia próxima al régimen. Su padre, un hombre avispado para los negocios, está construyendo hoteles en el litoral para atraer al turismo, una fuente de ingresos que España necesita.

Además, su tío es ingeniero de caminos y ocupa un alto puesto, de los de toma de decisiones, en el Ministerio de Obras Públicas.

La belleza de Adela a Ramiro le deja sin palabras: una morena no demasiado alta, pero esbelta.

Ambos se quedan mirándose, sin decir nada, hasta que Alfonso se retira y se quedan solos.

—¿Eres español?

—Sí y no. Nací en Cuba, pero mis padres son lo que llamáis *indianos*. Hemos vuelto para quedarnos. Por eso tengo este acento.

—Entiendo. Ahora las cosas allí no pintan muy bien, ¿no es así? Y, ¿a qué te dedicas?

—Soy médico. Estudié en la universidad de La Habana y ejercía allí en un hospital. Ahora soy médico rural. He recibido ofertas para trabajar aquí, pero me gusta mi labor allí. Sigo formándome. Por eso conocí a Alfonso cuando acudimos a unas conferencias sobre la polio.

—Desde luego. Así que eres un auténtico médico, de los que quieren salvar vidas y para los que ganar dinero no es tan importante. Casi te podríamos considerar como un héroe.

—Tengo lo necesario para vivir. Más que la mayoría. Y me parece excesivo ese apelativo. ¿Y tú?

—¿Yo? Ayudo activamente a mi madre en labores sociales, como en la Cruz Roja. Me satisface mucho esa labor.

—Veo que, de alguna forma, tú también ayudas a los demás.

—Si. Me gustaría estudiar Enfermería… No creo que mi única aspiración deba ser el típico papel de la mujer en el hogar, y las áreas de humanidades o ciencias sociales por las que optan

mayoritariamente las estudiantes universitarias, que por fortuna cada vez son más, no me atraen especialmente.

El resto de la noche no se separan. Ella, con mucha curiosidad, le pregunta detalles de cómo era su vida en Cuba y también en Ribadesella.

Quedan en verse al día siguiente y eligen un lugar público, el Parque del Retiro, sitio de encuentro de gran parte de la sociedad madrileña.

Él no conoce a nadie, pero ella se para a cada paso; se nota que es una joven bien relacionada en la sociedad de la capital. La observa y ve algo que destaca de ella: siempre tiene una sonrisa.

A la madre de ella le llega el comentario sobre ese misterioso acompañante de su hija. Un día la cita en el comedor.

—Adela, me han llegado rumores sobre que vas con un acompañante. Nadie sabe quién es. Así que, dime, ¿quién es ese joven?

—Madre, es Ramiro Santaolaya, viene de familia de indianos, pero está muy bien relacionada. Tienen una gran relación, de amistad y de negocios, con los marqueses de Argüelles.

—Creo que he oído hablar de ellos. Sí, efectivamente, están bien relacionados. Y dime, ¿vais en serio?

—Nos hemos conocido hace poco. Es médico y ejerce en Asturias y, como sabe, yo quiero estudiar Enfermería, así que, bueno…

—Hija, déjate de estudiar. Lo que tienes que hacer es casarte. Algunas amigas tuyas ya están a punto y tú ni siquiera tienes prometido.

—Pero yo…

—Yo nada. Si te interesa ese chico y crees que él lo está en ti, deberíamos de hacer oficial el compromiso y conocer a sus padres.

—Me atrevería a decir que es un poco pronto, —responde Adela, casi en un susurro, a su madre, que, si algo la caracteriza, es ser todo un carácter.

—Pero eso sí, te irías a vivir a un pueblo; ¿acaso lo has pensado?

—Lo he pensado. Y allí podría ayudarle en la consulta; si estudio Enfermería, le podría venir bien.

—Muy bien. Di al muchacho que venga mañana por la tarde a merendar y así lo conozco. Si tiene intenciones serias, vendrá.

—Madre, no sé si será un tanto precipitado, siento como si le estuviéramos empujando a comprometerse conmigo.

—Hija, te voy a ser sincera: tu padre es un constructor de éxito, pero ahora mismo estamos pasando por momentos de dificultad económica. Realizó una serie de inversiones que no han ido bien. Así que tu compromiso y matrimonio con un rico hacendado indiano nos puede beneficiar. Además, gozan de buenos contactos.

—Madre, ¿estamos arruinados?

—Yo no diría tanto, pero sí. De cara al exterior, espero qué no se note. Tu hermana está prometida con el marqués de Santos y no debemos dejar entrever nuestra precariedad económica. Su boda debe ser acorde a nuestro apellido. Te recomiendo que, si te gusta, aceleres el proceso con ese joven.

—Lo pensaré.

—Con eso me vale. Siempre has sido sensata.

Ramiro regresa ilusionado a Ribadesella; cree que en Adela ha encontrado a la mujer perfecta. Una tarde estuvo merendando en su casa y su familia le causó una buena impresión. Ella le ha insinuado que le encanta el campo y que vivir en un pueblo debe tener su encanto. Además, quiere ser enfermera; eso le ayudaría en su consultorio.

—Hijo, qué alegría que estés aquí. Pensaba que no regresabas; has debido de estar muy ocupado porque siempre estás allí los días justos y, sin embargo, este viaje has prolongado tu estancia. Y apenas hemos hablado. Han venido pacientes preguntando por ti. Mañana pásate a visitar a Mariana a su casa; está a punto de parir.

Y dicho esto, cuéntanos, ¿qué tal por la capital? Puede que en el siguiente viaje vaya contigo; tengo que renovar vestuario y me

apetece ir al teatro.

—Pues el siguiente creo que será dentro de poco. Madre, he conocido a una joven que me gusta mucho.

Begoña se sienta en el sofá de la sala a escuchar a su hijo. Debe de ser importante esa chica para él, porque siempre ha sido bastante hermético en cuanto a sus sentimientos.

—Cuéntame. Dame todo lujo de detalles. Ahora, con más motivo, debo de viajar a Madrid, porque parece que voy a conocer a mi nuera.

—Yo no diría tanto, pero bueno. De hecho, estuve una tarde merendando con su madre. Su padre es constructor, está centrado en la costa de Valencia, y su tío es un alto cargo en el ministerio de transportes, es ingeniero. Son de buena familia. Es una chica guapa, dulce, elegante. Y quiere estudiar Enfermería.

—Muy apropiado todo, desde luego. Pues nada, en quince días, si te parece, nos vamos a Madrid. Ya verás qué contento se pone tu padre con la noticia. Podríamos organizar un almuerzo, o bien en casa o en algún restaurante. Lo que prefieras. Pero tú fuiste a su casa, así que, lo más apropiado sería corresponder nosotros igual. ¿Qué te parece?

—Sí, me parece mejor lo del almuerzo en casa. Hemos quedado en escribirnos y hablar por teléfono los domingos.

—Estupendo. Te veo ilusionado y eso me gusta mucho, hijo.

Más tarde, Begoña se lo comentará a Julia.

—Julia, tengo que contarle un asuntillo sobre Ramiro.

—¿Está bien?

—Demasiado bien. Me parece que se ha enamorado de una joven de buena familia de Madrid. Se llama Adela. En quince días, vamos a Madrid. Quizás podría venir con nosotros y encargarse algo de ropa en esa modista que conoce en el barrio de Lavapiés. Me gusta mucho verlo así. Pensaba que, a este paso, no se casaba.

—Es buen muchacho, guapo, de buena familia, con posibles. En definitiva, es un buen partido, imposible quedarse soltero. Y

aprovecharé para visitar a la modista. Muchas gracias.

—Si finalmente se casa, espero y deseo que sean felices aquí. Porque eso sí que se lo ha comentado a Adela: ejercerá en Ribadesella. ¡Ah!, y ella quiere formarse como enfermera: un equipo perfecto.

—Todo encaja a la perfección, Begoña.

—Yo también lo veo así. Le diré a mi esposo que compre los billetes de tren para ir a Madrid y daré aviso para que arreglen nuestra llegada en la casa.

—Bueno, señora, continúo con mis quehaceres.

—Gracias, Julia.

Quince días más tarde, los tres llegan a Madrid. En dos días se producirá el famoso encuentro con esa joven que ha encandilado a Ramiro.

Con lo perfeccionista que sabemos que es Begoña, no escatimará en detalles para decorar la mesa. Ha encargado en la cocina los platos más exquisitos. Quiere deslumbrar a la joven y que su hijo se sienta orgulloso de su familia.

Su esposo llegará ese día y también estará presente.

El día señalado, desde primera hora, Begoña está supervisando todo. Se siente algo nerviosa, pero es normal, una no conoce todos los días a su futura nuera.

Ha sondeado a sus amigas para tener alguna referencia y le han confirmado que, efectivamente, es una familia de lo más adecuada. Adela es la segunda de los cinco hijos que tiene el matrimonio.

Han acordado que sea Julia quien abra la puerta, para que, desde el primer momento, pueda ver a la joven.

Unas horas más tarde, el sonido de la puerta…

—Buenos días. Por favor, acompáñeme al salón. La familia la está esperando allí.

Adela, con una gran sonrisa, sigue los pasos de Julia para acceder al salón. Begoña se encuentra acomodada en uno de los sofás del

salón, mientras los varones se encuentran de pie, charlando.

—Buenos días, Adela, querida. Un placer conocerte.

—Lo mismo digo.

—Ven, siéntate a mi lado. Quizás te apetezca un vino antes de la comida.

—No, gracias. Quizás un vaso de agua.

Durante el almuerzo, tanto la invitada como los anfitriones fueron comentando detalles de ambas familias.

Julia será la encargada de atender la mesa, para no perder detalle de esa joven que ha conquistado el corazón de Ramiro.

Tras el evento, el veredicto es claro: es perfecta para contraer matrimonio con Ramiro.

Adela, por su parte, hace lo mismo al llegar a su casa, donde la está esperando su madre.

—Hija, ¿cómo ha ido el encuentro con la familia Santaolaya?

—Muy bien. Son gente muy agradable. La verdad es que estaba nerviosa, pero a medida que charlábamos me he ido relajando.

Mañana he quedado por la tarde con Ramiro para dar un paseo.

—Lo estás haciendo muy bien. Creo que él te dirá algo más en firme mañana. De ser así, lo normal es que organizáramos vuestra pedida de mano y que el enlace no se demorara mucho. Tu futuro suegro es un gran empresario y quizás ahí tenga tu padre la oportunidad de ofrecerle que invierta en la constructora.

—Ya veremos. Es un hombre inteligente. De la nada no se hace una fortuna. Téngalo en cuenta. Si recela algo, puede que rompa el compromiso.

—No ocurrirá, tu padre también es un gran empresario, solo que ahora, simplemente, está pasando por un mal momento.

—Madre, Ramiro me quiere mucho y yo a él. Y, por eso, precisamente, no me gustaría que se torcieran las cosas. Y si algo tengo claro es que me apetece trabajar con él en su consultorio y poder ayudar a la gente.

—También lo haces aquí.

—No es lo mismo. Las obras de beneficencia que hacemos aquí son de cara a la galería. Madre, usted sabe que lo hace por obligación, no por devoción. Una cosa que me ha llamado la atención es que Ramiro tutea a sus padres, no como nosotros. Es un trato más cercano.

—Me parece inapropiado. Una falta de respeto.

—Ellos han vivido lejos de España y de sus costumbres. Begoña, la madre, es una mujer muy refinada.

—Son indianos, no se te olvide. Qué te quiero decir: que son ricos, sí, pero sin un pasado.

—Pero cuando estemos hablando de dinero y de intereses eso da igual, ¿no es cierto?

Su madre, ante la respuesta de su hija, se envara en el butacón de la salita donde está sentada.

—No seas descarada. Estoy pensando en tu futuro y en el bien de esta familia. Tu hermana se casará con alguien de apellido. Tú con alguien sin apellido, pero con fortuna. Todo está bien.

—Madre, si le parece, voy a mi habitación a cambiarme de ropa y a leer un poco.

—De acuerdo, hija.

CAPÍTULO 34

Unos meses más tarde…

El matrimonio entre Ramiro y Adela ocupó las notas de sociedad.

Los padres de la novia no escatimaron en gastos, ya que, a pesar de su inestable economía, necesitaban lucir ante la sociedad madrileña.

Acudió lo mejor de la alta sociedad.

Los novios lucían muy guapos en todas las fotografías.

La pareja estuvo de luna de miel casi un año. Este tipo de viajes y su duración eran lo normal en aquella época en las familias pudientes: viajar por Europa e incluso por Estados Unidos.

Mientras tanto, el matrimonio Santaolaya habilitó otra zona de la casa, con sus dormitorios, para dejar su espacio a la pareja de recién casados y, salvo para las comidas, el resto del tiempo apenas tendrían que verse. En una palabra, dejarles privacidad.

Durante este largo período, han viajado varias veces a Madrid para acudir a la ópera y otros escaparates sociales.

La relación con sus consuegros no es demasiado buena desde una situación que se produjo un día en que los invitaron a comer; en esa comida, el padre de Adela lo abordó planteándole invertir en su constructora. Ramiro, hombre avispado, se dio cuenta rápidamente de sus intenciones y, de una forma educada, declinó su oferta.

A partir de ahí, la tensión fue palpable.

Ramiro estalló al llegar a su casa.

—Begoña, ¿te has dado cuenta de lo que pretendían? Piensan que soy tonto. Ese hombre está pasando apuros económicos, me lo comentó Federico. Sus inversiones en la costa no van bien y

pretende engatusarme para que ponga parte de mi capital en su empresa.

No me gustaría pensar que hayan engañado a nuestro hijo en este matrimonio. Me ha llevado a su despacho, después de la comida, para fumar y tomarnos un coñac, y me ha mostrado todos los planos, diciéndome que es una oportunidad única y qué me lo comenta a mí por ser familia, pero que hay muchos inversores interesados.

Pues para ellos. Yo no lo quiero. Estoy invirtiendo en la construcción de viviendas sociales y para gente obrera en la periferia de Madrid. Gente que viene a trabajar a fábricas y que necesita dónde vivir. Ya tengo mi proyecto con el Ministerio de la Vivienda y ahora, además, a través del Ministerio de la Guerra, han entrado más proyectos para viviendas exclusivamente para militares. ¿De verdad piensa que voy a meterme en otros proyectos poco claros?

En ese momento no le he dicho que no, pero se ha dado cuenta de que no estaba muy receptivo y, directamente, le ha cambiado el gesto. Es un caballero y ha sabido salvar la situación. Pero me parece vergonzoso. Mañana pienso reunirme con Federico y comentárselo.

Han forzado a que nuestros hijos se casen demasiado deprisa. Tengo la impresión de que es como si tuvieran que colocar a sus hijas rápidamente.

A la mayor, casada con un marqués, eso les asegura el estatus social; y a la segunda, nuestra nuera, con unos ricos llegados de Cuba.

Estoy enfadado. Muy enfadado.

Lo peor que es vamos ambos a la cacería que organiza el marqués de Cáceres. Intentaré evitar el contacto, porque me temo que, de nuevo, me haga un planteamiento.

Tengo que contenerme. No quiero desairarlo allí.

Begoña, mientras escucha a su marido, va cambiándose de ropa. Lo mira a través del espejo.

—No me habías dicho nada sobre el asunto de la cacería.

—Tienes razón, perdona. A mí la caza no me gusta, pero soy consciente de que debo ir. Siempre extraes información interesante. A las damas, las meriendas, nosotros, la caza. Comentan que, incluso, puede que vaya Franco. Todavía no he tenido la oportunidad de conocerlo.

—Ramiro, olvídate del tema de nuestro consuegro. Yo veo feliz a nuestro hijo y vivirán lejos de ellos. Y eso es lo que importa, aparte de las triquiñuelas de su padre. Estoy convencida de que Adela le quiere y serán felices. Ojalá nos llenen la casa de nietos.

Nosotros hemos cumplido con los objetivos en nuestra vida. Ahora toca estar tranquilos, aunque eso a ti te cueste trabajo. No necesitamos más dinero. El futuro de nuestro hijo está más que garantizado.

—Estirado. —A pesar del comentario de Begoña, Ramiro sigue ofuscado con el tema—. Nos mira por encima del hombro porque somos nuevos ricos. Nos trata con condescendencia. Jamás me he sentido así. En Cuba escalamos socialmente y allí muchos eran como nosotros. Sin embargo, la alta sociedad de Madrid, que muchos no tienen ni para comer, te miran levantando la nariz. No lo soporto.

—Fúmate el cigarrillo, termina el coñac y mañana será otro día. No merece la pena. Pensando en lo de la cacería, deberías comprar todo lo necesario y que alguien te instruya en esas cuestiones. Nunca has asistido a una.

—Tienes razón. Siempre estás en todo.

—Querido, estoy cansada. Me voy a dormir. Recuerda que mañana por la noche acudimos a la ópera. Estaremos en el palco de los marqueses de Arguelles.

—Espero no encontrarme con nuestros consuegros.

—Basta. Deja a esa gente. De verdad, no merece la pena. Ellos nos necesitan, nosotros a ellos, no. Piénsalo.

—Ya he terminado el cigarrillo. Me voy a dormir. Hasta mañana, querida.

Begoña está desvelada y busca en la biblioteca algo que le ayude a conciliar el sueño.

La noche en la ópera, ambos matrimonios se evitaron. Por diferentes motivos, las dos parejas estaban molestas.

A una, su jugada no le salió como preveían: no consiguieron el dinero. Y los segundos consideran que les trataron como a unos mindundis con dinero.

El primero es un señorito de salón. El segundo es un zorro de los negocios. ¿Quién es más listo?

Al regreso de la cacería de Ramiro, el matrimonio vuelve a Ribadesella. Según la última carta, su hijo estará en unas tres semanas en casa. Si se quedan en Madrid, casi sería obligado organizar un almuerzo entre las dos familias, así que una forma diplomática de evitarlo es despedirse ahora de la capital.

En Ribadesella han comprado muebles nuevos y tapizado las butacas. Todo está listo para la bienvenida a la pareja.

En el pueblo ya ha corrido la voz de la vuelta de su doctor.

Begoña continúa con sus labores de mecenazgo en el pueblo y, por fin, hoy se inaugura la biblioteca; lo hará junto al alcalde.

Un paso más para la cultura del concejo.

Todo son buenas noticias y, entre ellas, Aurora le comunica que dejará de trabajar en la casa porque ha conseguido el título de maestra y, de momento, se irá a un pueblo cercano, a Arriondas.

—Aurora, me siento muy orgullosa de ti. Lo has conseguido a pesar de los problemas. Lo harás bien y qué sepas que, en la escuela de aquí, siempre tendrás un sitio. No lo dudes.

—Muchas gracias, señora. No lo hubiera conseguido sin su ayuda. Me ha dedicado mucho tiempo.

—No hay de qué. Y enamórate y forma una familia. ¿Nunca has tenido novio?

La joven se sonroja.

—Me enamoré una vez. Pero no podía ser. No era de aquí.

—Siento curiosidad por tu historia. ¿Acaso era un viajante?

—No. Fue durante la guerra. Él era el teniente republicano que estuvo en esta casa. Era guapo, amable, me trataba como a una dama, aun solo siendo una sirvienta. Me regaló su reloj de cadena. Lo llevo siempre conmigo.

—Y al terminar la guerra, ¿no te buscó?

—Quién sabe si está vivo. Además, su familia era boticaria y vivía en la capital. Todos tenían estudios. Yo…

—¿Recuerdas su apellido? Quizás yo pueda saber de él.

—Prefiero que no. Así siempre le tendré idealizado en mi cabeza y en mi corazón. Puede que no vuelva a amar a nadie y me quede soltera, centrada en mi trabajo y mis alumnos, pero no me importa. He visto a mi madre y no es feliz en su matrimonio. Yo no quiero eso.

—Como desees. Ven algún día por aquí, cuando visites a tu familia, y nos cuentas cómo te va. Eres un gran logro para mí.

—Señora, será un honor. Pero visitar a mi familia, lo pongo en duda, mi padre no es un buen hombre. Nos levantaba la mano si no conseguía lo que quería. Supongo que de ahí mi carácter tan reservado. Mi hermana ya casó y en la casa ya están ellos solos. Mi madre permitió que nos pegara, así que no les tengo mucho apego a ninguno de los dos.

—Lo siento. Es una historia terrible. Aunque no vayas a tu casa, ven a verme y charlamos. Y si necesitas cualquier cosa para tu escuela, dímelo. Te lo proporcionaré encantada.

—Muchas gracias, señora.

Con la marcha de Aurora, la contratación de una persona nueva de servicio y la llegada de los recién casados, la casa es un hervidero de actividad.

Begoña ansía que traigan la buena noticia de un embarazo. Desea ser abuela y ver correr a niños por el extenso jardín.

Mentalmente incluso ya ha planificado su educación. La parte elemental la harán aquí, pero continuarán sus estudios en la capital.

El día de su llegada prepararon una gran comida con manjares de todo tipo. Hasta invitaron a las fuerzas vivas del pueblo: el alcalde, el párroco, el boticario… todos estuvieron allí.

La relación entre ambas mujeres es muy buena.

Adela se está esforzando mucho, acude a la Escuela de Enfermería del Hospital General de Asturias en Oviedo para obtener la titulación, mientras aprende el oficio de enfermera junto a su marido. Cuando puede, porque las clases se lo permiten, va con él a todas partes, sobre todo si hay un parto; esto la emociona especialmente. Acuden a la casa los dos. No se amedrenta ante nada.

Son felices y están constantemente ocupados en atender el consultorio y visitar enfermos en todo el concejo, acudiendo a sus casas.

El matrimonio tuvo dos hijos, el mayor se llamará Ramiro para continuar con la tradición familiar del nombre y la menor será una niña, la madre de Rocío, que se llamará Caridad, en honor a la patrona de Cuba.

Julia, a pesar de ya tener una edad, no abandonará la casa. Es más, se encargará de la crianza de los hijos del joven matrimonio.

Begoña, la abuela oficial, disfrutará también de ellos, pero de otra forma; por ejemplo, llevándolos a Madrid con ella largos periodos para acudir con ellos a distintos espectáculos.

Están tan centrados en su trabajo que ir a la capital se les hace un mundo, salvo que Ramiro acuda a alguna conferencia para continuar con su formación. La relación de Adela con su familia será distante. Su padre no se recuperó financieramente y no les quedó más remedio que abandonar su casa de Madrid y trasladarse a Zamora, donde la familia tenía un palacete.

Ellos encontraron su hogar en Ribadesella.

CAPÍTULO 35

Ribadesella, en la actualidad.

Tanto Rocío como su madre han terminado de poner en orden el desván.

Han continuado descubriendo objetos, cartas, fotos y más películas antiguas. Una de sus preferidas es la de la despedida de Cuba de sus antepasados. O eso creen.

Una gran fiesta. Con muchos invitados en la que, una vez más, no escatimaron en nada. Parte del servicio se movía entre los invitados cargados con bandejas, tanto con bebida como con comida.

Incluso hubo fuegos artificiales que la cámara captó.

Se ve a los anfitriones cómo van moviéndose entre los diferentes grupos que se han formado, charlando animadamente. Y tras los fuegos artificiales, se observa cómo la pareja dice unas palabras a los asistentes; no las pueden oír, no hay audio, pero entienden que son palabras de despedida y, tras ellas, Begoña, emocionada, de forma disimulada, pasa la mano por su rostro para quitarse alguna lágrima.

Al final del discurso de Ramiro los invitados aplauden. Ella, a su marido, también. Él, con un gesto cariñoso hacia su esposa, acaricia su rostro. No es una decisión fácil para ninguno, porque en este lado del mundo construyeron una vida, formaron una familia y crearon un imperio. Y no hay que olvidar que dos de sus hijos están enterrados allí. Nunca más volverán a poner flores sobre sus tumbas.

De refilón se puede ver el interior de la casa, a diferencia de anteriores ocasiones, ahora apenas hay muebles.

—Mamá, mira el interior, está prácticamente vacía.

—Recuerdo que mi abuela me comentó una vez que organizaron un mercadillo benéfico a favor del hospital donde trabajaba mi

padre. No podían traer todo lo que tenían allí y, por eso, vendieron gran parte de sus muebles y objetos antes de abandonar Cuba para siempre. Notaba su nostalgia cuando me lo contó.

—¿Todos los amigos suyos abandonaron la isla?

—Algunos fueron a Miami o regresaron a España, la mayoría con menos fortuna qué ellos, porque se quedaron a la espera de los acontecimientos y, cuando triunfó la Revolución y Fidel Castro se proclamó como líder indiscutible del pueblo cubano, todos los bienes y empresas fueron a parar a manos del Estado. Se puede decir que, de alguna manera, la propiedad privada desapareció.

Por este motivo, muchos de ellos se encontraron de repente sin casa, ni coche, sin dinero. Nada. El orden establecido en la isla cambió.

Las consecuencias fueron para muchos dramáticas: pasaron de vivir en la opulencia a tener una cartilla de racionamiento y hacer grandes colas para conseguir alimentos.

—Debió de ser muy duro; pensar que ese es tu sitio y, de repente, tener que volver a empezar sabiendo, hasta cierto punto, que ahora habría muchas menos oportunidades.

—Ya lo creo. Debió de ser una auténtica pesadilla. Pero, quizás, también tuvieran culpa aquellos que acumulaban tanta riqueza. Querían mano de obra analfabeta, que no tuviera más futuro ni expectativas que, simplemente, trabajar en sus fábricas y campos… y además trabajando en no muy buenas condiciones, supongo, para que resultara más barato. Esa gente se cansó. Es lo mismo que ocurrió en todas las revoluciones del siglo pasado. El pueblo pasaba hambre, mientras que reyes o zares y aristocracia no dejaban de hacer alarde de su riqueza.

—La historia, mamá, se repite.

Su madre medita la respuesta.

—Tienes razón. Supongo que cuando estás en la cima te olvidas de los demás y piensas que nada ni nadie te puede hacer caer.

—Me encantaría saber qué ocurrió al final con la pobre Soledad, viuda, arruinada y sola. Mañana debemos de buscar alguna carta más, por si acaso.

—Está bien. Yo también siento curiosidad. Y sé que no te hace gracia, pero hay otro asunto pendiente.

—¿Cuál?

—El caso de la presencia de esta casa. Estoy convencida de que es Julia y quiere enviarnos un mensaje. Me da la impresión de que lo necesita para descansar en paz.

—Si eso fuera así, ¿qué hubiera ocurrido si en lugar de ocupar tú esta casa, se hubiera vendido? No es el primer palacete de la zona del que las familias deciden deshacerse por el alto coste de la rehabilitación y el mantenimiento. Tú, porque eres una persona que siente el arraigo a esta tierra y has podido aprovechar que, a los herederos, en este caso tanto tu tío como yo, no nos interesaba. Pero muchos descendientes viven incluso fuera de España y no quieren saber nada de Asturias.

—Me siento orgullosa de ser como soy. Uno no debe de perder nunca su identidad, y lo que somos hoy está directamente ligado con nuestro pasado. Nuestra familia tiene una gran historia detrás; la de muchos que abandonaron a sus seres queridos para buscar un futuro mejor. Este país ha sido siempre un país de emigrantes, desde principios del siglo pasado a destinos como Cuba u otros países de Sudamérica y, más tarde, después de la guerra civil, a diferentes países de Europa. Y no me contestas sobre el asunto de Julia…

—Rocío, no sé qué decirte. No soy médium. Desconozco la forma de contactar con el más allá. Si ella quiere decirnos algo, pues que lo haga.

Justo en ese momento, una vez más, el marco de la foto de la boda, se cae.

Nos está escuchando.

Ambas mujeres se quedan calladas.

—Hija, ¿crees que está aquí?

—Temo que sí. Por eso lo del marco de tu foto. Tiene fijación con esa foto. Dime, mamá, ¿qué puede haber en esa foto que a ella la enfade tanto? Te la traigo y la analizamos.

La madre sujeta el marco con ambas manos y analiza detenidamente la foto.

—¿Ves algo?

—Déjame un segundo, Rocío.

Rocío está tan nerviosa que comienza a mover compulsivamente la pierna.

—La boda fue aquí, viendo el jardín.

—Ya sabes que sí, —responde su madre—. El abuelo era un poco tacaño y decidió que, haciendo el convite en casa, se podrían servir más y mejor. No escatimaba en gastos, pero siempre economizando.

Mi madre se enfadaba mucho con él por estos temas. Ella era mucho más desprendida. El abuelo solo daba por bien empleado todo lo que fuera para formación, pero el resto... Recuerda que nosotros pasamos tiempo estudiando en el extranjero, pero ir a restaurantes, viajar… este tipo de cosas él las consideraba superficiales. Por eso mi madre, siempre que podía, venía a vernos, o incluso organizaba alguna escapada con tu tío y conmigo. Él, mientras, continuaba con su consultorio. Siempre decía que un médico no puede abandonar a sus pacientes… sin embargo, sí podía abandonar a su familia. Contradictorio, ¿no?

Tenía un gran corazón, pero no le gustaba mostrarlo. Sin embargo, mi madre era muy cariñosa. Siempre estaba achuchándonos, incluso de adultos.

Tu abuela tiene mucho mérito, lo bien que se adaptó a este entorno. Ella era de buena familia de Madrid y venir aquí a vivir, a un entorno pesquero y rural, debió de ser duro: abandonar las fiestas, teatros, cines… Pero fue feliz. Lo sé. Quería mucho a tu abuelo. Y creo que él también. Al fallecer tu abuela, él cayó en una tristeza profunda. Trabajaba sin descanso, a pesar ya de su edad. Lo dio todo por la gente de aquí; por eso era una persona muy querida y lo

siguen recordando. A cualquier hora estaba disponible, agarraba su maletín y salía de casa, aunque fuera de noche.

Recuerda que el actual alcalde quiere poner una calle con el nombre del abuelo. Creo que puede ser un bonito homenaje y se lo merece. Por cierto, mañana voy al ayuntamiento para tratar este tema. Me gustaría pensar que tu tío dejará Londres para acompañarme al acto. Sería precioso.

—Y todo un orgullo. Por este tipo de cosas siento que, de alguna forma, es mi obligación salvaguardar el patrimonio y su legado.

—No sientas ese peso sobre tus espaldas. En todo caso, sería una responsabilidad de tu tío y mía.

—Mamá, me gusta hacerlo.

—Está bien.

—Venga, mamá, concéntrate en la foto.

De nuevo mira cada detalle.

—Puede ser…

—¡Dime!

—A ver, todo lo relacionado con el banquete no puede ser. No tiene sentido.

—¿Hacía mucho del fallecimiento de la bisabuela?

—Pues… yo diría qué unos cinco años. No se llevó mucho con mi abuelo. Primero fue él, tuvo un infarto y apareció muerto en la cama. Y ella, al poco tiempo, una pulmonía que se complicó. Mis padres la estuvieron cuidando, pero no lo superó.

—¿Qué ves en la foto?

—¡Lo tengo! En mi boda llevé los pendientes y el collar que pertenecían a mi abuela y el broche que es de mi madre. ¿Puede ser eso?

La puerta de la cocina da un portazo. Ambas se sobresaltan.

—Creo que has dado con la clave. Vamos a la cocina. Ha llegado el momento de saber toda la verdad. ¿Estás lista?

—Vamos, pero estoy asustada.

—Yo también. Piensa que vamos a dar descanso a un alma errante.

Del brazo, caminan hacia la cocina. La madre continúa con el marco de su boda en su pecho.

—Julia, sé que eres tú. Estamos aquí para que nos digas qué te atormenta. Te queremos ayudar para que tengas el descanso que te mereces. Sé que no nos quieres hacer daño, así que dime, ¿estás aquí?

Como en anteriores ocasiones, el vapor comienza a aparecer en la pared.

SÍ.

—¿Nos quieres hacer daño?

NO.

OS QUIERO.

MUCHO.

Las dos se miran sin entender nada. Fue una persona que se mantuvo al lado de la familia toda la vida. Nunca se casó, normal que les tenga cariño. pero tanto como para decir esa frase, parece exagerado.

Curiosamente, están más tranquilas de lo que esperaban, sentadas en las sillas de la cocina, sin dejar de mirar a la pared de enfrente, donde siempre aparecen sus mensajes.

—Entendemos que nos tengas cariño, has estado con mi familia siempre, pero, ¿querer y mucho?

SÍ. HAY MÁS.

—¿Nos lo quieres contar?

SÍ.

AHORA.

LA VERDAD.

—Estamos preparadas.

Esta vez hay más vapor del habitual. Las letras aparecen en la pared y ellas leen atentamente en voz alta.

MI FAMILIA.

ROCÍO BISNIETA.

—Mamá, ¿qué está diciendo? Entonces, ¿tú eres su nieta? Esto es muy fuerte… Julia, ¿quieres decir eso?

SÍ.

La madre, negando la noticia, se pone en pie.

—¡Eso es mentira! ¡No voy a consentir que manches el apellido Santaolaya!

CONTRATO.

SECRETO.

—Rocío, ¿sabes de qué está hablando?

—La verdad es que no. Julia, ¿dónde está ese contrato?

MALETA MARRÓN VIEJA.

—Mamá, no sé nada de esa maleta, pero vamos ahora mismo a buscarla.

Casi corriendo suben las escaleras. Con la vista, hacen un recorrido por el desván. No encuentran la maldita maleta. Debe de estar muy escondida porque, a pesar de haber ordenado ese espacio, no la han visto.

—Mamá, ayúdame a mover este aparador pesado porque, al ser tan grande, es verdad que detrás de él nunca he mirado. A ver si ahí está la maldita maleta.

Es un mueble tan pesado que apenas se mueve unos centímetros. Pero Rocío, con la linterna del móvil, alumbra la parte trasera y ahí, efectivamente, ven una vieja maleta.

—Creo que la hemos encontrado, pero vamos a necesitar que Alejandro nos eche una mano. Nosotras solas no podemos mover este mastodonte de mueble. Desde luego, es sospechoso que, curiosamente, esa maleta esté tan escondida cuando las demás estaban a la vista.

Me están temblando hasta las manos.

—Yo, hija, estoy incrédula con todo esto. Me está superando un poco. Ahora resulta que hay un espíritu en busca de justicia, que resulta ser mi verdadera abuela, la mujer que yo conocí como la fiel sirvienta que nunca nos quiso abandonar. Es muy fuerte. Necesito pruebas y, por supuesto, tiempo para asimilar todo esto. Fíjate que pensé que el motivo era que estaba enamorada de mi abuelo. Pero no, hubo mucho más.

Dejan todo como está y regresan al salón a la espera de la llegada de Alejandro.

Más tarde, ya los tres en el desván, entre él y Rocío finalmente pueden mover el mueble lo suficiente para extraer la vieja maleta.

—Ahora me contaréis de qué va esto.

—Lo sabrás todo, de verdad. Pero ahora mismo es algo entre mi madre y yo. Tenemos que descubrir qué hay en su interior.

—Una duda: estando tan escondida, ¿cómo habéis dado con ella?

—Eso también te lo contaremos a su debido tiempo.

—Está bien, está bien… Os dejo con vuestros secretos. Ya me lo contaréis.

La maleta de piel está rota por los laterales; sin embargo, el cerrojo está intacto. Van al salón y la depositan en la mesa grande.

Se sorprenden al encontrar en su interior más fotos y papeles. Lo van sacando poco a poco, por miedo a que se rompan.

En esas instantáneas aparece una Julia más joven. Siempre al lado del niño. Éste va creciendo y las fotos continúan.

—Tiene fotos de mi padre de todas las edades. Mira, aquí incluso con mi madre. Debían de estar recién casados ¡Qué guapos!

—Mira, fotos en Cuba. Parecen la plantación y esta, la casa de La Habana; era preciosa. Incluso ha guardado dibujos de cuando tu padre era un niño. No ha tirado nada que tuviera que ver con él.

Continúan extrayendo todo. Ahí dentro hay toda una vida.

—Mamá, creo que esta mujer dice la verdad, por muy dolorosa que sea. Tu mundo, en cierto modo, acaba de caerse.

Su madre observa cada objeto con detenimiento. Su rostro es serio. Toca uno, lo mira, lo deja donde está y toca otro. Rocío está convencida de que esta bomba sobre su pasado familiar la tiene que reposar.

Y al final, en el fondo de la maleta, ahí está, en una sencilla carpeta, con un simple título, en mayúsculas y con doble subrayado: *CONTRATO*. Lo miran bien, no hay duda, firmado por el bisabuelo y por Julia, un documento pormenorizado y muy detallado.

Su bisabuela, esa dama elegante, generosa, benefactora, fue consentidora del embarazo y pactó para quedarse con ese hijo. Como poco, es fuerte.

Su madre permanece en silencio.

—Mamá, ¿estás bien? Di algo por favor.

—Qué quieres que diga. Miro todo esto y sé que es verdad, pero mi cabeza se niega a aceptarlo.

—Estás cansada. Deja todo ahí. Mañana, si te sientes con ánimo, lo retomamos. Necesitamos salir de casa. Me apetece ir a la sidrería de *Victorón*. Seguro que te ayuda a relajarte.

—Es una buena idea, porque ahora mismo esta casa me ahoga.

—En marcha. Nos arreglamos y nos vamos a la calle.

Alejandro está de lo más intrigado. Sabe que estas mujeres esconden algo importante, pero no alcanza a imaginar qué puede ser. Las conoce y, si las apremia a que se lo cuenten, se cerrarán y no dirán absolutamente nada. Sólo queda armarse de paciencia y esperar a que ellas estén preparadas. Pero, si de algo está convencido, es de que debe ser importante, viendo la palidez de su suegra y lo callada que lleva toda la noche.

CAPÍTULO 36

En la sidrería, cansado de ese silencio, explota.

—Se acabó. He demostrado ser paciente. Os conozco y si os pregunto, si no queréis, no vais a contar nada. Sinceramente, creo que me merezco saber qué está ocurriendo. Esta tarde he terminado en el desván moviendo un pesado mueble para encontrar una misteriosa maleta. Así que soy todo oídos y, mientras pido otra botella de sidra, id pensando cómo me lo contáis.

Ambas se miran. La madre asiente, autorizando a Rocío a que cuente a su marido todo.

—Bien, tienes razón.

Rocío no se guarda nada.

Él sabía que todas las tardes se las pasaba en el desván organizándolo, que había descubierto objetos de sus antepasados, pero nada más lejos de la realidad. Sus ojos cada vez van abriéndose más a medida que la historia avanza.

—Ya lo sabes todo.

—¿Me estás diciendo que te has comunicado con el espíritu de la criada que siempre estuvo con tus bisabuelos? ¿Acaso eres médium? Estoy flipando.

—No tengo esos poderes. Ella se ha querido comunicar conmigo. Esta tarde, en la cocina, estábamos las dos…

—Basta. Por favor, ahora cuando volvamos a casa, quiero ver esa maleta. ¿Ella os dijo dónde estaba? ¿Por eso movimos ese aparador?

—Más o menos.

—Alejandro, —dice su suegra—, yo estaba como tú, pero hoy, con todas esas pruebas y las palabras escritas en la pared…

—Te entiendo. Pago y nos vamos.

La maleta y los documentos están tal y como los dejaron. Alejandro se acerca y observa cada uno de ellos. No dice nada. Ellas le dan su espacio; entienden que esto no se asimila de entrada.

—Lo que veo aquí… ¿hay algún documento que pueda acreditar lo que dice? No encuentro ningún documento que diga nada de esto, por ejemplo, el contrato que mencionabais.

—Está ahí, mira bien, firmado por mi bisabuelo y ella. Es un contrato bastante detallado. Está claro que no la querían engañar y que también ellos querían asegurarse de que, una vez firmado, ella no pudiera echarse atrás ni reclamar nada, y menos aún a su propio hijo.

—Déjamelo ver… Aquí se especifica una cantidad de dinero y una casa con terreno en este concejo a su nombre. Fueron generosos.

—A ver, se estaban quedando con su hijo.

—El padre era mi abuelo, —dice mi madre, con apenas un hilo de voz.

—Cierto también, —contesta Alejandro.

—Me pregunto si, después de que naciera el niño, siguieron teniendo relación o terminó. Puede que hubiera más hijos. Ya sabemos que en aquella época no se ponían medios.

De nuevo el marco de la foto de la boda de la madre de Rocío se cae.

—Siempre ocurre cuando quiere manifestarse de alguna forma. Suponemos que la boda de mi madre, para ella, es muy especial.

—Esto me está acojonando y mucho. Entonces, todo este tiempo hemos convivido con un fantasma. Parece una película de terror. Cuando me lo comentaste, no le di demasiada importancia. Recuerda que hasta bromee sobre el asunto de que se quedara fuera de nuestro dormitorio, pero ahora, viendo todos estos documentos, francamente, estoy acojonado.

Alejandro se pasea de un lado a otro del salón, tocándose el pelo.

—Mi pregunta es: si ahora la invocamos o como se diga, ¿aparecería? Porque si es así, que diga lo que tenga que decir, que

halle la paz que necesita y que se vaya al mundo de los muertos sabiendo que ya conocemos su secreto.

Se me ocurre, ¿qué opináis? Lo digo porque de alguna forma hay que cerrar este capítulo, una vez que ambas conocéis el auténtico pasado de la familia, ¿no? Todos contentos. Rocío, ¿lo puedes intentar?

—Mamá, ¿quieres?

—Adelante. Vamos a la cocina. Parece que es ahí donde se encuentra más cómoda.

—Era su medio y no quiero ser cruel, pero era parte del servicio de tus antepasados.

—No te voy a contestar. Ha sido una frase desacertada, Alejandro. Voy a pensar que la culpa la tienen los nervios.

Lo primero que les llama la atención es que la cafetera está lista.

—Vaya, pues sí que parece que está, —dice Alejandro para relajar la situación.

Rocío le da un codazo.

Cuando los tres están sentados en las banquetas de la cocina, Rocío comienza a hablar.

—Julia, hemos visto la maleta y todo lo que hay dentro de ella, incluso los dibujos de mi abuelo. Entiendo que le querías mucho.

El ritual de siempre, la pared de enfrente comienza a llenarse de vapor y las palabras aparecen.

SÍ.

MUCHO.

Alejandro acaba de quedarse pálido con lo que está viendo. Observa el perfil de su mujer y con qué templanza está comunicándose con un espíritu.

—También hay un contrato firmado entre mi bisabuelo y tú. Recibiste dinero y un terreno por aquí.

POR MI HIJO.

—Joder, —dice Alejandro.

—Entregaste tu hijo a mis bisabuelos. ¿El bisabuelo era realmente el padre?

SÍ.

—¿Mi bisabuela lo aceptó?

SÍ.

HEREDERO.

—¿Te arrepientes?

SÍ.

LO VENDÍ.

—Pero mis bisabuelos te permitieron criar a mi abuelo. Siempre estuviste cerca; es más, falleciste aquí, en esta casa.

¡NO MAMÁ!

DOLOR.

Se miran los tres con cara de interrogación.

—Julia, no acabamos de entender lo que dices… ¿es que no te consideraba su madre y no te llamaba así y eso te dolía?

SI.

NUNCA.

—Vale, pero siempre tiras el marco con la foto de la boda de mi madre. ¿Por qué?

¡YO ABUELA!

COLLAR.

De nuevo el mismo cruce de miradas; no saben de qué está hablando.

—Pero, Julia, ¿a qué collar te refieres?

ESTUCHE ROJO, MALETA.

—Vamos a ver, —dice Alejandro.

Cruzan el recibidor y, en el salón, buscan entre los bolsillos de la vieja maleta. Ahí está. En el interior del estuche hay un collar de

perlas corto, de los que van pegados al cuello.

—¡Vaya!, —exclama asombrada Rocío—. No cabe duda de que es de muy buena calidad; si lo compro ella, debió de gastarse en él una pequeña fortuna. Es precioso… una auténtica joya.

—Así es. —Dice por fin su madre, tras permanecer unos segundos en silencio—. Lo recuerdo.

—¿Lo recuerdas? —Preguntan a la vez Rocío y Alejandro, sorprendidos.

—Sí, eso he dicho, lo recuerdo. Me lo regalo el día de mi boda. No lo acepté. Rocío, esto me está superando. Creo que deberíamos de dejarlo por hoy.

—Un segundo más, por favor, mamá. ¿Por qué no aceptaste el collar?

—Ahora no me culpes. Consideré que lo hizo con su buena intención, pero sin duda se había gastado parte de sus ahorros. Mira la joyería, es de lo mejorcito. No lo acepté para que pudiera devolverlo y recuperar el dinero. Me dio pena que alguien como ella, toda la vida sirviendo a la familia, se gastara ese dineral. Ya está. Además, resultaba evidente que Julia quería que lo luciera en la boda, y mi madre ya me había ofrecido el collar de mi abuela, con toda la carga sentimental que suponía. ¿Qué otra cosa querías que hiciera? Claro que, viéndolo ahora, resulta que no era mi verdadera abuela. Por otro lado, si no recuerdo mal, ese mismo collar, el de tu bisabuela, lo luciste también tú en tu boda. Todo esto parece una broma de mal gusto.

Rocío aún tiene en la mano derecha el collar.

—Mamá, si te parece bien, me lo quiero quedar.

—No es mío. Recuerda. O bueno, eso creo. Así que, quédatelo, no creo que a Julia le importe.

—Vale. Gracias, mamá.

Alejandro, que se había apartado un poco mientras hablaban, llama su atención: —Leed este documento, ahí está la escritura de la

propiedad que tu bisabuelo puso a su nombre. Si ella nunca vivió allí, ¿quién ha ocupado esa casa?

—Ni idea. Mamá, si quieres nos acercamos con el coche mañana y echamos un vistazo.

—Buena idea. Ya tengo curiosidad.

Dejan todos los objetos al lado de la maleta y, cansados, pero satisfechos con los avances, se van a dormir.

Al día siguiente, como acordaron por la tarde, se acercan a la dirección que aparece en la escritura. Hay una casa abandonada; apenas queda en pie una pared. El terreno es extenso y, ahora mismo, está bien situado porque tiene cerca la carretera principal.

Aparcan a un lado de la carretera, junto a la verja.

A lo lejos hay unas cuantas vacas pastando sin prisas.

—¿Quién será el actual propietario? Deberíamos ir al ayuntamiento. Nos podrán dar algún tipo de información. Porque, legalmente, no somos descendientes suyos, aunque, en realidad, sí que lo somos. Todo esto es demasiado lioso. Se me ocurre que podríamos decir que necesitamos saber quiénes son los actuales dueños para contactar con ellos al estar interesados en la adquisición de este terreno. Así, quizás, consigamos algo.

—, ¿Tú no tienes hoy la reunión con el alcalde para tratar lo de la calle con el nombre del abuelo? Puede ser una buena oportunidad.

—Seguramente. La tengo esta tarde a primera hora. Hemos mantenido el contacto tratando el asunto y tenemos cierta relación.

—Pues aprovecha que estás ahí y le sacas el tema en su despacho. No creo que te niegue ese dato.

—Está bien. Lo haré así.

Al final, con las pesquisas, supieron que los actuales propietarios son los descendientes de un sobrino de Julia.

Acordaron con Alejandro que, esa noche, con la información en la mano, cerrarían definitivamente el capítulo misterioso de Julia, sacando todo a la luz.

Tras la cena, de nuevo toman asiento en la cocina. Hoy, sin embargo, no hay nervios. Hoy tienen la necesidad de saber por fin toda la verdad escondida durante tanto tiempo.

—Hola, Julia. Tengo noticias. Hemos averiguado quiénes son los dueños de tu casa. Por lo visto, son los hijos de un sobrino tuyo.

HERMANO.

BORRACHO.

MALO.

—Entiendo. Nos has contado que mantuviste relaciones con mi bisabuelo Ramiro y te quedaste embarazada. Tras el nacimiento, ¿ya no mantuviste ninguna relación?

SÍ.

—Espera Julia, ¿SÍ? ¿SÍ qué? ¿SÍ *mantuviste relación* o SÍ *no mantuviste relación*? Maldita sea, es desesperante… ¡ojalá tuviéramos otra forma de comunicación!

Aunque Rocío exclama esto último hacía su madre y Alejandro, observan como el vapor comienza a aparecer de nuevo en la pared: DIARIO.

—Un Diario… deben de ser esos cuadernos que vimos en la maleta. No les dimos importancia y aún no los hemos leído. Alejandro, ¿puedes acercarte a por ellos?

Cuando Alejandro vuelve con ellos, se los da a Rocío para que los lea.

—Mirad, está perfectamente fechado. Mamá, voy a ir a lo que escribió el día de tu boda. Quiero cerrar el tema del collar, ¿os parece?... Aquí está: … Yo soy la abuela. Begoña ha muerto hace mucho, pero nada ha cambiado; sigo ocupando el banco de las criadas junto a los demás empleados de la casa… le he llevado el collar de perlas que le he comprado. Busqué el apropiado por todas las joyerías, tenía que ser especial. Cuando me acerqué y le dije que era mi regalo, no lo aceptó. No supe qué decir… hice mucho esfuerzo para contener las ganas de llorar; solo quería irme, pero estaba todo

el mundo delante, tuve que aguantar… Ya no la vi hasta que se dirigía al altar. Llevaba el collar de su *abuela*…

—Bueno, no hay duda de cómo se sintió, pobre mujer, —dice Alejandro, poniendo voz a lo que piensan ellas.

—Está bien. Empezaré ahora por el principio.

Durante la lectura, nadie interrumpe ni dice nada; realmente, no sabrían qué decir; están en shock hasta que la madre de Rocío no puede aguantar más y salta: —Madre mía, esto es una locura. No sé si quiero seguir escuchando, —dice, tapándose la boca y levantándose de la silla.

—Mamá, debes hacerlo. Siéntate, por favor.

La madre obedece y toma de nuevo asiento.

Alejandro, sin duda el más tranquilo al ser el que lo ve con más distancia al tener menos implicación emocional, interviene: —Bueno, eran un trío. A veces funcionaban por parejas, en todas las posibles combinaciones, y otras veces estaban los tres. ¿Qué hay de raro en eso? Nosotros lo hacemos continuamente, —dice sonriendo y guiñándole un ojo a Rocío.

—¡Eres tonto! —contesta Rocío, pero con su sonrisa le demuestra que agradece que su comentario haya relajado el ambiente, sobre todo por su madre, que no puede ocultar la tensión.

—No, en serio. Era una relación a tres bandas, vale, pero no había imposición. Realmente los quería. A los dos. Anda, continúa leyendo.

Rocío continúa la lectura.

El diario es fácil de leer y a ellos les ayuda a poner voz a Julia; es una mujer sencilla que describe de forma serena y sincera los distintos momentos que ha atravesado en su vida: la escasez y el trabajo duro desde niña, los malos tratos y la infelicidad en su matrimonio, el esfuerzo constante por superarse, las pérdidas y los silencios impuestos.

Es especialmente duro cuando describe el aborto al que la obligan a someterse y el sentimiento con el que afronta la secuela que le produce: la imposibilidad de tener más hijos.

En sus páginas no hay éxitos personales ni profesionales, solo recuerdos cotidianos, escritos con una honestidad que te cautiva y te obliga a empatizar con ella desde el primer instante.

También buenos momentos, el amor que da sin condiciones y las cicatrices que le deja con el tiempo sentirse postergada en su entrega.

A pesar del dolor, cada anotación transmite una tremenda dignidad y deja entrever la secreta esperanza de que se la reconozca por lo que ha sido y amado.

En muchos momentos notas cómo escribir debió ser para ella una válvula de escape para aceptar su sufrimiento dándole algún sentido a todo lo que ha vivido.

—Joder, —dice Alejandro cuando termina—. Vaya historia.

Tras unos minutos en silencio, asimilando todo lo que acaban de leer, Rocío vuelve a alzar la voz y pregunta: —Julia, ¿quieres contarnos algo más?

TÚ.

BUENA MADRE.

—¿Yo? Bueno gracias, pero no estoy embarazada…

SÍ.

—Joder,—otra vez Alejandro no puede contenerse—. Voy ahora mismo a la farmacia a comprar un test de embarazo.

Rocío se ha quedado pálida. Está haciendo cálculos y cae en la cuenta de que no ha tenido la regla desde hace dos meses.

—Ve deprisa. Puede que tenga razón.

Una hora más tarde, Rocío tiene la confirmación en la mano, las dos rayitas rojas. Positivo.

El matrimonio se abraza y con la futura abuela también.

—No me había dado cuenta. Estaba tan ensimismada con lo del desván… Vamos a la cocina. Creo que ya estamos cerca de que Julia pueda descansar.

—Julia muchas gracias. Según mis cuentas, dentro de siete meses, si todo va bien, seré madre.

BIEN.

NIÑA.

—¿Los espíritus saben eso?, —susurra Alejandro a su suegra.

—Ni idea. Estoy tan sorprendida como tú. Pero lo único que me importa, es que voy a ser abuela y no puedo estar más feliz.

—Aunque te lo haya dicho un fantasma…

—Aunque me lo haya dicho mi auténtica abuela.

Esta vez habla la madre de Rocío, con la voz rota de la emoción.

—Creo que me corresponde a mí decir algo en toda esta historia. Eres mi abuela. No puedo decir que te quiera, porque nunca te conocí en ese papel; sí, como la mujer que estuvo cerca de nosotros siempre. Por eso te quiero dar las gracias. Sin ti, yo no estaría aquí. Perdón por no aceptar el regalo del collar de perlas, pero me dio pena el enorme gasto que hiciste. Pensé que lo habías devuelto. Ya veo que no. Mi hija lo lucirá con orgullo. Conociendo tu historia, sé que mi familia no se portó del todo bien contigo. Es verdad que cumplieron su palabra: mantenerte cerca de tu hijo y permitirte verlo crecer y convertirse en un gran médico, pero nunca te llamó mamá. Yo, que lo soy, entiendo que eso debió doler mucho y generar una gran amargura. Ahora debes de descansar en paz. Te lo mereces. Nosotros mantendremos tu tumba limpia y te llevaremos flores. De alguna forma, ahora cuidaremos de ti.

Su madre está llorando. Rocío le sostiene fuertemente su mano. Alejandro se mantiene en un segundo plano.

De nuevo el vapor comienza a aparecer en la pared.

GRACIAS.

OS QUIERO.

ADIOS.

EPÍLOGO

Rocío, siete meses después, fue madre y dio a luz a una hermosa niña.

Por unanimidad, decidieron que se llamara Julia. Fue su forma de dar su lugar a esa mujer silenciosa que acompañó durante toda su vida, en las penas y en las alegrías, a la familia Santaolaya. Y, gracias a ella, hoy podían estar reunidas esas tres generaciones de mujeres.

A partir de esa noche, en la que salió a la luz toda la verdad, no había vuelto a manifestarse. Su alma pudo descansar en paz, ahora que sus descendientes sabían toda la verdad.

Su bisnieta suele lucir el collar de perlas.

La vida en Ribadesella transcurre tranquila, tal y cómo la habían planificado.

La feliz abuela, cada vez que puede, se escapa a ver a su nieta.

Una tarde de verano, aprovechando un soleado día, Rocío estaba en el jardín con su hija en brazos, sentada junto al pozo. Y, de repente, sintió un frío glaciar. Giró la cabeza había la derecha y pudo ver nítidamente la imagen de Julia con un niño de la mano, ambos sonriendo. Le decían adiós con la mano.

—Julia, cariño, di con tu manita adiós a la tatarabuela y al bisabuelo.

FIN

NOTAS DEL AUTOR

Si habéis llegado hasta aquí, muchas gracias.

En esta aventura, la de enfrentarme a la página en blanco, no estoy sola, puedo afrontarla gracias en gran medida a mi familia, que me deja tranquila cuando estoy ensimismada con el portátil, y a mis lectoras beta, que me aconsejan y me indican si voy bien o mal.

Por favor, **no olvidéis vuestras valoraciones y reseñas**. Son muy importantes para darnos visibilidad, especialmente para autores autopublicados como yo, y ayudarnos a posicionar nuestros libros en las búsquedas por internet. Por eso ese simple **click** al terminar el libro es tan importante. **Por favor, no dejéis de hacerlas. De verdad, *¡Gracias!*** Así como cualquier comentario que queráis enviarme, estaré más que encantada de leerlo y contestarlo.

Espero que la historia de ***La Casa del Indiano*** os haya gustado. Yo disfruté mucho escribiéndola.

Te pregunto lector/a, si tú estuvieras en su lugar, ¿te atreverías a cambiar tu vida? Lo tengas o no claro, si te gustan las historias de mujeres que sienten que su vida no es la que quieren y que tienen la valentía de afrontar cambios que lo transforman todo con amores que marcan y enganchan en el proceso, entonces creo que mis novelas son para ti. **Te animo a descubrir otras historias de IOVA G. P. que te harán sentir y emocionarte**: Serie: **Cuando el amor irrumpe… nada sale como estaba previsto**.

Casandra en Irlanda

Y llegó él y lo fastidió

Clara y su último verano

Serie: **Segundas oportunidades. Cuando llega el momento de elegir**.

Feliz cumpleaños amiga

La heredera turca

Trilogía de Jaime y Marisa. Una mirada que cambió sus vidas

El Acantilado

Son todas ellas historias de amor y romance en las que sus protagonistas tienen una gran evolución personal marcada por la superación y el cambio en su vida. La última de ellas, ***El Acantilado*** es, además, una aproximación al género policiaco.

Os aporto una breve sinopsis de cada una de ellas. Si te gustan, léelas, son para ti.

Casandra en Irlanda

Dejarlo todo parecía una locura. Hasta que empezó a ser lo único que tenía sentido.

Casandra tiene casi treinta años, vive en Nueva York y, en teoría, lo tiene todo para ser feliz.

En la práctica… no tanto.

Una carrera que no despega, una vida un poco caótica, decisiones cuestionables (sí, lo de vender medio armario entra en esta categoría)… y la sensación constante de que algo no encaja.

Así que hace lo que haría cualquier persona sensata: deja su trabajo, vende medio armario, cruza el océano y se planta en Irlanda para "reencontrarse".

Porque, claro, ¿qué puede salir mal?

Spoiler:

no estaba preparada para:

- la lluvia constante

- un pueblo donde todos opinan
- dos hombres que complican absolutamente todo

Una historia sobre cambiar de vida… y sobrevivir al intento.

Y llegó él y lo fastidió

Ella tenía un plan perfecto… hasta que él apareció para fastidiarlo todo.

Paula está a punto de cumplir su sueño: terminar la carrera de Veterinaria. Entre clases, turnos y su trabajo como peluquera canina, su vida es un caos adorable lleno de risas, compañeras de piso y alguna que otra crisis económica.

Todo bajo control… hasta que la clínica donde trabaja decide abrir un nuevo departamento de urgencias. Y con él, llega *Miguel Arteaga*. Guapo, encantador, misterioso… y, por si fuera poco, su nuevo jefe.

Entre emergencias veterinarias, perros traviesos y guardias nocturnas, surge una química irresistible.

Pero cuando el corazón de Paula empieza a latir más rápido, un secreto amenaza con romperlo todo: Miguel no es quien dice ser. Detrás de su sonrisa se esconde un apellido que pertenece a una de las familias más poderosas del país.

Ahora Paula tendrá que decidir si el amor puede sobrevivir a las diferencias… o si hay cosas que ni siquiera el corazón puede curar.

Una comedia romántica llena de humor, pasión y giros inesperados, donde amar significa atreverse a saltar sin red… aunque el aterrizaje no siempre sea perfecto.

Clara y su último verano

Clara soñaba con ser abogada y conquistar Madrid. Ambiciosa, disciplinada y con una mirada limpia hacia el futuro, ha construido su vida sobre una promesa: **nada ni nadie la apartará de su meta**.

Pero una noche cualquiera, entre risas y música, conoce a *Víctor*. Guapo, seguro y con un encanto natural, es abogado… aunque no le cuenta toda la verdad: pertenece a una de las familias más influyentes del sector legal, los Gómez-Uriarte.

El destino los une de nuevo cuando Clara consigue una beca, -sin saber que Víctor ha tenido algo que ver-, en el prestigioso despacho de su familia.

Lo que comienza como una historia de atracción se convierte pronto en un amor profundo y sincero… Hasta que un descuido cambia sus vidas para siempre. Clara descubre que está embarazada y, convencida de que Víctor no debe cargar con su error, decide desaparecer.

Se refugia en A Coruña, donde espera el nacimiento de su hijo en soledad. Allí, desde el corazón, escribe dos diarios: uno para su hijo, para que conozca a su padre; y otro para Víctor, donde plasma cada emoción, cada miedo y cada esperanza, con la esperanza del reencuentro.

¿Puede el amor sobrevivir al silencio, a la distancia y al paso del tiempo? **Una historia de amor, pérdida y segundas oportunidades**, donde el destino demuestra que, a veces, los caminos que se separan… estaban destinados a volver a cruzarse.

Feliz cumpleaños amiga

La vida de Patricia parecía perfecta. Hasta que dejó de fingir.

La fiesta de cumpleaños anual de sus mejores amigas es el acontecimiento del año. Una noche para reír, recordar y escapar de una realidad que ninguna quiere mirar de frente. Porque, aunque lo oculten con sonrisas, todas arrastran dolores, dudas y vidas que no son tan perfectas como aparentan.

Patricia es quien mejor lo sabe. Su relación, su rutina, su deseo… todo parece desvanecerse. Pero esa noche, algo cambia. Allí conoce a *Íñigo*, un hombre que despierta en ella preguntas que nunca se había permitido hacer. Con él descubre no solo la posibilidad de una segunda oportunidad, sino un camino hacia su identidad más íntima: el deseo, la libertad, la exploración… y la valentía de romper con lo establecido.

Entre rupturas necesarias, experiencias que desafían sus límites -como el intercambio de parejas o nuevas formas de vivir la sexualidad-y un renacer emocional inesperado, Patricia inicia un viaje profundo hacia sí misma.

Una novela sobre la amistad, la libertad emocional y el coraje de reinventarse, donde la verdadera fiesta no es la que se celebra… sino la que comienza dentro de cada una.

La heredera turca

Entre el **brillo de Estambul** y el **frío orden de Londres, Ence** ha construido una vida perfecta… o eso cree.

El destino la obliga a regresar a su tierra cuando su padre muere, dejándole no solo un imperio que gobernar, sino también los fantasmas de una infancia marcada por la soledad y la distancia.

En medio de la alta sociedad turca, donde el poder se hereda y el amor se paga caro, aparece *Sihan*, un neurocirujano que rompe todas sus defensas. Su conexión es inmediata, profunda, imposible de ignorar. Pero la diferencia de edad, las expectativas familiares y los secretos del pasado amenazan con destruir lo que apenas comienza.

Entre deber y deseo, Ence deberá decidir si sigue las reglas del legado… o las de su corazón, porque amarle significará desafiar las reglas, romper el deber y enfrentarse a todo lo que creía seguro.

Una historia de amor maduro, poder y segundas oportunidades, ambientada en el fascinante cruce de culturas entre Oriente y Occidente, donde el regreso a las raíces se convierte en un viaje hacia lo más profundo del alma.

Porque a veces, el verdadero legado no se hereda: **se elige.**

Trilogía de Jaime y Marisa. Una mirada que cambió sus vidas

Jaime: El Soltero de Oro. Su vida parece sacada de una película de lujo y glamour. Su mansión es el escenario de las fiestas más exclusivas y siempre acompañado de mujeres deslumbrantes. Sin embargo, a pesar de su fama y fortuna, nunca ha sentido la necesidad de comprometerse con ninguna pareja. Su única relación algo significativa fue con la madre de su hija. Es el máximo responsable de una prestigiosa cadena de hoteles de lujo, propiedad de su familia y su nombre aparece con frecuencia en la prensa del corazón.

Marisa: Una Vida Ordinaria. Marisa lleva una vida completamente diferente. Es una de las muchas empleadas anónimas en la empresa de Jaime. Su vida está marcada por la rutina: casada, madre de un hijo, y sintiéndose atrapada en una vida sin grandes emociones, se la podría definir como una sucesión de días que pasan sin cambios significativos.

Un Encuentro Inesperado y un Cruce de Miradas. Todo parecía seguir su curso habitual hasta aquella mañana, cuando sus miradas se cruzan casualmente en la escalera del edificio dónde ambos trabajan. Un cruce de miradas breve, pero intenso. Fue como si el tiempo se detuviera por un momento. Marisa sintió una conexión inexplicable, algo que la sacudió de su monotonía habitual, y **la vida de ambos saltará por los aires.**

Tras la reedición de los tres libros de la Trilogía "*Jaime y Marisa, una mirada que cambió sus vidas*", en la que se recogen cambios y mejoras partiendo de comentarios y observaciones recibidas, todos ellos valiosos y positivos, la historia se centra más en Jaime y Marisa y su relación, su AMOR con mayúsculas.

Parte I. "*SEGUNDO AMOR… O NO*". Aquí arranca su historia de amor, un amor maduro de segundas oportunidades, un romance con toques eróticos, pero al que el destino reserva dosis de acción y giros inesperados… ¿tendrá final feliz?

Parte II. "*¿SEGUNDO AMOR? NO. EL ÚNICO*". Tras su gran boda turca, parece que la vida de nuestros protagonistas vuelve a la normalidad, viviendo entre sus dos ciudades, Madrid y Estambul. Pero tendrán que superar muchas situaciones que, aunque harán más fuerte su relación si cabe, poco a poco irán dejando posos… y una última jugada del destino en forma de infidelidad termina por agrietar su relación. ¿Aguantará su relación?

Parte III. "*UN PUNTO CERO EN NUESTRA VIDA*". Llega el desenlace, con giros inesperados que vienen del pasado e interferirán con los intentos de reconstruir su futuro con nuevas oportunidades por parte de ella y con el afán de recuperar su relación por parte de él. ¿Lo conseguirá?

El Acantilado

A veces, para atrapar a un asesino, primero hay que enfrentarse a uno mismo.

Cristina Rosales, ex-TEDAX e inspectora del Cuerpo Nacional de Policía, arrastra un pasado marcado por la tragedia. Tras perder a su pareja en acto de servicio, se refugia en una vida tranquila en Santander, convencida de que el silencio será su mejor salvavidas.

Pero ese silencio se rompe cuando, durante una carrera junto a un acantilado, encuentra el cuerpo sin vida de una joven.

El hallazgo lo cambia todo. Cristina vuelve a la acción, a la investigación, a la adrenalina que creía haber dejado atrás… y también a los demonios que nunca logró vencer.

Con la ayuda de su equipo y de sus conocimientos en **análisis de conducta**, se sumerge en un caso donde nada es lo que parece. En el camino, descubrirá que incluso en la oscuridad más profunda pueden surgir la confianza, la conexión… y la posibilidad de sanar.

Un thriller intenso y emocional, donde la búsqueda de la verdad se convierte también en la búsqueda de uno mismo.

Por último, si os apetece estar al día de mis novedades, podéis seguirme y descubrir otros títulos míos en las diferentes redes sociales y en mi ***página de autor*** en **Amazon;** aquí os dejo los enlaces:

https://www.amazon.es/stores/IOVA-G.-P/author/B0975Y5273

Instagram: ***@iova_g.p***

Facebook: ***IOVA G. P.***

X: ***@Cobicg***

¡¡Nos vemos en mi siguiente historia!!